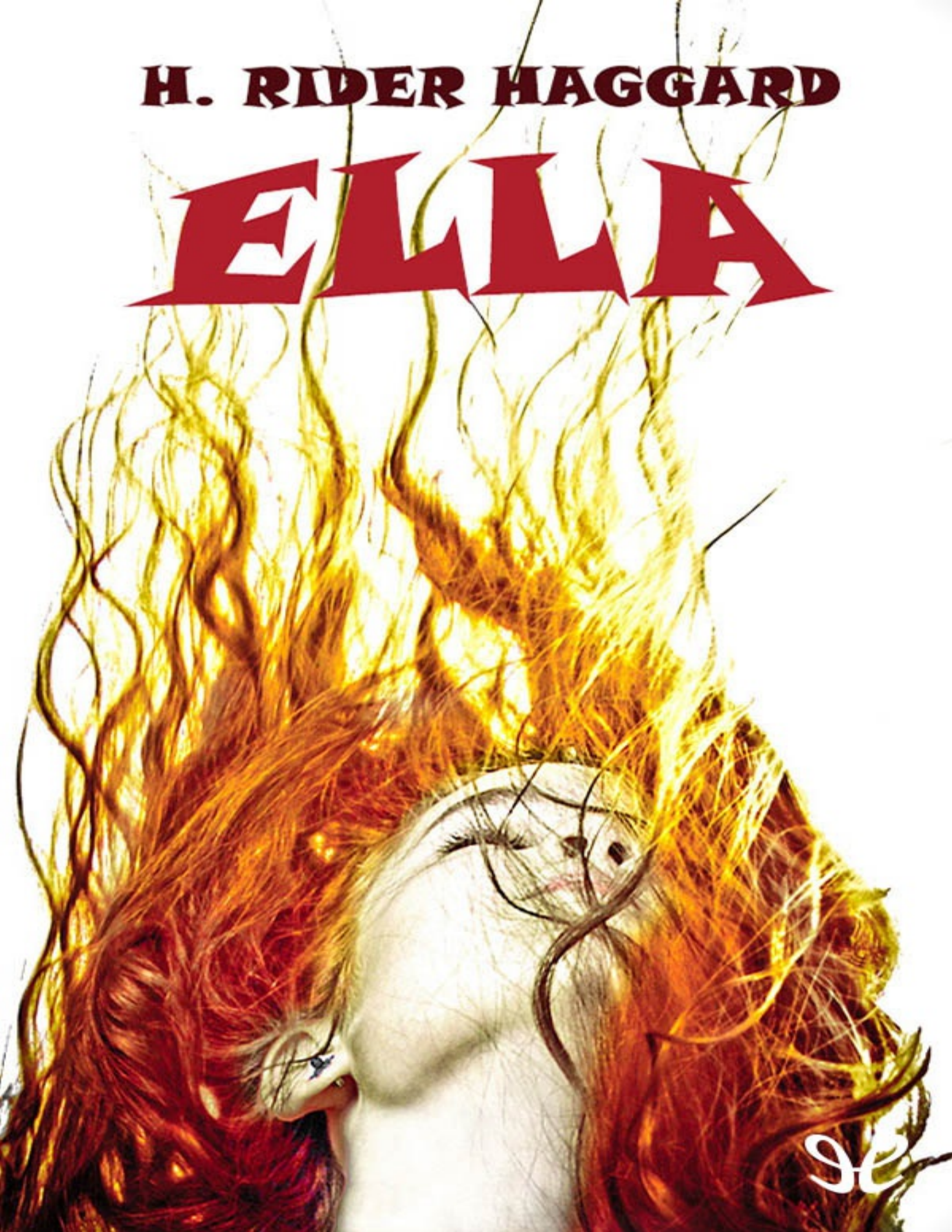


**H. RIDER HAGGARD**

# **ELLA**



de

La más imaginativa y maravillosa aventura creada por Haggard empieza cuando Leo y Holly descifran el mensaje que envía la antigua princesa egipcia Amenartas. En su misterioso viaje descubren a Ella, ese extraño ser, terrible y fascinante, símbolo de la eterna juventud y de la permanencia en el tiempo. Pero Ella no es sólo una alegoría sobre el eterno retorno; es también una melancólica reflexión sobre la dureza de este mundo cruel, que no invita precisamente a eternizarse. «El mundo —dice Holly en un curioso atisbo de existencialista— no ha demostrado ser un nido tan suave como para que invite a quedarte en él para siempre».



Henry Rider Haggard

**Ella**

**Ella - 03**

**ePub r1.0**

**Hechadelluvia** 23.11.14

Título original: *She*  
Henry Rider Haggard, 1887  
Traducción: José Agustín Mahieu  
Ilustraciones: Hugo Figueroa  
Diseño/Retoque de cubierta: Hechadelluvia

Editor digital: Hechadelluvia  
ePub base r1.2



*Dedico esta historia a ANDREW LANG,  
como muestra de mi afecto personal y mi admiración hacia su saber y sus  
obras.*

## Prólogo

Al entregar al mundo el testimonio de algo que, si tan sólo fuese visto como una aventura, probablemente sería una de las más extraordinarias y misteriosas experiencias jamás acaecidas a cualquier mortal, me siento obligado a explicar mi precisa vinculación con ello. Ante todo, debo decir que no soy el narrador de esta maravillosa historia, sino únicamente el editor, por lo cual debo relatar cómo llegó a mis manos.

Hace algunos años yo, el editor, estaba con un amigo, «*vir doctissimus et amicus meus*»<sup>[1]</sup>, en cierta universidad —que para los fines de esta historia llamaremos Cambridge—, cuando un día llamó considerablemente mi atención el aspecto de dos personas que vi paseando cogidas del brazo a lo largo de la calle. Uno de estos caballeros era, sin comparación, el joven más guapo que haya visto en mi vida. Era muy alto, muy corpulento, y tenía un aire de gracia y vigor que parecía tan natural en él como en un ciervo salvaje. Por añadidura, su rostro era casi perfecto... tan bello como bondadoso. Y cuando se quitó el sombrero, para saludar a una dama que pasaba junto a él, vi que su cabeza estaba cubierta de pequeños rizos dorados, que crecían pegados a su cuero cabelludo.

—¡Válgame Dios! —dije a mi amigo, que caminaba a mi lado—. Ese tipo parece una estatua de Apolo<sup>[2]</sup> redivivo. ¡Qué hombre más espléndido!

—Sí —me contestó—. Es uno de los hombres más apuestos de la universidad. Y uno de los más simpáticos también. Lo llaman «el dios griego». Pero mira al otro. Es el guardián de Vincey (éste es el nombre del dios) y se supone que es un erudito. Lo llaman «Caronte»<sup>[3]</sup>, bien porque ha conducido a su pupilo a través de las oscuras aguas de los exámenes, o a causa de su aspecto repulsivo. No sé cuál de las dos versiones es la verdadera.

Lo miré, y descubrí que el hombre mayor era tan interesante a su modo, como el

glorioso espécimen de humanidad que se hallaba a su lado. Aparentaba unos cuarenta años de edad y creo que era tan feo como hermoso su compañero\* Para comenzar, era de baja estatura, más bien estevado, con un pecho amplísimo y brazos desacostumbradamente largos. Tenía cabellos oscuros y ojos pequeños; el pelo le crecía avanzando mucho sobre la frente y sus barbas casi se unían al cabello, de modo que era excepcionalmente reducido el contenido de su rostro que quedaba a la vista. En conjunto, me recordaba irremisiblemente a un gorila; sin embargo había algo muy agradable y cordial que emanaba de su mirada. Recuerdo que expresé mi deseo de conocerlo.

—Muy bien —dijo mi amigo—, nada más fácil. Conozco a Vincey; te presentaré.

Así lo hizo, y durante algunos minutos permanecemos charlando acerca del pueblo Zulú, me parece, porque yo acababa de regresar de Ciudad del Cabo en aquella época. Luego, no obstante, llegó una corpulenta dama cuyo nombre no recuerdo, acompañada por una bonita muchacha de cabellos rubios. Entonces el señor Vincey, que evidentemente las conocía bien, se unió enseguida a ellas, alejándose en su compañía. Recuerdo que quedé bastante regocijado ante el cambio de expresión que sufrió el hombre más viejo (cuyo nombre, según descubrí, era Holly), cuando vio aproximarse a las damas. Súbitamente interrumpió su conversación, dirigió una mirada de reproche a su compañero, y, con una abrupta inclinación de cabeza hacia mí, se dio la vuelta y se marchó solo calle abajo. Más tarde oí decir que las mujeres le asustaban tanto como un perro rabioso, lo cual explica su presurosa retirada. No puedo decir, en cambio, que el joven Vincey demostrase en esta oportunidad mucha aversión hacia la compañía femenina. En realidad, recuerdo que me reí y señalé a mi amigo en ese momento que no era la clase de hombre que sería conveniente presentar a la dama que uno iba a desposar, porque era sumamente probable que el conocimiento llevase a una transferencia de afectos. De todos modos era demasiado guapo y, lo que es más, carecía de esa vanidad y conciencia de sí mismo que usualmente afecta a los hombres bien parecidos y que los hace merecidamente malquistos entre sus compañeros.

Aquella misma tarde concluyó mi visita, y ésa fue la última vez que vi a «Caronte» y al «dios griego», o que oí hablar de ellos durante mucho tiempo. En verdad, nunca volví a verlos desde aquella hora hasta ésta, y no pienso que sea probable que lo haga. Pero hace un mes recibí una carta y dos paquetes, uno de ellos de manuscritos, y al abrir el primero hallé que estaba firmado por «Horace Holly», un nombre que en ese momento no me resultaba familiar. Decía lo siguiente:

Estimado señor:

Dada la naturaleza muy superficial de nuestra relación, quedará sorprendido al recibir una carta mía. En realidad, creo que será mejor que comience por recordarle que nos encontramos una vez, hace ya algunos años, cuando mi pupilo Leo Vincey y yo fuimos presentados a usted en la calle, en Cambridge. Para abreviar e ir al grano: he leído hace poco con mucho interés un libro suyo que describe una aventura en el África Central. Entiendo que este libro es en parte verdad y en parte un esfuerzo de la imaginación. Aunque así sea, me ha dado una idea. Sucede, como comprenderá al ver el manuscrito adjunto que le envío en mano junto con el Escarabajo, el «Real Hijo del Sol», y el fragmento de la vasija original, que mi pupilo, o más bien mi hijo adoptivo Leo Vincey y yo hemos tenido recientemente una aventura africana real, cuya naturaleza es tanto más maravillosa que la que usted describe, que a decir verdad me siento más bien avergonzado al enviársela, por temor a que no crea mi relato. Comprobará que en este manuscrito queda establecido que yo, o más bien nosotros, hemos decidido que esta historia no se haga pública durante la vida de ambos. No hubiéramos modificado nuestra determinación si no fuera por una circunstancia que ha surgido recientemente. Por razones que será capaz de adivinar después de haber examinado el manuscrito, partimos de nuevo esta vez al Asia Central, el lugar de la tierra en que puede hallarse la sabiduría, si es que existe un lugar así, y pensamos que nuestra estancia allí será muy prolongada. Posiblemente no retornaremos. Bajo estas nuevas circunstancias, es discutible que podamos justificar la ocultación del testimonio de un fenómeno que creemos es de un interés sin paralelo, simplemente porque nuestras vidas privadas estén involucradas o porque temamos el ridículo o la duda que puedan desatar nuestras informaciones. En relación con este asunto, Leo y yo tenemos puntos de vista diferentes. Finalmente, después de muchas discusiones, hemos llegado a un compromiso, a saber: enviar a usted este relato, dejándole absoluta libertad para publicarlo, si lo cree conveniente, con la única condición de que oculte nuestros nombres verdaderos y todo lo que concierna a nuestra identidad personal, en tanto ello sea compatible con la *bona fides*<sup>[4]</sup> de la narración.

¿Qué más puedo añadir? No lo sé, realmente, salvo repetir una vez más



que todo lo que se describe en el manuscrito que se acompaña ha sucedido exactamente de esa forma. En cuanto a *Ella*, no tengo nada que agregar. Cada día tenemos más ocasiones de lamentar el no haber aprovechado nuestras oportunidades para obtener más información de esa mujer maravillosa. ¿Quién era ella? ¿Cómo llegó por primera vez a las Cavernas de Kôr y cuál era su verdadera religión? Nunca lo descubrimos y ahora, ¡ay!, nunca podremos saberlo, al menos por el momento. Ésta y muchas otras preguntas surgen en mi mente, pero ¿de qué vale preguntarse ahora sobre ello?

¿Querrá usted acometer la tarea? Le damos completa libertad, y como recompensa tendrá, pensamos, el crédito de haber presentado al mundo la historia más maravillosa que haya visto, y diferente de las novelas de amor. Lea el manuscrito (que he copiado cuidadosamente en su beneficio) y hágamelo saber.

Créame, su seguro servidor,

L. HORACE HOLLY<sup>[5]</sup>

P. S. —Naturalmente, si algún beneficio resulta de la venta de estos escritos, en caso de que usted emprenda su publicación, puede disponer del mismo a su placer. Pero si hay alguna pérdida, he dejado instrucciones a mis abogados, los señores Geoffrey y Jordán, para que la sufragen. Confiamos la vasija, el escarabajo y los pergaminos a su cuidado, hasta el momento en que se los pidamos de nuevo. —L. H. H.»

Esta carta, como es de imaginar, me dejó considerablemente sorprendido, pero cuando llegué a examinar el manuscrito, cosa que la urgencia de otros trabajos me impidió hacer durante una quincena, quedé aún más estupefacto, como supongo le sucederá al lector. De inmediato puse manos a la obra. Escribí a tal efecto al señor Holly, pero una semana después recibí una carta de sus abogados devolviéndome la mía e informándome que su cliente y el señor Leo Vincey habían abandonado el país con destino al Tíbet, y que en este momento desconocían su dirección.

Bien, esto es todo lo que tengo que decir. Acerca de la historia en sí, el lector deberá juzgar por sí mismo. La entrego exactamente como llegó hasta mí, con excepción de unas pocas alteraciones, hechas con objeto de disimular la identidad de los actores ante el público en general. Por mi parte, he resuelto abstenerme de comentarios. Al principio me inclinaba a creer que esta historia de una mujer revestida por la majestad de sus casi infinitos años y en la que yacía la eternidad misma como el

ala oscura de la noche, era una especie de gigantesca alegoría cuyo sentido no podíamos alcanzar. Luego pensé que podría ser un atrevido intento de retratar los posibles resultados de una inmortalidad de hecho, que modela la sustancia de una mortal que sin embargo aspira su fuerza de la tierra, y en cuyo humano seno las pasiones aún brotan, golpean y caen, del mismo modo que los vientos y las mareas se elevan, caen y baten incesantemente en el mundo imperecedero a su alrededor. Pero a medida que proseguía abandoné también esa idea. Para mí la historia parece llevar en su faz el sello de la verdad. Su explicación la dejo a los demás, y con este breve prefacio, que las circunstancias hacen necesario, presento al mundo a Ayesha y las Cavernas de Kôr. —El Editor.

P. S. —Hay que considerar una circunstancia que, después de volver a examinar esta historia, me impresionó con tal vigor, que no resisto el llamar la atención del lector sobre ese punto. Este podrá observar que por todo lo que conocemos de Leo Vincey no parece haber nada en su persona que en la opinión de la mayoría de la gente pudiera ser capaz de atraer a un intelecto tan poderoso como el de Ayesha. Ni siquiera resulta, según mi opinión, particularmente interesante. En efecto, uno puede imaginar que el señor Holly podría, en circunstancias normales, haber obtenido con más facilidad el favor de Ella. ¿Puede suceder que los extremos se toquen, haciendo que el mismo exceso y esplendor de su espíritu la llevasen, a través de alguna extraña reacción física, a postrarse ante el altar de la materia? ¿Fue el antiguo Calícrates algo más que un espléndido animal, amado por su hereditaria belleza griega? ¿O bien la explicación verdadera es —y yo creo en ella— que Ayesha, viendo más lejos que nosotros, percibió el germen, la chispa aún sin llama de una grandeza que yacía escondida en el alma de su amante, y que sabía bien que bajo la influencia de su don de vida, bañado por su sabiduría y resplandeciendo bajo el sol de su presencia, se abriría como una flor y centellearía como una estrella, llenando al mundo con su luz y fragancia?

Tampoco en esto me considero capaz de responder, pero debo dejar que el lector se forme su propio juicio ante los hechos que se exponen ante él, tal como los detalla el señor Holly en las páginas siguientes.

# I

## *Mi visitante*

Existen algunos acontecimientos cuyas circunstancias y detalles anejos parecen grabarse en la memoria de tal manera que resulta imposible olvidarlos, tal como sucedió con la escena que voy a describir. Surge tan clara en mi mente en este momento como si hubiese ocurrido ayer.

Fue en este mismo mes, hace ya unos veinte años, cuando yo, Ludwig Horace Holly, me hallaba sentado una noche en mis habitaciones de Cambridge, rumiando algún trabajo de matemáticas que ya he olvidado. Debía obtener mi licenciatura una semana después y tanto mi tutor como mi Colegio esperaban que sería distinguido. Al fin, cansado, arrojé el libro y me acerqué a la repisa de la chimenea, cogí una pipa y comencé a llenarla. Había una bujía encendida sobre la chimenea y un estrecho y largo espejo detrás; mientras encendía mi pipa alcancé a ver mi propio semblante en su superficie. Entonces hice una pausa para reflexionar. La cerilla encendida ardió hasta chamuscarme los dedos, obligándome a arrojarla; pero aún permanecí observándome en el espejo y reflexionando.

—Y bien —dije en voz alta, por fin—, es de esperar que pueda ser capaz de hacer algo con el interior de mi cabeza, porque ciertamente nunca haré nada con la ayuda de su parte exterior.

Esta observación, sin duda, puede resultar algo oscura a quien la lea, pero es que yo estaba aludiendo, en realidad, a mis deficiencias físicas. La mayoría de los hombres de veintidós años están dotados, en alguna medida, de cierta gracia proporcionada por su juventud; pero a mí, aun eso me había sido negado. Bajo, rechoncho, con el torso abombado hasta la deformidad, con largos y musculosos brazos, facciones duras, ojos grises muy hundidos, frente baja medio cubierta por una greña de negros cabellos,

como un terreno abandonado que la selva vuelve nuevamente a invadir; ésa era mi apariencia hace ya casi un cuarto de siglo y así sigue siendo, con pocas modificaciones, en la actualidad. Como Caín, estaba marcado a fuego... marcado por la naturaleza con el sello de una anormal fealdad, así como estaba dotado por la naturaleza de una fortaleza de hierro, también fuera de lo normal, y de considerables poderes intelectuales. Tan feo era, que los apuestos jóvenes de la universidad, pese a que estaban muy orgullosos de mis pruebas de resistencia y mis dotes físicas excepcionales, no deseaban siquiera que se los viera caminando en mi compañía. ¿Puede sorprender que fuera misántropo y hosco? ¿Puede extrañar que me criase y trabajase solo, y que no tuviese amigos... excepto uno? Había sido puesto aparte por la naturaleza para vivir solitario y hallar solaz en ella y sólo en ella. Las mujeres aborrecían mi aspecto. Apenas una semana antes, escuché a una de ellas llamarme «monstruo», cuando creía que estaba fuera del alcance de mis oídos, y decir también que la había convertido a la teoría del mono<sup>[6]</sup>. Una vez, es cierto, hubo una mujer que pretendió interesarse por mí y yo prodigué sobre ella todo el afecto reprimido de mi naturaleza. Entonces el dinero que debía recibir se disipó no sé dónde y ella me desechó. Le supliqué como nunca he suplicado a ningún ser viviente, antes o después, porque estaba prendado de su dulce rostro y la amaba; al fin, por vía de respuesta, me condujo ante el espejo, se paró a mi lado y miró su superficie.

—Y bien —dijo—, si yo soy la Belleza, ¿quién eres tú?

Esto sucedió cuando sólo tenía veinte años.

Así permanecía ahora, mirándome fijamente en el espejo, y sentí una especie de agría satisfacción ante el sentimiento de mi propia soledad; porque no tenía ni padre, ni madre, ni hermano. Y así me quedé hasta que oí un golpe en la puerta.

Escuché antes de ir a abrirla, porque era cerca de medianoche y no estaba de humor para recibir extraños. Sólo tenía un amigo en la universidad, o incluso, uno solo en el mundo... Tal vez era él.

En ese momento la persona que se hallaba tras la puerta tosió, y me apresuré a franqueársela, porque reconocí la tos.

Un hombre alto, de alrededor de treinta años, que conservaba los restos de una gran belleza personal, se apresuró a entrar, tambaleándose bajo el peso de una sólida caja de hierro que sostenía por un asa con su mano derecha. Colocó la caja sobre la mesa y luego se sumió en un espantoso acceso de tos. Tosía y tosía hasta que su rostro se tornó casi púrpura. Vertí un poco de whisky en un vaso y se lo di. Lo bebió y pareció sentirse mejor; pero esa mejoría, en verdad, era bastante escasa.

—¿Por qué me tuviste esperando afuera en el frío? —me preguntó lastimeramente—. Sabes que las corrientes de aire son mortales para mí.

—No sabía quién era —contesté—. Eres un visitante muy tardío.

—Sí; y verdaderamente creo que esta será mi última visita —respondió él, con un horrible intento de sonrisa—. Estoy desahuciado, Holly. Estoy desahuciado. ¡No creo que pueda ver el día de mañana!

—¡Eso es absurdo! —dije—. Permíteme que llame a un médico.

Me detuvo imperiosamente con la mano.

—Es un consejo sensato; pero no quiero médicos. He estudiado medicina y sé todo sobre esto. Ningún médico puede ayudarme. ¡Ha llegado mi última hora! Desde hace un año sólo vivo de milagro. Ahora escúchame como nunca has escuchado antes a alguien; porque no tendrás oportunidad de oírme repetir mis palabras. Hemos sido amigos durante dos años; ahora dime: ¿qué sabes acerca de mí?

—Sé que eres rico y que has tenido el capricho de ingresar en la universidad a una edad mucho mayor que la que tienen la mayoría al abandonarla. Sé que has estado casado y que tu esposa murió; y que has sido el mejor, o mejor dicho, quizá el único amigo que he tenido.

—¿Sabías que tengo un hijo?

—No.

—Así es, y tiene cinco años. Costó la vida a su madre y por eso nunca pude soportar el mirarlo a la cara. Holly, si aceptas el compromiso, voy a dejarte este muchacho para que seas su único tutor.

Casi salté de mi silla:

—¡Yo! —exclamé.

—Sí, tú. No en vano te he estudiado durante dos años. Sabía desde hace algún tiempo que no duraría; cuando me di cuenta del hecho estuve buscando a alguien a quien confiar el niño y esto —y dio unos golpecitos sobre la caja de hierro—. Tú eres el hombre, Holly; porque, al igual que un árbol rugoso, eres fuerte y sano de corazón. Escucha: el muchacho será el único representante de una de las familias más antiguas del mundo, es decir, tan lejana como puede ser trazada una estirpe. Te reirás de mí cuando lo diga, pero algún día se te probará, sin lugar a dudas, que mi sexagésimo quinto o sexagésimo sexto antecesor en línea directa fue un sacerdote egipcio de Isis<sup>[7]</sup>, a pesar de que él mismo era de origen griego y se llamaba Calícrates<sup>[8]</sup>. Su padre era uno de los mercenarios griegos reclutados por Hak-Hor, un faraón mendesiano<sup>[9]</sup> de la vigésimo novena dinastía, y su abuelo, o su bisabuelo, creo, fue el

mismísimo Calícrates mencionado por Heródoto<sup>[10]</sup>. En el año 339 antes de Cristo, o alrededor de esa fecha, justo en los tiempos de la caída final de los faraones, este Calícrates (el sacerdote) rompió sus votos de celibato y huyó de Egipto con una princesa de sangre real que se había enamorado de él; al fin naufragaron en la costa de África, en algún lugar situado, creo, en las cercanías de lo que es ahora la bahía de Delagoa, o más bien al norte de ésta. El y su mujer se salvaron, y todo lo que quedaba de su séquito fue destruido, de una u otra manera. Allí sufrieron grandes penalidades, pero al fin fueron albergados por la poderosa reina de un pueblo salvaje, una mujer blanca de singular belleza y encanto, la cual (en circunstancias que no voy a explicar, pero que algún día conocerás, si vives, por el contenido del cofre) asesinó por último a mi antepasado Calícrates. Su mujer, empero, logró escapar a Atenas, no sé cómo, llevando a su hijo recién nacido, al cual llamó Tisístenes, o sea el Poderoso Vengador. Pasados más de quinientos años, la familia emigró a Roma en circunstancias que no han dejado huella alguna. Allí, probablemente con la intención de preservar la idea de venganza que hallamos expuesta en el nombre de Tisístenes, aparecen asumiendo con bastante regularidad el apellido de Vindex, o Vengador. En Roma permanecen otros cinco siglos o más, hasta cerca del 770 d. C, cuando Carlomagno invade Lombardía, donde estaban establecidos; por entonces, el jefe de la familia parece haberse unido al gran emperador y retornó con él a través de los Alpes. Por fin, fijó su residencia en Bretaña. Ocho generaciones más tarde, su descendiente en línea directa cruzó a Inglaterra durante el reinado de Eduardo el Confesor, y en tiempos de Guillermo el Conquistador obtuvo grandes honores y poder. Desde aquella época hasta nuestros días, puedo trazar mi ascendencia sin interrupción. No es que los Vincey (ésta fue la corrupción final del nombre después que sus poseedores fijaron sus raíces en el suelo inglés) se hayan distinguido particularmente... Nunca estuvieron en un plano muy prominente. A veces fueron soldados, y otras comerciantes; pero en conjunto conservaron un indudable nivel de respetabilidad, y un grado aún más indudable de mediocridad. Desde la época de Carlos II hasta el comienzo del presente siglo, fueron comerciantes. Hacia 1790, mi abuelo amasó una considerable fortuna elaborando cerveza y se retiró. Murió en 1821, sucediéndolo mi padre, que dilapidó la mayor parte del dinero. Hace diez años murió también, dejándome unos ingresos netos de alrededor de dos mil libras<sup>[11]</sup> al año. Fue entonces cuando emprendí una expedición relacionada con *esto* —mi amigo señaló el cofre de hierro—, que termino desastrosamente por cierto. En mi viaje de regreso atravesé el sur de Europa y finalmente llegué a Atenas. Allí conocí a mi amada esposa, que muy bien podría haber

sido llamada «la Bella» como mi antiguo antepasado griego. Allí me casé con ella y allí, un año después, al nacer mi hijo, ella murió.

Hizo una pausa, apoyó la cabeza sobre su mano, y luego prosiguió:

—Mi boda me había apartado de un proyecto que no puedo emprender ahora. ¡No tengo tiempo, Holly..., no tengo tiempo! Un día, si aceptas mi encargo, lo sabrás todo. Tras la muerte de mi esposa, volví a pensar en este proyecto. Pero primero era necesario, o al menos yo imaginaba que era necesario, que adquiriese un conocimiento perfecto de los dialectos orientales, especialmente el árabe. Vine a la universidad para facilitar mis estudios. Sin embargo, muy pronto avanzó mi enfermedad y ahora todo va a terminar para mí.

Y como para añadir énfasis a sus palabras, estalló en otro terrible acceso de tos. Le di otro poco de whisky y después de descansar prosiguió:

—Nunca ha vuelto a ver a mi chico Leo, desde que era un bebé. Nunca pude soportar el verlo, aunque me cuentan que es un niño vivaz y hermoso. En este sobre —sacó de su bolsillo una carta dirigida a mí— he anotado el método que quiero que sigas en la educación del muchacho. Es un tanto peculiar. De todos modos, no quiero confiarla a un extraño. Una vez más, ¿querrías comprometerte a ello?

—Primero debo saber a qué me comprometo —respondí.

—Debes comprometerte a tener al muchacho, Leo, y vivir con él hasta que cumpla los veinticinco años de edad... sin enviarlo a un colegio, recuerda. Al cumplir veinticinco años terminará tu tutela, y entonces, con las llaves que te entrego ahora (al decir esto las colocó sobre la mesa) abrirás el cofre de hierro y le permitirás ver y leer el contenido, tras lo cual deberá decir si desea emprender la búsqueda. No está obligado a hacerlo. Y ahora, en lo que respecta a las condiciones; mis ingresos actuales se elevan a dos mil doscientas libras al año. La mitad de esta renta está destinada a ti de forma vitalicia en mi testamento, a condición de que tomes a tu cargo el tutelaje..., es decir, mil libras al año de remuneración para ti, pura que puedas dedicar tu vida al empeño, y cien más al año para pagar el pupilaje del muchacho. El resto deberá acumularse hasta que Leo tenga veinticinco años, de modo que pueda disponer de una suma de dinero si desea emprender la búsqueda de que he hablado.

—¿Y en el caso de que yo muera? —pregunté.

—Entonces el muchacho quedará bajo la tutela del Estado y deberá aceptar su suerte. Únicamente te ruego que no olvides legarle el cofre de hierro en tu testamento. Escucha, Holly, no te niegues a mi pedido. Créeme, será beneficioso para ti. No estás hecho para mezclarte con el mundo..., que sólo podría amargarte. Dentro de pocas semanas te convertirás en miembro de la junta de gobierno de tu colegio mayor, y la

renta que obtendrás de ello, combinada con la que te he dejado, te permitirá llevar una vida de ocio erudito, alternado con los deportes, a los cuales eres tan aficionado y que tan bien te cuadran.

Hizo una pausa y me miró ansiosamente, pero yo todavía vacilaba. El encargo parecía sumamente extraño.

—Hazlo por mí, Holly. Hemos sido buenos amigos, y no tengo tiempo para hacer otros arreglos.

—Muy bien. Lo haré, con tal que no haya nada en este papel que me haga cambiar de idea —dije, tocando el sobre que había depositado sobre la mesa junto a las llaves.

—Gracias, Holly, gracias. Nada hay en él que pueda hacerte variar de opinión. Y ahora júrame por Dios que serás un padre para el muchacho, y que seguirás mis instrucciones al pie de la letra.

—Lo juro —contesté solemnemente.

—Muy bien. Recuerda que quizá algún día te exigiré el cumplimiento de tu promesa, porque aunque esté muerto y olvidado, aún seguiré vivo. La muerte no existe, Holly; sólo es un cambio. Y, como quizá podrás comprender en el futuro, creo que incluso ese cambio puede ser indefinidamente postergado, bajo determinadas circunstancias.

Otra vez prorrumpió en uno de sus espantosos accesos de tos.

—Bueno, tengo que irme —dijo—. Tienes el cofre, y mi testamento se halla entre mis papeles; bajo su mandato el niño deberá ser entregado a tu custodia. Serás bien pagado, Holly, y sé que eres honesto; pero, si traicionas mi confianza, por el Cielo que te perseguiré desde el más allá.

No dije nada, porque en verdad me hallaba demasiado aturdido para poder hablar.

Levantó la bujía y se miró en el espejo. Tenía un rostro hermoso, pero la enfermedad lo había devastado.

—Alimento para los gusanos —dijo—. Es curioso pensar que dentro de unas pocas horas estaré rígido y frío... Concluida la jornada, la pequeña partida ha terminado. ¡Ay de mí, Holly! La vida no vale la pena ser vivida, salvo cuando uno ama...; la mía, al menos, no mereció la pena; pero la de Leo, mi muchacho, puede valer, si tiene el coraje y la fe. ¡Adiós, amigo mío!

Con súbito movimiento de ternura, me rodeó con su brazo y me besó en la frente. Luego se volvió para irse.

—Espera, Vincey —dije—. Si estás tan enfermo como dices, será mejor que me dejes ir a buscar un médico.

—No, no —contestó seriamente—. Prométeme que no lo harás. Voy a morir y,



como las ratas envenenadas, quiero morir solo.

—No puedo creer que vayas a hacer algo semejante —contesté.

Él sonrió y se fue, con la palabra «Recuerda» en sus labios. Por mi parte, me senté mientras restregaba mis ojos preguntándome si había soñado. Como esta suposición era inverosímil, la deseché y comencé a pensar que Vincey debía de estar bebido. Sabía que estaba y había estado muy enfermo, pero aún así parecía imposible que estuviese en condiciones de saber con certeza que no viviría más allá de esa noche. Si estuviese tan cerca de la muerte era seguramente poco probable que hubiese podido caminar cargado con una pesada caja de hierro. La historia, al reflexionar sobre ella, parecía completamente increíble, pues entonces no tenía edad suficiente como para saber que acaecen en el mundo muchas cosas que el sentido común del hombre medio da por sentado que son tan improbables hasta el punto de ser absolutamente imposibles. Éste es un hecho que sólo recientemente he conocido a fondo. ¿Era probable que un hombre tuviese un hijo de cinco años de edad al cual nunca había visto desde que era un bebé? No. ¿Era probable que pudiese predecir su propia muerte con tal exactitud? No. ¿Era probable que pudiese trazar su progenie hasta más de tres siglos antes de Cristo, o que pudiese confiar súbitamente la absoluta tutela de su hijo y dejar la mitad de su fortuna a un amigo y discípulo? Ciertamente no. Claro que Vincey debía de estar bebido o loco. Y, si esto era así, ¿qué significaba aquello? ¿Y qué había en el cofre de hierro sellado?

Todo el asunto me desconcertaba y dejaba perplejo hasta tal punto, que al final no pude soportarlo más tiempo y decidí consultarlo con la almohada. Entonces me levanté de un salto y, habiendo depositado las llaves y la carta que Vincey me había dejado en un cajón de mi escritorio, oculté el cofre de hierro en una espaciosa maleta. Luego me fui a la cama y rápidamente me quedé profundamente dormido.

Me parecía que había dormido sólo unos pocos minutos, cuando fui despertado por alguien que me llamaba. Me levanté restregándome los ojos; era completamente de día: las ocho, para ser exactos.

—¡Vaya! ¿Qué te pasa, John? —pregunté al criado que nos atendía, tanto a Vincey como a mí—. ¡Tienes aspecto de haber visto un fantasma!

—Sí, señor, eso es lo que he visto —contestó—. Al menos he visto un cadáver, que es peor. ¡Fui a llamar al señor Vincey, como de costumbre, y allí yacía, tieso y muerto!

## II

### *Pasan los años*

Como podía esperarse, la súbita muerte del pobre Vincey creó un gran alboroto en la universidad, pero como se sabía que estaba muy enfermo y que se extendería un certificado médico satisfactorio, no hubo investigación alguna. Esas indagaciones judiciales no eran muy del agrado de la gente en aquellos tiempos, al contrario de lo que sucede ahora; en realidad eran mal vistas generalmente, a causa del escándalo. En esas circunstancias, al no haberseme planteado preguntas, no me sentí llamado a proporcionar ninguna información voluntaria acerca de nuestra entrevista en la noche del deceso de Vincey, salvo mencionar que había venido a verme a mis habitaciones, como lo hacía a menudo. El día del funeral un abogado vino de Londres y acompañó los restos de mi pobre amigo hasta la tumba. Después regresó llevándose sus papeles y efectos, salvo, por supuesto, el cofre de hierro que había quedado bajo mi custodia. Hasta después de una semana no volví a oír nada sobre el asunto y, en realidad, mi atención estuvo ocupada ampliamente en otras direcciones, porque estaba preparando mi licenciatura, un hecho que me había impedido asistir al funeral o ver al abogado. Por fin, sin embargo, el examen concluyó y volví a mis habitaciones, donde me hundi en una poltrona con la feliz sensación de que lo había pasado favorablemente.

Muy pronto, empero, mis pensamientos volvieron —al estar descargados de la urgencia que los había presionado en una única dirección durante los últimos días— a los acontecimientos de la noche en que había muerto el pobre Vincey; otra vez me pregunté qué significaba todo aquello, y me pregunté si volvería a oír algo más sobre el asunto, y, si esto no era así, cuál sería mi obligación respecto a lo que debía hacer con el curioso cofre de hierro. Permanecí sentado pensando, pensando, y comencé a sentirme cada vez más desasosegado acerca de todo lo ocurrido durante la misteriosa

visita nocturna, así como acerca de la profecía de la muerte tan prontamente cumplida y del solemne juramento que había hecho, del cual Vincey había prometido pedirme cuentas en otro mundo diferente a éste. ¿Había aquel hombre cometido un suicidio? Eso parecía. ¿Y cuál era la búsqueda de que había hablado? Las circunstancias eran pavorosas; tanto que, a pesar de que yo no soy nada nervioso o inclinado a alarmarme por nada, aquello parecía atravesar las fronteras de lo natural. Por ello empecé a sentir temor, hasta desear no haber tenido nada que ver con lo sucedido. ¡Cuánto más lo deseo ahora, cerca de veinte años después!

Mientras estaba sentado con mis pensamientos, dieron un golpe en la puerta y me fue entregada una carta, en un gran sobre azul. De una ojeada advertí que se trataba de la carta de un abogado, y un instinto me dijo que estaba relacionada con mi encargo. La carta, que todavía conservo, rezaba como sigue:

«Señor: Nuestro cliente, el fallecido M. L. Vincey, Esq.<sup>[12]</sup>, que murió el 9 del corriente en el colegio mayor..., Cambridge, ha dejado un testamento, copia del cual tenemos el placer de adjuntarle, y del que somos albaceas. De acuerdo con esta última voluntad, usted percibirá una renta vitalicia equivalente a la mitad, aproximadamente, de las propiedades del señor Vincey, actualmente invertidas en acciones consolidadas. Este legado está sujeto a la aceptación de la tutela de su único hijo, Leo Vincey, que actualmente es un niño de cinco años de edad. De no haber redactado nosotros el documento, en obediencia a las claras y precisas instrucciones del señor Vincey, tanto verbales como escritas, y de no habernos él asegurado que tenía muy buenas razones para obrar de este modo, nos veríamos obligados a decirle a usted que las disposiciones del testamento nos parecen de una naturaleza tan insólita, que nos hubiéramos sentido obligados a recurrir al Tribunal del Estado para que éste diera los pasos que juzgara convenientes, ya sea recusando la capacidad del testador o, de otro modo, salvaguardando los intereses del niño. Pero, sabiendo que el testador era un caballero de la mayor capacidad e inteligencia y que no tenía ningún familiar en vida a quien confiar la custodia del niño, no creemos necesario seguir ese procedimiento.

A la espera de las instrucciones que tenga a bien enviarnos en lo que respecta a la entrega del niño y el pago de la porción de los dividendos que le corresponden a usted, quedamos, señor, a su disposición,

GEOFFREY Y JORDAN.

Horace L. Holly, Esq».

Puse a un lado la carta y posé la mirada en el testamento, que parecía, aparte de su absoluta ininteligibilidad, haber sido redactado según los más estrictos principios legales. Sin embargo, hasta donde alcanzaba a comprender, el testamento confirmaba exactamente lo que mi amigo Vincey me había dicho la noche de su muerte. Luego era verdad, después de todo. Debía recibir al muchacho. De pronto recordé la carta que Vincey había dejado junto con el cofre. Fui a buscarla y la abrí. Sólo contenía las instrucciones que ya me había dado, para abrir el cofre cuando Leo cumpliera los veinticinco años, y especificaba los planes para la educación del muchacho, que incluían el griego, las matemáticas superiores y el *árabe*. Al final había una posdata, según la cual, si el muchacho moría antes de alcanzar los veinticinco años —algo que no creía fuese el caso, por otra parte—, yo tenía que abrir el cofre y actuar (de acuerdo a la información que obtuviera) según lo considerase conveniente. Si no lo consideraba así, debía destruir todo el contenido. En ningún caso debía entregarlo a un extraño.

Como esta carta no añadía nada sustancial a mis conocimientos, y por cierto no suscitaba mayores objeciones en mi mente para emprender la tarea que había prometido emprender a mi amigo muerto, sólo quedaba un camino abierto para mí: escribir a los señores Geoffrey y Jordán comunicándoles que aceptaba esa misión, señalando que deseaba comenzar mi tutela sobre Leo dentro de diez días. Hecho esto, me dirigí a las autoridades de la universidad y, habiéndoles relatado lo que consideré oportuno (lo cual no era mucho), logré persuadirlos de que incumplieran ligeramente el reglamento, lo que conseguí tras grandes dificultades, y que en caso de obtener mi grado académico —lo cual era sumamente probable— me dejaran tener al niño conmigo. Su consentimiento fue otorgado con la condición de que abandonara mis habitaciones en el colegio y buscara otro alojamiento. Así lo hice, y tras alguna dificultad logré obtener unas habitaciones muy buenas cerca de las puertas de la universidad. El paso siguiente fue hallar una niñera. En este punto llegué a una decisión. No quería que una mujer se enseñoreara del niño y me quitase su afecto. El muchacho era ya lo suficientemente crecido para no necesitar la asistencia femenina, por lo cual me puse a buscar un apropiado servidor masculino. Con alguna dificultad logré contratar un joven respetable de cara redonda, que había sido ayudante en la cuadra de un coto de caza, pero que afirmaba tener diecisiete hermanos, y que por lo tanto estaba acostumbrado a los usos infantiles, manifestándose gustoso de tomar a su cargo al amo Leo cuando llegase. Entonces llevé el cofre de hierro a la ciudad y con mis propias manos lo deposité en mi banco. Luego compré algunos libros que trataban de la salud y la educación de los niños y los leí, primero para mí y luego en

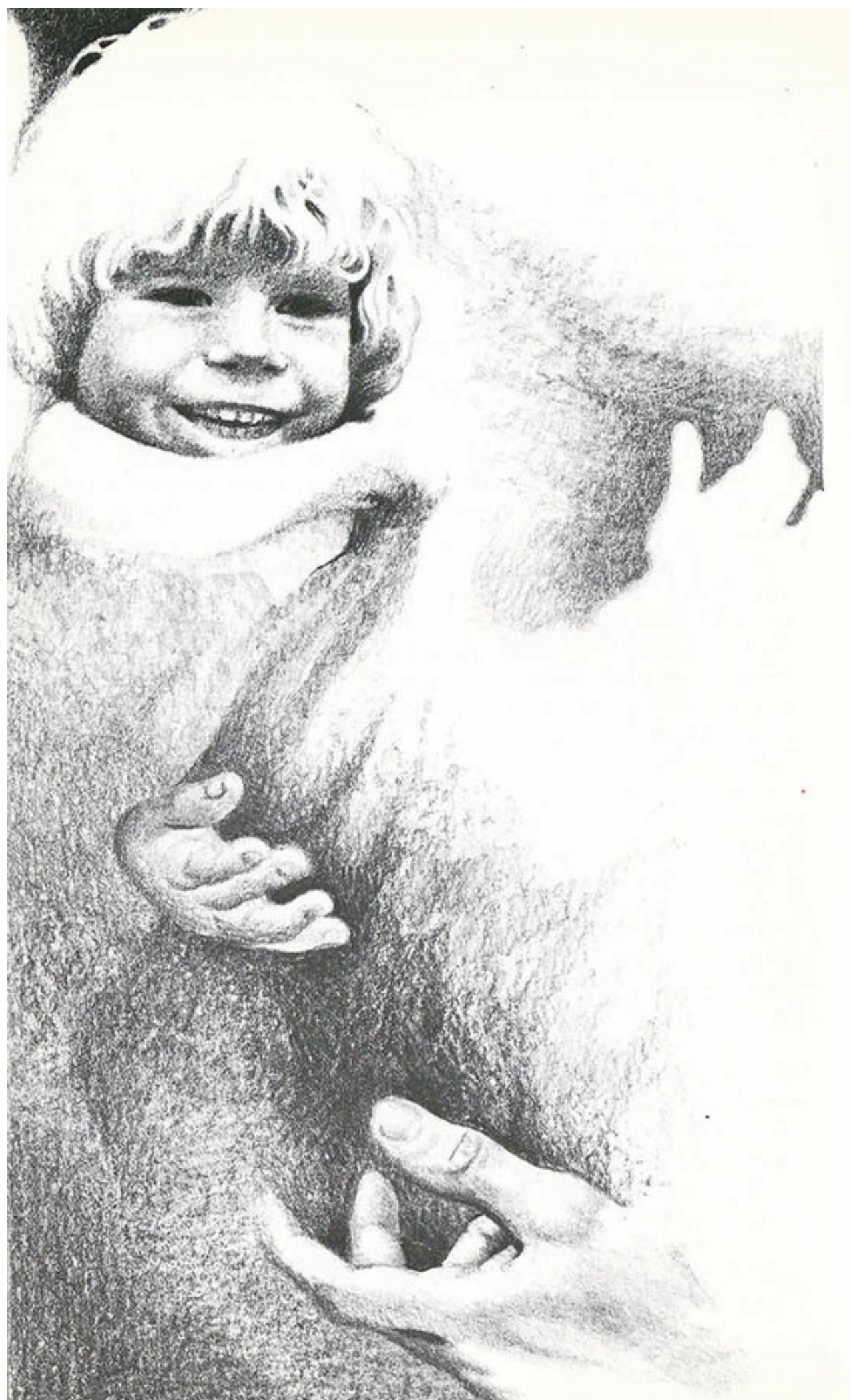
voz alta para Job (éste era el nombre del joven), tras lo cual sólo restaba esperar.

Finalmente el niño llegó, al cuidado de una anciana que lloraba amargamente al separarse de él; por cierto que era un hermoso muchacho. Verdaderamente, no creo que haya visto nunca un niño tan perfecto. Sus ojos eran grises, su frente amplia, y su rostro, aun a esa temprana edad, de un perfil tan puro como un camafeo, sin ser estrecho o delgado. Pero quizá su rasgo más atractivo era el cabello, del color del oro puro, en compactos rizos sobre su bien formada cabeza. Lloró un poco cuando su niñera se separó al fin, a regañadientes, y lo dejó con nosotros. Nunca olvidaré la escena. Estaba de pie, con el sol que entraba por la ventana sobre sus dorados rizos, con su puño apretado sobre un ojo, mientras nos observaba con el otro. Yo estaba sentado en una silla, y extendí mi mano hacia él para inducirlo a venir conmigo, mientras Job, en un rincón, hacía un ruido parecido a un cloqueo, el cual, de acuerdo con su previa experiencia, o por su analogía con el producido por las gallinas, juzgaba que producía un efecto tranquilizador e inspirador de confianza en la mente infantil. También hacía galopar a un caballo de madera particularmente horrible hacia atrás y hacia adelante, de una manera sumamente necia que se acercaba a la sandez. Esto duró algunos minutos, tras lo cual, repentinamente, el mocito abrió sus pequeños brazos y corrió hacia mí.

—Me gustas —dijo—. Eres feo pero bueno.

Diez minutos después estaba comiendo grandes rebanadas de pan con mantequilla, dando muestras de satisfacción; Job quería poner mermelada en su pan, pero le recordé severamente las excelentes obras que habíamos leído y se lo prohibí.

En un lapso muy breve (porque, como esperaba, obtuve mi licenciatura) el chico se convirtió en el favorito de la universidad —donde a pesar de todas las órdenes y reglamentaciones que lo impedían, seguía entrando y saliendo sin cesar—, una especie de libertino privilegiado, en cuyo favor todas las reglas se aflojaban. Los ofrecimientos ante su altar eran sencillamente innumerables, y tuve serias diferencias de opinión con un viejo cofrade residente, muerto hace ya mucho tiempo, generalmente considerado como el hombre de más mal genio de la universidad y que además aborrecía hasta la vista de un niño.



Entonces descubrí, cuando frecuentes enfermedades y recaídas del niño obligaron a Job a ejercer una estricta vigilancia sobre el niño, que este anciano, violando sus principios, tenía la costumbre de atraer a Leo a sus habitaciones y allí atiborrarlo con cantidades ilimitadas de golosinas, haciéndole prometer que no diría nada de ello. Job le dijo que debería sentirse avergonzado de sí mismo, «a su edad, por añadidura, cuando debería ser abuelo, si hubiese hecho lo que debía» —con lo cual Job quería dar a entender que debería haberse casado— y de allí en adelante creció la reyerta.

Pero no tengo tiempo para extenderme acerca de estos años deliciosos, en torno a los cuales la memoria aún se suspende con ternura. Uno a uno, los años fueron pasando, y a medida que pasaban ambos crecimos queriéndonos cada vez más. Pocos hijos han sido amados como yo amé a Leo, y pocos padres conocieron el afecto profundo y permanente que Leo experimentaba por mí.

El niño se transformó en muchacho, y el muchacho en joven, a medida que los años se deslizaban uno a uno inexorablemente; y mientras crecía y se desarrollaba, también hacían lo propio su belleza física y mental. Cuando contaba ya unos quince años, en todo el colegio lo llamaban la Beldad, y a mí me apodaron la Bestia<sup>[13]</sup>. La Beldad y la Bestia nos llamaban cuando salíamos a pasear juntos, cosa que acostumbrábamos hacer todos los días. Una vez Leo atacó a un hombre grande y rollizo, mozo de una carnicería, que era dos veces más grande que él, porque había canturreado ese mote, y le dio una zurra, una zurra cabal. Yo seguí caminando y pretendí que no veía nada, hasta que el combate se volvió demasiado excitante: entonces me di vuelta y aplaudí su victoria. Fue el comentario del colegio por ese tiempo, pero no pude evitarlo. Cuando fue un poco mayor, los estudiantes hallaron nuevos nombres para nosotros. Me llamaron Caronte, y a Leo, ¡el Dios Griego! Pasaré por alto mi propio apelativo señalando humildemente que nunca había sido guapo y que la cosa no mejoró a medida que me hice mayor; por lo que a Leo respecta, no

había dudas sobre lo adecuado del mote. Leo, a los veintiún años, podría haber posado para una estatua del joven Apolo. Nunca vi a nadie que pudiera asemejarsele en hermosura, o que se vanagloriara menos de ella. En cuanto a su inteligencia era brillante y su ingenio agudo, pero no era un erudito. Carecía de la insulsez necesaria para ello. Habíamos seguido las instrucciones de su padre respecto a su educación con total rigor y, en conjunto, los resultados —especialmente en las materias de griego y árabe— eran satisfactorios. Estudié esta última lengua para ayudarle en su aprendizaje, pero al cabo de cinco años sabía tanto como yo..., casi tanto como el profesor que nos enseñaba a ambos. Yo siempre había sido un gran deportista —era mi única pasión— y cada otoño nos marchábamos a algún lugar a cazar o pescar, a veces a Escocia, a veces a Noruega y una vez incluso a Rusia. Soy un buen tirador, pero incluso en esto Leo aprendió a superarme.

Cuando Leo cumplió dieciocho años, regresé a mis habitaciones de la universidad y lo hice entrar en mi propio colegio mayor. A los veintiuno se graduó. Un diploma respetable, pero no muy elevado. Fue entonces cuando por primera vez le conté algo de su propia historia, y del misterio que se le presentaba. Por supuesto sintió gran curiosidad; pero le expliqué que su curiosidad no podía ser satisfecha por el momento. Tras esto, para matar el tiempo, le sugerí que estudiase abogacía; así lo hizo, siguiendo sus clases en Cambridge y yendo solamente a Londres para cenar.

Sólo un problema había con él, y era que cada mujer joven que se cruzaba con Leo, o al menos la mayoría de ellas, insistía en enamorarse del muchacho. De ahí que surgieran dificultades que no necesito mencionar aquí, a pesar de que ocasionaron bastantes problemas en su momento. En conjunto, Leo se conducía extraordinariamente bien; no puedo decir lo contrario.

Y así llegó el momento en que por fin cumplió veinticinco años. En aquella fecha comenzó realmente esta extraña y, en algunos aspectos, terrible historia.



### III

#### *El ánfora de Amenartas*

La víspera de la fecha en que Leo cumplía veinticinco años, ambos viajamos a Londres y retiramos el misterioso cofre del banco donde yo lo había depositado veinte años atrás. Lo trajo, recuerdo, el mismo empleado que lo había recibido. Recordaba perfectamente dónde lo había guardado. De no ser así, dijo, habría tenido dificultades para hallarlo, porque estaba completamente cubierto de telarañas.

Por la tarde regresamos con nuestra preciosa carga a Cambridge, y pienso que, si ambos hubiéramos regalado lo que dormimos aquella noche, no hubiéramos perdido nada. Al amanecer Leo pasó a mi cuarto en bata y sugirió que entrásemos en materia inmediatamente. Rechacé desdeñosamente la idea como una muestra de indigna curiosidad. El cofre había esperado veinte años, dije, y por tanto muy bien podía seguir esperando hasta después del desayuno. En efecto, desayunamos a las nueve..., a las nueve en punto, con inusual puntualidad. Tan ocupado estaba con mis pensamientos, que lamento constatar que puse una loncha de jamón en el té de Leo, en lugar de un terrón de azúcar. También Job, que por supuesto se había contagiado de la excitación, se las arregló para romper el asa de mi taza de té de porcelana de Sévres, que era idéntica, según creo, a la que Marat<sup>[14]</sup> estaba usando momentos antes de que lo apuñalaran en el baño.

Por fin, sin embargo, se retiró el servicio del desayuno, y Job, a petición mía, fue a buscar el cofre y lo colocó sobre la mesa de una manera más bien cautelosa, como si le tuviese desconfianza. Luego, se dispuso a abandonar la habitación.

—Espera un momento, Job —dije—. Si el señor Leo no se opone, yo preferiría tener un testimonio independiente en este asunto, alguien en quien se pudiera confiar que mantuviese la boca cerrada, a menos que se le pida que hable.

—Desde luego, tío Horace —respondió Leo; porque yo lo había acostumbrado a llamarme tío, aunque él solía variar los apelativos, a veces en forma poco respetuosa, llamándome «viejo compañero» y hasta «mi pariente avuncular»<sup>[15]</sup>.

Job se llevó la mano a la frente, al no llevar sombrero.

—Cierra la puerta, Job —dije—, y tráeme mi caja de documentos.

Obedeció y yo extraje de la caja aquellas llaves que el pobre Vincey, el padre de Leo, me había dado la noche de su muerte. Había tres: la más grande era una llave comparativamente moderna; la segunda, sumamente antigua; y la tercera era enteramente distinta a cualquier objeto de esa clase que hubiésemos visto antes. Aparentemente estaba confeccionada con un lingote de plata maciza, con una barra cruzada a modo de asa, donde aparecían algunas muescas cortadas en el borde. Se parecía más a un modelo de llave de ferrocarril antediluviana que a cualquier otra cosa.

—Bien, ¿estáis listos los dos? —dije, como alguien que está a punto de hacer explotar una mina.

No hubo respuesta, por lo que tomé la llave grande, la lubriqué con un poco de aceite de ensalada en las guardas y, tras uno o dos intentos fallidos porque mis manos temblaban, conseguí ajustarla y hacer girar la cerradura. Leo se inclinó y cogió la maciza tapa con ambas manos, y de un tirón, porque los goznes estaban enmohecidos, la levantó. Su apertura reveló otra caja cubierta de polvo. Ésta se pudo extraer del cofre de hierro sin ninguna dificultad, y quitamos la suciedad acumulada durante años con un cepillo de ropa.

Era, o aparentaba ser, de ébano o de alguna otra madera negra de grano apretado, y estaba sujeta en todas direcciones con flejes de hierro. Su antigüedad debía de ser muy grande, porque la densa y pesada madera estaba ya parcialmente comenzando a desmenuzarse por su vejez.

—Ahora ésta —dije, introduciendo la segunda llave.

Job y Leo se inclinaron hacia adelante, en silenciosa expectación. La llave giró y, al echar atrás la tapa, proferimos una exclamación. No era de extrañar: dentro de la caja de ébano había una maravillosa arquilla de plata, de alrededor de doce pulgadas de ancho por ocho de altura. Parecía ser de elaboración egipcia, porque las cuatro patas estaban formadas por esfinges, y la tapa en forma de cúpula también estaba coronada por una esfinge. La arquilla, por supuesto, estaba muy manchada y abollada por su vejez, pero por lo demás se conservaba en perfecto estado.



Saqué la arquilla y la puse sobre la mesa; entonces, en medio del más perfecto silencio, introduje la extraña llave de plata y la moví a uno y otro lado, hasta que la cerradura cedió y la arquilla se abrió ante nosotros. Estaba llena hasta los bordes de un cierto material desmenuzado de color castaño, más parecido a una fibra vegetal que al papel, y cuya naturaleza nunca he podido descubrir. Lo removí cuidadosamente hasta una profundidad de unas tres pulgadas, hasta descubrir una carta encerrada en un sobre de aspecto moderno, cuya escritura era la de mi difunto amigo Vincey. Estaba así dirigida:

*«A mi hijo Leo, si vive para abrir esta arquilla».*

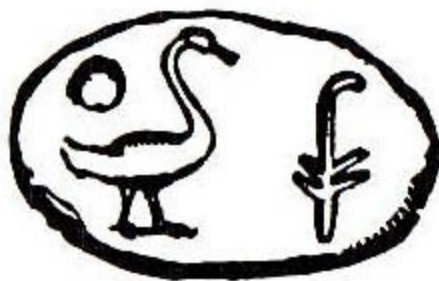
Tendí la carta a Leo, que echó una ojeada al sobre y luego lo puso sobre la mesa, mientras me sugería que siguiese vaciando la arquilla.

El siguiente objeto que encontré fue un pergamino cuidadosamente enrollado. Lo desenrollé, y al ver que también estaba escrito por Vincey y encabezado: «Traducción del manuscrito griego uncial<sup>[16]</sup> del fragmento de vasija», lo puse junto a la carta. Luego seguía otro antiguo rollo de pergamino, que se había puesto amarillo y arrugado por el paso de los años. También lo desenrollé. Parecía una traducción del mismo original griego, pero en latín y letras góticas, y que a primera vista me pareció que se remontaba a los comienzos del siglo XVI por su estilo y caracteres. Inmediatamente debajo de este rollo yacía algo duro y pesado, envuelto en un lienzo amarillo, que reposaba sobre otra capa de la materia fibrosa. Lenta y cuidadosamente desenvolvimos el lienzo, apareciendo a la vista un fragmento de una vasija o tiesto muy grande, indudablemente muy antigua, de un color amarillo sucio. El fragmento, a mi juicio, había formado parte de una ánfora ordinaria, de tamaño mediano. Por lo demás, medía diez pulgadas y media de largo por siete de anchura, con un cuarto de pulgada de espesor. El lado convexo, que yacía sobre el fondo de la caja, estaba

densamente cubierto por una escritura en caracteres griegos unciales tardíos. Estaban borrados aquí y allá, pero en su mayor parte eran perfectamente legibles; la inscripción había sido ejecutada con el mayor cuidado, sin duda por medio de una pluma de caña, como la que solían usar los antiguos. No debo olvidar mencionar que, en alguna edad remota, este maravilloso fragmento se había roto en dos partes, y que había sido pegado por medio de cemento y ocho largos remaches. También había numerosas Inscripciones en el lado interior, pero éstas eran de carácter más errático, y evidentemente habían sido hechas por manos diferentes en diferentes épocas. De ellas y de lo escrito en el pergamino me propongo hablar luego.

—¿Hay algo más? —preguntó Leo, en una suerte de nervioso susurro.

Tanteé el interior y extraje algo duro, envuelto en un pequeño envoltorio de lienzo. Al abrirlo, hallamos primero una miniatura muy bella, hecha de marfil, y en segundo lugar un pequeño *scarabaeus*<sup>[17]</sup> de color chocolate, grabado así:



cuyos símbolos, como averiguamos después, significaban «Suten se Ra», que podría traducirse como «Real Hijo de Ra, o del Sol». La miniatura era un retrato de la madre griega de Leo... Una encantadora beldad de ojos oscuros. En su parte posterior se leía, con letra del pobre Vincey: «Mi amada esposa».

—Esto es todo —dije.

—Muy bien —contestó Leo, depositando sobre la mesa la miniatura, que había estado contemplando afectuosamente—; y ahora leamos la carta —y sin más rodeos rompió el sello, leyendo lo que sigue:

—«Leo, hijo mío: Cuando abras esta carta, si vives lo suficiente para hacerlo, habrás alcanzado la edad viril y yo estaré muerto desde hace mucho tiempo, absolutamente olvidado por casi todos los que me conocieron. Al leerla, recuerda que he existido y, por todo lo que se sabe, puede que aún exista; y que desde aquí, a través de esta unión de pluma y papel, estrecho tu mano a través del golfo de la muerte y mi voz te habla desde el silencio de la tumba. A pesar de que estoy muerto y tu mente no

guarda memoria de mí, aun así estoy contigo en esta hora en que me estás leyendo. Desde tu nacimiento hasta este día, he visto pocas veces tu rostro. Perdóname esto. Tu vida suplantó la de una mujer que yo amaba más de lo que las mujeres suelen ser amadas, y la amargura de ese hecho aún perdura. De haber vivido más, habría dominado este disparatado sentimiento, pero no estoy destinado a vivir. Mis sufrimientos físicos y mentales son superiores a mí, y cuando se hayan completado algunas pequeñas disposiciones que he tomado para tu futuro, tengo la intención de ponerles término. Quiera Dios perdonarme si yerro. De todos modos sólo podría vivir un año más, en el mejor de los casos».

—Entonces se suicidó —exclamé—. Lo había pensado.

—«Y ahora —Leo siguió leyendo, sin replicar— ya basta de hablar de mí. Lo que haya que decir te pertenece a ti, que vives, y no a mí, que estoy muerto y casi tan olvidado como si nunca hubiese existido. Holly, mi amigo (a quien, si acepta la misión, es mi intención confiarle tu custodia), te debe de haber contado algo de la extraordinaria antigüedad de tu raza. En el contenido de esta arquilla hallarás suficientes pruebas. La extraña leyenda que hallarás inscrita en el ánfora por tus remotos antepasados me fue comunicada por mi padre en su lecho de muerte y cobró una fuerte influencia en mi imaginación. Cuando sólo tenía diecinueve años de edad, decidí (como para su infortunio hizo uno de nuestros antepasados en tiempos de la reina Isabel<sup>[18]</sup>) investigar su verosimilitud. No voy a extenderme ahora en todo lo que me sucedió. Pero esto lo vi con mis propios ojos. En la costa africana, en una región hasta ahora inexplorada, a cierta distancia al norte del lugar donde el Zambeze desemboca en el mar, hay un promontorio en cuyo extremo se alza un pico cuya forma se parece a la cabeza de un negro, similar a la que menciona el manuscrito. Desembarqué allí y supe de labios de un nativo errante (que había sido expulsado de su tribu a causa de algún crimen que había cometido) que muy lejos, en el interior, había grandes montañas en forma de taza y cavernas rodeadas por inconmensurables ciénagas. Supe también que el pueblo que allí vivía hablaba un dialecto árabe y estaba gobernado por una *hermosa mujer blanca* que rara vez era vista por ellos, pero de la cual se contaba que tenía poder sobre todas las cosas vivas y muertas. Dos días después averigüé que el hombre había muerto de fiebres contraídas al cruzar las ciénagas, mientras yo mismo me vi forzado, por falta de provisiones y por los síntomas de la enfermedad que más tarde me postró, a retornar nuevamente a mi *dhow*<sup>[19]</sup>.

«Acerca de las aventuras que me sucedieron después no es necesario que hable.

Naufragué en la costa de Madagascar y fui rescatado unos meses más tarde por un barco inglés que me condujo a Adén, desde donde salí para Inglaterra con la intención de proseguir mi búsqueda tan pronto como hubiese hecho los preparativos necesarios. Durante mi viaje me detuve en Grecia y allí, pues *omnia vincit amor*<sup>[20]</sup>, conocí a tu querida madre y la desposé. Allí naciste tú y ella murió. Entonces fue cuando me asaltó mi última enfermedad y retorné aquí para morir. Pero aún esperaba contra toda esperanza y me puse a la tarea de aprender el árabe con la intención de volver, si mejoraba, a la costa de África, para resolver el misterio cuya tradición había vivido tantos siglos en nuestra familia. Pero no obtuve mejoría alguna, y en cuanto a mí concierne la historia ha terminado.

»Para ti, hijo mío, la historia no ha terminado todavía, y yo te entrego con ésta los resultados de mi labor, junto con las pruebas hereditarias de sus orígenes. Mi intención es proveer para que éstas no sean puestas en tus manos hasta que hayas alcanzado una edad en que seas capaz de juzgar por ti mismo si eliges investigar aquello que, si es verdadero, debe ser el misterio más grande del universo, o si lo pones a un lado como una fábula vana que tuvo su origen en el cerebro perturbado de una mujer.

»Yo no creo que sea una fábula; creo que, si esto puede ser redescubierto, hay un lugar donde las fuerzas vitales del mundo son visibles. La vida existe; ¿por qué no podrían existir entonces los medios para prolongarla eternamente? Pero no deseo prejuiciarte en relación con este asunto. Lee y juzga por ti mismo. Si te inclinas a emprender la búsqueda, he tomado las providencias necesarias para que no te falten medios. Si, por otra parte, llegas a la conclusión de que todo es una quimera, te conjuro entonces a que destruyas el ánfora y manuscritos y hagas que la causa de estas perturbaciones sea suprimida para siempre de nuestra estirpe. Quizá sea lo mejor. Lo desconocido es con frecuencia identificado con lo terrible, y no, como puede inferirse del proverbio, porque la superstición sea inherente al hombre, sino debido a que muy a menudo es verdaderamente terrible. El que ose desafiar las vastas y secretas fuerzas que animan al mundo puede muy bien caer víctima de ellas. Y si el fin es alcanzado, si al fin emerges de la prueba habiendo obtenido la belleza y la juventud eterna, desafiando al tiempo y al mal, elevándote sobre la natural decadencia de la carne y el intelecto, ¿quién podrá decir si el pavoroso cambio trae la felicidad? Elige, hijo mío, y que el poder que rige todas las cosas y que dice “hasta aquí puedes llegar, y hasta aquí puedes aprender”, te conduzca hacia tu propia felicidad y la felicidad del mundo, al cual, por cierto, en el caso de que tengas éxito, podrías algún día gobernar, por la pura

fuerza de una acumulada experiencia. ¡Adiós!»

Así terminaba bruscamente la carta, que no estaba fechada ni firmada.





ΟΥΑ ΑΝΤΙ  
ΙCΙCΟΕΝΙΚΑΝ ΙΚΡΑΤΕΙΤΟΥ  
ΑΙΩΙ

Lionel Vincy

Actate sua 17

ΚΙΑ  
ΤΙΕΚΟΕΝΗ ΑΗΙΕ  
ΚΟΤΙCΚΗΕΝΗ W  
ΚΟΛΙΚΡΥ ΤΙΤΝ  
ΤΕΟΙ ΟΥΕΛ... ΤΟΙΟΙ  
ΚΑΛΛΙΚΡΟΥΤΙC  
ΤΥΟΘΘΕΝΗC

ΛΑΤΙΝC  
VINDY

ROMAEIUS

C. CAECIL VINDEX

M. ANILIVS. VINDEX

SEX MARIVS MARVLIVS

C. FV FIDIVI C F VINDEX

LVI

ANIVS VINDEX  
VINDEX  
COMINVS  
VINDEX

LABERIA POMPEIANA Q SOSIVS PRINCIVS SENECIO VINDEX

LICINIVS FAVSTVS MACRINI VINDEX

MANLIA LVCILLA QNIVX MARVW VINDEX

AV

1800

SEX OTACILIVS NIVE

Handwritten text in a cursive script, likely a mix of Greek and Latin, covering the middle section of the parchment.

Life for us set for life was upon the east coast of Africa...  
galleon of...  
184

Now are more spirits in heaven and  
earth than are quadrants of my year  
on logophu Kovalis.

—¿Qué piensas de esto, tío Holly? —dijo Leo entrecortadamente, mientras volvía a dejar la carta sobre la mesa—. Habíamos estado buscando un misterio y por cierto que parece que hemos hallado uno.

—¿Qué quieres que diga? Nada, que tu pobre padre había perdido la cabeza, por supuesto —respondí con impertinencia—. Lo mismo supuse aquella noche, hace veinte años, cuando entró en mi cuarto. Ya ves que, evidentemente, el pobre hombre precipitó su propio fin. Es un completo disparate.

—¡Eso es, señor! —dijo Job con solemnidad.

Job era el más perfecto ejemplar de materialista dentro de una clase social conscientemente positivista.

—Bueno, veamos de todos modos qué tiene que decir la vasija —dijo Leo, cogiendo la traducción hecha por su padre, y comenzó a leer:

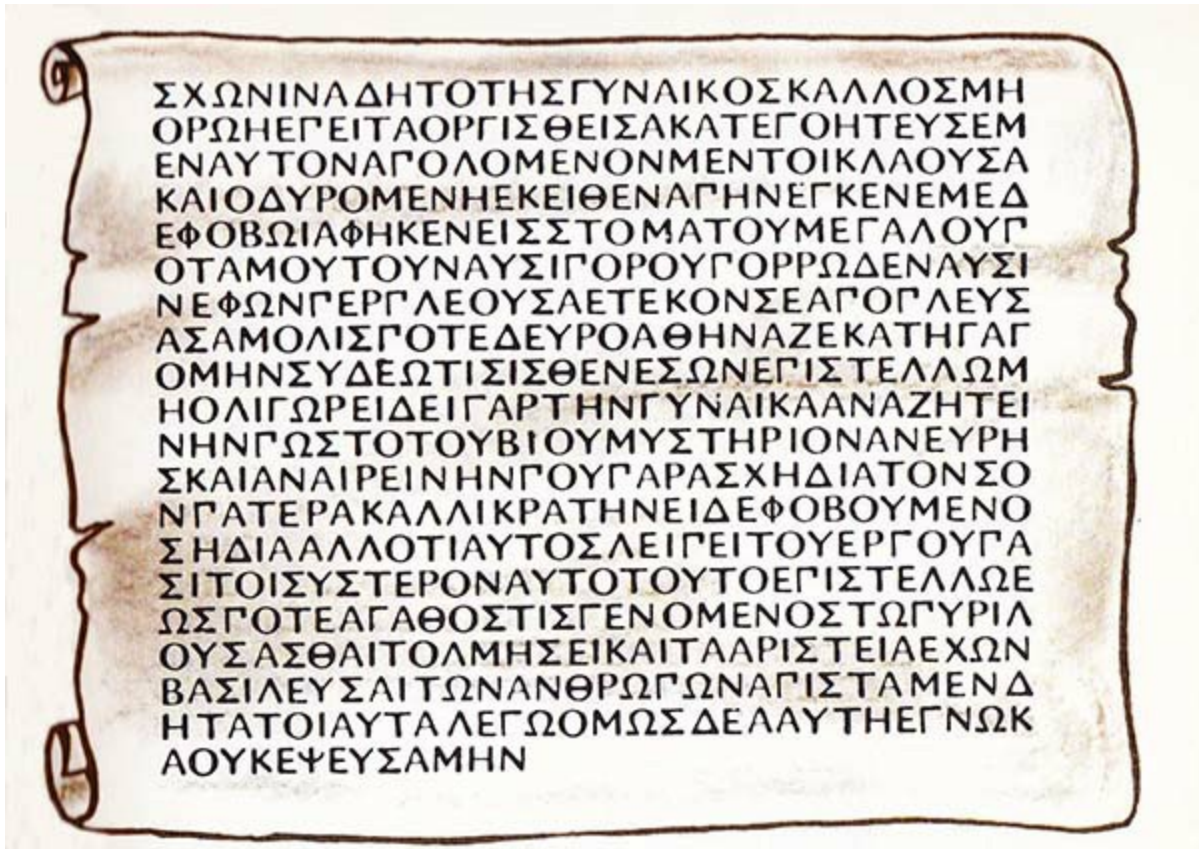
*«Yo, Amenartas, de la Casa Real de los Faraones de Egipto, esposa de Calícrates (el Hermoso en su Fuerza), sacerdote de Isis a quien los dioses aprecian y los demonios obedecen, en el momento de morir, a mi pequeño hijo Tisístenes (El Poderoso Vengador): Huí de Egipto con tu padre en los tiempos de Nectanebó<sup>[21]</sup>, haciendo que por amor rompiese los votos que había jurado. Huimos hacia el mediodía, cruzando las aguas, y erramos durante dos veces doce lunas por las costas de Libia (África) que miran hacia el sol naciente, donde junto a un río hay una gran roca esculpida como la cabeza de un etíope. Cuatro días navegamos por las aguas hasta la boca de un poderoso río, donde naufragamos y algunos se ahogaron y otros murieron de enfermedad. Pero a nosotros hombres salvajes nos llevaron a través de yermos y ciénagas donde las aves del mar ocultaban el cielo, llevándonos durante una jornada de diez días hasta que llegamos a una*

*montaña hueca, donde una gran ciudad había existido y ahora se hallaba en ruinas y donde hay cavernas cuyo fin ningún hombre ha visto; ellos nos condujeron ante la reina de los que coronan con vasijas a los extranjeros; ella es una maga que tiene el conocimiento de todas las cosas, de la vida y del encanto que no muere. Dirigió miradas de amor sobre tu padre Calícrates, y quiso matarme y tomarlo por esposo; pero él me amaba y la temía, rechazándola. Entonces ella nos tomó y nos condujo por terribles caminos, mediante magia negra, hasta donde se abre el gran pozo, en cuya boca yace el viejo filósofo muerto, y nos mostró el Pilar de la Vida que gira y nunca muere, cuya voz es la voz del trueno; y ella entró en las llamas y salió de allí incólume y aún más bella. Luego juró a tu padre que lo haría inmortal, al igual que ella, si él accedía a matarme y se le entregaba; porque ella no podía hacerme daño a causa de la magia de mi propio pueblo, que yo poseía y prevalecía sobre la suya. Y él puso sus manos sobre los ojos para guardarse de su belleza y se negó. Entonces, en su ira, ella lo hirió con su magia y él murió: pero ella lloró sobre su cuerpo y lo cubrió de lamentaciones: y, sintiéndose atemorizada, me hizo conducir hasta la boca del gran río a donde llegan los barcos; fui llevada lejos en los barcos, donde naciste, y luego aquí, a Atenas, donde llegué al fin, tras muchos viajes. Ahora te digo esto a ti, mi hijo, Tisístenes; busca a la mujer y aprende el secreto de la Vida y, si puedes hallar el medio, máatala, por tu padre Calícrates; y, si tienes miedo o fracasas, di esto que digo a toda tu progenie que venga después de ti, hasta que al fin se encuentre entre ellos un hombre valiente que se bañe en el fuego y se siente en el lugar de los Faraones. Hablo de estas cosas porque, aunque sean creencias pretéritas, yo las he conocido, y no miento».*

—Que el Señor la haya perdonado —gruñó Job, que había escuchado esta maravillosa narración con la boca abierta.

Por mi parte, no dije nada; mi primera idea había sido que mi pobre amigo, caído en la demencia, había compuesto todo el discurso, aunque era escasamente verosímil que semejante historia hubiera podido ser inventada por alguien. Era demasiado original. Para solventar mis dudas cogí la tinaja y comencé a leer la apretada escritura griega uncial trazada en ella: era un excelente griego de ese periodo, considerando que venía de la pluma de una egipcia. He aquí una transcripción exacta:

ΑΜΕΝΑΡΤΑΣ ΤΟΥ ΒΑΣΙΛΙΚΟΥ ΓΕΝΟΥΣ ΤΟΥ Α  
ΙΓΥΓΤΙΟΥ Η ΤΟΥ ΚΑΛΛΙΚΡΑΤΟΥ ΣΙΣΙΔΟΣ ΙΕΡ  
ΕΩΣ ΗΝ ΟΙ ΜΕΝ ΘΕΟΙ ΤΡΕΦΟΥΣΙ ΤΑ ΔΕ ΔΑΙΜΟ  
ΝΙΑ ΥΓΟΤΑΣΣΕΤΑΙ Η ΔΗ ΤΕΛΕΥΤΩΣ ΑΤΙΣΙΣ  
ΘΕΝΕΙ ΤΩ ΓΑΙ ΔΙΕΡΙΣ ΤΕΛΛΕΙ ΤΑ ΔΕ ΣΥΝΕΦΥΓΟ  
Ν ΓΑΡ ΓΟΤΕ ΕΚ ΤΗΣ ΑΙΓΥΓΤΙΑΣ ΕΡΙΝΕΚΤΑΝ ΕΒ  
ΟΥ ΜΕΤΑ ΤΟΥ ΣΟΥΓΑΤΡΟΣ ΔΙΑ ΤΟΝ ΕΡΩΤΑΤΟ  
Ν ΕΜΟΝ ΕΡΙΟΡΚΗΣΑΝΤΟΣ ΦΥΓΟΝΤΕΣ ΔΕ ΓΡΟ  
ΣΝΟΤΟΝ ΔΙΑΓΟΝΤΙΟΙΚΑΙ ΚΔΜΗΝΑΣ ΚΑΤΑ ΤΑ  
ΓΑΡ ΑΘΑΛΑΣΣΙΑ ΤΗΣ ΛΙΒΥΗΣ ΤΑ ΓΡΟΣΗΛΙΟΥ  
ΑΝΑΤΟΛΑΣ ΓΛΑΝΗΘΕΝΤΕΣ ΕΝΘΑ ΓΕΡΓΕΤΡΑ  
ΤΙΣ ΜΕΓΑΛΗ ΓΛΥΓΤΟΝ ΟΜΟΙΩΜΑΙ ΘΙΟΓΟΣ  
ΚΕΦΑΛΗΣ ΕΙΤΑ ΗΜΕΡΑΣ ΔΑΓΡΟΣ ΤΟΜΑΤΟΣ ΓΟ  
ΤΑ ΜΟΥ ΜΕΓΑΛΟΥ ΕΚΓΕΣΟΝΤΕΣ ΟΙ ΜΕΝ ΚΑΤΕ  
ΓΟΝΤΙΣ ΘΗΜΕΝΟΙ ΔΕ ΝΟΣΩ ΙΑΓΕΘΑΝ ΟΜΕΝΤ  
ΕΛΟΣ ΔΕ ΥΓΑΓΡΙΩΝ ΑΝΘΡΩΓΩΝ ΕΦΕΡΟΜΕΘΑ  
ΔΙΑ ΕΛΕΩΝΤΕ ΚΑΙ ΤΕΝΑ ΓΕΩΝ ΕΝΘΑ ΓΕΡΓΕΤΡΗΝ  
ΩΝ ΓΛΗΘΟΣ ΑΓΟΚΡΥΓΤΕΙ ΤΟΝ ΟΥΡΑΝΟΝ ΗΜ  
ΕΡΑΣΙ ΕΩΣ ΗΛΘΟΜΕΝ ΕΙΣ ΚΟΙΛΟΝ ΤΙΟΡΟΣ ΕΝ  
ΘΑ ΓΟΤΕ ΜΕΓΑΛΗ ΜΕΝ ΓΟΛΙΣ ΗΝ ΑΝΤΡΑ ΔΕ ΑΓ  
ΕΙΡΟΝ ΑΗΓΑΓΟΝ ΔΕ ΩΣ ΒΑΣΙΛΕΙΑΝ ΤΗΝ ΤΩΝ Ε  
ΕΝΟΥΣ ΧΥΤΡΑΙΣ ΣΤΕΦΑΝΟΥΝΤΩΝ ΗΤΙΣ ΜΑΓΕ  
ΙΑ ΜΕΝ ΕΧΡΗΤΟ ΕΓΙΣΤΗ ΜΗ ΔΕ ΓΑΝΤΩΝ ΚΑΙ Δ  
Η ΚΑΙ ΚΑΛΛΟΣ ΚΑΙ ΡΩΜΗΝ ΑΓΗΡΩΣ ΗΝ Η ΔΕ ΚΑ  
ΛΛΙΚΡΑΤΟΥΣ ΤΟΥ ΣΟΥΓΑΤΡΟΣ ΕΡΑΣΘΕΙΣ ΑΤ  
ΟΜΕΝ ΓΡΩΤΟΝ ΣΥΝΟΙΚΕΙΝ ΕΒΟΥΛΕΤΟ ΕΜΕ Δ  
ΕΑΝ ΕΛΕΙΝ ΕΓΕΙΤΑ ΩΣ ΟΥΚ ΑΝ ΕΓΕΙΘΕΝ ΕΜΕ ΓΑ  
ΡΥΓΕΡΕ ΦΙΛΕΙ ΚΑΙ ΤΗΝ ΞΕΝΗΝ ΕΦΟΒΕΙ ΤΟ ΑΓΗ  
ΓΑ ΓΕΝΗ ΜΑΣ ΥΓΟΜΑΓΕΙΑΣ ΚΑΘΟΔΟΥΣ ΣΦΑΛ  
ΕΡΑΣ ΕΝΘΑ ΤΟ ΒΑΡΑΘΡΟΝ ΤΟ ΜΕΓΑΛΟΥ ΚΑΤΑΣ  
ΤΟΜΑ ΕΚΕΙΤΟ Ο ΓΕΡΩΝ Ο ΦΙΛΟΣΟΦΟΣ ΤΕΘΝΕ  
ΩΣ ΑΦΙΚΟΜΕΝΟΙ ΣΔΕ ΔΕΙΞΕ ΦΩΣ ΤΟΥ ΒΙΟΥ ΕΥ  
ΘΥΟΙΟΝ ΚΙΟΝΑ ΕΙΣ ΣΟΜΕΝΟΝ ΦΩΝΗΝ ΙΕΝΤ  
ΑΚΑΘΑ ΓΕΡ ΒΡΟΝΤΗΣ ΕΙΤΑ ΔΙΑΓΥΡΟΣ ΒΕΒΗΚ  
ΥΙΑ ΒΛΑΒΗΣ ΚΑΙ ΕΤΙ ΚΑΛΛΙΩΝ ΑΥΤΗ ΕΑΥΤΗΣ  
ΕΞΕΦΑΝ ΗΚ ΔΕ ΤΟΥ ΤΩΝ ΩΜΟΣΕ ΚΑΙ ΤΟΝ ΣΟ  
Ν ΓΑΤΕΡΑ ΑΘΑΝΑΤΟΝ ΑΓΟ ΔΕΙΞΕΙΝ ΕΙΣΥΝΟΙΚ  
ΕΙΝΟΙ ΒΟΥΛΟΙ ΤΟ ΕΜΕ ΔΕ ΑΝ ΕΛΕΙΝ ΟΥΓΑΡ ΟΥ  
Ν ΑΥΤΗ ΑΝ ΕΛΕΙΝΙΣ ΧΥΕΝ ΥΓΟΤΩΝ ΗΜΕ ΔΑ ΓΩ  
ΝΗΝ ΚΑΙ ΑΥΤΗ ΕΧΩ ΜΑΓΕΙΑΣ ΟΔΟΥ ΔΕΝ ΤΙΜΑ  
ΛΛΟΝ ΗΘΕΛΕ ΤΩ ΧΕΙΡΕ ΤΩΝ ΟΜΜΑΤΩΝ ΓΡΟΙ



ΣΧΩΝΙΝΑ ΔΗΤΟΤΗΣ ΓΥΝΑΙΚΟΣ ΚΑΛΛΟΣ ΜΗ  
ΟΡΩ Η ΕΓΕΙΤΑ ΟΡΓΙΣΘΕΙΣ ΑΚΑΤΕΓΟΗΤΕΥΣ ΕΜ  
ΕΝ ΑΥΤΟΝ ΑΓΟΛΟΜΕΝΟΝ ΜΕΝΤΟΙΚΛΛΟΥΣΑ  
ΚΑΙ ΟΔΥΡΟΜΕΝΗ ΕΚΕΙΘΕΝ ΑΓΗΝΕΓΚΕΝ ΕΜΕ Δ  
ΕΦΟΒΩΙΑ ΦΗΚΕ ΝΕΙΣ ΣΤΟΜΑΤΟΥ ΜΕΓΑΛΟΥ Γ  
ΟΤΑ ΜΟΥ ΤΟΥΝΑΥΣΙ ΓΟΡΟΥ ΓΟΡΡΩ ΔΕΝΑΥΣΙ  
ΝΕΦΩΝ ΓΕΡΓΛΕΟΥΣ ΑΕΤΕ ΚΟΝΣΕ ΑΓΟΓΛΕΥΣ  
ΑΣΑΜΟΛΙΣ ΓΟΤΕ ΔΕΥΡΟΑΘΗΝΑ ΖΕΚΑΤΗ ΓΑΓ  
ΟΜΗΝ ΣΥΔΕΩΤΙΣΙΣΘΕΝΕΣ ΩΝΕΡΙΣ ΤΕΛΛΩΜ  
Η ΟΛΙΓΩΡΕΙ ΔΕΙΓΑΡ ΤΗΝ ΓΥΝΑΙΚΑ ΑΝΑΖΗΤΕΙ  
ΝΗΝ ΓΩΣ ΤΟ ΤΟΥ ΒΙΟΥ ΜΥΣΤΗΡΙΟΝ ΑΝΕΥΡΗ  
ΣΚΑΙΑΝ ΑΙΡΕΙΝ ΗΝ ΓΟΥΓΑΡΑΣ ΧΗΔΙΑ ΤΟΝ ΣΟ  
ΝΓΑΤΕΡΑ ΚΑΛΛΙΚΡΑΤΗΝ ΕΙΔΕΦΟΒΟΥΜΕΝΟ  
Σ ΗΔΙΑ ΑΛΛΟΤΙΑΥΤΟΣ ΛΕΙΓΕΙ ΤΟΥ ΕΡΓΟΥ ΓΑ  
ΣΙΤΟΙΣΥΣΤΕΡΟΝ ΑΥΤΟ ΤΟΥ ΤΟ ΕΓΙΣΤΕΛΛΩΕ  
ΩΣ ΓΟΤΕ ΑΓΑΘΟΣ ΤΙΣ ΓΕΝΟΜΕΝΟΣ ΤΩ ΓΥΡΙΑ  
ΟΥΣ ΑΣΘΑΙ ΤΟΛΜΗΣ ΕΙΚΑΙ ΤΑ ΑΡΙΣΤΕΙΑ ΕΧΩΝ  
ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΑΙΤΩΝ ΑΝΘΡΩΓΩΝ ΑΓΙΣΤΑ ΜΕΝ Δ  
ΗΤΑΤΟ ΙΑΥΤΑ ΛΕΓΩΜΩΣ ΔΕ ΑΥΤΗ ΕΓΝΩΚ  
ΑΟΥΚΕ ΨΕΥΣΑΜΗΝ

Para facilitar su lectura, he transcrito cuidadosamente esta inscripción en caracteres cursivos:

Ἄμενάρτας, τοῦ βασιλικοῦ γένους τοῦ Αἰγυπτίου, ἢ τοῦ Καλλικράτους Ἰσιδος ἱερέως, ἦν οἱ μὲν θεοὶ τρέφουσι τὰ δὲ δαιμόνια ὑποτάσσεται, ἤδη τελευτῶσα Τισισθένει τῷ παιδί ἐπιστέλλει τάδε· συνέφυγον γάρ ποτε ἐκ τῆς Αἰγυπτίας ἐπὶ Νεκτανέβου μετὰ τοῦ σοῦ πατρός, διὰ τὸν ἔρωτα τὸν ἐμὸν ἐπιορκήσαντος. φυγόντες δὲ πρὸς νότον διάποντιοι καὶ κ' δ' μῆνας κατὰ τὰ παραθαλάσσια τῆς Αἰβύης τὰ πρὸς ἡλίου ἀνατολὰς πλανηθέντες, ἔνθαπερ πέτρα τις μεγάλη, γλυπτὸν ὁμοίωμα Αἰθίοπος κεφαλῆς, εἶτα ἡμέρας δ' ἀπὸ στόματος ποταμοῦ μεγάλου ἐκπεσόντες, οἱ μὲν κατεποντίσθημεν, οἱ δὲ νόσῳ ἀπεθάνομεν· τέλος δὲ ὑπ' ἀγρίων ἀνθρώπων ἐφερόμεθα διὰ ἐλέων τε καὶ τευαγέων ἔνθαπερ πτηνῶν πλῆθος ἀποκρύπτει τὸν οὐρανὸν, ἡμέρας ἰ, ἕως ἤλθομεν εἰς κοῖλόν τι ὄρος, ἔνθα ποτὲ μεγάλη μὲν πόλις ἦν, ἄντρα δὲ ἀπείρονα· ἤγαγον δὲ ὡς βασιλείαν τὴν τῶν ξένους χύτραις στεφανούντων, ἧτις μαγεία μὲν ἐχρήτο ἐπιστήμη δὲ πάντων καὶ δὴ καὶ κάλλος καὶ ῥώμην ἀγήρως ἦν· ἢ δὲ Καλλικράτους τοῦ σοῦ πατρός ἐρασθεῖσα τὸ μὲν πρῶτον συνοικεῖν ἐβούλετο ἐμὲ δὲ ἀνελεῖν· ἔπειτα,

ὥς οὐκ ἀνέπειθεν, ἐμὲ γὰρ ὑπερεφίλει καὶ τὴν ξένην ἐφο-  
βεῖτο, ἀπήγαγεν ἡμᾶς ὑπὸ μαγείας καθ' ὁδοὺς σφαλερὰς ἔνθα  
τὸ βάραθρον τὸ μέγα, οὗ κατὰ στόμα ἔκειτο ὁ γέρον ὁ  
φιλόσοφος τεθνεώς, ἀφικομένοις δ' ἔδειξε φῶς τοῦ βίου  
εὐθύ, οἷον κίονα ἐλισσόμενον φῶνῃν ἰέντα καθάπερ βροντῆς,  
εἶτα διὰ πυρὸς βεβηκυῖα ἀβλαβῆς καὶ ἔτι καλλίων αὐτῇ ἑαυτῆς  
ἐξεφάνη. ἐκ δὲ τούτων ὤμοσε καὶ τὸν σὸν πατέρα ἀθάνατον  
ἀποδείξειν, εἰ συνοικεῖν οἱ βούλοιο ἐμὲ δὲ ἀνελεῖν, οὐ γὰρ  
οὖν αὐτῇ ἀνελεῖν ἴσχυεν ὑπὸ τῶν ἡμεδαπῶν ἦν καὶ αὐτῇ ἔχω  
μαγείας. ὁ δ' οὐδέν τι μᾶλλον ἤθελε, τὸ χεῖρε τῶν ὀμμάτων  
προΐσχω ἵνα δὴ τὸ τῆς γυναικὸς κάλλος μὴ ὀρώη· ἔπειτα  
ὀργισθεῖσα κατεγοήτευσεν μὲν αὐτόν, ἀπολόμενον μέντοι κλάουσα  
καὶ ὀδυρομένη ἐκεῖθεν ἀπήνεγκεν, ἐμὲ δὲ φόβῳ ἀφήκεν εἰς  
στόμα τοῦ μεγάλου ποταμοῦ τοῦ ναυσιπόρου, πόρρω δὲ ναυσίν,  
ἐφ' ὧν περ πλέουσα ἔτεκόν σε, ἀποπλεύσασα μόλις ποτὲ δεῦρο  
Ἀθηνάζε κατηγαγόμεν. σὺ δέ, ὦ Τισίσθενες, ὧν ἐπιστέλλω  
μὴ ὀλιγώρει· δεῖ γὰρ τὴν γυναῖκα ἀναζητεῖν ἦν πως τὸ τοῦ  
βίου μυστήριον ἀνεύρης, καὶ ἀναιρεῖν, ἦν που παρασχῆ, διὰ  
τὸν σὸν πατέρα Καλλικράτην. εἰ δὲ φοβούμενος ἢ διὰ ἄλλο  
τι αὐτὸς λείπει τοῦ ἔργου, πᾶσι τοῖς ὕστερον αὐτὸ τοῦτο  
ἐπιστέλλω, ἕως ποτὲ ἀγαθὸς τις γενόμενος τῷ πυρὶ λούσασθαι  
τολμήσει καὶ τὰ ἀριστεῖα ἔχων βασιλεύσει τῶν ἀνθρώπων·  
ἄπιστα μὲν δὴ τὰ τοιαῦτα λέγω, ὅμως δὲ ἅ αὐτῇ ἔγνωκα οὐκ  
ἔψευδάμην.

La traducción inglesa, como descubrí en una investigación posterior, y como el lector puede comprobar fácilmente por comparación, es a la vez cuidada y elegante. Al lado de la escritura uncial del lado convexo del ánfora y cerca de la parte superior, pintada en rojo desvaído en el lugar en el que una vez había estado el borde del



ánfora, estaba la cartela<sup>[22]</sup> ya mencionada en el *scarabaeus* que también habíamos hallado en la arquilla. Los jeroglíficos o símbolos, sin embargo, estaban invertidos, como si hubiesen sido moldeados sobre cera. No estoy seguro de que fuese la cartela del primer Calícrates<sup>[23]</sup> o de algún príncipe o faraón de quien su mujer Amenartas descendiera. Tampoco puedo decir si había sido dibujada en el ánfora al mismo tiempo que se inscribía la uncial griega o copiada más recientemente del escarabajo por algún otro miembro de la familia. Pero esto no era todo. Al pie de la escritura, pintada con el mismo rojo desvaído, se veía el débil contorno de algún tosco dibujo, que representaba la cabeza y los hombros de una esfinge que portaba dos plumas, símbolos de majestad, las cuales, aunque sumamente comunes en las efigies de toros y dioses, nunca las había hallado sobre una esfinge.

También en el lado derecho de la superficie del ánfora, pintado oblicuamente en rojo sobre el espacio no cubierto por los caracteres unciales y firmado con pintura azul, se leía la siguiente inscripción arcaica<sup>[24]</sup>:

IN EART AND SKIE AND SEA  
STRANGE THYNGES THER BE.  
HOC FECIT.  
DOROTHEA VINCEY.

Con perplejidad suma di vuelta a la reliquia. Estaba completamente cubierta de notas y firmas en griego, latín e inglés. La primera, en griego uncial, era de Tisístenes, el hijo a quien estaba dirigido el escrito. Decía: «No logré ir. Tisístenes a su hijo Calícrates». Hela aquí, en facsímil, con su equivalente en letra cursiva:

ΟΥΚΑΝΔΥΝΑΙΜΗΝΓΟΡΕΥΕCΘΑΙΤΙCΙCΘΕΝΗ  
CΚΑΛΙΚΡΑΤΕΙΤΩΓΑΙΔΙ

*οὐκ ἂν δυναίμην πορεύεσθαι.  
Τισισθένης Καλλικράτει τῷ παιδί.*

Este Calícrates (probablemente, según la costumbre griega, había recibido el nombre de su abuelo) había intentado, evidentemente, emprender la búsqueda, pues su anotación, escrita en caracteres unciales muy débiles y casi ilegibles, decía: «He cesado en mi búsqueda, porque los dioses están contra mí. Calícrates a su hijo». Hela también aquí:

cesado en mi búsqueda, porque los dioses están contra mí.  
Calícrates a su hijo.» Hela también aquí:

**ΤΩΝΘΕΩΝΑΝΤΙΣΤΑΝΤΩΝΕΓΡΑΥΣΑΜΗΝΤΗΣ  
ΠΟΡΕΙΑΣΚΑΛΛΙΚΡΑΤΗΣΤΩΓΡΑΙΔΙ**

*τῶν θεῶν ἀντιστάντων ἐπαυσίμην τῆς πορείας.  
Καλλικράτης τῷ παιδί.*

Entre estas dos antiguas inscripciones (la segunda de las cuales estaba escrita en sentido inverso y era tan débil y desgastada que, a no ser por la transcripción ejecutada por Vincey, hubiera sido muy difícil leer, debido a que estaba hecha en la porción del ánfora que en el curso de los siglos había soportado el mayor manoseo y estaba casi borrada), figuraba la osada y moderna firma de un Lionel Vincey, «Aetate sua 17», escrita encima, pienso, por el abuelo de Leo. A su derecha se veían las iniciales «J. B. V.», y debajo venía una variedad de firmas griegas en caracteres unciales y cursivos, que parecían ser repeticiones ejecutadas descuidadamente de la frase ‘*τῷ παιδί*’ (a mi hijo), demostrando que la reliquia había pasado religiosamente de generación en generación.

Lo más legible, después de las firmas griegas, era la palabra «ROMAE, A. U. C.»<sup>[25]</sup>, revelando que la familia había emigrado ya a Roma. Desgraciadamente, sin embargo, con excepción de su terminación (106), la fecha de su establecimiento allí se había perdido para siempre, porque estaba justamente sobre la parte de la vasija que se había roto.

Luego seguían doce firmas latinas anotadas aquí y allá, en cualquier lugar donde hubiese un espacio sobre la tinaja que fuera útil para hacer la inscripción. Estas firmas, con tres únicas excepciones, concluían con el nombre «Vindex» o «el Vengador», que parecía haber sido adoptado por la familia tras su migración a Roma como una especie de equivalente del griego «Tisístenes», que también quiere decir vengador. Al final, como era de esperar, este apellido latino de Vindex se transformaba, primero en De Vincey y luego en el escueto y moderno Vincey. Resulta muy curioso observar cómo la idea de venganza, inspirada por una egipcia que había vivido antes de la Era Cristiana, habíase conservado en el nombre de una familia inglesa.

He visto que unos pocos entre los nombres romanos inscritos en el ánfora aparecen mencionados realmente en la historia y en otros archivos. Eran, si recuerdo bien,

MVSSIIVS. VINDEK  
SEX. VARIIVS. MARVLLVS  
C. FVFIDIIVS. C. F. VINDEK

LABERIA POMPEIANA. CONIVX. MACRINI. VINDICIS

siendo el último, naturalmente, el nombre de una dama romana.

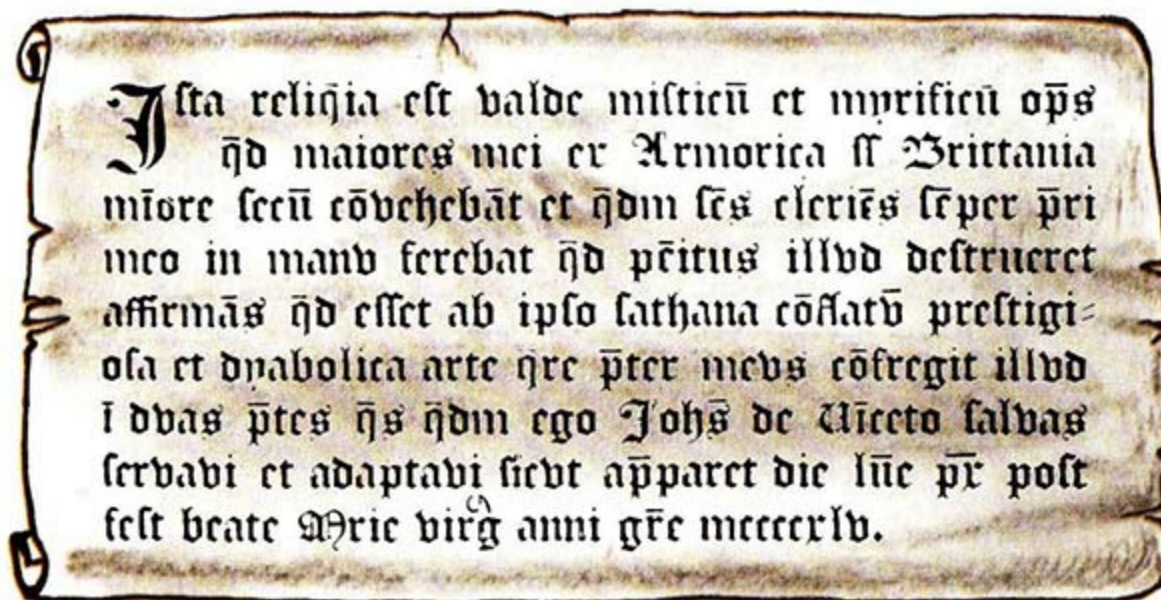
La lista siguiente, de todos modos, comprende todos los nombres latinos de la tinaja:

C. CAECILIVS VINDEK  
M. AIMILIVS VINDEK  
SEX. VARIIVS. MARVLLVS  
Q. SOSIVS PRISCVS SENECIO VINDEK  
L. VALERIVS COMINIVS VINDEK  
SEX. OTACILIVS. M. F.  
L. ATTIVS. VINDEK  
MVSSIIVS VINDEK  
C. FVFIDIIVS. C. F. VINDEK  
LICINIVS FAVSTVS  
LABERIA POMPEIANA CONIVX MACRINI VINDICIS  
MANILIA LVCILLA CONIVX MARVLLI VINDICIS

Después de los nombres romanos hay, sin duda, una brecha de muchos siglos. Nadie podrá saber nunca cuál fue la historia de la reliquia durante estas épocas oscuras, o cómo pudo ser conservada por la familia. Mi pobre amigo Vincey, como se recordará, me había dicho que sus antepasados romanos se habían afincado al fin en Lombardía, y cuando ésta fue invadida por Carlomagno se fueron con él a través de los Alpes y habían establecido su hogar en Bretaña, desde donde habían partido hacia Inglaterra durante el reinado de Eduardo *el Confesor*. Cómo sabía esto no puedo decirlo, porque no hay referencias a Lombardía o Carlomagno sobre el ánfora, si bien, como podrá verse ahora, hay una alusión a Bretaña. Para continuar: las próximas inscripciones del ánfora —si se exceptúa una salpicadura de sangre o de alguna otra sustancia coloreada de rojo—, consistían en dos cruces dibujadas con un pigmento rojo, que probablemente representaban espadas de Cruzados, y un monograma bastante bonito («D. V.») en escarlata y azul, quizá ejecutado por la misma Dorothea Vincey que había escrito —o más bien pintado— aquella aleluya. A la izquierda, trazadas en un azul desvaído, las iniciales «A. V.», y después una fecha, 1800.

Luego venía algo que posiblemente era la inscripción más curiosa entre las que había en esta extraordinaria reliquia del pasado. Estaba ejecutada en letras góticas, escrita encima de las cruces o espadas de Cruzados, y fechada en 1445. Como lo mejor es que el dibujo hable por sí mismo, presento aquí el facsímil gótico, junto con el original latino sin las contracciones, de donde puede deducirse que el escribiente era un buen latinista medieval. También descubrimos —lo cual era aún más curioso—, una versión inglesa del latín gótico. Ésta, escrita también en gótico, la hallamos redactada en un segundo pergamino depositado en el cofre, que aparentaba ser de fecha anterior al que tenía inscrita la traducción en latín medieval del manuscrito uncial griego del cual hablaré ahora. Hela aquí, completa:

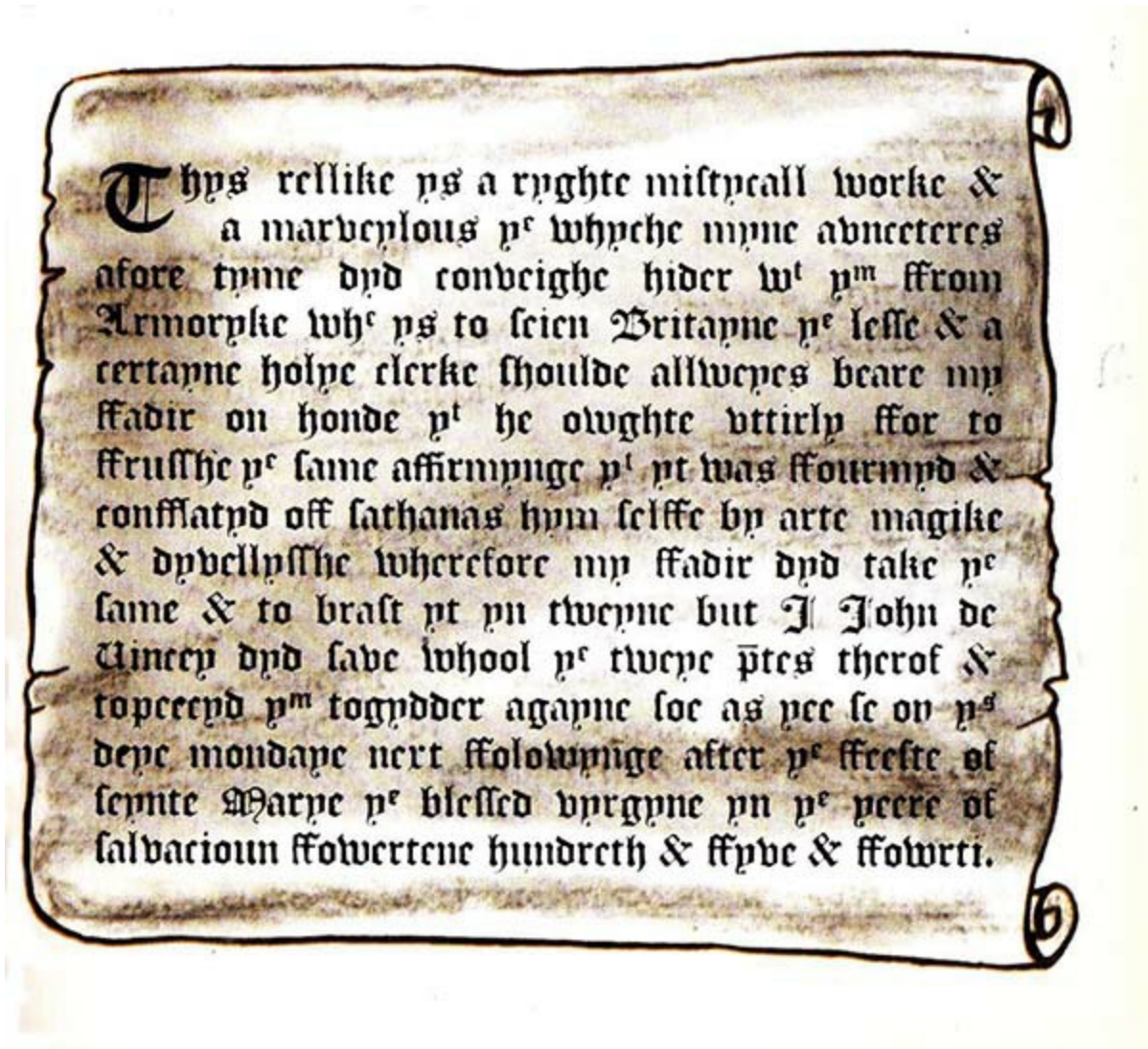
*Facsímil de la inscripción gótica del ánfora de Amenartas.*



*Versión ampliada de la inscripción gótica anterior.*

«Ista reliquia est valde mysticum et myrificum opus, quod majores mei ex Armorica, scilicet Britannia Minore, secum convehebant; et quidam sanctus clericus semper patri meo in manu ferebat quod penitus illud destrueret, affirmans quod esset ab ipso Sathana conflatum prestigiosa et dyabolica arte, quare pater meus confregit illud in duas partes, quas quidem ego Johannes de Vinceto salvas servavi et adaptavi sicut apparet die lune proximo post festum beate Marie Virginis anni gratie MCCCCXLV».

*Facsímil de la traducción gótica en inglés antiguo de la inscripción en latín arriba reproducida, que estaba en el ánfora de Amenartas y hallada inscrita en un pergamino.*



*Versión modernizada de la anterior traducción gótica.*

«Thys rellike ys a ryghte mistycall worke and a marvaylous, ye whyche myne aunceteres aforetyme dyd conveigh hider with them from Armoryke which ys to seien Britaine ye Lesse and a certayne holye clerke should allweyes beare my fadir on honde that he owghte uttirly por to frusshe ye same, affyrmyng that yt was fourmed and conflatyd of Sathanas hym selfe by arte magike and dyvellysshe wherefore my fadir dyd take ye same and tobrast yt yn tweyne, but I, John de Vincey, dyd save whool ye tweye partes therof and topeecyd them togydder agayne soe as yee se, on this daye mondaye next followyng after ye feeste of Seynte Marye ye Blessed Vyrgyne yn ye yeere of

Salvacioun fowertene hundreth and fyve and fowerti<sup>[26]</sup>».

La siguiente y penúltima inscripción era isabelina y databa de 1564. «Una historia de lo más extraña, y que ha costado la vida a mi padre; porque, buscando el lugar en la costa oriental de África, su pinaza naufragó hundida por un galeón portugués en las afueras de Lorenzo Márquez y él mismo pereció. —John Vincey».

Por fin venía la última anotación, que, a juzgar por su estilo de escritura, había sido hecha por algún representante de la familia que pertenecía a la mitad del siglo dieciocho. Era una cita incorrecta de las conocidas frases de Hamlet y decía así: «Hay más cosas en el cielo y la tierra, que cuantas se sueñan en tu filosofía, Horacio<sup>[27]</sup>».

Y ahora sólo quedaba un documento por examinar... A saber: la antigua traducción gótica en latín medieval de la inscripción uncial griega<sup>[28]</sup> de la vasija. Como puede observarse, esta traducción fue redactada y suscrita en el año 1495 por cierto «hombre docto», Edmundus de Prato (Edmund Pratt) se llamaba, licenciado en derecho canónico del Exeter College, Oxford, y que en realidad había sido discípulo de Grocyn, el primer hombre de letras que enseñó griego en Inglaterra<sup>[29]</sup>. Sin duda, al oír hablar de la fama de este nuevo erudito, el Vincey de esa época, tal vez el mismo John de Vincey que años antes había salvado la reliquia de la destrucción y escrito la inscripción gótica en la vasija, en 1445, se apresuró a viajar a Oxford para ver si aquél era capaz, por ventura, de esclarecer el secreto de la misteriosa inscripción. No quedó defraudado, porque el sabio Edmundus era el hombre adecuado para tal propósito. En realidad, su traducción es tan excelente como ejemplo de erudición medieval y latinidad, que, a riesgo de fatigar al ilustre lector con demasiadas antigüedades, me he resuelto a darlo en facsímil, junto con una versión ampliada, para aquéllos que tienen dificultades con las abreviaturas. La traducción tiene algunas peculiaridades, pero no es el caso de abundar en ello ahora. Mas quiero llamar la atención a los estudiosos, de paso, acerca del pasaje «duxerunt autem nos ad reginam *advenaslasaniscoronantium*»<sup>[30]</sup>, que me ha impresionado como una deliciosa traducción del original:

ἤγαγον δὲ ὡς βασιλείαν τὴν  
τῶν ξένους χύτραις στεφανούντων.

*Traducción en latín medieval gótico de la inscripción uncial del fragmento del ánfora de Amenartas:*

**A**menartas e gen. reg. Egyptii vror Callieratis  
sacerdot' Isidis quā dei sobēt demonia at-  
tēdēt filiōl' suo Cisltheni iā moribūda ita mādat :  
Effugi quōdā ex Egypto regnāte Nectanebo cū  
patre tvo, ppter mei amorē pejerato. f'vgiētes  
autē v'sus Notū trans mare et xxiiij mēses p'r  
litora Libye v'sus Oriētē errant vbi est petra  
quedā m̄gna sc̄lpta instar Ethioḡ capīt, deinde  
dies iiij ab ost' flūm̄ m̄gni ciecti p'tim submersi  
sumus p'tim morbo mortui suim̄ : in sine autē a  
fē hōibz portabamur p'r palvd et vada. vbi abiū  
m'titudo celū obūbrat dies x. donec adveniim̄ ad  
cabū quēdā montē, ubi olim m̄gna vrbs erat,  
cauerne quoq̄ im̄se : dixerūt autē nos ad reginā  
Aduenassaniscoronātiū que magicē utebāt et  
peritia omniū reē et saltē p'lerit et vigore īsc̄sei-  
bil' erat. Hec m̄gno patē tui amore p'vsa p'mū  
q'dē ei cōubiū michi mortē parabat. postea v'ro  
recvlate Callierate amore mei et timore regine  
affecto nos p'r magicā abduxit p'r vias horribil'  
vbi est puteus ille p'fūdus, cuius iurta aditū  
iacebat senioḡ philosphi cadauer, et advēitib  
mōstrabit flāmā vite erectā, istar colonne volu-  
tātis, voces emittētē q̄si tonitrus : tūc p'r ignē  
īpetu nocuo expers trāsit et iā ipsa sese formosior  
visa est.

Quib' fact' iuravit se patrē tuū quoq̄ im̄ortalē  
ostēsurā esse, si me prius occisa regine cōt'vberniū  
mallet ; neq̄ enī ipsa me occidere valuit, ppter nos-  
tratū m̄gicā cuius egomet p'tem habeo. Ille vero  
nichil huius gen' maluit, manib' ante ocul' passis



ne mulierē formositatē adspiceret : postea cū m̄gica  
p̄cussit arte, at mortuū efferebat idē cū fletib et  
vagitib, me p̄r timorē expulit ad ostiū m̄gni  
flumiū beluoli porro in nave in qua te peperī,  
uir post dies h̄bc Athenas inuecta sū. At tu,  
O Tisisthenē, ne q'd quorū m̄do nauici fac : necesse  
enī est mulierē exquirere si q̄ba Uite mysteriū  
īpetres et v̄dicare, quātū in te est, patrē tuū  
Callicratī in regine morte. Sin timore seu aliq̄  
causa rē reliquis īfectā, hoc ipsū oīb̄ posterē m̄do  
dū bonis q̄s inueniatur q̄bi ignis lauacrū nō  
p̄rhorrescet et p̄tencia dignū dōiabit hōiū.

Talia dico incredibilia q̄dē at m̄nc n̄ctā de reb̄  
michi cognitīs.

Hec Grece scripta Latine reddidit vir doctus  
Edm̄ds de Prato, in Decretis Licenciatus e Coll.  
Eron : Oron : doctissimi Groepni quondam e  
pupillis, Id. Apr. A°. Dñi. MCCCXXXV°.

Versión ampliada de la traducción latina medieval anterior:

«Amenartas, e genere regio Egyptii, uxor Callicratis, sacerdotis Isidis, quam dei fovent demonia attendunt, filiolo suo Tisistheni jam moribunda ita mandat: Effugi quondam ex Egypto, regnante Nectanebo, cum patre tuo, propter mei amorem pejerato. Fugientes autera versus

Notum trans mare, et viginti quatuor menses per litora Libye versus Orientem errantes, ubi est petra quedam magna sculpta instar Ethiopis capitis, deinde dies quatuor ab ostio fluminis magni ejecti partim submersi sumus partim morbo mortui sumus: in fine autem a feris hominibus portabamur per paludes et vada, ubi avium multitudo celum obumbrat, dies decem, donec advenimus ad cavum quendam montem, ubi olim magna urbs erat, caverne quoque immense; duxerunt autem nos ad reginam Advenaslasaniscoronantium, que magica utebatur et peritiá omnium rerum, et saltem pulcritudine et vigore insenescibilis erat. Hec magno patris tui amore perculsa, primum quidem ei connubium michi mortem parabat; postea vero, recusante Callicrate, amore mei et timore regine affecto, nos per magicam abduxit per vias horribiles ubi est puteus ille profundus, cujus juxta aditum jacebat senioris philosophi cadaver, et advenientibus monstravit flammam Vite erectam, instar columne volutantis, voces emittentem quasi tonitrus: tunc per ignem ímpetu nocivo expers transiit et jam ipsa sese formosior visa est.

Quibus factis juravit se patrem tuum quoque immortalem ostensuram esse, si me prius occisa regine contubernium mallet; neque enim ipsa me occidere valuit, propter nostratum magicam cujus egomet partem habeo. Ille vero nichil hujus generis malebat, manibus ante oculos passis, ne mulieris formositatem adspiceret: postea illum magica percussit arte, at mortuum efferebat inde cum fletibus et vagitibus, et me per timorem expulit ad ostium magni fluminis, velivoli, porro in nave, in qua te peperí, vix post dies huc Athenas vecta sum. At tu, O Tisisthenes, ne quid quorum mando nauci fac: necesse enim est mulierem exquirere si qua Vite mysterium impetres et vindicare, quantum in te est, patrem tuum Callicratem in regine morte. Sin timore seu aliqua causa rem relinquis infectam, hoc ipsum ómnibus posteris mando, dum bonus quis inveniatur qui ignis lavacrum non perhorrescet, et potentia dignus dominabitur hominum.

Talia dico incredibilia quidem at minime ficta de rebus michi cognitiss.

Hec Grece scripta Latine reddidit vir doctus Edmundus de Prato, in Decretis Licenciatus, e Collegio Exoniensi Oxoniensi doctissimi Grocyni quondam e pupillis, Idibus Aprilis Anno Domini MCCCCLXXXV<sup>o</sup>.»

—Bueno —dije, cuando al fin terminé de leer y examinar cuidadosamente estos escritos y frases, al menos los que todavía eran fácilmente legibles—, eso es todo, Leo, y ahora podrás formar tu propia opinión. Yo ya tengo la mía.

—¿Y cuál es la tuya? —preguntó vivamente, como era su costumbre.

—Ésta es: creo que la vasija es perfectamente genuina y que, por increíble que parezca, ha permanecido con tu familia desde el siglo cuarto antes de Cristo. Las inscripciones lo prueban sin lugar a dudas; luego, por más improbable que parezca, debe ser aceptado. Pero aquí me detengo. No dudo que tus remotos antepasados, la princesa egipcia o algún escriba bajo su dirección, hayan escrito lo que vemos en la vasija, ni tampoco tengo la más mínima duda de que sus sufrimientos y la pérdida de su marido le trastornaron la cabeza y que no estaba en sus cabales cuando escribió esto.

—¿Cómo explicas todo lo que mi padre vio y oyó allí? —preguntó Leo.

—Coincidencias. Sin duda hay en la costa de África riscos o morros que se asemejan a la cabeza de un hombre y muchísima gente que habla un árabe adulterado. También creo que hay cantidades de ciénagas. Pero hay otra cosa, Leo, y siento decirlo: no creo que tu pobre padre se hallase del todo bien cuando escribió esta carta. Había tenido grandes desgracias y ello lo había conducido a que esta historia hiciera presa de su imaginación. Y era un hombre muy imaginativo. De todos modos, creo que todo el asunto es un completo disparate. Sé que hay cosas extrañas y fuerzas en la naturaleza que raramente se nos presentan y que cuando lo hacen no las podemos comprender. Pero hasta que lo vea con mis propios ojos (y no creo que eso suceda) nunca creeré que haya un medio de evitar la muerte, ni siquiera por un tiempo, o que hay o hubo una hechicera blanca viviendo en el corazón de una ciénaga africana. ¡Son palabrerías, muchacho, sólo palabrerías!... ¿Qué dices tú, Job?

—Digo, señor, que es una mentira; y, si es verdad, espero que el señor Leo no se inmiscuya en cosas semejantes, porque nada bueno puede salir de ellas.

—Quizá los dos tengáis razón —dijo Leo muy serenamente—. No quiero opinar. Pero digo esto: voy a ocuparme de este asunto de una vez por todas, y, si no venís

conmigo, iré solo.

Miré al joven y comprendí que pensaba lo que decía. Cuando Leo se afirma en lo que dice, siempre hace un curioso gesto con la boca. Había sido una costumbre desde niño. Ahora bien, en realidad yo no tenía intención de dejar que Leo fuera a ninguna parte solo, más que por él, por mí, por mí mismo. Estaba demasiado unido a él para no hacerlo. No soy hombre de muchos afectos ni ataduras. Las circunstancias habían estado contra mí en este aspecto; hombres y mujeres se apartaban de mí —o al menos yo pensaba que así lo hacían, lo cual viene a ser lo mismo—, creyendo quizá que mi apariencia exterior, algo repulsiva, es una clave de mi carácter. En lugar de resistirme a esto, me había segregado del mundo en gran medida, vedándome todas las oportunidades que para muchos hombres se producen al establecer amistades más o menos íntimas. Por tanto, Leo representaba todo el mundo para mí —hermano, hijo, amigo— y, hasta que se cansara de mí, donde él fuese yo iría también. Pero naturalmente no era cosa de hacerle ver cuán grande era la influencia que ejercía sobre mí; por eso busqué la forma de acceder a sus deseos.

—Sí, iré, tío; y si no encuentro el «eterno Pilar de la Vida», al menos podré hallar caza de primera.

Allí estaba mi oportunidad y la aproveché.

—¿Caza? —dije—. Ah, sí; no había pensado en eso. Debe de ser una región muy salvaje y llena de caza mayor. Siempre he deseado cazar un búfalo antes de morir. Sabes, hijo mío, no creo en la búsqueda, pero sí en la caza mayor. En suma, realmente, si después de reflexionar sobre esto te decides a ir, me tomaré unas vacaciones e iré contigo.

—Ah —dijo Leo—. Pensé que no dejarías escapar semejante oportunidad. ¿Pero, qué pasa con el dinero? Necesitaremos una buena cantidad.

—No tienes que preocuparte por eso —contesté—, está toda tu renta, que se ha ido acumulando durante años, y por añadidura he guardado dos tercios de lo que tu padre me dejó, porque consideraba que era un depósito para ti. Hay dinero suficiente.

—Muy bien, entonces; podemos poner a un lado estas cosas e ir a la ciudad para ocuparnos de nuestras armas. De paso, Job, ¿vendrás con nosotros? Es hora de que empieces a ver mundo.

—Bueno, señor —dijo Job impasible—, no me atrae mucho viajar, pero si ustedes dos, caballeros, van a ir, necesitarán a alguien que cuide de ustedes. Y yo no soy hombre de quedarme atrás después de haberles servido durante veinte años.

—Eso está muy bien, Job —dije—. No hallarás cosas extraordinarias, pero podrás hacer alguna buena cacería. Y ahora prestadme atención los dos. No pienso decir ni

una palabra a nadie acerca de este desatino —y señalé la vasija—. Si esto sale a la luz y algo me pasa, mis parientes más cercanos impugnarán mi testamento por demencia y me convertiré en el hazmerreír de todo Cambridge.

Tres meses después nos hallábamos en el mar, rumbo a Zanzíbar.

## IV

### *La borrasca*

¡Cuán diferente es la escena que ahora voy a relatar de la que he narrado anteriormente! Han desaparecido las tranquilas habitaciones del colegio, los olmos ingleses mecidos por el viento, los graznidos de las cornejas, los familiares volúmenes en sus anaqueles... En su lugar se eleva la visión de un gran mar en calma, que centellea con matizadas luces plateadas bajo los rayos de la luna llena africana. Una suave brisa colma la enorme vela de nuestro *dhow* y nos arrastra por las aguas que murmuran musicalmente contra sus bordas. La mayor parte de los hombres duerme, porque es casi medianoche; pero un fornido y atezado árabe, llamado Mahomed, se mantiene al timón, perezosamente guiado por las estrellas. A tres o más millas de nuestra banda de estribor, se ve una línea baja y oscura. Es la costa oriental del África central. Navegamos hacia el sur, por delante del monzón del nordeste, entre la tierra firme y los arrecifes que por centenares de millas guarnecen esta peligrosa costa. La noche es apacible, tan apacible, que un susurro podría oírse de la proa a la popa del *dhow*; tan apacible y silenciosa, que un débil rugido vibra a través de las aguas y nos llega desde la tierra distante.

El árabe en la caña del timón levanta su mano y pronuncia una sola palabra:

—*¡Simba!* (león).

Todos escuchamos, incorporándonos. Entonces se oye otra vez un sordo y majestuoso sonido que nos emociona hasta los tuétanos.

—Mañana hacia las diez —dije— deberemos llegar (si el capitán no ha errado sus cálculos, lo que es muy probable) a esa misteriosa roca con la cabeza de hombre, y comenzaremos nuestra cacería.

—Y comenzaremos nuestra búsqueda de la ciudad en ruinas y del Fuego de la

Vida —corrigió Leo, quitando la pipa de su boca y riendo suavemente.

—¡Tonterías! —respondí—. Has estado aireando tu árabe con el hombre del timón esta tarde. ¿Qué te ha contado? Ha estado comerciando (comercio de esclavos probablemente) de un lado a otro de estas latitudes durante la mitad de su inicua vida, y alguna vez debe haber desembarcado cerca de la roca «con forma de hombre». ¿Ha oído hablar algo acerca de la ciudad en ruinas de las cavernas?

—No —respondió Leo—. Dice que la comarca está rodeada de ciénagas y llena de serpientes, sobre todo pitones, y de caza. Y que nadie vive allí. Pero sucede que hay un cinturón de ciénagas a lo largo de toda la costa oriental de África, de modo que esto no nos dice mucho.

—Sí —dije—. Dice acerca de la malaria. Ya ves qué clase de opinión tiene esta gente acerca del país. Ninguno de ellos quiere venir con nosotros. Piensan que estamos locos, y palabra que creo que tienen razón. Me sorprendería volver a ver la vieja Inglaterra. De todos modos, eso no me importa demasiado a mi edad, pero estoy inquieto por ti, Leo, y por Job. Esto es cosa de locos, muchacho.

—Está bien, tío Horace. En lo que a mí concierne, estoy deseando probar suerte. ¡Mira! ¿Qué es esa nube?

Leo señaló una oscura mancha en el centelleante firmamento, a varias millas de nosotros.

—Ve y pregúntale al hombre del timón —dije.

Se levantó, estiró los brazos y fue hacia allí. Luego volvió.

—Dice que es una borrasca, pero que pasará lejos, a un lado de donde estamos.

En el mismo momento Job subió a la cubierta; se le veía muy sólido y británico en su traje de cazador de franela marrón, con una especie de expresión perpleja en su honesta cara redonda, una expresión que se había vuelto habitual en él desde que se había adentrado en estas extrañas aguas.

—Perdón, señor —dijo, llevando la mano a su sombrero para el sol, que se había encasquetado en la parte posterior de la cabeza, de una manera un tanto ridícula—, como hemos llevado todos esos rifles y cosas a la popa de la ballenera, sin hablar de las provisiones en los cajones, pienso si no sería mejor que fuéramos allá abajo y durmiésemos en ella. No me gusta el aspecto —aquí bajó la voz hasta un portentoso susurro— de estos negros; tienen el aire de ser unos perfectos ladrones. Supongamos ahora que algunos de ellos se introducen en la barca por la noche, cortan el cable y se la llevan. Sería una buena jugada, sí, señor.

La ballenera, debo explicar, había sido especialmente construida para nosotros en Dundee, Escocia. La habíamos traído con nosotros porque sabíamos que esta costa era

una cadena de caletas o ensenadas y podría necesitarse algo así para navegar por ellas. Era una hermosa embarcación, de treinta pies de largo, con una orza de deriva<sup>[31]</sup> para navegar, con casco de cobre para evitar la carcoma y lleno de compartimentos estancos. El capitán del *dhow* nos había dicho que, cuando alcanzáramos la roca, que él conocía —y que parecía ser idéntica a la descrita en el ánfora y por el padre de Leo—, era probable que no pudiera acercarse a ella a causa de los bajíos y rompientes. Por eso habíamos empleado tres horas esa misma mañana —mientras permanecíamos en una calma total, ya que los vientos habían cesado al amanecer— en transbordar la mayor parte de nuestros efectos y enseres a la ballenera que llevábamos a remolque, colocando los rifles, municiones y provisiones en conserva dentro de los compartimentos estancos especialmente preparados para ello. De modo que, cuando avistásemos la fabulosa roca, no tendríamos más que saltar a la embarcación y navegar en ella hacia la costa. Otra razón que nos indujo a tomar estas precauciones fue que los capitanes árabes son capaces de pasar de largo ante la meta propuesta, tanto por descuido como por error en su identificación. Ahora bien, como saben los marinos, resulta casi imposible para un *dhow* navegar contra el monzón, pues está aparejado para correr a favor del mismo. Por ello, mantuvimos nuestra barca preparada para bogar hacia la roca en cualquier momento.

—Bien, Job —dije—, quizá sea lo mejor. Hay muchas mantas aquí; sólo ten cuidado de resguardarte de la luna, o podría trastornarte o dejar ciego.

—¡Por Dios, señor! No creo que importe mucho si sucede; ya me he trastornado con la visión de estos negrazos y sus sucias y rapaces maneras. Sólo son aptos para abono, eso es; y huelen tan mal como él.

Como ya se habrá advertido, Job no era un admirador de los modales y costumbres de nuestros hermanos de piel oscura.

Por tanto, tiramos de la barca con la cuerda de remolque hasta que estuvo justamente debajo de la popa del *dhow*, y Job se introdujo en la ballenera con toda la gracia de un saco de patatas que cae. Luego retornamos para sentarnos en la cubierta otra vez, fumando y conversando con breves pausas entre cada parrafada. La noche era tan bella y nuestros cerebros estaban tan llenos de excitación contenida de todo tipo, que no nos sentíamos inclinados a retirarnos. Durante una hora o cosa así estuvimos sentados de esa guisa, hasta que, supongo, nos quedamos amodorrados. Al menos, tengo un débil recuerdo de Leo explicando soñolientamente que la cabeza no era mal lugar para disparar a un búfalo, si uno podía acertarle exactamente entre los cuernos, metiendo la bala en su garganta, o alguna tontería semejante.



No recuerdo nada más; hasta que de pronto... un espantoso bramido del viento, un chillido de terror de la tripulación, que se despertaba, y el golpe de agua, parecido a un latigazo, que golpeó nuestros rostros, nos sacó del ensueño. Algunos hombres corrieron a soltar las escotas y arriar la vela; pero los racamentos<sup>[32]</sup> se atascaron y la verga no bajaba. Yo me incorporé de un salto y me colgué de una cuerda. A popa el cielo estaba oscuro como un pozo, pero la luna aún brillaba delante de nosotros e iluminaba las tinieblas. De ese resplandor surgió una inmensa ola coronada de blanca espuma, de veinte pies de altura, que se precipitaba sobre nosotros. Iba a romper... La luna brillaba en su cresta y guarnecía de luz su espuma. Se precipitaba desde lo más hondo del cielo negro como la tinta, empujada por la espantosa borrasca que venía detrás. De pronto, en un pestañeo, vi la negra silueta de la ballenera suspendida en el aire, en la cresta de la ola que rompía. Después... un golpe de mar, una salvaje embestida de la espuma hirviente, y yo me aferré a un obenque<sup>[33]</sup> para salvar la vida, y me vi arrastrado con fuerza, como una bandera agitada por el vendaval.

La embarcación calaba mucha agua por la popa.

La ola pasó. Me pareció estar bajo el agua durante minutos... En realidad fueron segundos. Esperé ansiosamente. La ráfaga de viento había arrancado la vela grande, que se alejaba muy alta por los aires hacia sotavento, aleteando como un pájaro herido. Luego hubo un momento de relativa calma, y en medio de ella oí la voz de Job que aullaba salvajemente:

—¡Venga aquí, a la barca!

Aturdido y medio ahogado como estaba, tuve el buen sentido de correr hacia popa. Sentía cómo el *dhow* se hundía bajo mis pies: estaba lleno de agua. Bajo su borda, la ballenera se sacudía furiosamente, y vi al árabe Mohamed, que había estado al timón, saltando a su interior. Di un desesperado tirón a la cuerda de arrastre, para atraer la barca al costado del *dhow*. También yo salté salvajemente, Job me aferró por un brazo y rodé hasta el fondo de la ballenera. Todo el casco del *dhow* empezó a irse a pique, y al verlo, Mohamed sacó su cuchillo curvo y cortó la maroma que nos sujetaba a él. Un segundo más tarde flotábamos, en medio de la tempestad, sobre el lugar en que había estado el *dhow*.

—¡Gran Dios! —vociferé—. ¿Dónde está Leo? ¡Leo! ¡Leo!

—Ha desaparecido, señor, ¡Dios le ayude! —rugió Job en mi oído; y era tal la furia de la borrasca que su voz sonó como un susurro.

Me retorcí las manos con desesperación. Leo se había ahogado y yo había quedado vivo para llorarlo.

—¡Cuidado! —aulló Job—. Aquí viene otra.

Me volví; una segunda e inmensa ola iba a alcanzarnos. Casi tenía la esperanza de que me ahogase. Curiosamente fascinado, observé su espantosa llegada. La luna estaba casi oculta ahora por los nubarrones de la invasora tormenta, pero una pequeña luz aún alcanzaba a la cresta del rompiente devorador. Había algo oscuro en él..., un resto del naufragio. Ahora se hallaba sobre nosotros y la barca estaba casi llena de agua. Pero la ballenera estaba construida con compartimentos estancos —¡Dios bendiga al hombre que los ha inventado!— y se elevó sobre las aguas como un cisne. Entre la espuma y la agitación vi el objeto negro que se precipitaba derecho hacia mí sobre la ola. Alcé mi brazo derecho para protegerme de aquello y mi mano se cerró sobre otro brazo, cuya muñeca aferraron mis dedos como un torniquete. Soy un hombre muy fuerte y tenía algo para aferrarme, pero mi brazo estuvo a punto de desprenderse de su articulación, por la tensión y el peso ejercidos por el cuerpo flotante. Si el empuje de la ola hubiese durado otros dos segundos, tendría que haberlo dejado ir o ser arrastrado con él. Pero pasó, dejándonos con el agua hasta las rodillas.

—¡Achiquemos! ¡Achiquemos! —gritó Job, uniendo la acción a la palabra.

Pero yo no podía achicar el agua que había entrado en la barca, porque en ese momento la luna —que se había ocultado dejándonos en una total oscuridad— dejó deslizarse un débil y pasajero rayo de luz que se posó sobre el rostro del hombre que había agarrado y que ahora estaba medio tendido, medio flotando en el fondo de la barca.

Era *Leo*. Leo, rescatado por la ola..., rescatado, vivo o muerto, de entre las mismas fauces de la muerte.

—¡Achiquemos! ¡Achiquemos! —aullaba Job—, o nos vamos a pique.

Cogí una gran escudilla de estaño con un asa, que estaba fijada debajo de uno de los asientos, y los tres comenzamos a achicar el agua como si en ello nos fuese la vida. La furiosa tempestad reinaba por todas partes a nuestro alrededor, arrojando la barca de un lado al otro; el viento y la tempestad se entrelazaban, mientras las cortinas de agua, convertidas en espuma pulverizada y punzante, nos enceguecían y aturdían; pero a pesar de todo trabajábamos como demonios con el alborozo salvaje de la desesperación, si la desesperación puede causar alborozo. ¡Un minuto!, ¡tres minutos!, ¡seis minutos! La barca empezó a aligerarse y no hubo nuevas olas que nos anegasen. Cinco minutos después se había aligerado bastante. Entonces, de súbito, por encima de los espantosos aullidos del huracán, llegó un sordo y profundo rugido. ¡Cielos! ¡Era la voz de los rompientes!

En ese momento la luna comenzó a brillar otra vez despejada, esta vez tras el sendero de la borrasca. Muy lejos, sobre el rasgado seno del océano, asestaba las melladas flechas de su luz. Y allí, a media milla de nuestra embarcación, se veía la blanca línea de espuma, luego un pequeño espacio donde abría sus fauces la oscuridad, y a continuación otra línea blanca. Eran los rompientes, y su bramido crecía cada vez más claro, mientras nos precipitábamos sobre ellos como en una sima. Allí estaban, en ebullición, como surtidores de nevada espuma pulverizada, entrechocándose y rechinando como los fulgurantes dientes del infierno.

—¡Coge el timón, Mahomed! —rugí en árabe—. Tenemos que tratar de salvarlos.

Al mismo tiempo cogí un remo y empecé a utilizarlo, ordenando a Job que hiciese lo mismo.

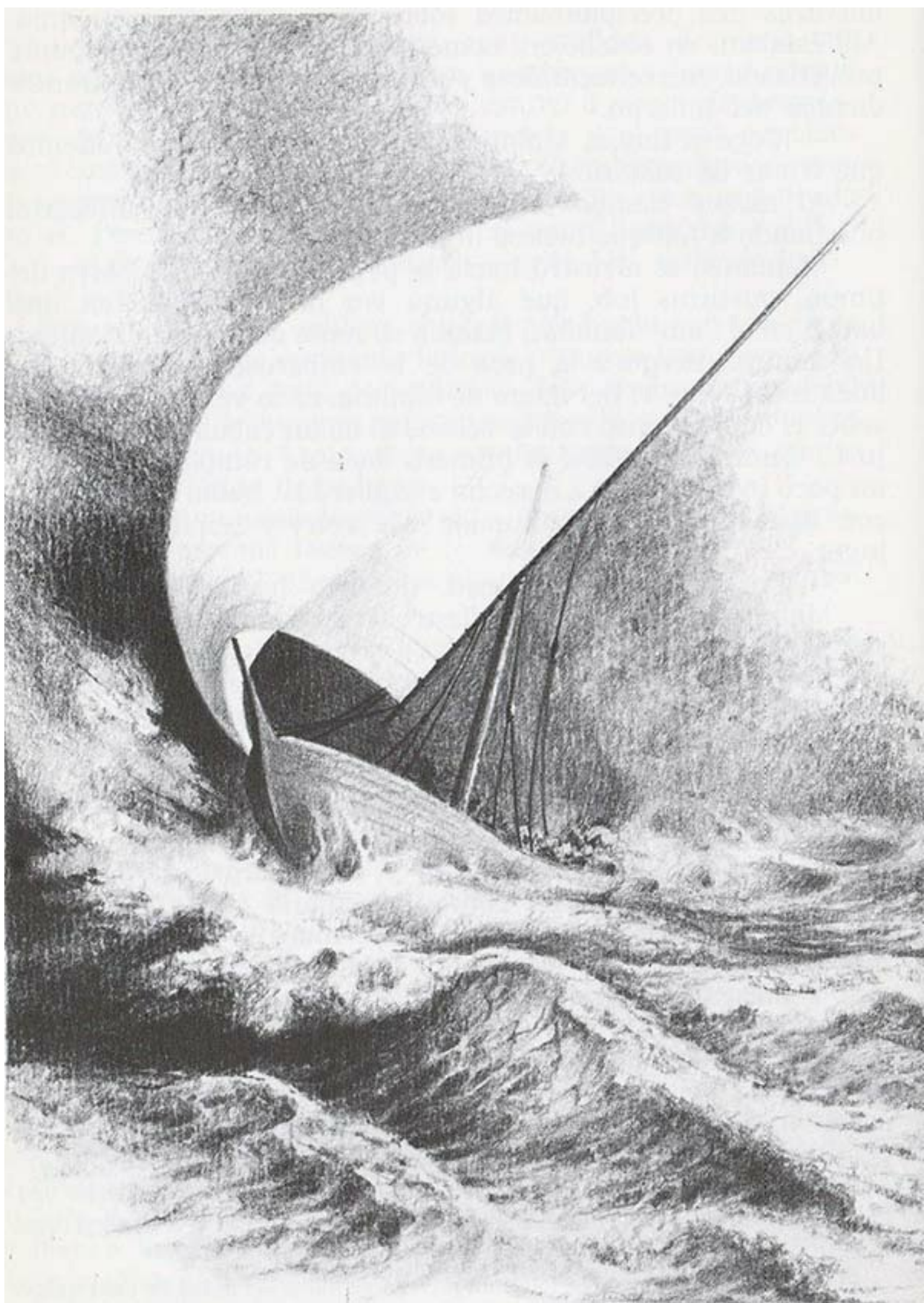
Mahomed se arrastró hacia la popa y empuñó la barra del timón, mientras Job, que alguna vez había bogado en una batea, en el Cam<sup>[34]</sup> familiar, blandía su remo con cierta dificultad. Un minuto después la proa de la embarcación enfilaba en línea recta sobre el hervidero de espuma, cada vez más próximo, sobre el cual se lanzó con la velocidad de un caballo de carreras. Justo frente a nosotros, la primera línea de rompientes parecía un poco más rala que a derecha e izquierda... había un resquicio con aguas algo más profundas. Me volví y señalé hacia ese lugar.

—¡Por tu vida, Mahomed, timonea hacia allí! —aullé.

Mahomed era un piloto diestro, muy familiarizado con los riesgos de esta peligrosísima costa; vi como agarraba el timón, se encorvaba poniendo todo su peso hacia adelante y clavaba sobre el terror espumoso sus grandes ojos redondos hasta que parecía que iban a saltar de sus órbitas. La marejada alzaba la proa de la barca y la conducía hacia la banda de estribor. Si tocábamos la línea de rompientes, cincuenta yardas a estribor del paso, nos hundiríamos. Mahomed plantó su pie contra el asiento que estaba delante de él y, al mirarlo, vi como sus dedos morenos se abrían como una mano con el peso que apoyaba sobre ellos cuando aplicaba todo su esfuerzo sobre el timón. Éste giró un poco, pero no lo suficiente. Grité a Job que achicara el agua, mientras yo trabajaba con mi remo. El timón respondió ahora, y nunca tan a tiempo.

¡Cielos, estábamos pasando! Luego siguieron un par de minutos de angustiosa excitación que no tengo palabras para describir. Todo lo que recuerdo es un fragoroso mar de espuma, de donde las oleadas surgían aquí y allá y por todas partes, como fantasmas vengadores desde su tumba oceánica. Una vez giramos en redondo, pero, fuera debido a la suerte o a la destreza de Mahomed como piloto, la proa de la ballenera volvió a enderezarse antes que un escollo nos anegase. Uno más... un

monstruo. Lo atravesamos o pasamos por encima —más bien lo atravesamos— y entonces, con un salvaje alarido de júbilo proferido por el árabe, entramos en las aguas comparativamente tranquilas del brazo de mar que había entre las líneas de fragorosas olas parecidas a dientes.



Pero otra vez estábamos casi llenos de agua, y a no más de media milla hacia adelante estaba la segunda línea de rompientes. De nuevo nos pusimos a achicar furiosamente. Por fortuna la tempestad se había alejado bastante y la luna brillaba con esplendor, revelando un promontorio rocoso que se extendía algo más de media milla en el mar, y del cual esta segunda línea de rompientes parecía ser la continuación. De todos modos, estos bullían a su pies. Probablemente el risco que formaba el promontorio se internaba en el océano, pero sólo bajo la superficie, dando origen al rompiente. Este promontorio terminaba en un curioso pico que parecía estar a no más de una milla de donde nos encontrábamos. Precisamente cuando habíamos achicado satisfactoriamente la embarcación por segunda vez, Leo abrió sus ojos —para mi inmenso alivio— y observó que se le había caído la ropa de la cama y comentó que ya era hora de ir a la capilla. Le dije que cerrara los ojos y se quedase quieto, lo cual hizo sin percatarse lo más mínimo de la situación. En lo que a mí respecta, su referencia a la capilla me hizo reflexionar, con una especie de malsana vehemencia, en mis confortables habitaciones de Cambridge. ¿Por qué había sido tan loco como para abandonarlas? Ésta es una reflexión que desde entonces me viene a la mente frecuentemente, y con creciente intensidad.

Pero ahora estábamos otra vez derivando hacia los rompientes, aunque con menor velocidad, pues el viento había cesado y sólo las corrientes o la marea (después resultó ser la marea) nos conducían.

Un minuto más y —con una especie de aullido dirigido a Alá por el árabe, una piadosa jaculatoria de mi parte y otra exclamación, no tan piadosa, de Job— nos hallamos sobre los rompientes. Toda la escena, hasta nuestro escape final, se repitió, aunque con menor violencia. El hábil pilotaje de Mahomed y los compartimentos estancos nos salvaron la vida. Cinco minutos después habíamos atravesado los escollos y éramos arrastrados —porque estábamos demasiado exhaustos para hacer

otra cosa en nuestra ayuda que mantener la proa derecha— con la velocidad más alarmante, en derechura al promontorio que he descrito.

Dimos vueltas con la marea hasta que llegamos bien a sotavento del promontorio. Entonces la velocidad amainó, dejamos de avanzar y por fin pareció que entrábamos en aguas tranquilas. La tempestad había cesado por completo, dejando tras sí un cielo fresco y limpio; el promontorio interceptaba la mar gruesa ocasionada por la borrasca, y la marea, que había estado fluyendo tan furiosamente río arriba (porque estábamos ahora en la desembocadura de un río), reflúa perezosamente. Por tanto flotábamos tranquilamente, y antes de que la luna se pusiese nos arreglamos para achicar toda el agua que había entrado en la embarcación y dejarla un poco más ordenada. Leo dormía profundamente y por eso me pareció prudente no despertarlo. Es cierto que dormía con las ropas mojadas, pero la noche era ahora tan cálida, que pensé (y Job fue de mi parecer) que aquello no podía perjudicar a un hombre de constitución tan excepcionalmente vigorosa. Por otra parte, no teníamos ropas secas a nuestro alcance.

Ya se ocultaba la luna, y dejándonos flotar sobre las aguas, que ahora sólo se levantaban suavemente, como el pecho de una mujer afligida, disponíamos del ocio necesario para reflexionar acerca de todo lo que habíamos pasado y de la que nos habíamos librado. Job se había instalado en la proa, Mahomed mantuvo su puesto al timón y yo me senté en un banco situado en medio de la barca, cerca de donde estaba acostado Leo.

La luna se ponía, con su casta belleza; partía como una dulce novia que se retira a su alcoba, mientras las estrellas atisbaban tímidamente entre las sombras, semejantes a largos velos que se deslizaban por el cielo. Muy pronto, empero, comenzaron a palidecer ante un esplendor que venía del este, y entonces los trémulos pasos del alba vinieron presurosos cruzando el azul recién nacido y desplazaron a las altas estrellas de sus puestos. Tranquilamente, con la mayor calma, crecía el mar; tan sereno como la suave niebla que nacía de su seno y ocultaba sus perturbaciones, tal como las ilusorias espirales del sueño cobijan a una mente acongojada por el dolor haciéndole olvidar sus penas. De este a oeste se apresuraban los ángeles del alba, de mar a mar, de una a otra cima de las montañas, derramando luz con ambas manos. Surgían de la oscuridad, perfectos, gloriosos, como espíritus de los justos emergiendo de la tumba; sobre el apacible mar, sobre la baja línea de la costa, las ciénagas que se extendían más allá y las montañas que se cernían sobre ellos; sobre los que dormían en paz y sobre los que velaban entre sufrimientos; sobre los malvados y los buenos; sobre los vivos y los muertos; sobre el ancho mundo y sobre todo cuanto alienta o ha alentado alguna vez.

Era un espectáculo de maravillosa hermosura; y también triste, tal vez por su mismo exceso de belleza. ¡El sol naciente, el sol poniente! Ahí teníamos el símbolo y el signo de la humanidad, y todas las cosas que la humanidad tiene que hacer. El símbolo y el signo, sí, y el comienzo de lo terrenal; su fin también. Y en aquella mañana ese pensamiento me invadió con fuerza singular. ¡El sol que nacía para nosotros se había puesto la noche anterior para dieciocho de nuestros compañeros de viaje!... ¡Se había ocultado eternamente para dieciocho hombres que conocíamos!

El *dhow* se había hundido con ellos, que se mecían entre las rocas y las algas, ¡humanos despojos del naufragio en el gran océano de la muerte! Y nosotros cuatro nos habíamos salvado. ¡Pero un día llegará el amanecer en que nos encontraremos ya entre los perdidos, y entonces otros mirarán estos gloriosos rayos y se entristecerán en medio de la belleza, soñando con la muerte en la incandescencia de la vida que surge!

Porque éste es el sino del hombre.



## V

### *La cabeza del etíope*

Al fin los heraldos y precursores del sol regio habían hecho su labor y, apartando las sombras, las obligaban a huir. Así surgió en toda su gloria de su lecho marino, e inundó la tierra de luz y calor. Me senté en la barca, escuchando el suave susurro del agua mientras miraba salir el sol, hasta que el ligero impulso de la ballenera nos condujo cerca de la roca o pico extrañamente formado, al final del promontorio que habíamos contorneado con tanto peligro. Aquel pico se interpuso entre mi vista y el maravilloso panorama, ocultándolo. Continué, sin embargo, con la mirada fija en la roca, pero absorto por completo, hasta que el pico quedó circundado por el fuego de la creciente luz que lo iluminaba desde atrás; entonces me incorporé como pude, al percibir que la cima del pico, que tendría unos ochenta pies de alto por ciento cincuenta de espesor en su base, tenía la forma de una cabeza de negro, cuyo rostro llevaba estampada la más diabólica y aterradora expresión. No cabía la menor duda: allí estaban los espesos labios, las mejillas abultadas y la nariz aplastada, destacándose con la más alarmante claridad sobre el flamígero fondo. Allí estaba, también, el cráneo redondo, desgastado en esa forma, quizá, por milenios de viento e intemperie. Y para completar la semejanza, había un achaparrado crecimiento de maleza o líquenes sobre la roca, que a contraluz del sol daba la exacta impresión general de la cabellera rizada de una cabeza de negro colosal. Por cierto que era muy extraña; tan extraña que ahora creo que no era un simple fenómeno de la naturaleza, sino un gigantesco monumento, ideado —como la famosa esfinge egipcia— por un pueblo olvidado que la habría labrado en la masa de roca que se prestaba a su propósito, quizá como emblema de advertencia y desafío hacia los enemigos que se acercasen a la bahía. Por desgracia, nunca pudimos comprobar si ése era el caso, por cuanto el peñasco era de difícil

acceso tanto desde tierra como por agua, y porque teníamos otras cosas que atender. Por mi parte, considerando el asunto a la luz de lo que vimos más tarde, creo que era de hechura humana. Pero sea así o no, allí permanece y clava su mirada malhumorada a través de los siglos, sobre el cambiante mar... Allí se levantaba hace más de dos mil años, cuando Amenartas, la princesa egipcia, esposa del remoto antepasado de Leo, Calícrates, contempló su diabólica faz... Y allí estará todavía —no tengo la menor duda— cuando, después de nuestra muerte, hayan transcurrido tantos años como los que nos separan de la princesa egipcia.

—¿Qué piensas de esto, Job? —pregunté a nuestro asistente, que estaba apoyado en la borda de la embarcación, tratando de recibir toda la luz solar que podía con aire excepcionalmente desdichado. Al mismo tiempo señalaba a la fiera y demoníaca cabeza.

—Por Dios, señor —contestó Job, que ahora percibía por primera vez el objeto—. Pienso que el viejo caballero<sup>[35]</sup> debe de haber estado posando para su retrato en esas rocas.

Reí, y mi risa despertó a Leo.

—Hola —dijo—, ¿qué me pasa? Estoy todo tieso... ¿Dónde está el *dhow*? Dame un poco de brandy, por favor.

—Deberías estar agradecido de no estar aún más tieso, muchacho —respondí—. El *dhow* se ha hundido, todos los tripulantes se han ahogado, con excepción de nosotros cuatro, y tu propia vida se salvó de milagro.

Y mientras Job, que ahora estaba más aliviado, buscaba el brandy que Leo había pedido, le conté la historia de nuestra aventura nocturna.

—¡Cielos! —dijo débilmente—. ¡Hay que pensar que hemos sido elegidos para sobrevivir a todo esto!

Entretanto el brandy había llegado y todos tomamos un buen trago. Y debíamos agradecer bastante que pudiéramos hacerlo. También el sol había comenzado a brillar con fuerza y calentaba nuestros helados huesos, ya que nuestros cuerpos habían permanecido mojados durante más de cinco horas.

—¡Toma! —dijo Leo con un gruñido al dejar la botella de brandy—. Ésa es la cabeza de que hablaban las inscripciones, la «roca esculpida como la cabeza de un etíope».

—Sí —dije—. Ahí está.

—Bueno, entonces todo el asunto es verdad —respondió.

—No del todo —repliqué—. Sabíamos que esta cabeza estaba aquí: tu padre la

había visto. Probablemente no es la misma cabeza de que hablaban los escritos; pero si lo es, eso no prueba nada.

Leo me miró con aire de superioridad:

—Eres un judío incrédulo, tío Horace —dijo—. Todo el que vive verá.

—Precisamente —respondí—. Y ahora tal vez observarás que estamos derivando a través de un banco de arena hacia la desembocadura del río. Rema con fuerza, Job, a ver si bogamos y hallamos un lugar para desembarcar.

La desembocadura del río que estábamos remontando no parecía ser muy ancha, a pesar de que los largos bancos de niebla vaporosa que se adherían a sus orillas no se habían disipado lo suficiente para ver su exacta medida. Como sucede con casi todos los ríos del África Oriental, había una considerable barra en la desembocadura, que sin duda, cuando soplabla el viento de tierra y la marea bajaba, debía de ser absolutamente infranqueable, aun para una embarcación que sólo tuviera unas pocas pulgadas de calado. Pero tal como estaban las cosas aún era transitable y no embarcamos ni una gota de agua. En veinte minutos lo habíamos cruzado, sin más ayuda que un ligero impulso por nuestra parte y empujados por una brisa fuerte pero variable que nos adentró en el puerto. Para entonces, la niebla había sido absorbida por el sol, que ya calentaba de modo poco confortable, y vimos que la boca del pequeño estuario tenía una media milla de ancho y que las márgenes del río eran muy pantanosas y pobladas de cocodrilos que yacían en el fango como leños. Alrededor de una milla por delante de nosotros, sin embargo, había algo que se parecía a una faja de tierra firme. Hacia allí dirigimos la barca. Un cuarto de hora más tarde habíamos llegado y, amarrando la embarcación a un bello árbol con anchas hojas brillantes y flores de la especie de la magnolia —sólo que eran de color rosa y no blancas<sup>[36]</sup>— y que colgaban sobre el agua, desembarcamos. Hecho esto nos desvestimos, nos lavamos y tendimos nuestros vestidos —junto con el contenido de la barca— para que se secasen al sol, cosa que sucedió muy pronto. Luego, tras resguardarnos del sol bajo unos árboles, tomamos un sabroso desayuno compuesto de lengua en conserva, de la cual habíamos traído una buena cantidad con nosotros, felicitándonos calurosamente en voz alta por haber tenido la suerte de haber cargado y aprovisionado la ballenera en los días previos al huracán que destruyera al *dhow*. Cuando terminamos nuestra comida, ya las ropas estaban completamente secas y nos apresuramos a vestirnos sintiéndonos algo más reconfortados. En realidad, aparte del cansancio y de unas pocas magulladuras, ninguno de nosotros había salido mal de la terrible aventura que resultó fatal para todos nuestros compañeros. Leo, es verdad, casi se había ahogado,

pero aquello no había hecho mella en el cuerpo de un vigoroso atleta de veinticinco años.

Tras el desayuno, comenzamos a mirar en torno nuestro. Estábamos en una faja de tierra seca de alrededor de doscientas yardas de anchura por quinientas de largo; a uno de sus lados estaba el río, y por los otros tres se continuaba en desoladas ciénagas que parecían no tener fin y que se extendían hasta donde la vista podía alcanzar. Esta faja de tierra se elevaba unos veinticinco pies sobre las llanas ciénagas circundantes y sobre el nivel del río: realmente tenía toda la apariencia de haber sido hecha por la mano del hombre.

—Este lugar ha sido un muelle —dijo Leo dogmáticamente.

—Tonterías —repliqué—. ¿Quién sería tan estúpido como para construir un muelle en medio de estos espantosos marjales, en una comarca habitada por salvajes..., si es que está habitada por alguien?

—Quizá no siempre fue un marjal y tal vez la gente no fue siempre salvaje —dijo secamente, mirando hacia abajo desde la empinada margen del río—. Mira aquí —añadió, avanzando mientras señalaba el agujero que había dejado el huracán de la noche pasada al derribar uno de los árboles de magnolia hasta arrancar sus raíces. Éste crecía en el borde extremo del banco de arena, justamente donde bajaba al río, y al caer había desprendido un gran trozo de tierra—. ¿No es esto obra de sillería? Si no lo es, se parece mucho.

—Tonterías —repetí, pero trepamos por el agujero hasta llegar al lugar que estaba entre las raíces descuajadas y el banco.

—¿Y bien? —dijo.

Pero esta vez no respondí. Sólo lancé un silbido. Porque allí, dejado al descubierto por la tierra removida, había un indudable revestimiento de sólida piedra, compuesto por anchos bloques unidos entre sí por un cemento pardo, tan duro que no pude dejar marcas en él con el filo de mi cuchillo de caza. Esto no era todo: viendo que algo sobresalía entre la tierra en la base de la desnuda franja del muro, removí la tierra suelta con mis manos y puse al descubierto una enorme anilla de piedra, de un pie o más de diámetro y alrededor de tres pulgadas de espesor. La sorpresa me hizo vacilar.

—Esto se parece a un muelle donde han amarrado navíos de buen tamaño, ¿no es cierto, tío Horace? —dijo Leo con una mueca de excitación.

Traté de decir «tonterías» otra vez, pero la palabra se atascó en mi garganta... La gastada anilla hablaba por sí misma. En alguna época pasada los navíos *habían* amarrado allí y este muro de piedra era sin duda el resto de un muelle sólidamente construido. Probablemente la ciudad a la que había pertenecido yacía sepultada bajo

las ciénagas que se extendían detrás del mismo.

—Empieza a vislumbrarse, después de todo, que algo había detrás de esa historia, tío Horace —dijo Leo alborozado.

Y, reflexionando en la misteriosa cabeza del negro y en el no menos misterioso trabajo de sillería, no pude replicar directamente.

—Un país como África —dije— está seguramente lleno de reliquias de civilizaciones muertas y olvidadas desde hace mucho tiempo. Nadie conoce la edad de la civilización egipcia y es muy probable que haya tenido otros vástagos. Y también estuvieron los babilonios, los fenicios, los persas y multitud de pueblos más o menos civilizados, sin hablar de los judíos, a los que todos «reclaman» hoy en día. Es posible que unos u otros hayan tenido colonias o puestos de comercio por aquí. Recuerda aquellas ciudades persas sepultadas que el cónsul nos mostró en Kilwa<sup>[37]</sup>.

—Así es —dijo Leo—. Pero eso no es lo que decías antes.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —repliqué, cambiando de conversación.

Como no hubo respuesta inmediata, fuimos hasta el borde de la ciénaga y la examinamos. En apariencia no tenía límites y grandes bandadas de aves acuáticas volaban desde sus cobijos, ocultando a veces el cielo. Ahora que el sol llegaba al cénit, se elevaban espesas nubes de vapor venenoso y aspecto malsano de la superficie del marjal y de las espumosas charcas de agua estancada.

—Hay dos cosas que me parecen claras —dije, dirigiéndome a mis tres compañeros, que contemplaban este espectáculo consternados—: primero, que no podemos cruzarla (y señalé la ciénaga); y segundo, que si nos quedamos aquí seguramente moriremos de fiebre.

—Eso está tan claro como el agua, señor —dijo Job.

—Muy bien, entonces; se nos presentan dos alternativas. Una es embarcarnos y tratar de buscar algún puerto con la ballenera, lo cual sería un procedimiento bastante arriesgado; el otro sería hacerse a la vela o remar río arriba, y ver dónde llegamos.

—No sé qué deseáis hacer —dijo Leo apretando los labios—, pero yo voy a subir por el río.

Job puso los ojos en blanco y gruñó; el árabe murmuró «Alá», y gruñó también. En cuanto a mí, subrayé suavemente que parecía que nos hallábamos entre la espada y la pared, y que no importaba demasiado hacia dónde dirigirnos. Pero en realidad estaba tan ansioso por seguir como Leo. La colosal cabeza del negro y la anilla de piedra habían excitado mi curiosidad hasta un extremo del que me sentía secretamente avergonzado, y estaba dispuesto a satisfacerla a toda costa. Por tanto, habiendo

ajustado cuidadosamente el mástil, reparado la barca y preparado nuestros rifles, nos embarcamos. Por fortuna, el viento soplabá desde el océano hacia la costa, de modo que pudimos izar la vela. En verdad, descubrimos más tarde que, por lo general, el viento soplabá hacia la playa desde el alba y durante algunas horas, y en sentido contrario a la puesta del sol. La explicación que ofrecí al respecto fue ésta: cuando la tierra se enfriaba por el relente de la noche, el aire caliente se elevaba, haciendo que la corriente viniese del mar hasta que el sol hubiese calentado de nuevo el aire. Al menos esta parecía ser la norma aquí.

Aprovechando este viento favorable, navegamos a vela alegremente por el río durante tres o cuatro horas. Una vez cruzamos en medio de una manada de hipopótamos, que emergieron y profirieron sus espantosos bramidos en nuestra dirección a sólo diez o doce brazas de la barca, con gran alarma de Job y —debo confesarlo— de la mía propia. Eran los primeros hipopótamos que veía en mi vida y, a juzgar por su insaciable curiosidad, debo pensar que nosotros éramos los primeros hombres blancos que ellos veían. A fe mía, una o dos veces pensé que vendrían a satisfacer esa curiosidad viniendo sobre el bote. Leo quería disparar sobre ellos, pero yo lo disuadí, temiendo las consecuencias. Asimismo, vimos centenares de cocodrilos tumbados al sol en los cenagosos bancos del río y miles y miles de aves acuáticas. Cazamos algunas de éstas y entre ellas había un ganso salvaje, que además de los agudos y curvos espolones de las alas tenía otro de alrededor de tres cuartos de pulgada que le brotaba del cráneo, justo entre los dos ojos. Nunca volvimos a cazar otro igual, de modo que no sé si era un individuo anormal o un ejemplar de especie diferente. En este último caso el incidente podría interesar a los naturalistas. Job lo bautizó el Ganso Unicornio.

Hacia el mediodía el calor del sol creció con intensidad y el hedor ascendió desde las ciénagas que desaguaban en el río, hasta convertirse en algo tan horrible, que nos movió instantáneamente a ingerir dosis preventivas de quinina. Poco después, la brisa cesó por completo; y como no había que pensar en hacer andar nuestra pesada embarcación a remo contra la corriente en medio de tal calor, nos sentimos agradecidos al poder cobijarnos bajo la sombra de un grupo de árboles —de una especie de sauce— que crecían junto a las orillas del río. Allí descansamos y recobramos el aliento cambiando palabras entrecortadas, hasta el momento en que la cercanía del ocaso pusiera fin a nuestras miserias. Al ver algo que parecía un espacio abierto donde el río se ensanchaba, frente a nosotros, decidimos remar hacia allí antes de instalarnos y ver qué haríamos por la noche. Al tiempo que estábamos soltando amarras, sin embargo, un hermoso gamo lacustre, con grandes cuernos que se

curvaban hacia adelante y una blanca raya que le cruzaba el anca, bajó al río a abrevar, sin advertirnos, ocultos como estábamos a unas cincuenta yardas bajo los sauces. Leo fue el primero en avistarlo y, como ardiente deportista que era, sediento de la sangre de la caza mayor con la cual había estado soñando desde hacía meses, se enderezó instantáneamente acechándolo como un perro perdiguero. Viendo la situación, le alcancé su rifle de tiro rápido y al mismo tiempo cogí el mío.

—Pero —susurré—, recuerda que no debes errar.

—¡Errar! —musitó a su vez—. No podría errar aunque lo intentase.

Levantó el rifle, y el gamo de color marrón rojizo, que ya había saciado su sed, alzó la cabeza y miró a través del río. Estaba parado sobre una pequeña eminencia o lomada del terreno que cruzaba la ciénaga (evidentemente un sendero preferido por la caza) y su silueta se recortaba sobre el cielo del atardecer. Había algo muy bello en él. Verdaderamente, creo que aunque viva cien años no podré olvidar esta escena desolada y sin embargo tan fascinante; ha quedado grabada en mi memoria. A la derecha y a la izquierda había amplias extensiones de solitarias y mortíferas ciénagas, llanas y sin interrupción hasta perderse de vista, salvo aquí y allá, donde se abrían charcas de agua negra y pestilente, que reflejaban como espejos los rojos rayos del sol poniente. Por detrás de nosotros y al frente se extendía el panorama del perezoso río, que terminaba en el resplandor de una laguna ornada de cañaverales, en cuya superficie jugaban las luces alargadas del atardecer cuando la débil brisa removía las sombras. Por el oriente descollaba la enorme esfera roja del sol poniente, desapareciendo ya en el vaporoso horizonte y llenando el vasto firmamento —cuya bóveda era atravesada en la altura por las grullas y las aves silvestres que la surcaban en líneas, cuadros y triángulos— con relámpagos de oro viviente y el fantástico color de la sangre. Y luego nosotros —tres modernos ingleses en una moderna embarcación inglesa— que parecíamos irritar y desentonar dentro de aquella inconmensurable soledad. Frente a nosotros, el noble gamo se dibujaba sobre un fondo de cielo rojizo.

¡Bang! Y se alejó con un enorme salto. Leo había errado. ¡Bang!, derecho sobre él otra vez. Ahora disparé. Debí de darle, a pesar de que iba como una flecha, a cien yardas o más. ¡Por Júpiter! ¡Una y otra vez!

—Bueno, creo que te he dado la puntilla, señorito Leo —dije, mientras luchaba contra la mezquina exaltación que en esos supremos momentos de la existencia brota en el pecho del deportista más correcto.

—Maldita sea, sí —gruñó Leo; y entonces, con esa súbita sonrisa que es uno de sus atractivos e ilumina su hermoso rostro con un rayo de luz, añadió—: perdóname, viejo camarada. Te felicito; ha sido un tiro estupendo. Los míos fueron ruinosos.

Bajamos de la barca y corrimos hacia el gamo, que había recibido el disparo sobre la espina dorsal y estaba muerto como una piedra. Nos llevó más de un cuarto de hora desollarlo y trocear las partes de mejor carne que pudiésemos transportar. Tras haberla empacado, tuvimos apenas luz suficiente para remar hasta el interior del ensanchamiento parecido a una laguna, en el cual (al haber una depresión en la ciénaga) se había extendido el río. En el momento preciso en que la luz se desvanecía, anclamos a unas treinta brazas de la orilla del lago. No nos atrevimos a desembarcar, pues ignorábamos si hallaríamos terreno seco para acampar y porque además temíamos grandemente las exhalaciones venenosas del marjal. Por eso pensamos que si permanecíamos sobre el agua nos veríamos más a resguardo de ellas. Por lo tanto encendimos una linterna y efectuamos nuestra comida nocturna con lengua en conserva de la mejor manera que pudimos y luego nos dispusimos a dormir; pero entonces descubrimos que era imposible. Porque sea que fueron atraídos por la luz de la linterna o por el desacostumbrado olor a hombre blanco que habrían estado esperando durante los últimos mil años o cosa así, no lo sé, pero fuimos instantáneamente atacados por decenas de millares de los más pertinaces, sedientos de sangre y enormes mosquitos que jamás haya visto o sabido de ellos por lecturas. Llegaron en nubes y picaron, zumbaron y mordieron hasta que estuvimos próximos a volvernos locos. El humo del tabaco sólo parecía excitarlos y llevarlos a una actividad vital más alegre y dinámica, hasta que terminamos por cubrirnos con mantas, incluida la cabeza, asándonos lentamente con el calor, mientras nos rascábamos y renegábamos constantemente. Apenas nos sentamos, vibrando como un trueno en el silencio, llegó el profundo rugido de un león y luego de otro, que se movían entre los juncos a sesenta yardas de nosotros.

—Creo —dijo Leo asomando la cabeza por debajo de su manta— que tenemos suerte de no estar en la orilla, ¿eh, Avuncular? —(Leo a veces se dirigía a mí de esa manera irrespetuosa)—. ¡Maldición! Un mosquito me ha picado en la nariz —y su cabeza desapareció otra vez bajo la manta.

Poco después salió la luna y, a pesar de toda clase de rugidos que nos llegaban desde la ribera, nos sentíamos perfectamente seguros, por lo cual comenzamos a adormecernos gradualmente.

No sé bien qué me hizo asomar la cabeza fuera del amistoso refugio de mi manta; tal vez porque hallé que los mosquitos estaban atravesándolo con sus agujijones. Lo cierto es que lo hice y así pude oír el susurro de Job con una voz aterrorizada...

—¡Oh, cielos, mirad allí!

Instantáneamente miramos todos y esto fue lo que vimos a la luz de la luna: cerca



de la orilla había dos anchos círculos que se dilataban en anillos concéntricos sobre la superficie del agua. Y en el corazón y centro de los círculos se vislumbraban dos objetos oscuros en movimiento.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Son esos malditos leones, señor —respondió Job en un tono en que aparecían mezclados extrañamente un sentido de ofensa personal, el habitual respeto y un miedo confeso—, y están nadando hacia aquí para c-c-comernos —añadió aspirando una hache<sup>[38]</sup> en su nerviosa agitación.

Miré otra vez. No cabía duda: pude ver el brillo de sus feroces ojos. Atraídos por el olor de la carne del gamo recién muerto o por el nuestro propio, las hambrientas bestias asaltaban de hecho nuestra posición.

Leo cogió otra vez el rifle en sus manos. Le dije que esperara a que estuviesen más cerca y entretanto preparé el mío. A unos quince pies de nuestra barca el lecho del río tenía una profundidad de alrededor de quince pulgadas. Allí trepó entonces el primero de los leones —era la leona—, se sacudió y lanzó un rugido. En ese momento Leo hizo fuego. La bala entró directamente por la boca abierta de la leona y salió por la parte de atrás de su cuello. Entonces la bestia se desplomó muerta, con un salpicar de agua a su alrededor. El otro león —un macho totalmente desarrollado— estaba como a dos pasos de su compañera. En el mismo segundo puso sus garras delanteras en el bajío, y luego sucedió algo extraño. Hubo un remolino y una agitación en el agua, tal como se ve en los estanques ingleses cuando un lucio coge un pez pequeño, sólo que mil veces más violento y amplio; súbitamente, el león lanzó el más terrible rugido ronco y saltó sobre el banco, arrastrando consigo un objeto negro.

—¡Alá! —gritó Mahomed—, ¡un cocodrilo lo ha cogido por una pata!

Y claro que lo había cogido. Pudimos ver el largo hocico con sus brillantes filas de dientes, y detrás el cuerpo del reptil.

Una extraordinaria escena, en verdad, comenzó a desarrollarse. El león se las arregló para afirmarse bien en el banco; el cocodrilo —medio apoyado allí y medio nadando— todavía sujetaba su pata trasera. El león rugió hasta que el aire tembló con su sonido, y entonces, con un salvaje y agudo gruñido, se revolvió clavando sus garras en la cabeza del cocodrilo. Éste aflojó su presa, habiendo sufrido, como descubrimos más tarde, la pérdida de un ojo; entonces se dio la vuelta un tanto. Instantáneamente el león lo aferró por la garganta. Una y otra vez rodaron sobre el banco, forcejeando horrorosamente. Era imposible seguir sus movimientos, pero cuando una vez más tuvimos una visión clara de la lucha, la suerte había cambiado. El

cocodrilo, cuya cabeza parecía una masa sangrienta, había apresado el cuerpo del león entre sus mandíbulas de hierro, justo sobre las ancas, oprimiéndolo entre sacudidas que lo llevaban de un lado a otro. Por su parte, el torturado bruto, rugiendo en agonía, mordía y despedazaba la escamosa cabeza de su enemigo, mientras clavaba sus garras posteriores en la garganta, que era relativamente más blanda, rasgándola como si fuese un guante.

Entonces, súbitamente, llegó el fin. La cabeza del león cayó sobre el dorso del cocodrilo y con un espantoso rugido murió. El saurio, después de haber permanecido un minuto sin moverse, rodó lentamente de lado, con sus mandíbulas aún aferradas al cuerpo del león, que, como descubrimos después, estaba casi cortado en dos.

Este duelo a muerte había sido un espectáculo pasmoso y horrible y puede suponerse que pocos hombres han presenciado algo igual. Y de este modo concluyó.

Cuando todo hubo pasado, dejando a Mahomed de guardia, conseguimos pasar el resto de la noche tan apaciblemente como lo permitieron los mosquitos.

## VI

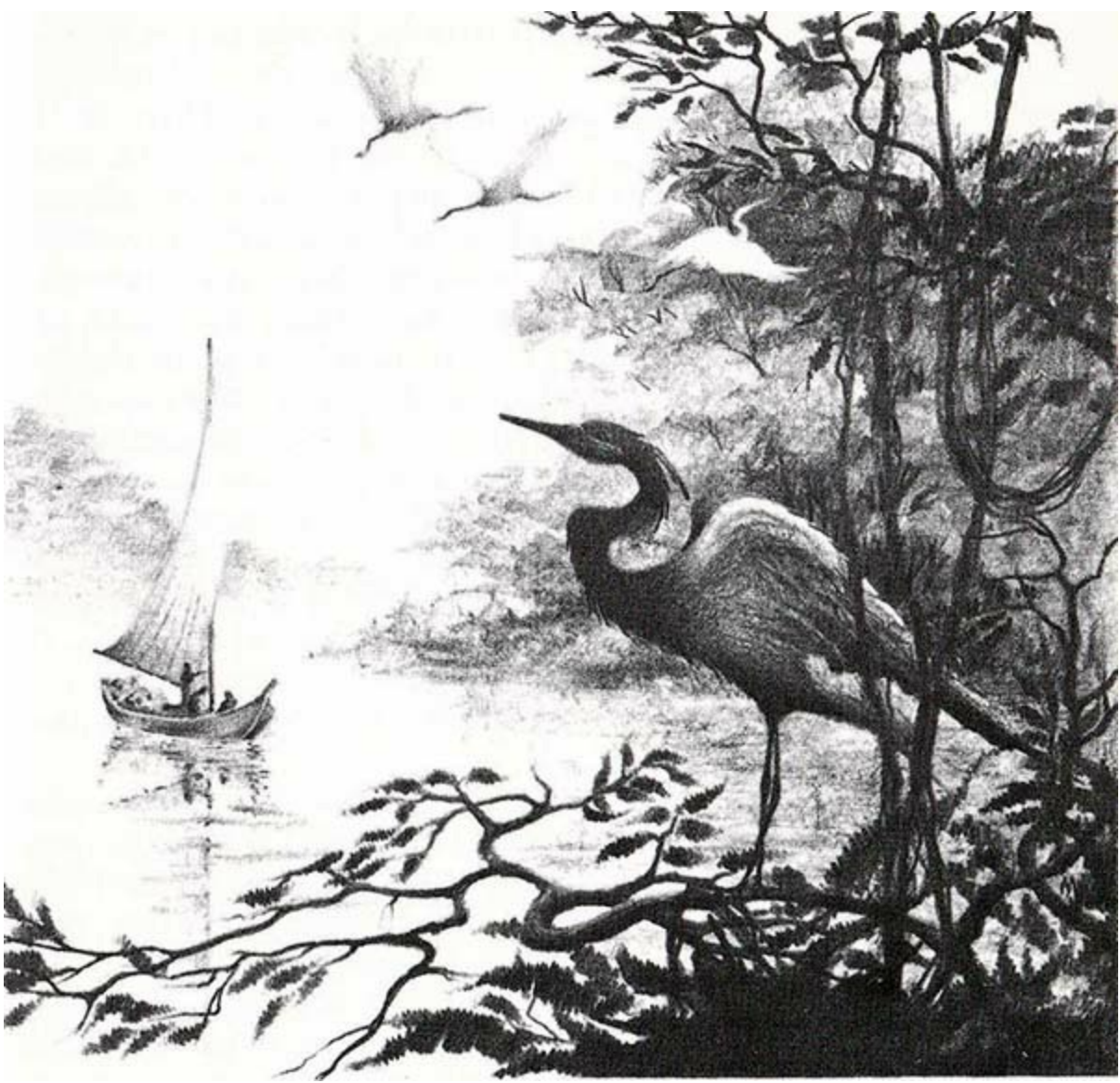
### *Una primitiva ceremonia cristiana*

A la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, nos levantamos e hicimos las abluciones que las circunstancias permitían. Al fin estuvimos prontos para la partida. Me veo forzado a decir que, cuando hubo suficiente luz para que pudiéramos vernos las caras, yo, el primero, estallé en risas estruendosas. La ancha y cordial cara de Job se había hinchado hasta casi el doble de su tamaño normal por la picadura de los mosquitos, y la condición de Leo no era mucho mejor. De los tres era yo en verdad quien había salido mejor librado del trance, probablemente a causa de la rudeza de mi piel morena y al hecho de que buena parte de ella estaba cubierta de pelo, ya que desde nuestra partida de Inglaterra había dejado que mi barba, de por sí exuberante, creciera a su placer. Pero los otros dos, en comparación, estaban bien afeitados, lo cual por supuesto dejaba al enemigo una más amplia extensión de terreno para operar. Sin embargo, en el caso de Mahomed, los mosquitos —reconociendo el sabor de un verdadero creyente— no lo habían querido tocar a ningún precio. ¡Cuán a menudo, recuerdo, deseamos durante las semanas siguientes haber poseído un sabor semejante al de los árabes!

Durante el tiempo que habíamos dedicado a reír tan animosamente como lo permitían nuestros labios hinchados, la luz del día había llegado y la brisa matinal soplaba desde el mar, abriendo sendas en las densas neblinas del marjal, y aquí y allí las empujaba en grandes vellones de vapor. Izamos la vela entonces, tras echar una mirada a los dos leones muertos y el cocodrilo, a los cuales, naturalmente, no podíamos quitarles la piel por carecer de medios para curtirla. Partimos y, navegando a vela por la laguna, seguimos el curso del río por el lado más alejado. A mediodía, cuando cesó la brisa, tuvimos la fortuna de hallar un apropiado trozo de tierra seca

donde pudimos acampar y encender fuego. Allí cocinamos un par de patos salvajes y un trozo de la carne del gamo..., no de forma muy apetitosa, es cierto, pero asaz suficiente. El resto de la carne del gamo la cortamos en tiras y la colgamos al sol para secar y convertirla en «biltong», como creo que llaman los holandeses sudafricanos a la carne así preparada. En esta bienvenida porción de terreno seco permanecemos hasta el siguiente amanecer, y allí dormimos, como antes, en guerra con los mosquitos pero sin otros inconvenientes. Uno o dos días más pasaron de modo similar y sin aventuras dignas de mención, excepto que cazamos un ejemplar de antílope sin cuernos de peculiar donaire. Vimos muchas variedades de nenúfares en pleno florecimiento, algunos de ellos azules y de exquisita belleza, aunque pocas de sus flores eran perfectas, debido al predominio de unas larvas blancas de agua de cabeza verde, que se alimentaban de ellas.

Al quinto día de nuestro viaje, cuando habíamos recorrido, según nuestros cálculos, de ciento treinta y cinco a ciento cuarenta millas al occidente de la costa, ocurrió el primer incidente de importancia. Aquella mañana el viento acostumbrado nos faltó hacia las once y, tras haber remado un pequeño tramo, nos vimos forzados a detenernos, más o menos exhaustos, en un lugar que parecía ser la intersección de nuestro río con otro de una anchura uniforme de unos cincuenta pies. Algunos árboles crecían cerca —los únicos árboles en toda esta región eran los que crecían en las orillas del río—, y allí descansamos bajo su fronda, y como la tierra estaba felizmente seca precisamente allí, caminamos un poco a lo largo de la orilla del río para explorar. Al tiempo cazamos algunas aves acuáticas para la comida. Antes de haber andado cincuenta yardas advertimos que toda esperanza de continuar navegando en la ballenera por aquella corriente tocaba a su fin, porque a menos de doscientas yardas más arriba había una sucesión de vados y bancos de lodo donde el agua no llegaba a seis pulgadas de profundidad. Era un *cul de sac*<sup>[39]</sup> acuático.



Volviendo atrás, caminamos un trecho por las orillas del otro río, y pronto llegamos a la conclusión, por varios indicios, de que no se trataba de un río en absoluto, sino de un antiguo canal, como el que puede verse sobre Mombasa, en la costa de Zanzíbar, comunicando el río Tana con el Ozy, de manera que es posible navegar río abajo por el Tana hasta cruzar el Ozy y llegar por él al mar, evitando así la muy peligrosa barra que bloquea la desembocadura del Tana. El canal que teníamos ante nosotros había sido evidentemente excavado por el hombre en algún remoto periodo de la historia del mundo, y el resultado de esas excavaciones era aún visible en la hechura de las empinadas orillas, que alguna vez habían formado, sin duda, caminos de sirga para remolcar los navíos. Salvo en algunos lugares, donde el agua los había ahuecado o se habían hundido, los taludes de arcilla ligada y endurecida estaban a igual distancia entre sí, y la profundidad de la corriente también parecía uniforme. La corriente, allí, parecía muy pequeña o inexistente, y en consecuencia la superficie del canal estaba sofocada por la proliferación de la vegetación, interrumpida por pequeñas vías de agua clara. Éstas deberían haber sido producidas,

supongo, por el constante paso de las aves acuáticas, las iguanas y otras sabandijas. Ahora bien, como era evidente que no podríamos continuar avanzando por el río, era igualmente cierto que deberíamos optar por probar el canal o retornar al mar. No podíamos detenernos donde estábamos, para cocernos al sol y ser devorados por los mosquitos hasta perecer de fiebres en aquella melancólica ciénaga.

—Bueno, supongo que debemos probar el canal —dije.

Los demás asintieron a su modo: Leo, como si fuese la mejor broma del mundo; Job, con respetuoso disgusto; y Mahomed con una invocación al Profeta y un amplio anatema sobre todos los descreídos y sus maneras de pensar y viajar.

En consecuencia, tan pronto como el sol llegó al ocaso y teniendo poco o nada que esperar de nuestro amistoso viento, partimos. Durante la primera hora pudimos navegar con los remos, aunque con gran trabajo; pero cuando la maleza se tornó demasiado espesa para avanzar por ella, nos vimos obligados a recurrir al primitivo y agotador procedimiento de remolcar la barca con cuerdas. Trajinamos durante dos horas, Mahomed y Job de un lado, y yo del otro, pues se suponía que yo era lo suficientemente fuerte como para tirar solo de un extremo, mientras Leo, sentado en la proa de la embarcación, apartaba las malezas que se amontonaban alrededor de la quilla con la espada de Mahomed. Al oscurecer hicimos alto por algunas horas: para descansar y para goce de los mosquitos. Pero a medianoche proseguimos otra vez, aprovechando el relativo frescor nocturno. Al amanecer descansamos durante tres horas y comenzamos de nuevo, trabajando hasta las diez, cuando una tormenta, acompañada de una lluvia torrencial, nos detuvo. Pasamos las seis horas siguientes prácticamente bajo el agua.

No sé si hay alguna necesidad de que describa en detalle los cuatro días que siguieron en nuestro viaje, más allá de decir que en conjunto fueron los más miserables que he pasado en mi vida, sumando un monótono registro de pesados trabajos, calor, penuria y mosquitos. Durante todo este triste camino cruzamos por una región de ciénagas casi interminables y sólo puedo atribuir el haber escapado a la fiebre y a la muerte, a las constantes dosis de quinina y purgantes que tomamos, y al incesante ejercicio a que estábamos forzados. Al tercer día de nuestra travesía por el canal, avistamos una redondeada colina que asomaba entre los vapores del marjal. Al atardecer de la cuarta noche, cuando acampamos, esta colina parecía estar a unas veinticinco o treinta millas de distancia. Para entonces estábamos completamente exhaustos y sentíamos que nuestras manos, cubiertas de ampollas, no podían tirar del barco ni una yarda más, y que lo mejor que podíamos hacer era echarnos en tierra y morir en aquel horrible yermo cenagoso. Era una situación espantosa, en la cual no

creo que ningún hombre blanco se haya encontrado jamás. Y cuando me arrojé en la cubierta de la barca para dormir, aquél fue el sueño de la fatiga extrema; entonces maldije mi locura al tomar parte en aquella búsqueda demencial que sólo podía concluir con nuestra muerte en aquella horrible comarca. Recuerdo que pensé, a medida que me sumergía lentamente en la somnolencia, en cuál sería el aspecto de la embarcación y de su infeliz tripulación dos o tres meses después de aquella noche. Allí yacería la embarcación, con sus cuadernas deshechas, medio llena de agua fétida, que cuando el viento cargado de brumas la agitase, chapotearía entre nuestros huesos desgastados y ése sería su fin y el de todos los que en ella habían ido en pos de mitos y del descubrimiento de los secretos de la naturaleza.

Aún me parece oír el agua batiendo contra nuestros huesos consumidos y haciéndolos entrecostar sonoramente, rodando mi cráneo contra el de Mahomed y el suyo contra el mío, hasta que al fin Mahomed se enderezaba sobre sus vértebras y, echándome una mirada con sus vacías órbitas, me maldecía con una mueca de sus mandíbulas, pues yo, perro cristiano, turbaba el último sueño de un verdadero creyente. Abrí los ojos estremeciéndome ante el horrible sueño. Y me estremecí otra vez porque había algo que no era un sueño: dos grandes ojos fulguraban sobre mí a través de la brumosa oscuridad. Pugué por levantarme y en medio de mi terror y confusión grité y grité hasta que los otros se levantaron también, tambaleándose como ebrios, medio dormidos y asustados. Hubo entonces un relampagueo de frío acero y una gran lanza se apoyó en mi garganta, mientras detrás brillaban cruelmente otras lanzas.

—Paz —dijo una voz hablando en árabe, o más bien en algún dialecto en el cual el árabe participaba muy ampliamente—; ¿quiénes sois vosotros que venís hacia aquí nadando sobre el agua? Hablad o moriréis —y el acero se apretó agudamente sobre mi garganta, haciendo correr un escalofrío por todo mi cuerpo.

—Somos viajeros y hemos llegado aquí por azar —contesté en mi mejor árabe, que al parecer fue comprendido, porque el hombre volvió la cabeza y, dirigiéndose a una alta figura que se alzaba entre las sombras, dijo:

—Padre, ¿los matamos?

—¿De qué color son los hombres? —interrogó una voz profunda.

—Blanco es su color.

—No los mates —fue la respuesta—. Cuatro soles han pasado desde que me llegó la palabra de *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*: «Llegarán hombres blancos: si llegan hombres blancos, no los matarás. Los conducirás a la casa de *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*. Llevarás a los hombres y sus pertenencias».

—¡Venid! —dijo el hombre, medio conduciéndome, medio arrastrándome fuera de la barca. Mientras esto hacía, advertí que otros hombres cumplían los mismos buenos oficios con mis compañeros.

Sobre el talud estaba congregada una compañía de alrededor de cincuenta hombres. En aquella luz pude descubrir que estaban armados con enormes lanzas, que eran muy altos y robustos, de color relativamente claro y que iban desnudos, salvo una piel de leopardo que llevaban en torno a la cintura.

Habían desatado a Leo y Job, que ahora estaban colocados a mi lado.

—¿Qué diablos sucede? —dijo Leo restregándose los ojos.

—¡Oh, mi Dios! señor, en buena nos hemos metido —exclamó Job, y precisamente en ese instante se produjo un desorden y Mahomed cayó tambaleándose entre nosotros, perseguido por una silueta sombría que llevaba una espada en alto.

—¡Alá, Alá! —chilló Mahomed, sintiendo que poco podía esperar de los hombres—. ¡Protegedme! ¡Protegedme!

—Padre, es un negro —dijo una voz—. ¿Qué dijo *Ella-la-que-debe-ser-obedecida* acerca de un negro?

—No dijo nada; pero no lo mates. Ven aquí, hijo mío.

El hombre se acercó y la alta figura oscura se inclinó y susurró algo.

—Sí, sí —dijo el otro, ahogando una risita en un tono que helaba la sangre.

—¿Están allí los tres hombres blancos? —preguntó la figura.

—Sí, allí están.

—Entonces traigan lo que está dispuesto para ellos y dejad que los hombres cojan todo lo que puede ser transportado de la cosa que flota.

Apenas pronunció esas palabras, los hombres vinieron corriendo con nada menos que unos palanquines que transportaban sobre sus hombros —cuatro cargadores y dos hombres de refresco por cada palanquín— y se nos indicó enseguida que esperaban que los montásemos.

—¡Bien! —dijo Leo—. Es una bendición hallar a alguien que nos lleve después de tanto tiempo en que teníamos que transportarnos a nosotros mismos.

Leo siempre ve el lado alegre de las cosas.

No pudiendo hacer de otro modo, y, tras haber visto que los demás se instalaban en sus palanquines, me tumbé en mi propia litera y por cierto que la hallé muy confortable. Parecía confeccionada con un paño tejido con alguna fibra de hierbas, que cedía y se estiraba acomodándose a todos los movimientos del cuerpo, balanceándose arriba y abajo desde su punto de sostén, dando un agradable apoyo a la cabeza y al cuello.

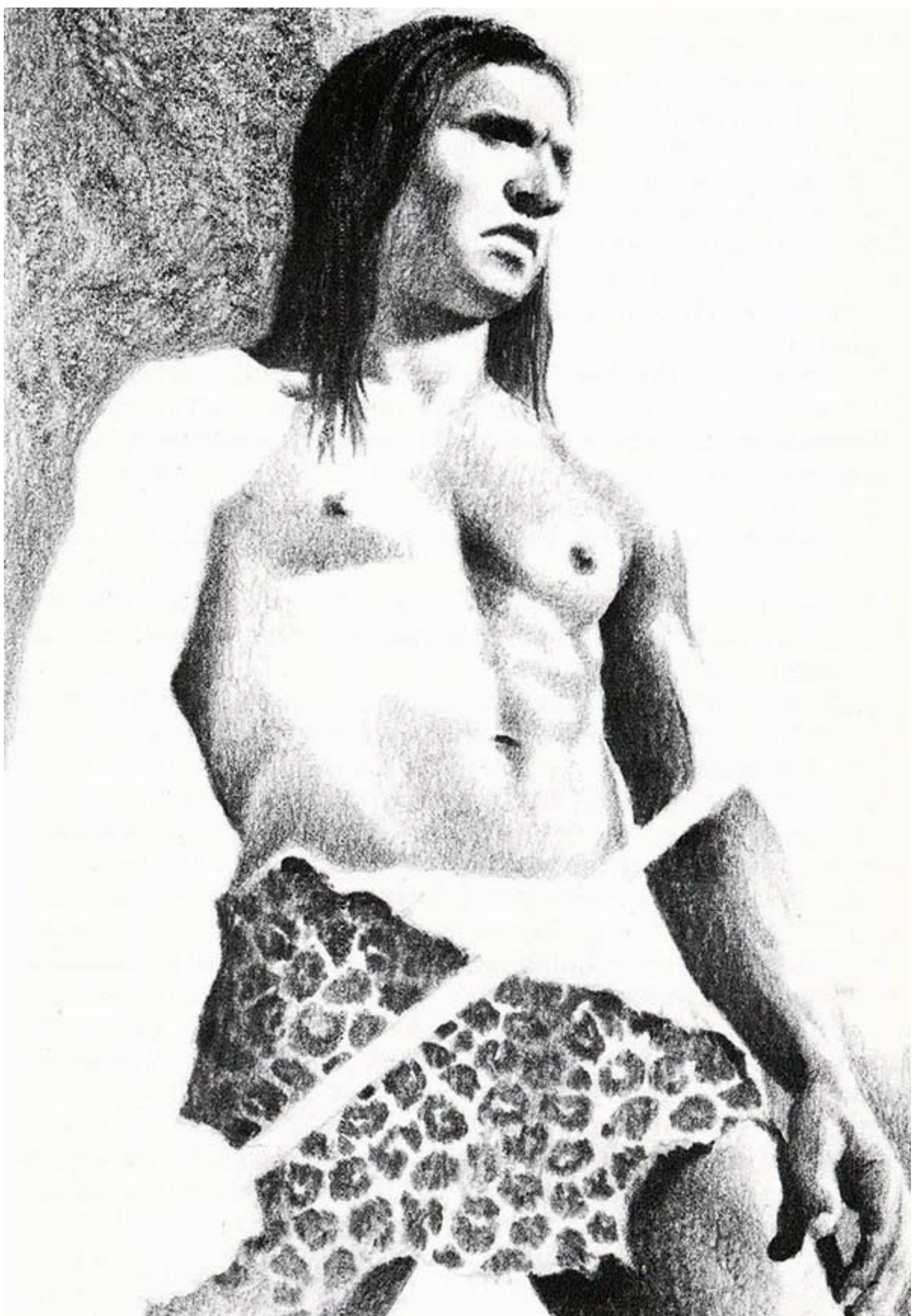


Apenas me había instalado cuando los cargadores, acompañando sus pasos con un monótono canto, iniciaron un ondulante trote. Durante una media hora descansé sosegadamente, mientras reflexionaba en las notabilísimas experiencias que estábamos atravesando, preguntándome si alguno de mis eminentes y respetables amigos fósiles, del lejano Cambridge, me creería si por milagro estuviera sentado a la mesa familiar de las comidas relatándoselas. No quisiera dar a entender una idea ligera o irrespetuosa al llamar fósiles a aquellos bondadosos y sabios hombres, pero mi experiencia señala que la gente es proclive a la fosilización, aun en la universidad, si sigue la misma senda con demasiada persistencia. Yo también me estaba fosilizando, pero últimamente mis ideas se habían ampliado muy considerablemente. Y bien: descansé y reflexioné, preguntándome cuál podría ser el fin de todo aquello; hasta que al fin cesé de interrogarme y me quedé dormido.

Sospecho que dormí siete u ocho horas, tomando el primer descanso real que había gozado desde la noche previa al naufragio del *dhow*, por lo cual cuando desperté el sol ya estaba alto en el cielo. Todavía estábamos viajando, a un ritmo de cuatro millas a la hora. Atisbando a través de las delgadas cortinas de la litera, que estaban ingeniosamente sujetas a la pértiga de sostén, percibí para mi infinito alivio que habíamos salido de la región de las eternas ciénagas y estábamos atravesando ahora unas planicies cubiertas de espesa hierba en dirección a una colina en forma de taza. Si era o no la misma colina que habíamos visto desde el canal, no lo sé; nunca pude descubrirlo desde entonces, porque —como observamos más tarde— ese pueblo suministra escasa información sobre esos temas. Luego observé a los hombres que me transportaban. Estaban magníficamente formados, pocos entre ellos tenían menos de seis pies de estatura y su color era amarillento. En conjunto, su aspecto tenía bastante en común con el de los somalíes del África Oriental, sólo que su pelo no era rizado, sino que caía en espesas guedejas negras sobre los hombros. Sus facciones eran aquilinas y en muchos casos sumamente bellas; los dientes eran notablemente proporcionados y hermosos. Pese a su bella apostura me impresionó que, en conjunto, sus rostros tuvieran la expresión más malvada que he visto en mi vida. Era un aire de frialdad y tétrica fiereza que se imprimía en sus semblantes y que me repugnó. Ésa sombría crueldad era en algunos casos pavorosa por su intensidad.

Otra cosa que me impresionó de ellos es que nunca parecían sonreír. A veces cantaban la monótona canción que he mencionado, pero, cuando no lo hacían, se encerraban en un silencio casi perfecto, y el brillo de una risa jamás venía a iluminar sus sombríos y malignos semblantes. ¿Cuál podría ser la raza de ese pueblo? Su lenguaje era un árabe adulterado, pero no eran árabes; estoy casi seguro de ello. Para

eso eran demasiado oscuros, o más bien amarillos. No puedo explicar por qué, pero sé que su aspecto me llenó de un miedo enfermizo del cual me sentí avergonzado. Cuando aún estaba sumido en estas cavilaciones, otra litera se acercó poniéndose a la par de la mía. En ella —porque las cortinas estaban recogidas— se podía ver a un anciano sentado. Estaba vestido con una túnica blanquecina, hecha en apariencia de basto lino, que colgaba laxa a su alrededor. Llegué a la inmediata conclusión de que aquélla era la sombría figura que estaba de pie en el talud y al cual se dirigían llamándole «Padre». Era un anciano de magnífico aspecto, con una barba de nieve tan larga que sus extremos colgaban fuera de la litera. Tenía una nariz curvilínea sobre la cual fulguraban un par de ojos tan penetrantes como los de una serpiente, en tanto su semblante en conjunto tenía una expresión de sabio y sardónico humor que resulta imposible de reflejar en el papel.



—¿Estás despierto, extranjero? —dijo con una voz profunda y baja.

—Ciertamente, padre mío —respondí cortésmente, sintiendo que en verdad haría bien en hacerme amigo de este anciano Mammón<sup>[40]</sup> de la Iniquidad.

Se mesó la hermosa barba blanca y sonrió débilmente.

—Cualquiera que sea el país de donde vienes —dijo—, y, entre paréntesis, debe de ser uno donde nuestro lenguaje es conocido, en él debe de enseñarse cortesía a los niños, hijo mío extranjero. Y bien, ¿por qué vienes a esta tierra que escasamente ha pisado un pie extraño desde los tiempos en que el hombre es conocido? ¿Estás tú y aquéllos que contigo vienen cansados de la vida?

—Venimos para hallar cosas nuevas —repuse audazmente—. Estamos cansados de las cosas viejas; hemos venido a través de los mares para saber de lo desconocido. Pertenece a una raza que no teme a la muerte, mi muy respetado padre mío..., siempre que podamos aprender algo nuevo antes de morir.

—¡Hum! —gruñó el viejo caballero—. Eso debe ser verdad; sería imprudente contradecirlo, de otro modo diría que estabas mintiendo, hijo mío. De todos modos, me atrevo a decir que *Ella-la-que-debe-ser-obedecida* podrá satisfacer tus deseos en ese aspecto.

—¿Quién es *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*? —pregunté con curiosidad.

El anciano lanzó una mirada a los porteadores y luego replicó, con una sonrisa que hizo afluir la sangre a mi corazón:

—Seguramente, hijo mío extranjero, lo sabrás muy pronto, si es de su agrado verte en carne y hueso.

—¿En carne y hueso? —repliqué—. ¿Qué desea dar a entender mi padre?

Pero el anciano sólo rió, con una horrible risa, y no respondió.

—¿Cuál es el nombre del pueblo de mi padre? —pregunté.

—El nombre de mi pueblo es Amahagger, el Pueblo de las Rocas.

—Y, si un hijo puede preguntar, ¿cuál es el nombre de mi padre?

—Mi nombre es Billali.

—¿Y hacia dónde vamos, padre mío?

—Ya lo verás.

A una señal suya, los portadores salieron corriendo hasta que alcanzaron la litera donde reposaba Job con una pierna colgando por su costado. Por lo visto, no obstante, poco pudo saber a través de Job, pues de inmediato vi cómo sus portadores trotaban hacia la litera de Leo.

Después de esto, como nada nuevo ocurrió, me abandoné al placentero balanceo de la litera y me adormecí otra vez. Estaba terriblemente cansado. Cuando desperté, descubrí que estábamos atravesando un desfiladero rocoso con formaciones de lava y empinadas laderas, donde crecían muchos árboles hermosos y arbustos florecidos.

En ese momento, el desfiladero torció en un recodo y un encantador panorama se desplegó ante mis ojos. Ante nosotros se abría una vasta depresión en forma de taza, cubierta de verdor, que tendría de cuatro a seis millas de extensión y parecida a un anfiteatro romano. Los costados de esta gran taza eran rocosos y revestidos de maleza, pero el centro era una tierra riquísima de pradera, sembrada de árboles aislados de magnífico desarrollo y regada por serpenteantes arroyos. En esta fértil llanura pacían rebaños de cabras y vacas, pero no vi ovejas. Al principio no pude imaginar qué podría ser este extraño paraje, pero de pronto vislumbré una explicación: debería originarse en el cráter de algún volcán extinguido desde hace largo tiempo, que luego se habría convertido en lago, y finalmente drenado de alguna forma inexplicada. Esto podría afirmarlo a través de una experiencia posterior de éste y de otro lugar mucho más extenso, que tendré ocasión de describir luego, por lo cual tengo toda clase de razones para creer que esa conclusión era correcta. Me sorprendió observar, sin embargo, que a pesar de que se veían gentes moviéndose entre los rebaños de cabras y vacunos, no pude distinguir señales de vivienda alguna. ¿Dónde vivirían todos ellos? me preguntaba. Mi curiosidad estaba destinada a satisfacerse con prontitud. Torciendo a la izquierda, la fila de literas siguió las escarpadas laderas del cráter a una distancia de alrededor de media milla o quizá un poco menos, y por fin hizo alto. Al ver que el anciano caballero, mi «padre» adoptivo Billali, salía de su litera, hice lo mismo, seguido por Leo y Job. Lo primero que vi fue a nuestro desdichado compañero árabe, Mahomed, yaciendo exhausto en el suelo. Al parecer no había sido provisto de una litera, pero lo habían obligado a correr toda la distancia que recorrimos, y, como ya estaba bastante agotado cuando partimos, su condición actual era de una gran postración.

Al mirar en derredor, descubrimos que el lugar donde habíamos hecho alto era una plataforma situada frente a la boca de una gran caverna. Apilada sobre esta plataforma estaba el contenido total de la ballenera, hasta los remos y la vela. Alrededor de la caverna estaban de pie varios grupos de hombres; los que nos habían escoltado y otros de similar estampa. Todos eran altos y apuestos, a pesar de que el tinte de su piel variaba en su matiz; algunos eran tan oscuros como Mahomed y otros tan amarillos como un chino. Estaban desnudos, si se exceptúa la piel de leopardo alrededor de la cintura, y cada uno de ellos llevaba un enorme venablo.

Había también algunas mujeres entre ellos, que en lugar de la piel de leopardo, usaban la piel curtida de un pequeño gamo rojo, algo parecida a la del oribí<sup>[41]</sup>, sólo que de color más oscuro. Estas mujeres, en su tipo, eran sumamente bien parecidas, con grandes ojos oscuros, facciones bien modeladas y una espesa mata de cabello ensortijado —pero no rizado como el de los negros— que pasaba del negro al castaño en el matiz, con todos los grados intermedios de color. Algunas, muy pocas, usaban una vestidura de lino amarillento, semejante al que describí como ropaje de Billali; pero esto, como descubrí más tarde, era una señal de posición social, más que un intento de lucir en el atuendo. Por lo demás, su aspecto no era tan terrorífico como el de los hombres y sonreían a veces, aunque raramente. Tan pronto como nos apeamos, se congregaron a nuestro alrededor y nos examinaron con curiosidad, pero sin excitación. Las formas atléticas de Leo, su altura y sus rasgos despejados en un rostro con un perfil griego, atrajeron sin embargo su atención, y cuando se quitó cortésmente el sombrero ante ellas, dejando ver su ensortijado cabello rubio, hubo un ligero murmullo de admiración. Eso no fue todo; porque después de haberlo observado críticamente de la cabeza a los pies, la más guapa de las jóvenes mujeres —una que llevaba un vestido, y con el cabello de un matiz entre pardo y castaño— avanzó deliberadamente hacia él y, de un modo que hubiese resultado encantador si no fuese tan decidido, puso tranquilamente su brazo alrededor del cuello de Leo, se inclinó hacia adelante y le besó en los labios.

Ahugué un gruñido, esperando ver cómo atravesaban a Leo en el acto con sus lanzas, y Job exclamó:

—¡La tunanta...! ¡Bueno, yo nunca...!

En cuanto a Leo, la miró algo sorprendido; luego, notando que evidentemente habíamos caído en un país que seguía las costumbres de los cristianos primitivos, devolvió deliberadamente el beso.

Otra vez lancé un gruñido entrecortado, pensando que algo tenía que suceder;

pero para mi asombro, a pesar de que algunas muchachas dieron muestras de disgusto, las mayores y los hombres se limitaron a sonreír levemente. Cuando alcanzamos a comprender las costumbres de este extraordinario pueblo, el misterio quedó explicado. Al parecer —en contraposición a casi todas las razas salvajes del mundo—, entre los amahagger, las mujeres no sólo están en perfecto pie de igualdad con los hombres, sino que no están atadas a ellos por vínculo alguno. La descendencia se traza únicamente a través de la línea materna, y en tanto los individuos están tan orgullosos de una larga y superior ascendencia femenina como pueden estarlo nuestras familias en Europa, nunca prestan atención ni reconocen a ningún hombre como su padre, aun cuando el parentesco masculino sea perfectamente conocido. Sin embargo hay un familiar masculino titular de cada tribu o, como ellos lo llaman, de la «casa». Es su conductor inmediato y elegido, con el título de «Padre». Por ejemplo el hombre llamado Billali era el padre de esta «casa» o «familia», que estaba constituida por alrededor de siete mil individuos en total; y ningún otro hombre podía ser llamado jamás por ese nombre. Cuando una mujer se siente atraída por un hombre, revela su preferencia adelantándose y besándolo públicamente, del mismo modo que lo había hecho aquella atractiva y sumamente impulsiva joven llamada Ustane al abrazar a Leo. Si él devolvía el beso, eso era una prueba de que la aceptaba y el acuerdo proseguía hasta que uno de ellos se cansaba de la relación. Me apresuro a decir, sin embargo, que el cambio de maridos no era tan frecuente como sería de esperar. Tampoco surgen querellas a propósito de esa costumbre, al menos entre los hombres, cuando sus esposas los abandonan en favor de un rival: ellos aceptan la situación con tanta naturalidad como nosotros aceptamos los impuestos o las leyes matrimoniales, como algo que no se discute; es algo que tiende a la conveniencia de la comunidad, por más desagradable que pueda resultar al individuo en casos particulares.

Resulta curioso observar cómo las costumbres de la humanidad acerca de este tema varían en los diferentes países, haciendo de la moralidad una cuestión de latitudes, y cómo algo que es justo y decoroso en un lugar se torna malo e impropio en otro. De todos modos, esto debe ser comprendido, ya que, puesto que todas las naciones civilizadas aceptan como un axioma que el rito es la piedra de toque de la moralidad, no hay —de acuerdo con nuestros cánones— nada inmoral en esta costumbre de los amahagger, al ver que el intercambio de besos equivale a nuestro rito del matrimonio, que, como sabemos, justifica muchas cosas.

## VII

### *La canción de Ustane*

Cuando concluyó la ceremonia del beso —entre paréntesis, ninguna de las jóvenes se ofreció a acariciarme de ese modo, si bien pude ver a una rondando a Job, para evidente alarma del respetable individuo—, el anciano Billali se acercó y nos hizo señas para que entráramos en la caverna, donde nos introdujimos seguidos por Ustane, que no parecía inclinada a tomar en cuenta las insinuaciones que le hice acerca de nuestro deseo de aislamiento.

Antes de haber dado cinco pasos, me llamó la atención el ver que la caverna en que estábamos entrando no era obra de la naturaleza sino, por el contrario, un recinto excavado por la mano del hombre. Por lo que podía juzgar, parecía tener alrededor de cien pies de largo por cincuenta de ancho y era tan elevada que más parecía la nave de una catedral que cualquier otra cosa. Desde esta nave central se abrían pasadizos a una distancia de doce o quince pies y que conducían, presumo, a habitaciones más pequeñas. A unos cincuenta pies de la entrada de la caverna, justamente donde la luz comenzaba a disminuir, ardía un fuego que proyectaba enormes sombras sobre los tenebrosos muros circundantes. Aquí se detuvo Billali y nos pidió que nos sentásemos, diciendo que aquellas gentes nos traerían comida. Por consiguiente nos tendimos sobre las pieles que habían extendido en el suelo para nosotros y esperamos. Entonces unas jóvenes trajeron la comida, que consistía en carne de cabra hervida, leche fresca en cuencos de arcilla y unas bolas de maíz cocido. Estábamos casi muertos de hambre y no recuerdo haber comido nunca con tanta satisfacción. En realidad, devoramos todo lo que se nos puso por delante apenas servido.

Cuando hubimos terminado, nuestro algo melancólico anfitrión Billali (que había estado observándonos en absoluto silencio) se incorporó dirigiéndose a nosotros. Dijo



que era cosa maravillosa lo que había sucedido. Nadie había sabido u oído jamás de hombres blancos que arribasen al país del Pueblo de las Rocas. A veces, muy rara vez empero, habían llegado negros, y a través de ellos habían oído hablar de la existencia de hombres mucho más blancos que ellos mismos, que navegaban por el mar en barcos. Pero de su arribo no había precedentes. Nosotros, por otra parte, habíamos sido vistos remolcando la barca por el canal y nos confesó con franqueza que al punto había dado órdenes de que fuésemos destruidos, ya que estaba prohibido a cualquier extranjero entrar aquí. Pero entonces llegó un mensaje de *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*, diciendo que nuestras vidas debían ser respetadas y que deberían conducirnos hacia aquí.

—Perdóname, padre mío —le interrumpí entonces—. Si he comprendido bien, *Ella-la-que-debe-ser-obedecida* vive muy lejos. ¿Cómo pudo saber de nuestra proximidad?

Billali se volvió, y viendo que estábamos solos —porque la joven Ustane se había apartado cuando él comenzó a hablar— dijo con una extraña risita:

—¿No hay nadie en vuestra tierra que pueda ver sin ojos y oír sin orejas? No hagas preguntas; *Ella* lo sabía.

Me encogí de hombros ante aquello, mientras él prosiguió diciendo que no se habían recibido más instrucciones acerca de nosotros, por lo que pensaba ir a entrevistarse y conocer los deseos de *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*, a quien generalmente llamaban por amor a la brevedad «Hiya» o *Ella*, simplemente, y nos dio a entender que era la reina de los amahagger.

Le pregunté cuánto tiempo pensaba permanecer ausente y Billali dijo que viajando a marchas forzadas podría estar de vuelta al quinto día, porque había muchas millas de ciénagas que atravesar antes de llegar a donde estaba *Ella*. Dijo luego que se habían tomado todas las disposiciones para nuestra comodidad durante su ausencia, y que, puesto que él personalmente nos había cobrado afecto, esperaba que la respuesta que debía recibir de *Ella* fuese favorable a la conservación de nuestra existencia. Pero al mismo tiempo no quería ocultarnos que consideraba esto muy dudoso, ya que todo extranjero llegado al país durante la vida de su abuela, de su madre y en el curso de la suya propia había sido ejecutado sin misericordia, y de un modo tal que no quería perturbar nuestros sentimientos con su descripción. Esto había sido hecho por orden de *Ella*, en persona, o al menos él suponía que había sido por orden suya. De todos modos, ella nunca había intercedido para salvarlos.

—Pero —dije—; ¿cómo pudo ser aquello? Tú eres un anciano y el tiempo de que hablas debe remontarse a la vida de tres hombres sumadas por entero. ¿Cómo pudo,

pues, haber ordenado *Ella* la muerte de alguien cuando empezaba la vida de tu abuela, ya que *Ella* misma no podría haber nacido?

Sonrió otra vez... con esa débil y peculiar sonrisa; y con una profunda reverencia partió, sin haber respondido. Tampoco lo volvimos a ver durante cinco días.

Cuando se fue, discutimos la situación, que me había llenado de alarma. No me habían gustado en absoluto los relatos sobre esa misteriosa Reina, *Ella-la-que-debe-ser-obedecida* o, para mayor brevedad, *Ella*, la cual por lo visto ordenaba la ejecución de todo infeliz extranjero de manera tan despiadada. Leo también había quedado alicaído con todo eso, pero se consolaba al apuntar triunfalmente que esa *Ella* era indudablemente la misma persona a la que se referían las escrituras de la vasija y la carta de su padre, en prueba de lo cual aducía las alusiones de Billali a su edad y poder. A esta altura yo estaba tan abrumado por el curso de los acontecimientos, que no tenía ánimo para discutir siquiera una proposición tan absurda. Por eso sugerí que tratásemos de salir para tomar un baño, que todos necesitábamos con urgencia.

En efecto, tras haber mencionado nuestro deseo a un individuo de edad mediana (cuya expresión melancólica era poco común, aun entre este pueblo melancólico) y que parecía encargado de cuidar de nosotros ahora que el Padre del villorrio había partido, salimos todos juntos... tras haber encendido nuestras pipas. Fuera de la caverna hallamos una considerable multitud, que sin duda esperaba nuestra aparición. Pero al vernos salir fumando, desaparecieron clamando que éramos grandes magos. En verdad, nada en nosotros causó tanta impresión como nuestro humo de tabaco... Ni siquiera nuestras armas de fuego<sup>[42]</sup>. Luego tuvimos la suerte de llegar a un arroyo que tenía sus fuentes en un copioso manantial que surgía del suelo; tomamos nuestro baño en paz, a pesar de que algunas de las mujeres, sin excluir a Ustane, mostraron una decidida inclinación a seguirnos también hasta aquí.

A la hora en que acabamos de tomar aquel baño tan refrescante, el sol se estaba poniendo; en realidad, cuando volvimos a la gran caverna ya había oscurecido. La cueva estaba llena de gente agrupada en torno a las hogueras —pues se habían encendido ahora algunas más— y comían su cena bajo aquella luz fantástica, a la cual se añadía la de varias lámparas colocadas alrededor o colgadas de los muros. Estas lámparas estaban toscamente confeccionadas de barro cocido y eran de variadas formas, algunas bastante gráciles por cierto. Las más grandes eran vasijas de barro rojo llenas de sebo derretido y tenían una mecha que salía a través de un disco de madera que cubría la parte superior del cacharro. Esta especie de lámpara requería una atención constante para impedir que se apagase cuando el pabilo se quemaba, ya que

no había medio de levantarlo. Sin embargo, las lámparas de mano más pequeñas, que también eran de arcilla cocida, estaban provistas de pabilos hechos con la médula de palmera o a veces con tallos de una variedad de helecho muy bonita. Esta clase de pabilo se pasaba a través de un agujero redondo practicado en el fondo de la lámpara, donde una aguzada pieza de madera dura estaba sujeta para atravesarlo y hacerlo subir cuando daba muestras de consumirse.

Durante algunos momentos estuvimos sentados observando a estas adustas gentes, que consumían su cena en un silencio tan adusto como ellos mismos, hasta que, cansados de contemplarlos a ellos y a las enormes sombras que se movían en las rocosas paredes, sugerí al nuevo custodio nuestros deseos de ir a la cama.

Sin decir palabra se levantó y, tomándome cortésmente de la mano, se dirigió con una lámpara hacia uno de los pequeños pasadizos que, como sabíamos, se abrían en la caverna central. Seguimos por el pasillo cinco pasos y súbitamente se ensanchó en una pequeña habitación de unos ocho pies cuadrados labrada en la roca viva. A uno de los lados de esta cámara había una losa de piedra, que tenía tres pies de altura sobre el suelo y corría todo a lo largo de la habitación como la litera de un camarote. El guardián me indicó que debía dormir sobre esta losa. No había ventana ni respiradero alguno en la cámara y tampoco muebles; observándola más detenidamente, llegué a la inquietante conclusión (la cual, como descubrí más tarde, no estaba descaminada) de que originariamente había servido de sepulcro para los muertos más que de dormitorio para los vivos, y la losa estaba destinada a recibir el cadáver de los difuntos. Este pensamiento me hizo estremecer a pesar mío; pero, habida cuenta de que tenía que dormir en alguna parte, dominé mis sentimientos como mejor pude y regresé a la caverna para coger mi manta, que había sido transportada desde el barco con las demás cosas. Allí encontré a Job, que habiendo sido conducido a un aposento similar se había negado de plano a permanecer en él, diciendo que el aspecto del lugar le daba horror y que más le valía estar muerto y enterrado enseguida en la tumba de ladrillos de su abuelo. Entonces manifestó su determinación de dormir en mi compañía, si yo se lo permitía. Por supuesto, estuve más que encantado de permitirselo.

En general, la noche pasó muy confortablemente. Digo «en general», porque yo personalmente sufrí la más horrible de las pesadillas, soñando que me enterraban vivo, sin duda por influencia del sepulcral ambiente que me rodeaba. Al amanecer nos despertó el sonido de una estrepitosa trompetería, producido, según descubrimos más tarde, por un joven amahagger que soplaba a través de un orificio practicado en el costado de un colmillo de elefante, horadado para tal fin.

Tomando en cuenta la insinuación, nos levantamos y bajamos hasta el arroyuelo para lavarnos, tras lo cual se nos sirvió el desayuno o comida matinal. Durante el desayuno, una de las mujeres, ya no muy joven, se acercó y besó públicamente a Job. Creo que en cierto modo fue lo más gracioso —poniendo temporalmente de lado su incorrección— que jamás haya visto. Nunca podré olvidar el abyecto terror y disgusto del respetable Job. Job, como yo, es algo misógino —imagino que en su caso se debe principalmente al hecho de haber nacido en una familia con diecisiete hijos—, y los sentimientos que expresó su semblante cuando comprendió que no sólo era besado públicamente, y sin autorización de su parte, sino que esto era presenciado también por sus amos, fue algo demasiado complicado y penoso para admitir una minuciosa descripción. Se puso de pie de un salto y apartó de sí a la mujer, una rolliza dama de unos treinta años.

—¡Bueno, yo nunca...! —tartamudeó, en tanto ella, pensando seguramente que sólo era timidez, lo besó otra vez.

—¡Retírese, váyase de aquí, moza descarada! —gritó, sacudiendo la cuchara de madera con que comía el desayuno ante la cara de la mujer—. Discúlpenme, señores, estoy seguro de no haberla alentado. ¡Oh, Dios! Viene por mí otra vez. ¡Deténgala, señor Holly! Por favor, ¡deténgala! No puedo resistirlo; verdaderamente no puedo. Esto nunca me ha sucedido antes, caballeros, nunca. No es propio de mi carácter.

Dicho esto huyó corriendo tan velozmente como pudo hacia la caverna... y por una vez vi reír a los amahagger. En cuanto a la mujer, por cierto que no rió. Por el contrario, montó en cólera y las burlas de las otras mujeres sólo sirvieron para intensificar su furia. Se quedó allí gruñendo y temblando literalmente de indignación; viéndola, deseé que los escrúpulos de Job hubiesen sido menos estentóreos, conjeturando con mal humor que su admirable conducta ponía en peligro nuestras gargantas. No andaba descaminado, como se demostrará a continuación.

Cuando la dama se retiró, Job se acercó a nosotros en un estado de gran nerviosismo, mirando de reojo a cada mujer que se le acercaba. Aproveché la oportunidad para explicar a nuestros huéspedes que Job era un hombre casado y que había tenido muy desgraciadas experiencias en su relación doméstica, lo cual se probaba con su presencia aquí y su terror a la vista de las mujeres, pero mis observaciones fueron recibidas en adusto silencio, siendo evidente que la conducta de nuestro criado había sido considerada como un desaire para toda la «familia». En cambio las mujeres, siguiendo la costumbre de algunas de sus más civilizadas hermanas, se divertían ante el repudio de su compañera.

Después del desayuno, dimos un paseo e inspeccionamos los rebaños de los

amahagger, así como sus tierras cultivadas. Había dos razas de ganado vacuno, una grande y angulosa, sin cuernos, pero que daba una espléndida leche; la otra, de color rojo, era muy pequeña y gorda, excelente para carne pero sin valor para productos lácteos. Esta última raza se parecía mucho a la variedad Norfolk de astas rojas, salvo en que tenía cuernos que por lo general se curvaban sobre la cabeza, a veces hasta tal extremo, que tenían que cortarlos para evitar que crecieran hasta atravesar los huesos del cráneo. Las cabras tenían un pelaje largo y sólo se utilizaban para comer; al menos nunca vi que las ordeñasen. En cuanto a los cultivos, los métodos de los amahagger eran extremadamente primitivos, utilizando como única herramienta una azada de hierro, pues este pueblo funde y trabaja el metal de hierro. Esta azada tiene una forma más parecida a una punta de lanza grande que a cualquier otra cosa, y no tiene una espaldilla donde el pie pueda apoyarse. En consecuencia, la labor de cavar la tierra requiere gran trabajo. El cual, por otra parte, está enteramente a cargo de los hombres, pues a la inversa del hábito común a la mayoría de las razas salvajes, las mujeres de los amahagger están absolutamente exentas de labores manuales. Como creo haber dicho en otra parte, entre los amahagger el sexo débil ha consolidado sus derechos.

Al principio, nos devanamos los sesos acerca del origen y formación de esta extraordinaria raza, temas acerca de los cuales son singularmente poco comunicativos. Llegó el tiempo —ya que los siguientes cuatro días pasaron sin acontecimientos notables— en que supimos algo a través de Ustane, la amiga de Leo, que, dicho sea de paso, se adhería al joven caballero como a su propia sombra. Acerca de su origen lo ignoraban todo, si hay que juzgar por el conocimiento que ella tenía. Había sin embargo, nos informó, montículos de mampostería y muchos pilares cerca del lugar donde moraba *Ella*; se llamaba Kôr y allí, según los sabios decían, se habían levantado casas donde los hombres vivían, sospechándose que los amahagger descendían de aquéllos. Nadie, sin embargo, se atrevía a acercarse a esas grandes ruinas, porque estaban hechizadas. Únicamente las observaban desde lejos. Ruinas similares, según ella había oído, podían verse en varias partes del país, es decir, donde la montaña se elevaba sobre el nivel de las ciénagas. También las cavernas donde vivían habían sido excavadas en las rocas por los hombres, quizá los mismos que habían construido las ciudades. No tenían leyes escritas, sólo costumbres, las cuales, por otra parte, eran casi tan vinculantes como aquéllas. Si algún hombre violaba la costumbre, era condenado a muerte por orden del Padre de la «familia». Pregunté cómo se le daba muerte y ella se limitó a sonreír, diciendo que ya lo vería un día, muy pronto.

De todos modos tenían una Reina. *Ella* era su Reina, pero la veían muy rara vez,

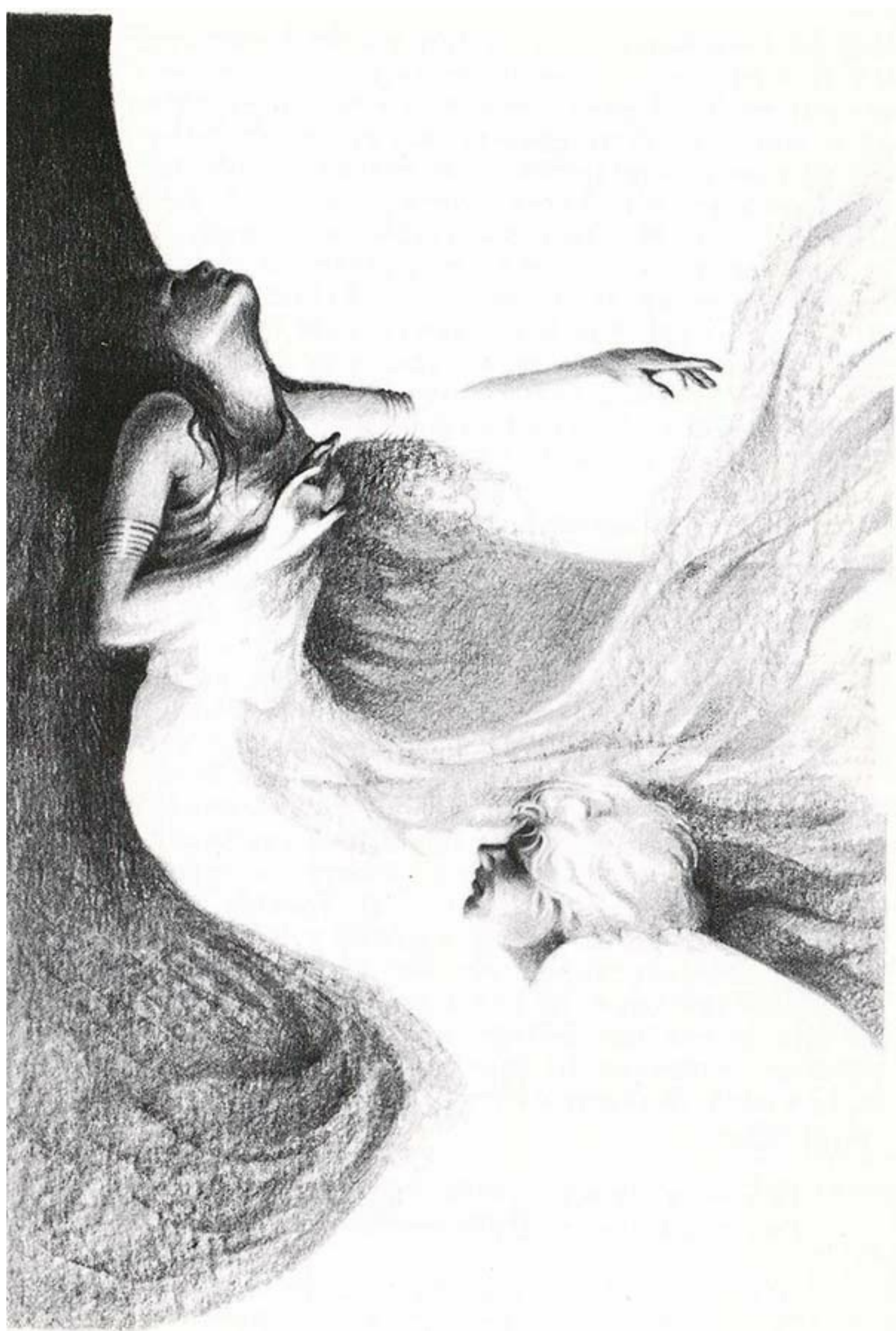
quizá una cada dos o tres años, cuando aparecía en público para dictar sentencia sobre algún transgresor. Y cuando se la veía era embozada en una gran capa, de modo que nadie podía observar su rostro. Todos sus servidores eran sordomudos y por lo tanto no podían propalar habladurías. Sin embargo había referencias acerca de su belleza, que no tenía par: no había ni hubo jamás mujer que pudiera igualarla. También decían los rumores que era inmortal y que tenía poder sobre todas las cosas; ella, Ustane, no podía decir nada acerca de ello. Pero creía que la Reina elegía un esposo de tiempo en tiempo, y tan pronto como nacía una niña el esposo —al cual nunca volvía a verse— era ejecutado. Entonces la niña crecía y tomaba el lugar de la Reina cuando su madre moría y era sepultada en las grandes cavernas. Pero de estos asuntos no podía hablar con certeza. Sólo *Ella* era obedecida a lo largo y lo ancho de todo el país y cualquier oposición a sus órdenes ocasionaba la muerte. *Ella* mantenía una guardia, pero no poseía un ejército regular. Mas cualquier desobediencia era mortal.

Pregunté qué extensión poseía el país y cuántos habitantes tenía. Ustane respondió que había diez «familias» como ésta que conocía, incluyendo la gran «familia» que estaba con la Reina. Todas las «familias» vivían en cavernas, en lugares que se parecían a esta extensión de tierras altas, rodeados por una vasta extensión de ciénagas que sólo podían ser atravesadas por pasos secretos. Frecuentemente las «familias» se hacían la guerra entre sí, hasta que *Ella* enviaba su mensaje para que cesara, cosa que inmediatamente se obedecía. Esto y la fiebre que acometía a los que cruzaban las ciénagas impedían que su número creciera demasiado. No tenían contactos con ninguna otra raza y nadie vivía cerca de ellos o era capaz de atravesar las vastas ciénagas. Una vez llegó un ejército desde el gran río (presumiblemente el Zambeze) e intentó atacarlos, pero se perdió en los marjales y por la noche, al ver las grandes esferas de fuego que se movían sobre ellos, trataron de alcanzarlas, creyendo que eran las luces que señalaban el campamento enemigo y la mitad de los soldados se ahogó. En cuanto a los demás, pronto murieron de fiebres y hambre sin que recibieran un solo golpe. Las ciénagas, dijo Ustane, eran absolutamente impracticables excepto para quienes conocían las sendas. Añadió —y bien podía creerla— que nunca hubiésemos podido llegar hasta aquí si no nos hubiesen traído.

Éstas y muchas otras cosas supimos por Ustane durante la pausa de cuatro días que precedieron a nuestra verdadera aventura y, tal como había imaginado, nos dieron considerables motivos para pensar. Toda la historia era sumamente notable, si bien bastante increíble desde luego, y la parte más extraña era con mucho la que correspondía a las antiguas inscripciones de la vasija. Y ahora aparecía una misteriosa Reina investida por los rumores con terribles y maravillosos atributos, conocida

usualmente por el título impersonal —pero a mi juicio bastante aterrador— de *Ella*. De todos modos no lo podía comprender ni Leo tampoco, pero éste, en cambio, se sentía victorioso frente a mí, porque yo siempre me había burlado de la leyenda. En cuando a Job, éste había abandonado desde hacía tiempo toda tentativa de gobernar su razón, y la dejaba ir a la deriva por el mar de las circunstancias. A propósito, Mahomed, el árabe (que era tratado cortésmente, pero con frío menosprecio por los amahagger), se hallaba, según descubrí, sumido en un gran temor, aunque no pude comprender cuál era la causa. Se sentaba acucillado en un rincón de la caverna durante todo el día, rogando a Alá y al Profeta que le protegiesen. Cuando lo apremié acerca de ello, dijo que estaba atemorizado porque aquellas gentes no eran hombres y mujeres de verdad sino demonios, y que ésta era una tierra encantada; por mi honor que una o dos veces, desde entonces, me sentí inclinado a concordar con él. Así pasó el tiempo hasta la noche del cuarto día después de la partida de Billali, cuando algo sucedió.

Nosotros tres y Ustane estábamos alrededor de una hoguera en la caverna, poco antes de la hora de acostarnos, cuando la mujer (que hasta entonces había estado cavilando silenciosamente) se levantó de pronto y, posando la mano sobre los dorados rizos de Leo, se dirigió a él. Todavía ahora, cuando cierro los ojos, puedo ver su orgullosa y bien formada figura, cubierta alternativamente por las densas sombras o el rojo resplandor del fuego, tal como se erguía allí —salvaje centro de una escena tan salvaje como nunca he presenciado—, mientras se liberaba del peso de sus pensamientos y presagios en una suerte de discurso rítmico que se expresaba más o menos como sigue:





*Tú eres mi elegido... ¡Te he esperado desde el principio!  
Eres muy hermoso. ¿Quién tiene un cabello como el tuyo o una piel tan  
blanca?*

*¿Quién tiene un brazo tan fuerte, quién es tan hombre?*

*Tus ojos son el cielo y su luz son las estrellas.*

*Tú eres perfecto y tu rostro alegre, y mi corazón se inclinó hacia ti.*

*Ay, cuando mis ojos se posaron sobre ti comencé a desearte...*

*Entonces te escogí para mí... Oh, tú, mi Bienamado.*

*Y te llevé conmigo de prisa, por miedo a que algún mal pudiera herirte.*

*Ay, cubrí tu cabeza con mis cabellos, por temor a que el sol pudiera  
tocarlos.*

*Y para siempre fui tuya y para siempre tú fuiste mío.*

*Y así transcurrió un breve espacio, hasta que el Tiempo  
engendró un Día maligno.*

*Y entonces, ¿qué aconteció en ese día? ¡Ay, mi Bienamado,  
no lo sé!*

*Pero yo, yo no te vi más... Yo, yo estaba perdida en la oscuridad.*

*Y la que es más fuerte te tomó; ay, ella, la que es más bella que  
Ustane.*

*Aún te volviste y me llamaste, dejando que tus ojos erraran en la  
oscuridad.*

*Pero, a pesar de eso, ella prevaleció por su Belleza, y te condujo a  
horribles lugares.*

*Y entonces, ¡ah! entonces, mi Bienamado...*

En ese punto la extraordinaria mujer interrumpió su discurso o canto (que para nosotros era más bien una música sin sentido, a través de todo lo que habíamos comprendido de lo dicho por ella), y pareció fijar sus llameantes ojos sobre la profunda sombra que había delante. Luego, en un instante, la mirada adquirió una vaga y aterrorizada fijeza, como si estuviese esforzándose por retratar algún horror entrevisto a medias. Alzó su mano de la cabeza de Leo y señaló hacia las tinieblas. Todos miramos y no pudimos ver nada; pero ella veía algo o así lo creía, y era evidentemente que aquello afectaba hasta sus nervios de acero, pues, sin proferir ningún otro sonido, cayó desmayada entre nosotros.

Leo, que se sentía cada vez más unido a esta notable joven, se hallaba muy

alarmado y afligido, en tanto yo, para ser completamente franco, me hallaba en un estado de ánimo no muy distante del temor supersticioso. ¡Toda aquella escena era tan misteriosa...!

Pronto se recobró, sin embargo, sentándose con un convulsivo estremecimiento.

—¿Qué querías decir, Ustane? —preguntó Leo, que gracias a sus años de instrucción hablaba muy bien el árabe.

—Nada, mi elegido —replicó ella con una risita forzada—. Sólo deseaba cantarte a la manera de mi pueblo. Es claro que no quiero decir nada. ¿Cómo podría hablar de lo que todavía no existe?

—¿Y qué es lo que viste, Ustane? —pregunté a mi vez mirándola fijamente a la cara.

—Nada —respondió otra vez—. No vi nada. No me preguntes lo que vi. ¿Para qué habría de asustarte?

Luego, volviéndose hacia Leo con una expresión de ternura tan profunda como jamás vi en otra mujer, civilizada o salvaje, tomó su cabeza entre las manos y lo besó en la frente tal como una madre lo hubiese hecho.

—Cuando ya no esté a tu lado, querido mío —dijo—, cuando por la noche extiendas la mano y no me encuentres, piensa en mí alguna vez, porque en verdad te he amado bien, aunque no sea digna de lavar tus pies. Y ahora amémonos, recibamos lo que nos es dado y seamos felices; porque en la tumba no hay amor ni hay calor, ni los labios pueden tocarse. Nada hay, quizá; o quizá sólo el amargo recuerdo de lo que pudo haber sido. Esta noche las horas nos pertenecen. ¿Cómo podemos saber a quién pertenecerán mañana?

## VIII

### *El banquete... ¡y lo que vino después!*

Al día siguiente de esta notable escena —una escena calculada para producir una profunda impresión en cualquiera que la haya contemplado, más por lo que sugería y podía anunciar que por lo que revelaba— se nos anunció que aquella noche se iba a celebrar un banquete en nuestro honor. Hice lo posible para evadirme, diciendo que éramos gente modesta que no gustaba de fiestas, pero como mis palabras fueron recibidas con un silencio de disgusto, pensé que era más juicioso retener mi lengua.

Por tanto, cuando estaba a punto de ponerse el sol, me informaron que todo estaba preparado. Acompañado por Job, entré en la caverna, donde hallé a Leo seguido por Ustane, como de costumbre. Ambos habían estado paseando por los alrededores y nada sabían de la proyectada celebración hasta ese momento. Cuando Ustane oyó la noticia, observé que una expresión de horror se dibujaba en sus hermosas facciones. Volviéndose, se encaró con un hombre que cruzaba por la caverna y, tomándole del brazo, le preguntó algo en tono imperativo. Su respuesta pareció tranquilizarla un poco, porque quedó aliviada, aunque lejos de una total satisfacción. Luego pareció intentar una protesta frente al hombre, que era alguien con autoridad, pero él le habló ásperamente y la apartó de un empujón; entonces, cambiando de idea, la cogió de un brazo y la hizo sentar entre él mismo y otro hombre en el círculo alrededor del fuego. Percibí que, por alguna razón personal, ella creyó mejor someterse.

Las hogueras de la caverna eran excepcionalmente grandes esa noche; a su alrededor, en un amplio círculo, se hallaban reunidos unos treinta y cinco hombres y dos mujeres: Ustane y la dama por la cual Job hubo de representar el papel de un personaje de las Escrituras<sup>[43]</sup>. Los hombres permanecían sentados en perfecto

silencio, como era su costumbre, cada cual con su gran venablo apoyado verticalmente ante sí en un hueco hecho en la roca a tal efecto. Sólo uno o dos usaban la vestidura amarillenta de lienzo de la cual ya he hablado; el resto no llevaba nada, salvo la piel de leopardo alrededor de la cintura.

—¿Qué pasa ahora, señor? —dijo Job dubitativamente—. Dios nos bendiga y proteja, aquí está esa mujer otra vez. Ahora seguramente no vendrá por mí, en vista de que no la he alentado. Me dan pavor todos sin excepción, esto es un hecho. Miren, han invitado también a cenar a Mahomed. Y allí está esa mujer mía hablándole con tanta amabilidad y cortesía. ¡Bueno, me alegro de que no lo haga conmigo, después de todo!

Miramos hacia allí y ciertamente la mujer en cuestión se había puesto de pie y escoltaba al desdichado Mahomed desde el rincón donde se había sentado, temblando y rogando a Alá, agobiado por alguna aguda presciencia de horror. Parecía acercarse a disgusto, quizá porque aquél era un honor desacostumbrado para él, a quien hasta entonces le habían dado la comida separado de los demás. Sea lo que fuere, pude ver que estaba completamente aterrorizado, porque sus piernas vacilantes apenas podían sostener su cuerpo fornido y corpulento. Creo que debido en parte a la presencia bárbara que venía tras él (en la figura de un enorme amahagger armado con una lanza igualmente enorme) y en parte a las seducciones de la dama que lo llevaba de la mano, el pobre Mahomed se avino a venir.

—Bien —dije a los demás—. No me gusta el cariz que están tomando las cosas, pero supongo que debemos hacerles frente. Camaradas, ¿habéis traído los revólveres? En ese caso, es mejor que comprobéis si están cargados.

—Yo tengo el mío, señor —dijo Job palpando su colt—, pero el señor Leo sólo tiene su cuchillo de caza, aunque es bastante grande, por cierto.

Pensando que no debíamos esperar a que se fueran a buscar las armas, avanzamos audazmente y nos sentamos en una misma línea, con nuestras espaldas contra la pared de la caverna.

Tan pronto como nos sentamos, comenzó a circular un cuenco de arcilla conteniendo un fluido fermentado. No era de gusto desagradable, de todos modos, si bien apto para revolver el estómago. Estaba elaborado con grano molido; no se trataba de maíz, sino de un pequeño grano moreno que crecía arracimado en tallos, bastante semejante al que en el sur de África se conoce como maíz de Kafir. La jarra que contenía este licor era muy curiosa y, como era más o menos parecida a otras centenares en uso entre los amahagger, quiero describirla mejor. Estas jarras son de manufactura muy antigua y de todos los tamaños. Ninguna de ellas ha sido fabricada

en el país durante cientos o quizá miles de años. Fueron halladas en las tumbas de piedra que describiré a su debido tiempo y, según creo, son de estilo egipcio, con cuyo pueblo deben de haber mantenido alguna comunicación los antiguos habitantes de este país. Estaban destinadas a recibir las vísceras de los muertos. Leo, empero, era de opinión diferente: pensaba que, al igual que las ánforas etruscas, estaban destinadas al uso espiritual de los desaparecidos. La mayoría tenía dos asas y eran de los más variados tamaños, desde cerca de tres pies de altura hasta disminuir a tres pulgadas. Sus formas eran muy diversas pero siempre muy hermosas y gráciles, hechas con una materia negra muy fina, no lustrosa, sino ligeramente áspera. Sobre esta base estaban grabadas figuras mucho más graciosas y vivaces que todas las que había visto sobre jarrones antiguos. Algunas de estas figuras incrustadas representaban escenas de amor de simplicidad infantil y una libertad de maneras que no sería apreciada por el gusto de hoy día. Otras contenían figuras de doncellas bailando, y otras más, escenas de caza. Por ejemplo, la vasija de la cual estábamos bebiendo tenía en un lado el brioso dibujo de unos hombres, aparentemente de tez blanca, que atacaban un toro-elefante con lanzas, mientras en el reverso había una escena, no tan perfecta, de un cazador disparando una flecha sobre un antílope que corría, y según mi parecer era un anta o un koodoo<sup>[44]</sup>.

Ésta es una digresión en un momento crítico, pero no demasiado larga para la ocasión, ya que la ocasión misma era sumamente prolongada. Con la excepción del periódico circular de la jarra, y de los movimientos necesarios para arrojar combustible al fuego, nada había sucedido en toda una hora. Nadie decía una palabra. Todos estaban sentados en perfecto silencio, con la vista clavada en el resplandor intenso del gran fuego y en las sombras proyectadas por las fluctuantes lámparas de arcilla, que, entre paréntesis, no eran antiguas. En el espacio abierto que se extendía entre nosotros y la hoguera, yacía una gran batea o artesa de madera, con cuatro cortas asas, exactamente igual a una artesa de carnicero, sólo que no estaba ahuecada. Al costado de la artesa había un par de grandes tenazas de hierro con largos puños o asas; al otro lado del fuego había un par similar. Había algo que no me agradaba en el aspecto de aquella batea y en las tenazas que la acompañaban. Allí me senté, mirando fijamente esos objetos y el silencioso círculo de feroces y taciturnas caras. Entonces reflexioné que todo aquello era muy aterrador, y que estábamos enteramente en poder de aquel pueblo alarmante, el cual, en alguna medida, era aún más formidable para mí porque su verdadero carácter encerraba muchos misterios. Tal vez eran mejores de lo que yo pensaba, o quizá peores. Temía que fuesen peores, y no me equivocaba. Era

una extraña clase de fiesta, reflexioné, que en verdad aparecía como una diversión ilusoria, ya que no había absolutamente nada que comer.

Al fin, cuando ya comenzaba a sentir que nos estaban hipnotizando, hubo un movimiento. Sin el menor aviso, un hombre que estaba en el otro extremo del círculo, preguntó con voz profunda:

—¿Dónde está la carne que comeremos?

Entonces todos los que estaban en el círculo respondieron en un tono rítmico y profundo, extendiendo el brazo derecho hacia el fuego al hablar:

—*La carne llegará.*

—¿Es una cabra? —dijo el mismo hombre.

—*Es una cabra sin cuernos, y es más que una cabra, y nosotros la mataremos* —respondieron todos a la vez, y dando media vuelta, todos y cada uno aferraron la empuñadura de sus lanzas con la mano derecha y luego las soltaron al unísono.

—¿Es un buey? —dijo el hombre otra vez.

—*Es un buey sin cuernos, y es más que un buey, y nosotros lo mataremos* —fue la respuesta. Y de nuevo empuñaron las lanzas y las soltaron.

Hubo entonces una pausa y advertí, con horror y un erizamiento de mis cabellos, que la mujer que estaba cerca de Mahomed comenzaba a acariciarlo, palpando sus mejillas y llamándolo con nombres cariñosos, en tanto sus feroces ojos se paseaban por su cuerpo tembloroso. No sé por qué esta visión me espantó tanto, pero el hecho es que nos espantó a todos terriblemente, en especial a Leo. Las caricias eran sinuosas como las de una serpiente y eran parte, evidentemente, de algún horrible ritual que debía celebrarse<sup>[45]</sup>. Vi cómo Mahomed se ponía blanco bajo su piel morena, enfermizamente blanco de terror.

—¿Está pronta la carne para ser cocinada? —preguntó la voz, cada vez con más rapidez.

—*Está pronta, está pronta.*

—¿Está la vasija caliente para cocinarla? —prosiguió, con una especie de aullido que produjo penosos ecos en los grandes nichos de la caverna.

—*Está caliente, está caliente.*

—¡Por todos los cielos! —rugió Leo—, recuerda las inscripciones: «*El pueblo que coloca vasijas en la cabeza de los extranjeros*».

Apenas pronunció estas palabras, antes que pudiéramos movemos o incluso comprender de qué se trataba, dos grandes rufianes se pusieron en pie de un salto y cogiendo las grandes tenazas las hundieron en medio del fuego. Mientras tanto, la

mujer que había acariciado a Mahomed sacó de improviso un lazo de fibra que tenía debajo del cinto o faja, y deslizándolo sobre sus hombros lo ajustó, mientras los hombres más próximos lo cogían por las piernas. Los dos que llevaban las tenazas las levantaron, esparciendo el fuego por todas partes sobre el suelo rocoso y extrajeron con ellas un gran caldero de arcilla, calentado al rojo blanco. En un instante, casi con un solo movimiento, acercaron la vasija al lugar donde Mahomed estaba debatiéndose. Luchó como un demonio, chillando en el abandono de su desesperación; a despecho del lazo que lo rodeaba y de los esfuerzos del hombre que sostenía sus piernas, los miserables que se le acercaban fueron por el momento impotentes para conseguir sus propósitos, que por horrible e increíble que parezcan, consistían en *ponerle la vasija ardiente en su cabeza*.

Me puse de pie con un grito de horror y, empuñando mi revólver, hice fuego por instinto derechamente hacia la diabólica mujer que había estado acariciando a Mahomed y que ahora lo sujetaba en sus brazos. La bala le hirió en la espalda y le dio muerte. Hasta hoy me alegro de haberlo hecho, porque, como trascendió más tarde, ella se había aprovechado de las costumbres antropofágicas de los amahagger para organizar el sacrificio, en venganza por el desaire que le había infligido Job. Ella cayó muerta y, para mi terror y consternación, apenas hubo caído, Mahomed se desprendió de sus atormentadores con un esfuerzo sobrehumano y, dando un salto muy grande en el aire, cayó muerto sobre el cadáver de la mujer. La pesada bala de mi pistola había atravesado los cuerpos de ambos, derribando a la asesina y, al mismo tiempo, salvando a su víctima de una muerte cien veces más horrible. Había sido un accidente espantoso y sin embargo extremadamente compasivo.

Por un momento reinó un silencio atónito. Los amahagger nunca habían oído el ruido de un arma de fuego y sus efectos los desmoralizaron. Pero después, el hombre más próximo a nosotros se recobró y, cogiendo su lanza, se preparó para arremeter contra Leo, que era el que tenía más cerca de sí.

—¡Corramos! —grité, dando ejemplo y partiendo a la carrera, tan de prisa como lo permitían mis piernas. Hubiera preferido salir al exterior, de ser posible, pero había hombres en el camino y, por otra parte, divisé las siluetas de una multitud que se recortaba claramente sobre el cielo fuera de la entrada de la caverna. Fui hacia el interior de la cueva y detrás de mí vinieron los otros, seguidos por la atronadora chusma de los caníbales, locos de furia ante la muerte de la mujer. De un salto pasé por encima del postrado cuerpo de Mahomed. Al saltar sobre él, sentí el calor de la vasija ardiente que yacía a su lado, reverberando sobre mis piernas, mientras a la luz de su resplandor vi sus manos estremeciéndose débilmente, pues aún no había

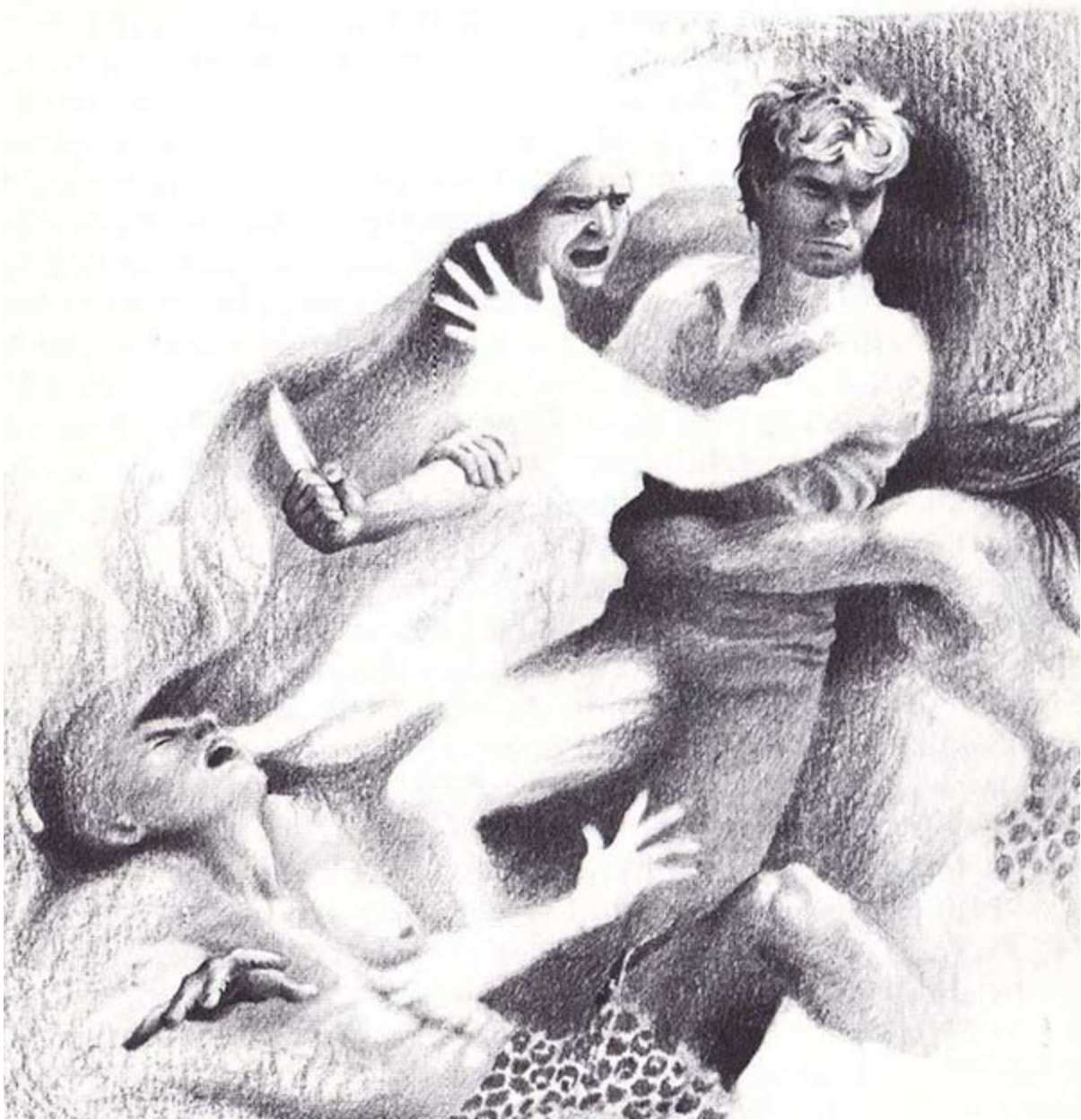
muerto. En la parte superior de la caverna había una pequeña plataforma de roca de unos tres pies de alto por ocho de profundidad, donde por la noche se colocaban dos grandes lámparas. No sé si esta plataforma había sido un asiento o un saliente elevado que se eliminaba una vez que hubiese servido como lugar de apoyo para proseguir la excavación. No lo sé... En realidad, no lo sabía entonces. De todos modos, los tres la alcanzamos y, tras saltar sobre ella, nos preparamos a vender caras nuestras vidas. Durante algunos segundos, la muchedumbre que nos pisaba los talones quedó en suspenso, al vernos cara a cara en la plataforma por encima de ellos. Job estaba a la izquierda, Leo en el centro y yo a la derecha de la roca. Por encima de nosotros, ardían las lámparas. Leo se inclinó, observando la larga extensión en sombras que terminaba en la hoguera y las lámparas encendidas, en medio de la cual se movían de aquí para allá las silenciosas siluetas de nuestros probables asesinos, mientras la débil luz se reflejaba en sus lanzas, pues aun en su furia eran mudos como bulldogs. Sólo había otro objeto visible: la vasija incandescente, que todavía brillaba irritada en las tinieblas. Una extraña luz se encendía en los ojos de Leo, y su apuesto rostro parecía de piedra. En su mano derecha empuñaba su pesado cuchillo de caza. Deslizó un poco más arriba la correa del mango sobre su muñeca y luego pasó su brazo alrededor de mis hombros y me dio un buen apretón.

—Adiós, viejo camarada —dijo—, mi viejo amigo..., más que un padre. No tenemos ninguna posibilidad frente a estos bribones; nos liquidarán en pocos minutos y luego supongo que nos comerán. Adiós. Yo te he metido en esto. Espero que me perdones. Adiós, Job.

—Que sea lo que Dios quiera —dije apretando los dientes.

Y me preparé para el fin. En ese momento, con una exclamación, Job apuntó con su revólver e hizo fuego, acertando a un hombre... No al hombre que apuntaba, por cierto; porque cualquiera que fuese el blanco elegido por Job estaba perfectamente a salvo.





Entonces embistieron en tropel, mientras yo disparaba también tan velozmente como podía. Entre ambos, Job y yo, pudimos contar cinco hombres muertos o mortalmente heridos (además de la mujer), antes que nuestras pistolas quedasen descargadas. Pero no tuvimos tiempo para volver a cargarlas y ellos seguían avanzando, de una forma que era casi espléndida en su temeridad, teniendo en cuenta que ignoraban si podríamos seguir disparando ininterrumpidamente.

Un individuo saltó sobre la plataforma y Leo lo hirió de muerte con su brazo poderoso, sosteniendo el cuchillo recto hacia él. Hice lo mismo con otro, pero Job erró el golpe y vi cómo un oscuro amahagger lo cogía por la cintura y lo arrancaba de la plataforma. El cuchillo no estaba asegurado por una correa a la mano de Job y cayó con su movimiento. Por suerte para Job, el arma quedó con su mango sobre la roca justamente cuando el cuerpo del amahagger, que estaba debajo, cayó sobre su punta y lo traspasó. No estoy seguro de lo que acaeció a Job después de esto, pero mi

impresión personal es que se quedó sobre el cadáver de su difunto asaltante, «haciéndose el muerto», como dicen los americanos. Por mi parte, pronto quedé enredado en una desesperada pelea con dos bergantes que, felizmente para mí, habían dejado sus lanzas detrás de ellos; por primera vez la gran fuerza física que me había conferido la naturaleza me colocó en posición ventajosa. Di un mandoble en la cabeza de un hombre con mi cuchillo de caza —que era casi tan grande y pesado como una espada corta— y el golpe fue tan vigoroso que el agudo acero abrió su cráneo hasta los ojos, quedando hundido tan profundamente, que, al caer el herido sobre su costado súbitamente, el arma también se escapó de mi mano.

De inmediato los otros dos saltaron sobre mí. Los vi llegar y, cogiendo a cada uno por la cintura con un brazo, rodé con ellos por el suelo de la caverna, dando muchas vueltas. Eran hombres fuertes, pero yo estaba loco de ira y lleno de ese horrible anhelo de matanza que se insinúa en los corazones de los más civilizados de nosotros cuando vuelan los golpes y oscilan en la balanza la vida y la muerte. Mis brazos rodeaban a los dos demonios morenos y los abracé hasta que oí crujir sus costillas quebrándose con mi presión. Se enroscaron y retorcieron como serpientes. Me arañaron y golpearon con sus puños, pero yo seguía apretando. Yacía entonces de espaldas, de modo que sus cuerpos me protegían de los lanzazos por arriba. Y mientras trituraba lentamente sus vidas pensaba —por extraño que parezca— en qué dirían el afable Rector de mi Colegio Mayor de la universidad de Cambridge (que es miembro de la Sociedad por la Paz) y mis fraternos colegas si —por algún don de clarividencia— pudiesen verme a mí, entre todos los hombres, entregado a este juego sangriento. Pronto mis agresores empezaron a desfallecer y casi cesaron de luchar; les faltaba el aliento y estaban muriendo, pero yo aún no me atrevía a soltarlos, porque morían muy lentamente. Sabía que si aflojaba mi abrazo podrían revivir. Los demás rufianes pensaron probablemente —ya que los tres yacíamos tendidos entre las sombras del borde— que todos estábamos muertos y no interfirieron en nuestra pequeña tragedia.

Volví la cabeza y pude entrever, en medio de las angustias de la horrible lucha, que Leo ya estaba fuera de la roca, pues la luz de la lámpara caía sobre él. Estaba aún de pie, pero en el centro de una oleada de combatientes, que se esforzaban por derribarlo, como lobos alrededor de un ciervo. Muy por encima de ellos se erguía su bella y pálida faz coronada de rizos dorados mientras los zarandeaba de un lado al otro. Vi que luchaba con un desesperado abandono y una energía que era a la vez espléndida y espantosa de contemplar. Clavó su cuchillo en un hombre; estaban tan próximos y mezclados con él, que no podían matarlo con sus grandes lanzas y no

llevaban cuchillos o mazas. El hombre cayó, pero de algún modo le fue arrebatado el cuchillo de la mano, dejándolo indefenso. Entonces creí que todo había terminado. Pero no; con un desesperado esfuerzo pudo liberarse y, alzando el cuerpo del hombre que acababa de matar, lo levantó muy alto por el aire, lo arrojó directamente sobre la chusma de sus asaltantes, de modo que con el golpe y el peso de aquel proyectil humano barrió por tierra a cinco o seis de ellos. Pero en un minuto todos se habían incorporado, excepto uno que se aplastó el cráneo, y una vez más lo acosaron. Entonces, lentamente, con infinito trabajo y lucha, los lobos derribaron al león. Una vez más, sin embargo, pudo rehacerse y tumbó a un amahagger de un puñetazo, pero aquello era más de lo que podía hacer un hombre para sostenerse solo contra tantos; al final se desplomó estrepitosamente sobre el suelo rocoso, cayendo como roble herido, arrastrando a todos los que se aferraban a su cuerpo. Lo sujetaron por los brazos y las piernas y se apartaron de él.

—Una lanza —gritó una voz—, -una lanza para cortar su garganta y un vaso para recoger su sangre.

Cerré los ojos, porque vi al hombre que se acercaba con una lanza. Yo, por mi parte, no podía correr en ayuda de Leo, pues ya me estaba debilitando y los dos hombres que tenía sobre mí no estaban muertos todavía; me invadió una náusea mortal.

Entonces, de pronto, hubo una confusión e involuntariamente abrí los ojos de nuevo, mirando hacia la criminal escena. La muchacha, Ustane, se había arrojado sobre la postrada figura de Leo, cubriendo su cuerpo con el suyo y ciñendo su cuello con sus brazos. Trataron de separarla de él, pero ella entrelazó sus piernas alrededor de las del hombre, aferrándolo como un bulldog, o más bien como una enredadera se abraza a un árbol, y no pudieron arrancarla de allí. Trataron por lo tanto de clavarle una lanza en el costado sin herirla a ella, pero de algún modo ella lo escudó y sólo pudieron herirlo.

Al fin perdieron la paciencia.

—Clavad la lanza a través del hombre y la mujer —dijo una voz, la misma voz que había hecho las preguntas en aquel horrible festín—, así estarán casados de verdad.

Entonces vi al hombre con su arma enderezada para la acción. Vi el frío acero relumbrando en alto, y de nuevo cerré los ojos. Apenas los cerré oí la voz de un hombre resonando como un trueno en tonos que ascendían y producían ecos en las rocosas cavidades.

—*¡Deteneos!*

Me desvanecí en ese momento, mientras un pensamiento cruzaba por mi mente ya en sombras: que me hundía en el olvido final de la muerte.

## IX

### *Un piececito*

Cuando abrí mis ojos nuevamente, me hallé acostado sobre una manta hecha con pieles, no lejos del círculo de fuego donde habíamos estado reunidos para la espantosa fiesta. Cerca de mí yacía Leo, aún desmayado al parecer, y sobre él se inclinaba la alta figura de la muchacha, Ustane, que estaba lavando una profunda herida de lanza en su costado con agua fría, antes de vendarla con un lienzo. Apoyándose en la pared de la caverna, detrás de Ustane, estaba Job, aparentemente sin daño, pero magullado y temblando. Al otro lado del fuego, esparcidos al azar, como si se hubieran tendido para dormir en un momento de absoluta extenuación, yacían los cuerpos de los hombres que habíamos matado en nuestra aterradora lucha por la vida. Los conté: eran doce, sin mencionar a la mujer y el cadáver del pobre Mahomed, que había muerto por mi mano. Éste, a cuyo lado estaba la vasija enrojecida, yacía al final de la línea irregular. A la izquierda, un grupo de hombres se ocupaban en atar con las manos a la espalda a los caníbales supervivientes, amarrándolos de dos en dos. Los villanos se sometían con un aire de malhumorada indiferencia en sus rostros, que casaba mal con la reprimida furia que brillaba en sus sombríos ojos. Frente a estos hombres, dirigiendo las operaciones, estaba nada menos que Billali, que parecía algo cansado pero sumamente patriarcal, con su barba flotante, tan sereno e indiferente como si estuviese supervisando el despedazamiento de un buey.

En ese momento se volvió y, al ver que me incorporaba, se acercó adonde estaba y con la mayor cortesía dijo que esperaba que me sintiese mejor. Le respondí que en aquel momento apenas sabía como me sentía, excepto que me dolía todo el cuerpo.

Luego se inclinó examinando la herida de Leo.

—Es una fea herida —dijo—, pero la lanza no ha penetrado en las entrañas. Se

recobrará.

—Gracias por tu llegada, padre mío —respondí—. Un minuto más y hubiéramos estado más allá de las posibilidades de recobrarnos, porque estos diablos tuyos nos habrían asesinado como asesinaron a nuestro sirviente.

Al decir esto señalé a Mahomed. El anciano rechinó los dientes y vi que una extraordinaria expresión de malignidad asomaba a sus ojos.

—No temas, hijo mío —respondió—. La venganza que se ejercerá sobre ellos será tal, que la carne se retorcerá sobre los huesos sólo con oír hablar de ella. Ellos irán ante la presencia de *Ella*, y su venganza será digna de su grandeza. Aquel hombre —señaló a Mahomed—, aquel hombre, te digo, ha sufrido una muerte misericordiosa en comparación con la que estos hombres-hienas recibirán. Cuéntame, te lo ruego, cómo ha sucedido esto.

En pocas palabras, le esbocé lo ocurrido.

—¡Ah, así es! —respondió—. Ya lo ves, hijo mío, aquí existe la costumbre siguiente: si un extranjero llega al país, se lo mata «con la vasija» y luego es comido.

—Es una hospitalidad al revés —respondí débilmente—. En nuestro país agasajamos al extranjero y le damos de comer. Aquí lo coméis y os agasajáis a vosotros mismos.

—Es una costumbre —respondió encogiéndose de hombros—. Personalmente creo que es mala; por lo demás... —añadió como si se le ocurriera después—, no me gusta el sabor de los extranjeros, especialmente cuando han viajado a través de las ciénagas alimentándose de aves silvestres. Cuando *Ella-la-que-debe-ser-obedecida* envió la orden de que se os salvase la vida, no dijo nada del negro. Sin embargo, por ser hienas, estos hombres codiciaron su carne y fue la mujer, que has hecho bien en matar, quien insinuó en sus malvados corazones la idea de ponerle la vasija caliente. Bueno, tendrán su recompensa. Mejor sería para ellos no haber visto nunca la luz que tener que presentarse ante *Ella* en su terrible ira. Felices los que murieron por vuestra mano.

—Ah —prosiguió—, fue una lucha gallarda la que sostuvisteis. ¿Sabes tú, viejo babuino<sup>[46]</sup> de largos brazos (que eso es lo que tú eres), que has aplastado las costillas de esos dos que están tendidos allí como si fuesen cáscaras de huevo? Y el joven, el león, hizo una resistencia magnífica, uno contra tantos; a tres los mató al momento, y ése que está allá —señaló hacia un cuerpo que aún se movía un poco— morirá pronto, pues su cabeza está partida. Además algunos de aquellos hombres maniatados están heridos. Fue una lucha gallarda y tú y tu amigo habéis hecho que yo me

convierta en vuestro amigo, porque me gusta ver una refriega bien disputada. Pero cuéntame, Babuino, hijo mío, —y ahora que lo pienso, tu rostro también es peludo y en conjunto parecido al de un babuino—, ¿cómo has hecho para matarlos haciéndoles un agujero?... Has producido un ruido, dicen, y murieron... ¿Cayeron por tierra con el ruido?

Se lo expliqué lo mejor que pude pero muy brevemente. Estaba tan cansado, que sólo por estar persuadido de que debía hablar, por miedo a ofender a alguien tan poderoso, traté de describirle las propiedades de la pólvora. Instantáneamente me propuso ilustrar lo que decía utilizando la persona de uno de los prisioneros. Uno, dijo, no se echaría de menos, y aquello no sólo sería muy interesante para él sino que me daría la oportunidad de un anticipo de venganza. Quedó sumamente sorprendido cuando le dije que no teníamos costumbre de vengarnos a sangre fría y que dejábamos esas cuentas para que las cobrase la ley y un poder más alto, del cual él nada sabía. Añadí sin embargo que cuando me recuperase lo llevaría de caza con nosotros y que él podría matar un animal por sí mismo, con lo cual quedó tan contento como un niño con la promesa de un juguete nuevo.

En ese momento Leo abrió sus ojos ante el estímulo de un poco de brandy (del cual conservábamos una pequeña cantidad) que Job había vertido en su garganta. Con eso nuestra conversación tocó a su fin.

Después nos las compusimos para llevar a Leo —que verdaderamente estaba bastante mal y sólo a medias consciente— hasta una cama, sostenido por Job y aquella valiente muchacha, Ustane, a quien me hubiese gustado dar un beso (si no fuera por temor a disgustarla) por su espléndida conducta al salvar la vida de mi muchacho con riesgo de la suya propia. Pero Ustane era una joven con la cual era imposible tomarse libertades, a menos de estar perfectamente seguro de no ser mal interpretado. Por lo tanto, reprimí mis inclinaciones. Entonces, magullado y golpeado pero con una sensación de seguridad en mi pecho que durante algunos días me había sido extraña, me arrastré hasta mi propio y pequeño sepulcro, sin olvidar, antes de acostarme allí, de agradecer a la Providencia desde el fondo de mi corazón que no fuese realmente un sepulcro, pues de no mediar una misericordiosa combinación de hechos que sólo puedo atribuir a su protección, eso habría sido seguramente para mí aquella noche. Pocos hombres han visto tan cercano su fin y han escapado de él como nosotros en aquel espantoso día.

Soy un mal durmiente en el mejor de los casos, y mis sueños de aquella noche —cuando al fin logré descansar— no fueron muy placenteros. La horrorosa visión del pobre Mahomed luchando para escapar de la vasija ardiente me perseguía en ellos, y

allí al fondo —por decirlo así— siempre revoloteaba una forma velada, que de tanto en tanto parecía apartar las ropas de su cuerpo, revelando algunas veces la silueta perfecta de una encantadora y lozana mujer, y otras los blancos huesos de un esqueleto que hacía muecas burlonas. Esta forma, mientras se velaba o quitaba sus vestiduras, profería esta misteriosa frase, aparentemente sin sentido:

*«Aquello que vive ha conocido la muerte, y aquello que está muerto nunca puede morir, porque en el Círculo del Espíritu ni la vida ni la muerte son nada. Sí, todas las cosas viven eternamente, aunque a veces duermen y son olvidadas».*

La mañana llegó al fin, pero cuando hubo amanecido hallé que estaba demasiado envarado y dolorido para levantarme. Hacia las siete llegó Job cojeando terriblemente, con su redonda cara del color de una manzana podrida. Me contó que Leo había dormido normalmente, pero que estaba muy débil. Dos horas después llegó también Billali (Job le llamaba «Billy, la Cabra», y realmente su barba blanca le daba cierto parecido con ese animal; también, más familiarmente, le llamaba «Billy»), Llevaba una lámpara en la mano y su elevada figura casi tocaba el techo de la pequeña habitación. Simulé estar adormecido y, a través de las hendiduras de mis párpados observé su rostro anciano, sardónico pero aún apuesto. Clavó sus ojos de halcón sobre mí y mesó su gloriosa barba blanca por la que, entre paréntesis, cualquier peluquero de Londres hubiera pagado cien libras al año con tal de emplearla como anuncio publicitario.

—¡Ah! —le oí decir entre dientes (Billali tenía el hábito de refunfuñar consigo mismo)—. Es feo..., feo como el otro es hermoso..., un verdadero babuino, ése es un buen nombre. Pero el hombre me gusta. Es extraño que ahora, a mi edad, pueda simpatizar con un hombre. Como dice el proverbio: «Desconfía de todos los hombres y mata a aquel de quien desconfíes más; y en cuanto a las mujeres, huye de ellas, porque son perversas y a la larga te destruirán». Es un buen proverbio, especialmente en su última parte: creo que debe provenir de los antiguos. De todos modos me gusta este babuino, y me pregunto dónde le habrán enseñado esos trucos. Espero que Ella no lo embruje. ¡Pobre Babuino! Debe de estar fatigado después de esa lucha. Me iré para que no se despierte.

Aguardé hasta que se dirigiese a la entrada y, cuando estaba cerca de trasponerla, caminando suavemente en puntas de pie, lo llamé.

—Padre mío —dije—. ¿Eres tú?



—Sí, hijo mío, soy yo; pero no quiero que te inquietes. Sólo vine a ver cómo seguías, y para decirte que aquellos que querían matarte, Babuino mío, están ahora lejos, en su camino hacia *Ella*. *Ella* dijo que también debíais partir al punto, pero creo que aún no podéis.

—No —dije—, no hasta que nos hayamos restablecido un poco; pero haz que me conduzcan al aire libre, te lo ruego, padre mío. No me gusta este lugar.

—Ah, sí —respondió—. Es un ambiente triste. Recuerdo que cuando era un muchacho hallé el cuerpo de una bella mujer yaciendo allí donde estás acostado ahora; sí, en este mismo banco. Era tan hermosa, que acostumbraba a deslizarme aquí dentro con una lámpara para contemplarla. Si no hubiese sido por sus frías manos, casi podría haber creído que dormía y que algún día iba a despertar, tan bella y apacible estaba con sus blancas vestiduras. *Ella* era blanca también y sus cabellos eran rubios y pendían casi hasta sus pies. Había muchos más como ella en las tumbas del lugar donde *Ella* está, porque los que depositaron sus cuerpos allí tenían un sistema, que yo desconozco, para preservar a sus seres queridos de la mano destructora de la Decadencia, aun cuando la Muerte los hubiese golpeado. Ay... Día tras día venía aquí y la contemplaba, hasta que al fin (no te rías de mí, extranjero, que entonces yo sólo era un mozalbete tonto) aprendí a amar a esa forma muerta, aquella envoltura que alguna vez había animado la vida y que ya no existía. Quería trepar hasta ella y besar su rostro frío, y me preguntaba cuántos hombres habían vivido y muerto desde su tiempo, y cuántos la habían amado y besado en aquellos días tan lejanos. Creo, Babuino mío, que aprendí la sabiduría de aquella muerta, porque de verdad me enseñó la pequeñez de la vida y el alcance de la muerte, y cómo todas las cosas que existen sobre la tierra se labran un camino y luego quedan para siempre olvidadas. Meditaba de tal guisa y me parecía que la sabiduría me penetraba viniendo de la muerta, hasta que un día mi madre, una mujer despierta pero de ánimo vivo, al ver cuánto había cambiado me siguió y vio a la bella blanca. Temió que me hubiese embrujado, cosa que en el fondo era verdad. Entonces, a medias asustada y a medias con ira, tomó la lámpara y, colocando a la mujer muerta de pie contra la pared, prendió fuego a sus cabellos y ella ardió violentamente hasta los pies, porque estos cuerpos se queman extraordinariamente bien. Mira, hijo mío, el humo de su incendio se ve todavía en el techo.

Alcé los ojos con incredulidad y allí, en efecto, sobre la roca del sepulcro, se advertía una marca de hollín característicamente suntuosa, de más de tres pies de anchura. Sin duda se había borrado de las paredes de la pequeña cueva en el curso de los años, pero en el techo se había conservado y no había dudas acerca de su aspecto.

—Ardió —dijo meditabundo— hasta los pies. Pero yo volví y salvé los pies cortando el hueso quemado. Los escondí allí, bajo el banco de piedra, envueltos en una pieza de tela, Seguro, lo recuerdo como si fuera ayer. Quizá están allí, si nadie los ha encontrado hasta hoy. Espera, voy a ver.

Arrodillándose, tanteó con su largo brazo en el hueco bajo el banco de piedra. Al punto su rostro resplandeció y con una exclamación extrajo un objeto cubierto de polvo y lo sacudió sobre el suelo. Estaba cubierto con los restos de un trapo podrido, que quitó, descubriendo ante mi mirada atónita el pie, bello y bien formado, casi blanco, de una mujer. Parecía tan fresco y firme como si lo acabasen de colocar allí.

—Y ahora mira, Babuino, hijo mío —dijo Billali con voz triste—. Te he dicho la verdad, porque aquí está todavía uno de los pies. Cógelo, hijo mío, y obsérvalo.

Tomé en mis manos aquel frío fragmento de mortalidad y lo contemplé a la luz de la lámpara con emociones que no puedo describir, tan mezclados estaban con el asombro, el miedo y la fascinación. Era ligero; mucho más ligero, diría, que cuando era parte integrante de un cuerpo viviente. La carne, según todas las apariencias, era todavía carne viviente, aunque desprendía un débil olor aromático. Por lo demás, no estaba encogido o arrugado, ni ennegrecido o deforme, como sucede con la carne de las momias egipcias, sino rozagante y tierno. Si se exceptúa el sitio en que estaba ligeramente quemado, parecía tan perfecto como el día de la muerte... Un verdadero triunfo del arte de embalsamar.

¡Pobre piececito! Lo deposité sobre el banco de piedra donde había descansado durante tantos milenios, mientras me preguntaba quién habría sido la beldad que se había apoyado en él a través de la pompa y el fausto de una civilización olvidada, primero como una alegre niña, luego como floreciente doncella y al fin como una mujer perfecta. ¡A través de qué antesalas de la vida había resonado su paso ligero y, al fin, con qué valor había hollado los polvorientos caminos de la muerte! ¿Hacia quién se había deslizado a hurtadillas en la quietud de la noche, mientras los esclavos negros dormían sobre el piso de mármol y quién había escuchado sus pasos furtivos? ¡Bien formado piececito! Tal vez se había apoyado en la nuca orgullosa de un conquistador, al fin prosternado ante la belleza de una mujer, o bien se habían posado sobre su enjorada blancura los labios de nobles y reyes.

Envolví aquella reliquia del pasado con los restos del viejo harapo de hilo que evidentemente había formado parte de la vestidura sepulcral de su dueña, pues estaba parcialmente quemado, y lo guardé en mi maleta Gladstone... Una extraña combinación, pensé. Luego, con la ayuda de Billali, me dirigí tambaleando a ver a Leo. Lo hallé terriblemente magullado, peor aún que yo, quizá debido a la excesiva

blancura de su piel; estaba desfallecido y débil con la pérdida de sangre sufrida por la herida de su costado, pero por lo demás animado y jovial como un grillo y pidiendo algo para desayunar. Ustane y Job lo trasladaron a un asiento, o más bien a la parte colgante de una litera, que había sido desprendida de sus ganchos para este propósito, y con la ayuda del viejo Billali lo llevaron a la sombra, junto a la boca de la cueva, de la cual, entre paréntesis, se había borrado toda traza de la carnicería que había tenido lugar la noche anterior. Allí desayunamos todos y allí pasamos el resto del día, así como la mayor parte de los dos siguientes.

Al tercer día por la mañana, Job y yo estábamos prácticamente restablecidos. Leo estaba también mucho mejor y por eso cedí a las súplicas de Billali, repetidamente expresadas, dando mi aceptación para que partiésemos de inmediato de viaje a Kôr, que según me habían dicho era el nombre del lugar donde vivía la misteriosa *Ella*. Accedí a pesar de los temores que aún tenía respecto a sus efectos sobre Leo. Me preocupaba, sobre todo, la repercusión que podría tener el movimiento sobre su herida, que estaba apenas cicatrizada y que podía abrirse de nuevo. En verdad, si no hubiese sido por la evidente ansiedad de Billali por partir, que nos llevaba a sospechar que alguna dificultad o peligro podía asaltarnos si no condescendíamos en ello, no hubiera consentido en que emprendiéramos el viaje.

## X

### *Especulaciones*

Una hora después de habernos decidido por fin a partir, cinco literas estaban alistadas frente a la puerta de la caverna. Cada una de ellas estaba acompañada por cuatro portadores regulares y dos de refresco, así como por una compañía de alrededor de cincuenta amahagger que servirían de escolta y a la vez transportarían el equipaje. Tres de estas literas, naturalmente, eran para nosotros y una cuarta para Billali, que para mi inmenso alivio iba a ser nuestro acompañante. En cuanto a la quinta litera, suponía que iba a ser para el uso de Ustane.

—¿La dama vendrá con nosotros, padre mío? —pregunté a Billali, que estaba allí supervisando todas las cosas.

Se encogió de hombros y respondió:

—Si ella quiere. En este país las mujeres hacen lo que les place. Nosotros las adoramos y les dejamos hacer su voluntad, porque sin ellas el mundo no podría seguir; ellas son la fuente de la vida.

—Ah —dije—. El asunto nunca se me había presentado antes con esa perspectiva.

—Nosotros las adoramos —prosiguió—, hasta cierto punto, hasta el punto en que se vuelven insoportables, lo cual —añadió—, sucede aproximadamente cada segunda generación.

—¿Y entonces que hacéis? —pregunté con curiosidad.

—Entonces —respondió con una tenue sonrisa—, nos rebelamos y matamos a las más viejas como ejemplo para las jóvenes, y para demostrarles que nosotros somos los más fuertes. Mi pobre esposa murió de esta manera hace tres años. Fue muy doloroso, pero para decirte la verdad, hijo mío, mi vida ha sido más feliz desde entonces, porque la edad me protege de las jóvenes.

—En síntesis —repliqué, citando la frase de un político cuya sabiduría aún no ha iluminado la oscuridad de los amahagger—, has adquirido una situación donde tienes la mayor libertad con la menor responsabilidad.

Esta frase lo dejó algo perplejo al principio, debido a su vaguedad, aunque pienso que mi traducción expresaba su sentido con exactitud; al fin comprendió y dio a entender que la apreciaba.

—Sí, sí, mi Babuino —dijo—. Ahora comprendo. Pero ahora todas las «responsabilidades han muerto», al menos algunas de ellas, y por eso actualmente hay tan pocas mujeres viejas. Bien, ellas se lo buscaron. En cuanto a esta muchacha —prosiguió con voz grave—, no sé que decir. Es una muchacha valiente y ama al León; tú has visto cómo se abrazó a él y salvó su vida. Además, de acuerdo con nuestra costumbre, ella está casada con él y tiene derecho a seguirlo donde vaya. A menos —añadió significativamente—, que Ella le ordene lo contrario; su palabra está por encima de todos los derechos.

—¿Y si *Ella* ordena que lo abandone y la muchacha rehúsa, qué sucedería?

—Si el huracán ordena al árbol que se incline y éste se opone, ¿qué sucede? —dijo Billali encogiéndose de hombros.

Luego, sin esperar una respuesta, se volvió y caminó hacia su litera. Diez minutos después, ya estábamos en camino.

Nos llevó más de una hora atravesar la cavidad de la planicie volcánica y otra media hora escalar su borde por la ladera más alejada. Una vez allí, por cierto, el paisaje era espléndido. Ante nosotros se extendía una larga y empinada pendiente herbosa, interrumpida aquí y allá por macizos de árboles, espinos en su mayoría. Al fondo de esta suave ladera, a unas nueve o diez millas de distancia, pudimos descubrir un oscuro mar de ciénagas, sobre el cual los fétidos vapores flotaban como el humo sobre una ciudad. Los portadores bajaban fácilmente por las laderas, y hacia mediodía habíamos alcanzado las orillas de la funesta ciénaga. Allí hicimos alto para el almuerzo y luego, siguiendo un sendero tortuoso y lleno de recodos, desembocamos en el marjal. Para nuestros ojos no habituados, el sendero se presentaba tan borroso que apenas se distinguía de los trazados por las bestias acuáticas y los pájaros. Hasta hoy es para mí un misterio de qué forma nuestros portadores hallaban su camino entre los marjales. Al frente de la cabalgata marchaban dos hombres con unas grandes pértigas, que cada tanto sumergían en el suelo delante de ellos. La causa de este proceder era que la naturaleza del terreno variaba frecuentemente por motivos que desconozco; por lo tanto, los lugares que podrían considerarse seguros para el cruce durante un mes, podían ciertamente tragarse al viandante durante el mes siguiente.

Nunca había visto una escena tan melancólica y deprimente. Millas y millas de tremedal, cuya única variación eran las franjas de verde brillante que correspondían a un suelo comparativamente sólido y los profundos y sombríos estanques ornados por altos juncos; en éstos bramaban los alcaravanes y croaban las ranas sin cesar: millas y millas de este panorama que se extendía sin interrupción, a menos que la niebla que engendra la fiebre pueda ser considerada como una interrupción. La única vida existente en el gran cenagal consistía en aves acuáticas y en los animales que se alimentan de aquéllas; de ambas especies había gran número. Gansos, grullas, patos, cercetas, negretas, agachadizas y avefrías bullían en torno a nosotros; muchas de ellas eran de variedades casi desconocidas para mí. Eran tan dóciles, que se las podría haber golpeado con una estaca. Entre estos pájaros advertí en especial una variedad muy bella de agachadiza pintada, casi del tamaño de una becada, con una manera de volar que recordaba mucho más la de este pájaro que el de la agachadiza inglesa. En los lagunajos había especies de caimanes o enormes iguanas; no sé cuáles de ellos se alimentan —según me dijo Billali— de aves acuáticas. También había grandes cantidades de repugnantes serpientes negras de agua cuya mordedura es peligrosa, aunque no tanto como la de la cobra u otras víboras venenosas. Las ranas (de la especie de ranas-toro<sup>[47]</sup>) eran también muy grandes y con voces proporcionadas a su tamaño; en cuanto a los mosquitos —los «mosqueteros», como los llamaba Job— eran aún peores, si esto es posible, que los conocidos en el río. Nos atormentaban sobremanera. Pero sin duda el rasgo más sobresaliente de la ciénaga era el espantoso hedor de la vegetación descompuesta que despedía, y que a veces era realmente insoportable, además de las exhalaciones de malaria<sup>[48]</sup> que lo acompañaba y que estábamos obligados a respirar.

Continuamos nuestro camino a través del pantano hasta que al fin el sol se hundió en un sombrío esplendor, en el preciso momento en que alcanzábamos una porción de terreno elevado de alrededor de dos acres de extensión —un pequeño oasis seco en medio del cenagoso desierto— y Billali anunciaba que allí estableceríamos el campamento. El acto de acampar, por otra parte, se había convertido en un proceso muy simple y consistía, de hecho, en sentarse alrededor de un escaso fuego hecho de juncos secos y alguna madera que habíamos traído con nosotros. De todos modos sacamos el mejor partido que pudimos de aquello, fumando y comiendo con todo el apetito que permitía el hedor de la niebla y el sofocante calor, porque aquella tierra baja era muy calurosa y además, aunque parezca extraño, helada a veces. Sin embargo, a pesar del calor, nos sentíamos afortunados por estar junto al fuego, pues

descubrimos que a los mosquitos no les gustaba el humo. Luego nos envolvimos en nuestras mantas y tratamos de dormir, pero en lo que a mí concierne, las ranas-toro y el extraordinario bramido y los ruidos alarmantes producidos por centenares de agachadizas que revoloteaban muy alto hacían que el sueño fuese imposible, sin hablar de nuestras demás incomodidades. Me di la vuelta y miré a Leo, que estaba cerca de mí; parecía adormecido, pero su rostro tenía un aspecto sonrojado que no me gustó. A la luz vacilante del fuego, vi a Ustane, que estaba tendida al lado suyo, y que se incorporaba de tiempo en tiempo apoyada en el codo mirándolo también con ansiedad.

De todos modos nada podía hacer por él, ya que habíamos tomado todos una buena dosis de quinina, que era el único preventivo que teníamos. Por lo tanto me tendí, observando cómo las estrellas aparecían por millares hasta que el inmenso arco del cielo quedó salpicado de puntos resplandecientes. ¡Cada punto era un mundo! ¡He aquí una visión gloriosa por la cual el hombre puede medir su propia insignificancia! Pronto desistí de tales pensamientos, porque la mente se fatiga fácilmente cuando se esfuerza por aferrar el Infinito y traza los pasos del Todopoderoso en su deambular por las esferas, o cuando intenta deducir su intención a través de sus obras. No son cosas que podamos saber. El Conocimiento es para los fuertes, y nosotros somos débiles. Quizá el exceso de sabiduría puede obnubilar nuestra imperfecta visión y el poseer demasiado pueda llevarnos a la ebriedad, sobreponiéndose a nuestra débil razón hasta hacerla caer, hasta sumergirnos en las profundidades de nuestra propia vanidad. Porque, ¿cuál es el primer resultado del creciente conocimiento del hombre al interpretar el libro de la Naturaleza a través del persistente esfuerzo de su ofuscada observación? ¿No sucede a menudo que ponga en tela de juicio la existencia de su Hacedor, o hasta el poder de cualquier inteligencia que lo sobrepase? La verdad está velada, porque no podemos fijar la mirada en su gloria, así como no es posible mirar el resplandor del sol. Podría destruirnos. El conocimiento absoluto no es para el hombre, tal como es aquí abajo; su capacidad, que le permite grandes pensamientos, es ciertamente pequeña. El vaso queda muy pronto colmado y, cuando una milésima parte de la indecible y silenciosa Sabiduría que rige el movimiento de aquellas esplendorosas esferas, y la Fuerza que las hace rodar, comprime el recipiente, éste puede quebrarse en fragmentos. Quizá en otro tiempo y lugar pueda ser de otra manera, ¿quién puede saberlo? Aquí, lá mayoría de los hombres nacidos de la carne sólo pueden sufrir en medio de la fatiga y las tribulaciones, atrapando las burbujas hinchadas por el destino (que llaman placeres) y dando gracias si antes de estallar permanecen un momento en sus manos. Y, cuando el telón ha caído sobre la tragedia

y siente que la hora final ha llegado, debe pasar humildemente hacia lo que ignora.

Así permanecía tendido, mientras sobre mí brillaban las eternas estrellas y allí, a mis pies, rodaban las impías bolas de fuego engendradas por la ciénaga siguiendo su camino errabundo. En ellas, lanzadas a los vapores y deseosas de la tierra, me pareció ver la imagen y semejanza del hombre tal como es y de lo que quizá sea algún día, si la Fuerza viviente que rige a unos y otras así lo determina. ¡Oh, si pudiéramos permanecer año tras año en ese elevado estado del corazón que a veces alcanzamos! ¡Oh, si pudiéramos desatar los grilletes que maniatan el alma para remontarnos a ese nivel superior donde, como el viajero que se asoma a los horizontes desde la cima de una montaña, lográsemos contemplar la profundidad del Infinito con ojos espirituales!

¡Si pudiéramos abandonar estas vestiduras mundanas para concluir para siempre con estos pensamientos terrenales y esos miserables deseos; para no ser sacudidos de un lado al otro, como esas candelas mortuorias, por fuerzas que escapan a nuestro control; fuerzas que, si bien podemos controlar teóricamente, a veces nos vemos obligados a obedecer por exigencias de nuestra naturaleza! ¡Sí, poder abandonarlas, para terminar con las impuras y arduas comarcas del mundo! Y así, como aquellos puntos que centelleaban sobre mí, permanecer en lo alto envueltos para siempre en el resplandor de lo mejor de nosotros mismos, que aún ahora brilla en nuestro interior como el débil fuego que surge de aquellas fantásticas esferas. ¡Y así abandonar nuestra pequeñez en la gloria de nuestros sueños, en aquella invisible pero envolvente bondad de donde emana toda la verdad y toda la belleza!

Éstos y muchos pensamientos similares cruzaron mi mente aquella noche. Llegan para atormentarnos a veces. Para atormentarnos, digo, porque, ¡ay!, el pensar sólo sirve para dar la medida de la inutilidad del pensamiento. ¿De qué puede servir nuestro débil sollozo en el silencio del espacio? ¿Puede nuestra confusa inteligencia leer los secretos de este cielo sembrado de estrellas? ¿Puede llegar de ellas alguna respuesta? ¡Nunca llegará ninguna! ¡Nada, excepto ecos y visiones fantásticas! Y sin embargo aún creemos que allí hay una respuesta, y que un nuevo amanecer vendrá a iluminar los caminos de nuestra permanente noche. Creemos en ella, porque su belleza reflejada brilla aún constantemente en nuestros corazones desde más allá del horizonte de la tumba y la llamamos esperanza. Sin la esperanza sufriríamos una muerte moral y con la ayuda de la esperanza aún podemos escalar el cielo, o en el peor de los casos, si solamente demostrase una amable burla que se nos otorga para que no caigamos en la desesperación, servirá al menos para sumergirnos dulcemente en los abismos del sueño eterno.



Entonces me puse a reflexionar en la empresa en que nos habíamos empeñado, tan descabellada como era; y también en cuán extrañamente parecía coincidir con la que había sido contada en la vasija hacía tantos siglos. ¿Quién era esa extraordinaria mujer, Reina de un pueblo que parecía tan extraordinario como ella misma y que reinaba entre los vestigios de una civilización perdida? ¿Y qué significaba esa historia del Fuego que otorgaba una vida eterna? ¿Era posible que existiese algún fluido o esencia capaz de fortificar los muros de la carne para que pudiesen resistir a través de los siglos las destrucciones y deterioros de la vejez? Era posible, pero no probable. La prolongación indefinida de la vida no debía ser —como decía el pobre Vincey— algo tan maravilloso como su creación incesante y su duración temporal. Y, si fuera verdad, ¿qué significaba? La persona que lo consiguiese sin duda dominaría el mundo. Podría acumular toda la riqueza, todo el poder y toda la sabiduría, que también significa poder. Podría dedicar toda una vida al estudio de cada arte o ciencia. Y bien: si era así y esta *Ella* era prácticamente inmortal (cosa que yo no creía ni por un momento), ¿cómo era posible que con todas esas cosas a sus pies prefiriese permanecer en una cueva en medio de una sociedad de caníbales? Esto seguramente clarifica la cuestión. La historia era monstruosa y sólo digna de la supersticiosa época en que había sido escrita. De todos modos era indudable que yo no intentaría alcanzar, la vida eterna. Había tenido suficientes preocupaciones, desengaños y secretas amarguras durante mis cuarenta y tantos años de existencia para desear que este estado de cosas se prolongase indefinidamente. Y eso a pesar de que mi vida, supongo, ha sido bastante feliz en comparación con otras.

Entonces, reflexionando que en el momento presente era mucho más probable que nuestras carreras terrenales fueran acortadas en exceso, en lugar de verse indebidamente prolongadas, conseguí al fin conciliar el sueño, algo que seguramente agradecerá quien lea esta narración, si es que alguien llega a hacerlo.

Cuando desperté estaba amaneciendo, y los guardias y portadores deambulaban como fantasmas en medio de las espesas nieblas matutinas, preparándolo todo para nuestra partida. El fuego estaba casi apagado al levantarme y mientras me desperezaba tirité todo entero bajo el frío húmedo del amanecer. Entonces observé a Leo. Estaba sentado, mientras sostenía su cabeza entre las manos. Vi que su rostro estaba enrojecido y sus ojos brillantes, con un círculo amarillo alrededor de sus pupilas.

—Y bien, Leo —dije—. ¿Cómo te sientes?

—Me siento como si estuviera a punto de morir —respondió con voz enronquecida—. Mi cabeza estalla, mi cuerpo tiembla y me siento tan mal como un gato enfermo.

Silbé, o si no lo hice me sentí inclinado a silbar... Leo había cogido un ataque agudo de fiebre. Fui donde estaba Job para pedirle la quinina, de la cual por fortuna teníamos aún una buena provisión, para descubrir que el mismo Job no estaba mucho mejor. Se quejaba de dolores en la espalda y vértigos; en realidad apenas era capaz de ayudarse a sí mismo. Entonces hice lo único que era posible en tales circunstancias: les di a ambos diez granos de quinina y tomé yo mismo una dosis ligeramente menor, a guisa de precaución. Luego encontré a Billali y le expliqué cómo estaban las cosas, preguntándole al mismo tiempo si pensaba que se podría hacer algo mejor. Vino conmigo y observó a Leo y a Job, a quien, por cierto, había denominado el Cerdo debido a su gordura, cara redonda y ojos pequeños.

—Ah —dijo, cuando estuvimos fuera del alcance de sus oídos—. ¡La fiebre! Me lo imaginaba. El León tiene la peor, pero es fuerte y vivirá. En cuanto al Cerdo, su ataque no es tan fuerte; ha cogido la «pequeña fiebre»; ésta siempre empieza con dolores en la espalda y ella misma se consumirá en su propia gordura.

—¿Podrán seguir adelante, padre mío? —pregunté.

—Tienen que seguir adelante, hijo mío. Si se detienen aquí morirán seguramente; además, estarán mejor en las literas que en el suelo. Por la noche, si toda va bien, habremos cruzado el marjal y el aire será más sano. Ven, subamos a las literas y partamos, porque es muy malo permanecer en la niebla matutina. Podremos tomar nuestra comida mientras marchamos.

Se hizo así y, con el corazón oprimido, me puse de nuevo en camino para seguir este extraño viaje. Durante las tres horas siguientes todo transcurrió tan bien como esperábamos, pero entonces sucedió un accidente que estuvo a punto de hacernos perder el placer de la compañía de nuestro venerable amigo Billali, cuya litera iba a la cabeza de la caravana. Estábamos atravesando una extensión particularmente peligrosa del tremedal, donde los porteadores se hundían a veces hasta las rodillas. En realidad, era un misterio para mí saber cómo se ingeniaban para transportar las pesadas literas por un terreno semejante, si bien las dos manos sobrantes, así como las cuatro de los porteadores regulares, debían aplicarse al trabajo, y además sostenían las pértigas con sus hombros.

Cuando así íbamos, tropezando confusamente, se oyó un grito agudo, luego un vendaval de exclamaciones y por último un tremendo chapoteo, con lo cual toda la caravana se detuvo.

Salté de mi litera y corrí hacia adelante. Alrededor de veinte yardas más allá estaba la orilla de uno de esos tétricos lagunajos de turba que ya he mencionado. El sendero que seguíamos corría a lo largo de la cima del talud, que en ese lugar era muy

empinado. Al inclinarme a mirar la charca vi, para horror mío, que la litera de Billali flotaba en su superficie. En cuanto al mismo Billali, no se veían trazas de él. Para aclarar las cosas, explicaré en seguida lo ocurrido. Uno de los portadores de Billali había tenido la mala suerte de pisar una serpiente que se calentaba al sol y ésta le había picado en la pierna, debido a lo cual, no sin motivo, había soltado la pértiga y luego, viendo que iba a caerse por el talud, se aferró a la litera para salvarse. El resultado de esta acción fue el que podía esperarse. La litera fue empujada por encima del borde del talud, los portadores la soltaron y Billali y el hombre picado por la serpiente rodaron dentro del fangoso estanque. Cuando llegué al borde del agua no se veía a ninguno de ellos; en verdad, nunca se volvió a ver al infortunado portador. O bien había golpeado su cabeza contra algo o se habría hundido en el fango. O quizá la picadura de la serpiente lo había paralizado. De cualquier modo, había desaparecido. Pero aunque tampoco se veía a Billali, su paradero podía ubicarse claramente por la agitación de la litera flotante y por la posición de las ropas y cortinas que lo mantenían enredado.

—¡Está allí! ¡Nuestro padre está allí! —dijo uno de los hombres, pero no movió un dedo para ayudarlo ni tampoco lo hicieron los demás. Simplemente se quedaron de pie, observando el agua.

—¡Fuera del camino, so brutos! —grité en inglés; y, arrojando mi sombrero, tomé carrera y me zambullí con fuerza en el horrible estanque de aspecto legamoso. Un par de brazadas me llevaron al lugar en que Billali estaba luchando con sus ropajes.

De algún modo, no sé cómo, logré liberarlo y su venerable cabeza emergió a la superficie del agua cubierta totalmente de limo verde, como un Baco<sup>[49]</sup> amarillento coronado de hojas de hiedra. Lo demás fue fácil, porque Billali era un individuo eminentemente práctico y tuvo el sentido común de no aferrarse a mí, como suele hacer la gente que se está ahogando; por tanto, lo tomé de un brazo y lo remolqué hacia la orilla, aunque el lodo hacía que avanzáramos penosamente. Ambos teníamos un aspecto tan repugnante como jamás había visto antes. Esto puede dar quizá alguna idea de la casi sobrehumana dignidad que poseía Billali en todo su talante: tosiendo, medio ahogado, cubierto de lodo y limo verde como estaba, con su hermosa barba chorreante como la recién aceitada coleta de un chino, aún emanaba de él un aire venerable e imponente.

—Ah, perros —dijo, apenas se recobró lo suficiente para hablar y dirigiéndose a los portadores—, habríais dejado que vuestro padre se ahogase. Si no hubiese sido por este extranjero, mi hijo, el Babuino, seguramente me habría ahogado. Bien, no lo

olvidaré.

Entonces los miró fijamente, con sus ojos brillantes aunque ligeramente acuosos, de un modo tal que pude observar que los intranquilizaba, aunque trataron de aparentar una malhumorada indiferencia.

—En cuanto a ti, hijo mío —el anciano avanzó hacia mí y me estrechó la mano—, puedes estar seguro de que soy tu amigo, en las buenas y en las malas. Has salvado mi vida: tal vez llegará el día en que yo podré salvar la tuya.

Después nos limpiamos como mejor pudimos, rescatamos la litera y nos fuimos, *minus*<sup>[50]</sup> el hombre que se había ahogado. No sé si debido a que era impopular entre sus compañeros o por una nativa indiferencia y egoísmo de temperamento, me atrevería a decir que nadie pareció lamentar demasiado su súbita y definitiva desaparición, excepto el hombre que debía tomar a su cargo el trabajo que le correspondía.

## XI

### *La planicie de Kôr*

Faltaba cerca de una hora para el ocaso cuando al fin, con infinito alivio de mi parte, emergimos de la gran zona de las ciénagas y entramos en una tierra que ascendía en una sucesión de ondulaciones. Precisamente en la parte más cercana a la cima de la primera ondulación hicimos alto para pasar la noche. Lo primero que hice fue examinar el estado de Leo. Estaba, si aquello era posible, peor que por la mañana. Había surgido un nuevo y penoso síntoma, los vómitos, que habían continuado desde el amanecer. Aquella noche no pude pegar ojo, porque la pasé ayudando a Ustane — que era una de las enfermeras más cariñosas e infatigables que haya visto— en el cuidado de Leo y Job. Por otra parte, el aire era cálido y agradable sin ser demasiado caluroso, y no había mosquitos dignos de mención. Asimismo estábamos por encima del nivel de la bruma del marjal, que se extendía rodeándonos por debajo como el opaco y tétrico manto de humo que cubre una ciudad, iluminado aquí y allá por las errabundas bolas de fuego fatuo<sup>[51]</sup> que desprendía la ciénaga. Así es que, en comparación, estábamos muy bien fuera de allí.

Al amanecer del día siguiente Leo comenzó a delirar, y se figuraba que estaba dividido en dos mitades. Yo estaba espantosamente angustiado y comencé a imaginar, con una especie de miedo enfermizo, en cuál podría ser el fin de aquel ataque. ¡Ay! Había oído hablar demasiado acerca de cómo estos ataques suelen concluir. Mientras me interrogaba de tal suerte, se acercó Billali y dijo que era necesario partir, porque opinaba que si Leo no llegaba a un sitio donde pudiera estar en reposo y convenientemente atendido dentro de las próximas doce horas, su vida sólo era cuestión de uno o dos días de plazo. No pude sino mostrarme de acuerdo con él, de modo que colocamos a Leo en la litera y partimos, con Ustane caminando a su vera

para espantar las moscas y vigilar que no se arrojase al suelo.

Una media hora después de la salida del sol, alcanzamos la cima de la cuesta que ya he mencionado, y entonces se abrió ante nuestros ojos el más hermoso de los panoramas. A nuestros pies se extendía una rica extensión de tierras, con verdes hierbas y encantadores follajes y flores. Al fondo, a una distancia que según pude juzgar era de unas dieciocho millas desde el punto en que nos hallábamos, se levantaba abruptamente de la llanura una enorme y extraordinaria montaña. La base de esta gran montaña parecía consistir en una ladera herbosa, pero elevándose de ella —como puedo afirmar tras una observación posterior— se formaba una tremenda y escarpada pared de roca desnuda que comenzaba a unos quinientos pies sobre el nivel de la llanura y tendría unos mil doscientos o mil quinientos pies de altura. La forma de la montaña (que era sin duda de origen volcánico) era más bien redondeada, pero, como sólo era visible un segmento de su circunferencia, resultaba difícil estimar su tamaño exacto, que era enorme. Más tarde descubrí que ocupaba no menos de cincuenta millas cuadradas de terreno. Nunca había visto algo tan grande e imponente como el espectáculo de aquel gran castillo natural que surgía con solitaria majestad de la superficie de la llanura; y creo que no veré nada igual. Su notable aislamiento se añadía a su imponente, y sus descollantes riscos parecían besar el cielo. Por lo general, éstos estaban envueltos en nubes, que se extendían en masas aborregadas por encima de sus anchas almenas.

Me senté en mi litera y contemplé esta impresionante y majestuosa visión a través de la llanura. Presumo que Billali también lo advirtió, porque condujo su litera a la vera de la mía.

—¡Mira la casa de *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*! —dijo—. ¿Hubo jamás una reina que tuviese un trono semejante?

—Es maravilloso, padre mío —respondí—, ¿pero cómo entraremos? Esos riscos parecen difíciles de escalar.

—Ya verás, mi Babuino. Observa ahora la senda que está ante nosotros. ¿Qué piensas que es? Tú eres un hombre sabio. Ven, dime qué opinas.

Miré y vi algo que parecía ser la línea de una carretera que se dirigía rectamente hacia la base de la montaña. Había altos taludes a cada lado, destruidos aquí y allá, pero en conjunto muy bien conservados. No pude comprender cuál era su finalidad. Parecía muy extraño que alguien quisiera terraplenar un camino.

—Y bien, padre mío —respondí—. Supongo que es un camino, de otro modo me sentiría inclinado a decir que era el lecho de un río o más bien —añadí observando la extraordinaria rectitud del corte— de un canal.

Billali —quien, entre paréntesis, no había salido mal librado de su inmersión de la víspera— asintió con la cabeza y replicó:

—Estás en lo cierto, hijo mío. Es un canal excavado para extraer el agua por aquéllos que estuvieron en este lugar antes que nosotros. De esto estoy seguro: dentro del círculo rocoso de la montaña adonde nos dirigimos, hubo una vez un gran lago. Pero aquellos que estaban antes que nosotros, por medio de artes maravillosas que desconozco, labraron un paso para las aguas a través de la sólida roca de la montaña, penetrando hasta el lecho del lago. Antes de eso, excavaron el canal que tú ves y que cruza la planicie. Entonces, cuando al fin el agua irrumpió, bajando por el canal que había sido hecho para recibirla, cruzó la llanura hasta que alcanzó las tierras bajas del otro lado de la cuesta y allí, quizá, hizo nacer la ciénaga que hemos atravesado. Luego, cuando el lago quedó desecado, el pueblo de que hablo construyó una poderosa ciudad en su lecho, donde sólo quedan ahora ruinas que con el nombre de Kôr todavía subsisten. Durante muchos siglos labraron las cuevas y pasadizos que podrás ver.

—Así debe ser —respondí—; pero en tal caso, ¿cómo es que el lago no volvió a llenarse con las lluvias y el agua de los manantiales?

—De ningún modo, hijo mío; éste era un pueblo sabio y dejaron un desagüe para mantenerlo despejado. ¿Ves el río a la derecha? —señaló una ancha corriente que serpenteaba por la llanura a unas cuatro millas de distancia—. Ésta es la vía de drenaje y viene a través de la pared de la montaña, donde fue excavado el canal. Al principio, quizá, el agua corría por el canal, pero después el pueblo la desvió y usó aquél como camino.

—¿Y no hay otro lugar por donde se pueda entrar a la gran montaña excepto a través del canal de drenaje? —pregunté.

—Hay un lugar —replicó— por donde el ganado y la gente puede cruzar a pie con mucho trabajo, pero es secreto. Podrías buscarlo durante un año y no lo hallarías. Sólo se usa una vez al año, cuando los hatos de vacas que han estado paciendo en las laderas de las montañas y en esta llanura son conducidos al espacio interior.

—¿Y *Ella* vive siempre allí? —pregunté—. ¿O algunas veces sale de la montaña?

—No, hijo mío, donde *Ella* está, allí permanece.

Habíamos entrado ya en la gran llanura y examinaba yo con delectación la variada hermosura de sus flores y árboles semitropicales. Estos últimos crecían solitarios, o a lo sumo en grupos de tres o cuatro. Muchos eran de gran tamaño y pertenecían en apariencia a una variedad de roble perenne. Había también muchas palmeras, algunas de las cuales medían más de cien pies de altura y los más grandes y hermosos

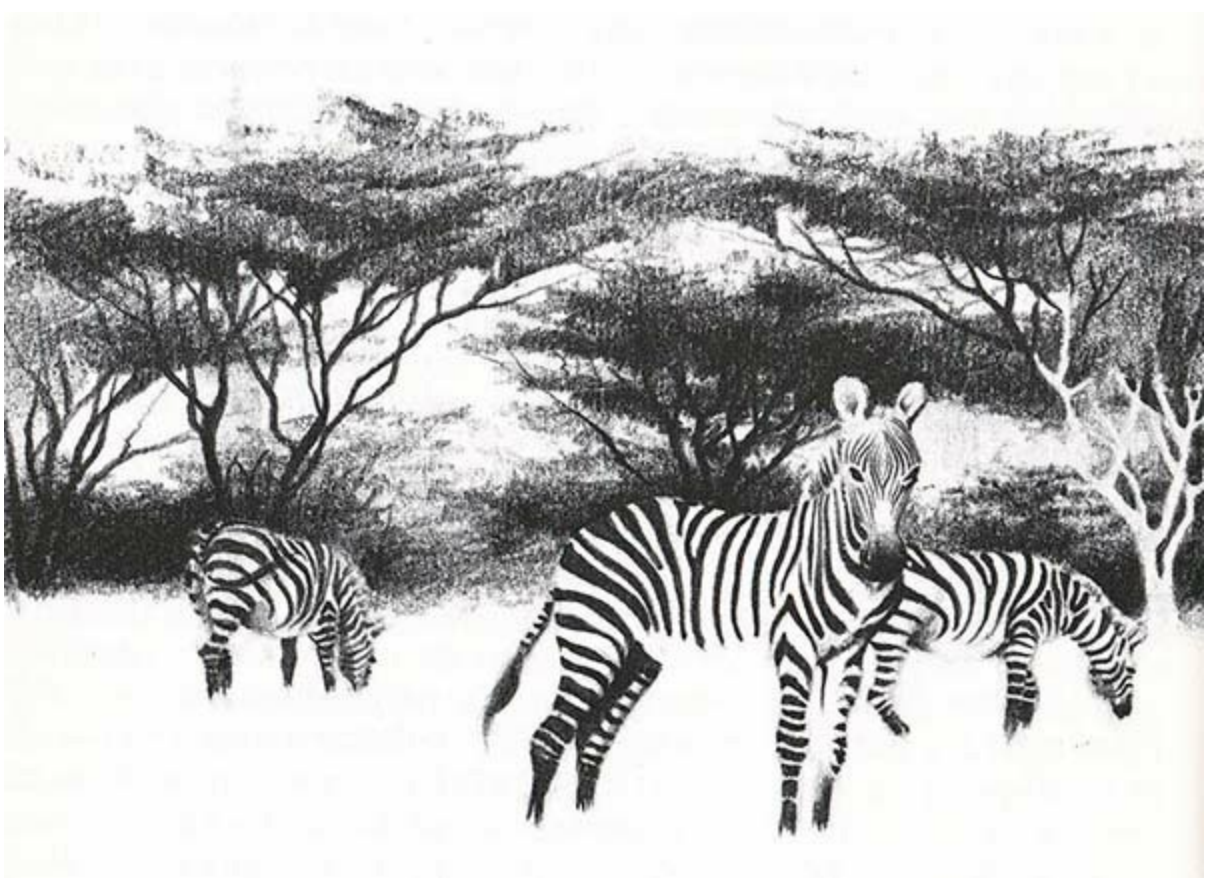
helechos arborescentes que jamás haya visto, de los cuales colgaban nubes de enjorados colibríes y mariposas de grandes alas. Errando entre los árboles o agazapados en la plumosa y larga hierba, había toda clase de animales de caza, desde rinocerontes hasta los más pequeños. Vi un rinoceronte, una gran manada de búfalos, antas, cuaggas<sup>[52]</sup> y un antílope sable, el más hermoso de todos los gamos, sin mencionar muchas variedades menores de caza y tres avestruces que corrían como blancas nubes arrastradas por una ventisca. La caza era tan abundante, que al fin no me pude contener más. Tenía un Martini deportivo de un solo cañón que llevaba conmigo en la litera, ya que el rifle de tiro rápido era demasiado pesado, y, atisbando un hermoso y corpulento anta que se deslizaba bajo uno de los árboles semejantes al roble, salté de mi vehículo y me arrastré lo más cerca posible de la presa. Me dejó acercarme hasta ochenta yardas y entonces volvió la cabeza y me clavó los ojos, preparándose para huir a la carrera. Preparé el rifle y, apuntando a la parte baja de la espaldilla, hice fuego. Nunca había hecho un disparo más exacto ni una muerte tan perfecta en toda mi corta experiencia como cazador, porque el gran gamo dio un salto en el aire y cayó fulminado. Los portadores, que habían hecho alto para contemplar la hazaña, dejaron escapar un murmullo de sorpresa, un desacostumbrado cumplido de parte de este pueblo adusto, que nunca parecía sorprenderse ante nada. Parte de la guardia corrió en seguida a descuartizar el animal. Por mi parte, a pesar de que anhelaba echarle una mirada, volví a subir a mi litera como si matar antas fuera una costumbre de toda la vida, pensando que había ganado varios grados en la estimación de los amahagger. Éstos, por su parte, debían considerar todo el asunto como una manifestación de brujería del más alto nivel. En realidad, yo nunca había visto hasta entonces un anta en estado salvaje. Billali me recibió con entusiasmo.

—Es magnífico, Babuino, hijo mío —exclamó—. ¡Magnífico! Eres un gran hombre, a pesar de que eres tan feo. Si no lo hubiera visto, no hay duda de que nunca lo habría creído. ¿Y me habías dicho que me enseñarías a matar de este modo?

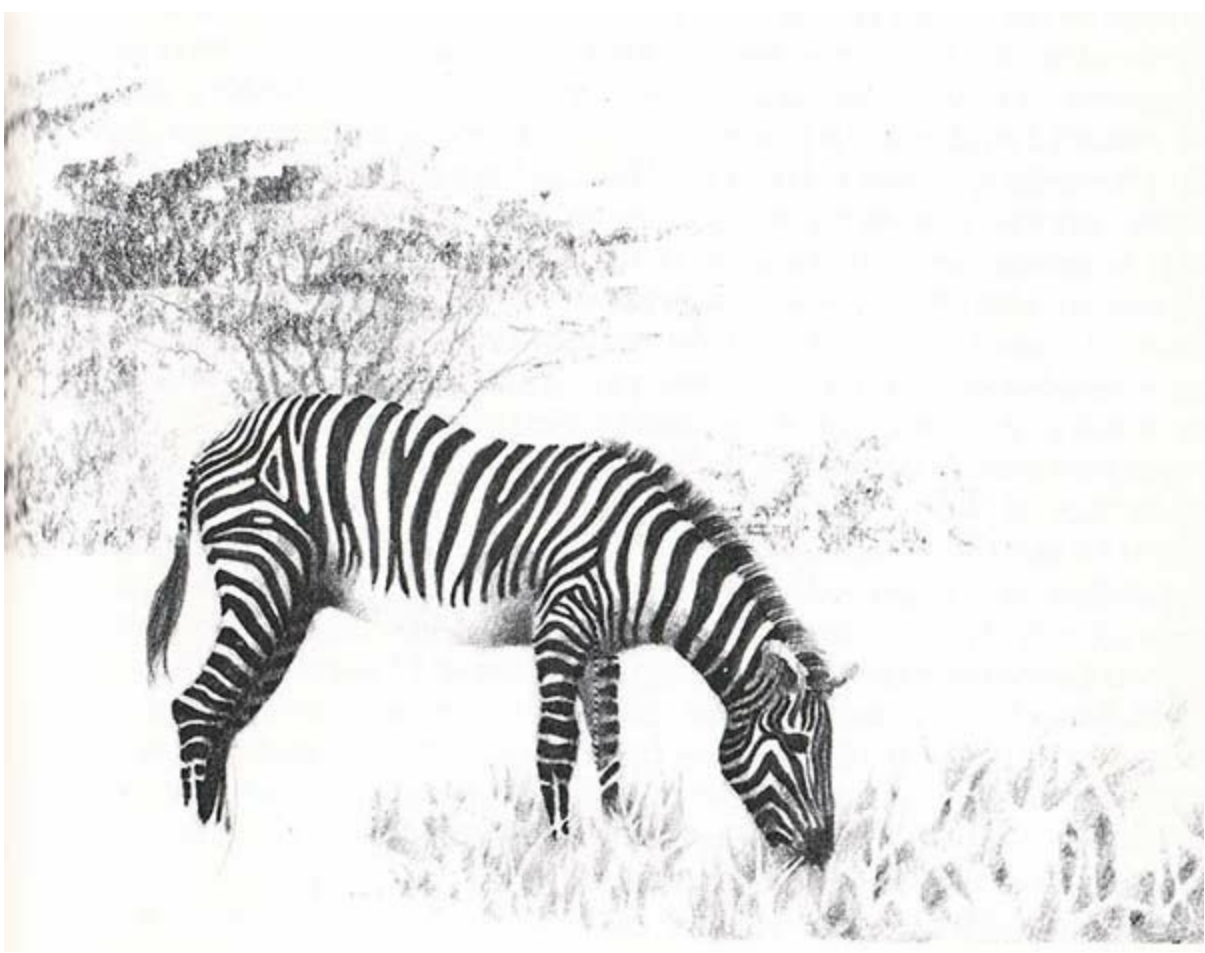
—Desde luego, padre mío —dije alegremente—; esto no es nada.

Pero al mismo tiempo me resolví firmemente a que cuando «mi padre» Billali comenzase a disparar, me arrojaría a tierra sin demora o buscaría refugio tras un árbol.





Después de este incidente menor no sucedió ninguna otra cosa digna de mención, hasta que una hora y media antes del crepúsculo llegamos a la sombra de la empinada masa volcánica que ya he descrito. Me resulta casi imposible pintar su torva grandeza tal como se me aparecía cuando mis pacientes portadores se afanaban a lo largo del lecho del antiguo canal, dirigiéndose hacia el punto en que el farallón de vivo color pardo se alzaba de precipicio en precipicio hasta que su corona se perdía entre nubes. Todo cuanto puedo decir es que me infundió un terror reverente por la intensidad de su solitaria y solemne grandeza. Subimos por la brillante y soleada ladera, hasta que al fin las serpenteantes sombras de arriba se tragaron la claridad; por fin comenzamos a cruzar un paso cortado a pico en la roca viva. Esta obra maravillosa discurría cada vez a mayor profundidad y pienso que miles de hombres durante muchos años deben de haberse empleado para hacerla. En realidad, aún hoy no puedo imaginar cómo pudieron ejecutarla sin la ayuda de la pólvora o la dinamita. Era y es uno de los misterios de esta tierra salvaje. Sólo puedo suponer que estas excavaciones y las vastas cuevas que habían sido labradas en la roca fueron obras públicas del pueblo de Kôr, que vivió aquí en las oscuras y perdidas edades del mundo y —como en el caso de los monumentos egipcios— ejecutadas por el trabajo forzado de decenas de miles de cautivos en el transcurso de un infinito número de siglos. Pero ¿quiénes fueron estas gentes?



Al fin alcanzamos la fachada del precipicio y nos hallamos frente a la boca de un oscuro túnel que me recordó inevitablemente a las obras emprendidas por nuestros ingenieros del siglo diecinueve al tender las líneas del ferrocarril. De este túnel surgía una considerable corriente de agua. En realidad, aunque no creo haberlo mencionado, habíamos seguido esta corriente, que al final se transformaba en el río que ya he descrito serpenteando por la derecha desde el lugar en que comenzaba el tajo en la sólida roca. La mitad de este tajo formaba un canal para la corriente y la otra mitad, que estaba situada en un nivel ligeramente más elevado —ocho pies, quizá—, estaba dedicada a los fines de una carretera. Al final del tajo, sin embargo, la corriente se desviaba hacia la llanura y seguía un canal propio. Ante la boca de la cueva la caravana se detuvo y, mientras los hombres se ocupaban de encender algunas lámparas de arcilla que habían traído consigo, Billali —descendiendo de su litera— me informó cortésmente pero con firmeza que las órdenes de *Ella* eran que fuéramos vendados, para que no pudiésemos conocer el secreto de los senderos que atravesaban las entrañas de la montaña. A esto asentimos con bastante jovialidad, pero Job (que ya se sentía mucho mejor pese al viaje) manifestó su desagrado, sospechando según creo que aquello no era sino un paso preliminar para que le colocaran la vasija ardiente en la cabeza. No obstante, se sintió algo reconfortado

cuando yo le hice notar que no había vasijas calientes a mano y, por lo que sabía, tampoco fuego para calentarlas. En cuanto al pobre Leo, después de haberse vuelto repetidas veces durante horas, había caído —para mi profundo agradecimiento— en un sueño o sopor (no sé cuál de los dos) y por lo tanto no hacía falta vendarle los ojos. El vendaje se ejecutó envolviendo alrededor de la cabeza un trozo de aquella tela amarillenta que utilizan para hacer sus vestidos los amahagger que condescienden en llevar alguna vestidura. Esta tela, como descubrí más tarde, la tomaban de las tumbas y no era, como supuse al principio, de manufactura nativa. El vendaje fue anudado en la parte posterior de la cabeza y luego llevado por debajo hasta que las puntas se amarraban bajo el mentón, para evitar que resbalasen. Entre paréntesis, también fue vendada Ustane, no sé por qué, a menos que temiesen que ella nos comunicase los secretos de la ruta.

Ejecutada esta operación, partimos una vez más. Pronto el eco despertado por el paso de los porteadores y el ruido creciente del agua, producido por la reverberación en un espacio confinado, me hicieron comprender que estábamos penetrando en las entrañas de la gran montaña. El saber que éramos empujados al interior del muerto corazón de la roca, ignorando hacia dónde íbamos, era una sensación aterradora. Pero a estas alturas ya me estaba habituando a las sensaciones aterradoras, y estaba preparado para cualquier cosa. Por tanto me quedé quieto, escuchando los pesados pasos de los porteadores y el torrente del agua, mientras trataba de creer que me estaba divirtiendo. Entonces los hombres prorrumpieron en el melancólico canturreo que había oído la primera noche, cuando nos capturaron en la ballenera. El efecto producido por sus voces era muy curioso y casi indescriptible. Después de un tiempo el aire se tornó excepcionalmente pesado y enrarecido, tanto, que realmente pensé que íbamos a sofocarnos, hasta que a cierta distancia la litera hizo un abrupto giro, luego otro y otro, mientras cesaba el rumor del agua. Después el aire volvió a ser fresco, pero las vueltas prosiguieron hasta que yo, vendado como estaba, me sentí completamente mareado. Traté de hacer un plano de aquellos giros en mi mente, para el caso de que fuera necesario escapar por esta ruta, pero no hace falta decir que fracasé por completo. Así pasó una media hora más o menos y de pronto advertí que estábamos otra vez al aire libre. Pude ver la luz a través de mis vendas y sentí la frescura del aire en mi rostro. A los pocos minutos, la caravana hizo alto; oí a Billali que ordenaba a Ustane que se quitase el vendaje e hiciera lo propio con los nuestros. Sin esperar sus cuidados, desaté el nudo del mío y miré alrededor.

Como había imaginado, habíamos atravesado el precipicio y estábamos ahora en el lado más alejado e inmediatamente debajo de su cara saliente. Lo primero que

advertí fue que el farallón no era tan alto visto desde cerca; no tan alto quería decir unos quinientos pies, lo cual probaba que el lecho del lago —o más bien el fondo del antiguo cráter donde nos encontrábamos— estaba muy por encima del nivel de la llanura circundante. Por lo demás, nos hallábamos en una cuenca rodeada por enormes rocas, no muy diferente del lugar donde habíamos acampado por primera vez, solo que diez veces mayor. En realidad sólo pude descubrir la torva línea de los riscos opuestos. Una gran porción de la llanura así encerrada por la naturaleza estaba cultivada y resguardada con muros de piedra colocados allí para que las vacas y cabras, que formaban grandes rebaños, no destruyeran los jardines. Aquí y allá crecían grandes montículos de hierba, y algunas millas más lejos, hacia el centro de la planicie, me pareció distinguir el contorno de unas ruinas colosales. No pude observar nada más por el momento, porque fuimos rodeados instantáneamente por una multitud de amahagger, parecidos en todo a aquellos con los que ya estábamos familiarizados. Aunque hablaban poco, se apiñaron tan estrechamente a nuestro alrededor, que obstaculizaron la visión de quienes, como nosotros, yacíamos en una litera. De pronto, una cantidad de hombres armados dispuestos en compañías llegaron corriendo donde estábamos, mandados por oficiales que sostenían varitas de marfil en sus manos. Por lo que pude descubrir, habían surgido del frente del precipicio como hormigas de sus madrigueras. Estos hombres, así como sus oficiales, llevaban vestiduras añadidas a las acostumbradas pieles de leopardo y, como había sospechado, formaban la escolta de la mismísima *Ella*.

Su jefe se aproximó a Billali, lo saludó colocando su vara de marfil transversalmente sobre la frente y luego hizo algunas preguntas que no pude entender. Habiéndole contestado Billali, todo el regimiento se volvió, marchando a lo largo del farallón, mientras nuestra caravana de literas seguía sus pasos. Tras haber avanzado así una media milla, hicimos alto una vez más frente a la boca de una tremenda cueva, que medía unos sesenta pies de alto por ochenta de anchura. Aquí descendió finalmente Billali, y nos invitó, a Job y a mí, a hacer lo propio. Leo, naturalmente, estaba demasiado enfermo para hacer algo semejante. Obedecí y entramos en la gran cueva, donde la luz del sol poniente penetraba hasta una cierta distancia. Donde la luz diurna no llegaba, el lugar estaba débilmente iluminado con lámparas que parecían extenderse hasta una distancia inconmensurable, como las luces de gas en una calle vacía de Londres. Lo primero que advertí fue que los muros estaban cubiertos de esculturas en bajorrelieve, en su mayor parte similares a las que ya he descrito en los vasos —escenas de amor sobre todo, luego episodios de caza, ejecuciones y la tortura de los criminales mediante la colocación de una vasija sobre la cabeza,

presumiblemente calentada al rojo, revelando así de dónde nuestros huéspedes habían extraído su placentera práctica—. Había muy pocas escenas de batalla, pero muchas de duelos; hombres corriendo y luchando. Este hecho me indujo a creer que este pueblo no estaba demasiado expuesto a ataques de enemigos exteriores, tanto por el aislamiento de su posición como a causa de su notable poderío. Entre las figuras había caracteres esculpidos en columnas de piedra cuya naturaleza era completamente nueva para mí. Sea como fuere, no eran griegos, egipcios, hebreos ni asirios: de esto estaba seguro. Se parecían más a la escritura china que a cualquiera otra que yo haya conocido. Cerca de la entrada de la cueva, tanto las figuras como la escritura se hallaban desgastadas, pero más lejos se las veía tan absolutamente frescas y perfectas como el día en que el escultor había cesado de trabajar en ellas.

El regimiento de guardias no traspasó la entrada de la cueva, donde formaron fila para dejarnos pasar. Al entrar al lugar, sin embargo, fuimos recibidos por un hombre vestido de blanco, que se inclinó humildemente pero sin decir palabra, lo cual no tenía nada de extraño, pues, como supimos después, era sordomudo.

Situada en ángulo recto respecto a la gran caverna, a unos veinte pies de distancia de la entrada, se abría una cueva más pequeña o una galería muy ancha, que había sido excavada en la roca tanto a la derecha como a la izquierda de la cueva mayor. Frente a la galería situada a nuestra izquierda se hallaban dos guardias, y de esta circunstancia deduje que debía de ser la entrada a los aposentos de Ella. La boca de la galería de la derecha estaba sin guardia y el mudo indicó que debíamos ir por ella. Caminando unas pocas yardas por este pasaje, que estaba iluminado por lámparas, llegamos a la entrada de una cámara que tenía colgada en su puerta una cortina hecha de una materia herbosa, similar a las esteras de Zanzíbar por su aspecto. El mudo la describió con otra profunda reverencia y nos introdujo en un aposento de buen tamaño, excavado, como era habitual, en la roca sólida; pero iluminado, para mi gran alivio, por medio de un tragaluz perforado en la pared del precipicio. En esta habitación había una cama de piedra, vasijas llenas de agua para lavarse y pieles de leopardo bellamente curtidas a guisa de cobertores.

Aquí dejamos a Leo, que todavía dormía pesadamente, y Ustane se quedó a su lado. Advertí que el mudo le lanzaba una aguda mirada, como diciendo: ¿Quién eres tú y por orden de quién has venido aquí? Luego nos condujo a otra habitación similar, donde se quedó Job, y a otras dos que fueron ocupadas respectivamente por Billali y por mí.

## XII

### «Ella»

Lo primero que hicimos Job y yo, después de atender a Leo, fue lavarnos y ponernos ropas limpias, pues las que estábamos usando no las habíamos mudado desde la pérdida del *dhow*. Afortunadamente, como creo haber dicho, la mayor parte de nuestro equipaje personal había sido empacado en la ballenera y por tanto rescatado y transportado hasta aquí por los porteadores. En cambio se habían perdido todas las provisiones que habíamos comprado para traficar y hacer regalos a los nativos. Casi toda nuestra ropa había sido confeccionada con una franela preencogida y muy fuerte, que yo hallé excelente para viajar por estos parajes. Pese a que una chaqueta Norfolk, una camisa y un par de pantalones sólo pesaban unas cuatro libras (cosa a tener en cuenta en países tropicales, donde cada onza de más pesa sobre el viajero), esta franela abrigaba mucho y ofrecía buena resistencia a los rayos del sol y sobre todo al frío, por lo cual era sumamente apta para los súbitos cambios de temperatura.

Nunca olvidaré el placer del «lavado y frotado» y el de aquellas limpias franelas. Lo único que faltaba para que mi alegría fuese completa era una pastilla de jabón, cosa de la que carecíamos.

Más tarde descubrí que los amahagger, entre cuyos muchos y desagradables defectos no se incluye la suciedad, usaban una especie de tierra quemada para lavarse, la cual, si bien era desagradable al tacto hasta que uno se acostumbraba a ella, constituía un excelente sustituto del jabón.

Una vez vestido, peiné y recorté ligeramente mi negra barba, cuyo estado anterior era por cierto tan desgredado como para justificar el apodo de «babuino» que me había puesto Billali. Entonces comencé a sentir un hambre fuera de lo común. Por eso no sentí ningún pesar cuando, sin la menor advertencia o rumor, se descorrió la

cortina que colgaba a la entrada de mi cueva y otro sirviente mudo —una muchacha esta vez— me anunció por señas inconfundibles —o sea, abriendo la boca y señalando con el dedo hacia adentro— que había algo dispuesto para comer. Por consiguiente la seguí hasta la habitación vecina, a la cual aún no habíamos entrado. Allí encontré a Job, que para su gran turbación, también había sido conducido por otra bella muda. Job nunca olvidaba las insinuaciones que le había hecho la mujer de la vasija incandescente y sospechaba que cada muchacha que se le acercaba tenía similares intenciones.

—Estas jóvenes tienen una manera de mirarle a uno, señor —solía decir para justificarse—, que no calificaría de respetable.

Aquella cámara era dos veces más grande que las cuevas dormitorio y advertí enseguida que originalmente había servido de refectorio y también, probablemente, como cuarto de embalsamar de los Sacerdotes de los Muertos; porque también debo añadir en seguida que estas cavernas excavadas no eran sino vastas catacumbas, donde durante decenas de siglos se habían preservado los restos mortales de la gran raza extinguida cuyos monumentos nos rodeaban, tratados con un arte y un acabado tan perfecto como jamás se pudo igualar. Y allí se habían ocultado para toda la eternidad. A cada lado de esta peculiar cámara de roca había una larga y sólida mesa de piedra de alrededor de tres pies de ancho por tres pies y medio de altura, desbastada en la roca viva, de la cual formaba parte y a la que estaba aún unida por la base. Las mesas estaban ligeramente ahuecadas o curvadas hacia arriba para dejar un espacio a las rodillas de los que se sentasen en el borde de piedra que se había labrado a guisa de banco a los lados de la cueva, a una distancia de unos dos pies de las mesas. Cada una de ellas, además, había sido dispuesta de modo que terminaba debajo de una abertura perforada en la pared de roca para dar paso al aire y a la luz. Examinándolas cuidadosamente, no obstante, observé que había una diferencia entre ellas, que al principio había escapado a mi atención: una de las mesas, situada a la izquierda según se entra a la cueva, había sido usada evidentemente para algo distinto a las comidas. Era una mesa de embalsamar. No cabía duda de ello, al ver las cinco cavidades poco profundas que se dibujaban sobre la piedra de la mesa, todas moldeadas como una forma humana, con un lugar separado para apoyar la cabeza y un pequeño puente para sostener el cuello. Cada depresión era de una medida diferente, como para contener cuerpos de variada estatura, desde hombres adultos completamente desarrollados, hasta niños. A intervalos había pequeños agujeros, destinados a evacuar los fluidos. Por añadidura, por si hiciese falta una confirmación más amplia, no teníamos más que observar las paredes de la cueva para hallar la

prueba: allí, esculpidas en torno y tan cercanas y vivas como el día en que fueron terminadas, se veían las representaciones de la muerte: el embalsamamiento y el enterramiento de un anciano de larga barba, probablemente un antiguo rey o señor de aquel país.

El primer cuadro representaba su muerte. Yacía sobre un lecho que tenía cuatro cortos postes curvados en las esquinas, que se remataban en una borla o protuberancia, parecida a las notas musicales escritas. Evidentemente se describía el momento en que expiraba. Agrupados alrededor del lecho, se veían mujeres y niños llorando, las primeras con sus cabelleras sueltas sobre la espalda. La escena siguiente representaba el embalsamamiento del cuerpo, que yacía rígido sobre una mesa con depresiones, semejante a la que teníamos ante nosotros; muy probablemente era la misma mesa. Tres hombres se ocupaban del trabajo: uno lo dirigía, otro sostenía un embudo cuya forma era igual a la de un colador de vino y cuya estrecha embocadura estaba fijada a una incisión en el pecho, sin duda en la gran arteria pectoral; el tercero, entretanto, se montaba a horcajadas sobre el cadáver, sosteniendo en alto una especie de ancho cántaro del cual manaba un fluido vaporoso que se vertía cuidadosamente en el embudo. Lo más curioso de esta escultura era que tanto el hombre del embudo como el que vertía el fluido estaban representados apretándose las narices, ya sea (presumo) a causa del hedor que desprendía el cuerpo o —más probablemente— para evitar los vapores aromáticos del fluido caliente que estaban introduciendo en las venas del hombre muerto. Otro detalle curioso que no puedo explicar es que los tres hombres estaban representados con una banda de tela que envolvía su rostro, con agujeros practicados en ella para los ojos.

La tercera escultura era una representación del entierro del difunto. Allí estaba, rígido y frío, vestido con un manto de lino y yaciendo sobre una losa de piedra igual a aquella donde yo había dormido en el lugar en que nos habían hospedado por primera vez. Ardían lámparas a su cabecera y a sus pies, mientras a su lado habían colocado algunos de los bellos vasos pintados que ya he descrito y que tal vez se suponía que estaban llenos de provisiones. La pequeña cámara estaba llena de plañideras; algunos músicos tañían un instrumento parecido a la lira, mientras cerca de los pies del cadáver estaba de pie un hombre que sostenía una sábana con la cual se disponía a cubrirlo.

Si se observaba a estas esculturas como meras obras de arte, eran tan notables que no creo exagerar al haberlas descrito con tanta extensión. También me impresionaron por su sobresaliente interés como representaciones —probablemente estudiadas con minuciosidad— de los últimos ritos de los muertos, tal como los practicaba este



pueblo extinguido por completo. Incluso entonces pensé cuán envidiosos se sentirían ciertos anticuarios de Cambridge que conocía, si tuviera la oportunidad de describirles estos maravillosos restos. Probablemente dirían que estaba exagerando, a pesar de que cada página de esta historia debe de mostrar tantas evidencias internas de su verdad, que sin duda sería prácticamente imposible para mí haberla inventado.

Pero retornemos al relato. Tan pronto como examiné exhaustivamente estas esculturas (creo haber olvidado mencionar que estaban ejecutadas en bajorrelieve), nos sentamos para disfrutar de una excelente carne hervida de cabra, leche fresca y tortas de harina, todo servido en limpios platos de madera.

Una vez que hubimos comido, fuimos a ver cómo se sentía Leo. Billali dijo que ahora debía ir al encuentro de *Ella* para recibir sus órdenes. Al llegar a la habitación de Leo, hallamos al pobre muchacho en muy mal estado. Había salido de su sopor pero desvariaba, balbuceando algo acerca de una regata en el Cam; además se estaba poniendo violento. En realidad, cuando entramos en el cuarto, Ustane estaba sujetándole. Le hablé y mi voz pareció calmarlo; de todos modos se quedó más tranquilo y pudimos convencerlo de que tragase una dosis de quinina.

Me quedé con él por espacio de una hora quizá... Al menos sé que estaba oscureciendo tanto, que apenas distinguía su cabeza como un resplandor dorado sobre la almohada que habíamos improvisado con un costal cubierto con una manta. Entonces llegó de pronto Billali con aires de gran solemnidad y me informó que *Ella* en persona se había dignado expresar el deseo de verme... un honor, añadió, que se confería a muy pocos. Creo que quedó un poco horrorizado ante la frialdad con que tomé ese honor, pero el hecho es que yo no me sentía abrumado de gratitud ante la perspectiva de ver a alguna salvaje y morena reina, por más absoluta y misteriosa que fuese, sobre todo porque mi pensamiento estaba totalmente ocupado por el querido Leo, por cuya vida comenzaba a experimentar grandes temores. De todos modos, me levanté para seguirlo y, en cuanto lo hice, mi vista cayó sobre algo brillante que yacía en el suelo y que recogí. Quizá el lector recuerde que junto al trozo de vasija hallado en el arquilla había un modelado escarabajo grabado con una O redonda, un ganso y otro curioso jeroglífico cuyo significado era «Suten se Ra» o sea «Real Hijo del Sol».

Leo había insistido en colocar este escarabajo (que era muy pequeño) engarzado en un pesado anillo de oro como los que se usan para sellar. Era este mismo anillo el que acababa de recoger. Lo había arrojado en el paroxismo de su fiebre y había caído, supongo, al pavimento rocoso. Pensando que si lo dejaba podría perderse, lo deslicé en el dedo meñique y luego seguí a Billali, dejando a Leo con Job y Ustane.

Atravesamos el corredor, cruzamos la caverna parecida a una gran nave y

llegamos al corredor correspondiente al otro lado, en cuya boca estaban los guardias apostados como dos estatuas. Cuando nos acercamos, inclinaron sus cabezas en señal de saludo y levantaron sus largos venablos colocándolos transversalmente ante la frente, al igual que habían hecho los jefes de las tropas, al encontrarnos, con sus varas de marfil. Avanzamos entre ellos y nos hallamos en una galería exactamente igual a la que llevaba a nuestros aposentos, sólo que este pasillo, en comparación, estaba brillantemente iluminado. A pocos pasos nos salieron al encuentro cuatro mudos — dos hombres y dos mujeres—, que se inclinaron profundamente y se colocaron a nuestro lado, yendo las dos mujeres delante y los hombres detrás. En este orden proseguimos nuestra procesión y atravesamos varias puertas, de las cuales pendían cortinas semejantes a las que conducían a nuestras habitaciones, y que posteriormente supe que estaban ocupadas por los mudos que servían a *Ella*. Unos pocos pasos más y llegamos a otra puerta que estaba frente a nosotros y no a la izquierda como las demás. Ésta parecía señalar el final del pasillo. Aquí otros dos guardias vestidos de blanco —o más bien de amarillo— estaban apostados y nos saludaron inclinándose también ante nuestro paso. Luego nos introdujeron en una gran antecámara apartando unas pesadas cortinas. La misma tenía unos cuarenta pies de largo por otros tantos de ancho y en ella había unas ocho o diez mujeres, en su mayoría jóvenes y bien parecidas, con pelo amarillento, que estaban sentadas en cojines trabajando con agujas de marfil en algo que tenía la apariencia de unos bastidores. Estas mujeres también eran sordomudas. En la parte más alejada de este gran aposento iluminado artificialmente había otra puerta cerrada por pesadas cortinas de aspecto oriental, bastante diferentes a las que pendían en las puertas de nuestras habitaciones. Aquí estaban dos muchachas mudas particularmente bellas, que inclinaron sus cabezas hasta el pecho y cruzaron las manos en actitud de humilde sumisión. Cuando nos acercamos, alzaron un brazo y descorrieron las cortinas. Entonces Billali hizo algo extraño. Este anciano caballero de aspecto venerable —porque Billali en el fondo era un caballero— se arrojó al suelo sobre manos y rodillas; en esta indigna posición — con su larga barba arrastrando por el piso— comenzó a reptar hacia el interior de la estancia. Yo lo seguí de pie, en posición normal. Mirándome por encima del hombro, él se dio cuenta.

—Abajo, hijo mío; abajo, Babuino mío; prostérnate sobre manos y pies. Entramos a la presencia de *Ella* y, si no eres humilde, seguramente te fulminará al verte de pie.

Me detuve, sintiéndome espantado. En verdad, mis rodillas comenzaban a ceder a su propio movimiento; pero la reflexión ayuda. Yo era un inglés y ¿por qué —me preguntaba a mí mismo— tenía que arrastrarme en la presencia de alguna mujer

salvaje como si fuese un mono de verdad, tal como lo era en mi apelativo? No quería y no podía hacerlo; es decir, a menos que estuviese absolutamente seguro de que mi vida o mi bienestar dependían de ello. Si de pronto comenzara a arrastrarme sobre mis rodillas tendría que hacerlo siempre y ello sería una flagrante admisión de inferioridad. Por eso, vigorizado por el prejuicio insular contra el «*kootooing*»<sup>[53]</sup>, que, como la mayoría de nuestros llamados prejuicios, tenía una buena dosis de sentido común, marché osadamente en pos de Billali. Me vi en otra estancia, considerablemente menor que la antecámara, cuyas paredes estaban cubiertas con cortinas de suntuoso aspecto, de factura semejante a las de la puerta y que eran obra —como descubrí ulteriormente— de las mudas que estaban en la antecámara, y que éstas tejían en bandas que después cosían unas con otras. Había también, esparcidos por la estancia, canapés de hermosa madera negra parecida al ébano, incrustada con marfil. El suelo estaba cubierto de tapices o alfombras. En el extremo superior de este aposento había algo que parecía ser una entrada, también cubierta con cortinas, de donde surgían rayos de luz. Excepto nosotros mismos, nadie más había en aquel lugar.

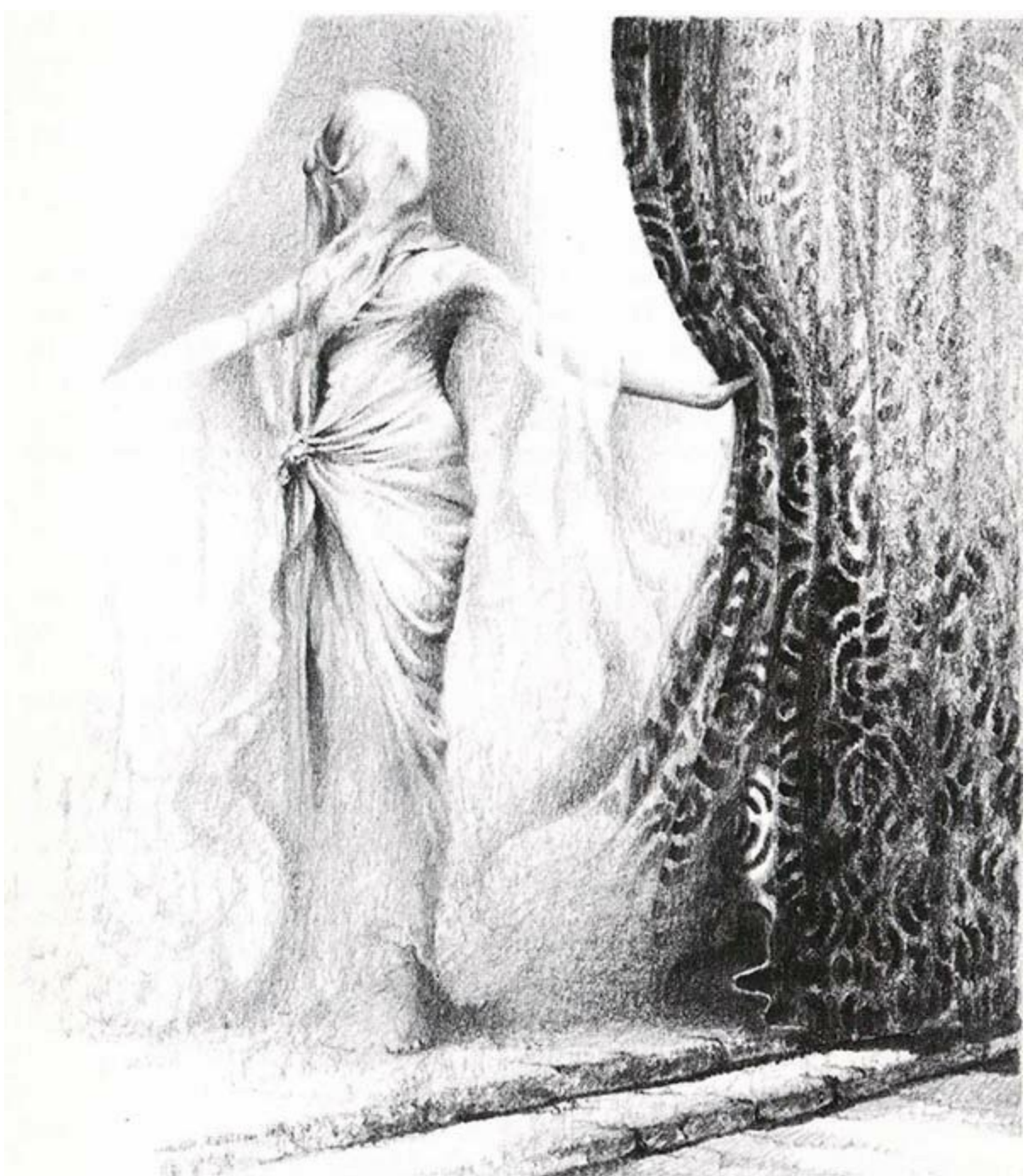
Penosamente y con lentitud el viejo Billali se arrastró por toda la extensión de la caverna, y yo lo seguí andando a grandes pasos, con la mayor dignidad que pude asumir. Pero pienso que fue más bien un fracaso. Para comenzar, no es posible asumir una actitud digna cuando uno va en la estela de un anciano que va contorsionándose sobre su estómago como una serpiente. Además, para avanzar con la necesaria lentitud, yo debía, o bien mantener en el aire una pierna durante varios segundos a cada paso, o hacer una pausa entre cada avance, como María Estuardo, Reina de Escocia, cuando marchaba hacia el cadalso en la pieza de teatro. Billali no era bueno en esto de andar a gatas —supongo que los años pesaban en esto— y nuestro progreso hacia la estancia era un asunto muy lento. Yo iba inmediatamente detrás y a veces estaba tentado de ayudarlo con un buen puntapié. Era sumamente absurdo dirigirse a la presencia de una salvaje realeza a la manera de un irlandés que conduce un cerdo al mercado. Esto es lo que parecíamos y la idea estuvo a punto de hacerme estallar en carcajadas allí mismo. Tuve que contener mi peligrosa tendencia al regocijo indecoroso sonándome la nariz, acción que llenó de horror a Billali, porque me miró por encima del hombro con un rostro lívido, al tiempo que murmuraba: «¡Oh, mi pobre Babuino!»

Al fin llegamos hasta las cortinas y allí Billali se aplastó sobre su estómago, con sus manos extendidas como si estuviese muerto. Yo, no sabiendo qué hacer, me puse a observar la habitación. Pero entonces sentí claramente que alguien me estaba

observando desde detrás de las cortinas. No podía ver su persona, pero podía sentir distintamente su mirada penetrante, fuera hombre o mujer; y lo que es más, esto producía un extraño efecto en mis nervios. Estaba atemorizado, no sé por qué. El lugar era poco común, es cierto, y daba una impresión de soledad, a pesar de sus suntuosas colgaduras y el suave resplandor de las lámparas... En realidad, aquellos objetos aumentaban esa soledad, en lugar de disminuirla, como sucede con una calle iluminada por la noche, que tiene un aspecto más solitario que otra en la oscuridad. El silencio era grande en aquel sitio, y allí yacía Billali como un cadáver ante las pesadas cortinas, mientras de ellas parecía surgir un olor a perfume que flotaba hacia la arqueada bóveda. Pasaban los minutos y no había signo alguno de vida, ni se movía la cortina; pero sentía esa mirada fija que me inundaba sin cesar, llenándome de un terror innombrable, hasta que la transpiración me perló la frente.

Por último la cortina comenzó a moverse. ¿Quién podría estar detrás?... ¿Alguna salvaje reina desnuda, una lánguida belleza oriental o una joven dama decimonónica bebiendo el té de la tarde? No tenía la menor idea y no me habría sorprendido ver a cualquiera de las tres. Ya casi estaba más allá de la sorpresa. La cortina se agitó levemente y súbitamente apareció entre sus pliegues una hermosísima mano blanca, blanca como la nieve, con largos y ahusados dedos que terminaban en las uñas más rosadas del mundo. La mano asió la cortina y la mantuvo apartada, en tanto escuchaba una voz, la más suave y argentina que jamás había oído. Me recordaba el murmullo de un arroyuelo.

—Extranjero —dijo la voz en árabe, pero en un árabe mucho más puro y clásico que el que hablaban los amahagger—. Extranjero, ¿por qué estás tan asustado?



Ahora me congratulo por haber mantenido un claro dominio de mi talante, a pesar de mi terror interno; por tanto estaba poco sorprendido ante la pregunta. Antes de que pudiera resolverme a contestarla, de todos modos, la cortina se descorrió y una alta figura apareció ante nosotros. Digo «una figura» porque no sólo el cuerpo sino también el rostro estaban envueltos en una materia suave, blanca y diáfana como la gasa, de tal suerte que al principio me recordó irresistiblemente a un cadáver envuelto en su mortaja. Aún no sé por qué me asaltó esa idea, teniendo en cuenta que esas envolturas eran tan delgadas, que se podía ver distintamente a través de las mismas el fulgor rosado de la carne. Supongo que se debía a la forma en que estaban colocadas, ya sea accidentalmente o —lo que es más probable— deliberadamente. De todos modos, me sentí aún más atemorizado que nunca ante esta aparición fantasmal; mi

cabello comenzó a erizarse sobre mi cabeza como si creciera la sensación de que me hallaba ante la presencia de algo que no era natural. Pude distinguir claramente, sin embargo, que la forma fajada como una momia que estaba ante mí tenía la talla de una alta y encantadora mujer, animada por la belleza en cada centímetro de su cuerpo, con cierta gracia serpentina como nunca he visto igual. Cuando movía una mano o un pie, toda su figura parecía ondular y su cuello no se inclinaba, sino que se curvaba.

—¿Por qué estás tan atemorizado, extranjero? —preguntó otra vez la dulce voz..., una voz que parecía sonsacarme el corazón, como la melodía de una música muy suave—. ¿Es que ahora asusto a los hombres? ¡Entonces es que los hombres ya no son como eran!

Con un leve movimiento de coquetería se volvió y alzó un brazo, como para mostrar todo su encanto y el suntuoso cabello negro como ala de cuervo que manaba en suaves rizos sobre sus vestiduras blancas como la nieve casi hasta sus pies calzados con sandalias.

—Es tu belleza lo que me asusta, oh Reina —respondí humildemente, sin saber muy bien qué decir. Y creo que mientras decía esto escuché al viejo Billali, que aún estaba postrado en el suelo, murmurar:

—Bien, mi Babuino, ¡bien!

—Veo que los hombres aún saben seducir a las mujeres con falsas palabras —replicó ella con una risa que sonaba como lejanas campanillas de plata—. Ah, extranjero, estás atemorizado porque mis ojos exploraban tu corazón; por eso estabas asustado. Como no soy más que una mujer, te perdono la mentira, porque fue dicha con cortesía. Y ahora cuéntame cómo llegaste a esta tierra de los que moran en cavernas..., una tierra de ciénagas, cosas malas y viejas sombras muertas de los difuntos. ¿A quién has venido a ver? ¿Es que tan poco vale la vida para vosotros que la ponéis en el hueco de la mano de *Hiya*, en la mano de *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*? Dime también cómo sabes la lengua que hablo. Es una lengua antigua, esta meliflua hija del sirio antiguo. ¿Existe aún en el mundo? Has visto que moro entre cavernas y muertos y nada sé de los asuntos de los hombres, aunque es cierto que tampoco me han preocupado. He vivido, oh extranjero, con mis recuerdos y mis recuerdos están en una tumba que mis propias manos cavaron; porque se ha dicho ciertamente que el hijo del hombre forja su propio sendero del mal.

Su hermosa voz tembló y se quebró en una nota tan suave como la de un pájaro del bosque. Súbitamente su vista se detuvo en la figura tendida de Billali y pareció recordar.

—¡Ah! Estás ahí anciano. Cuéntame cómo es que han salido mal las cosas en tu

familia. En verdad parece que estos mis huéspedes fueron atacados. Ay, y uno de ellos estuvo a punto de ser asesinado con la vasija ardiente para que luego lo comiesen esos brutos, tus hijos. Y, si los demás no hubieran luchado gallardamente, también habrían muerto; ni aun yo hubiese podido devolverles la vida una vez que ésta abandonase sus cuerpos. ¿Qué significa esto, anciano? ¿Qué tienes que decir en tu favor para que yo no te entregue a los ejecutores de mi venganza?

Su voz creció en su ira y resonó clara y fría contra las paredes de roca. También creí ver relampaguear sus ojos a través de la gasa que los ocultaba. Vi al pobre Billali, un hombre sin miedo según me parecía, estremecerse literalmente de terror ante sus palabras.

—¡Oh Hiya, oh *Ella*! —exclamó sin levantar su blanca cabeza del suelo—. Oh *Ella*, que tu grandeza sea misericordiosa, porque yo soy como siempre tu servidor para obedecerte. No hubo designio ni falta de mi parte, oh *Ella*, fueron esos malvados que se llaman mis hijos. Conducidos por la mujer que tu huésped, el Cerdo, desdeñó, quisieron seguir la antigua costumbre de la tierra y comer al gordo extranjero negro que llegó aquí con estos tus huéspedes, el Babuino y el León, que ahora está enfermo; creían que ninguna palabra tuya había llegado para protegerle también. Pero entonces el Babuino y el León, al ver lo que hacían, mataron a la mujer y a su propio sirviente, para salvarlo del horror de la vasija. Luego estos malvados, ay, estos hijos del Malo que vive en el Pozo, enloquecieron con el anhelo de sangre, saltando a las gargantas del León, el Babuino y el Cerdo. Pero ellos lucharon gallardamente. ¡Oh *Hiya*! Ellos pelearon como verdaderos hombres y dieron muerte a muchos al defenderse. Entonces llegué yo y los salvé. Luego envié a estos hombres perversos aquí, a Kôr, para que los juzgue tu Grandeza, ¡oh *Ella*! Y aquí están.

—Ay, anciano, ya lo sé, y mañana me sentaré en la gran sala y haré justicia con ellos, no temas. En cuanto a ti, te perdono, a pesar mío. Trata de cuidar mejor de tu familia. Vete.

Billali se incorporó sobre sus rodilla con sorprendente presteza, inclinó su cabeza tres veces y con su blanca barba barriendo el suelo retrocedió arrastrándose por la estancia tal como había venido, hasta que por fin desapareció, dejándome solo (no sin una pequeña alarma de mi parte) con aquel terrible pero fascinante personaje.

## XIII

### *Ayesha se descubre*

—¡Vaya! —dijo *Ella*—, ¡ya se ha ido este viejo tonto de barba blanca! Ah, cuan pequeña es la sabiduría que un hombre adquiere durante su existencia. La acumula como si fuese agua, y como el agua se desliza entre sus dedos. Aun así, cuando sus manos están apenas húmedas, como cubiertas de rocío, he aquí que una generación de tontos exclama: «¡Mirad, es un sabio!» ¿No es así? Pero ¿cómo te llaman? «Babuino», dijo el viejo —y rió—; mas ésa es una costumbre de estos salvajes que carecen de imaginación y recurren a las bestias, sus parientes, para buscar nombre. ¿Cómo te llaman en tu propio país, extranjero?

—Me llaman Holly, oh Reina —respondí.

—Holly —dijo ella, pronunciando la palabra con dificultad y sin embargo con el acento más encantador—; ¿y qué significa Holly?

—Holly es un árbol espinoso —contesté.

—Ya. Y bien, eres espinoso y además te pareces a un árbol. Eres fuerte y feo, pero, si mi saber no se equivoca, eres honesto de alma y como un báculo para apoyarse. También eres alguien que piensa. Pero no te quedes ahí, Holly. Entra y siéntate a mi lado. No quiero verte arrastrándote como esos esclavos ante mí. Estoy cansada de su adoración y su terror; a veces, cuando me irritan, puedo maldecirlos para entretenerme, y ver como el resto empalidece hasta el fondo de su corazones.

Diciendo esto, sostuvo la cortina con su mano de marfil para que pudiese pasar. Entré, estremeciéndome. Esta mujer era verdaderamente terrible. Detrás de la cortina había un gabinete, de unos doce pies por diez, con un diván y una mesa donde había fruta y agua burbujeante. Junto a ella, al fondo, había un ánfora parecida a una fuente, labrada en piedra tallada, llena también de agua pura. El lugar estaba suavemente



iluminado con lámparas formadas por aquellas hermosas vasijas de las que ya he hablado. El aire y las cortinas estaban cargados de un sutil perfume. También parecían emanar perfume los gloriosos cabellos y las blancas vestiduras colgantes de la misma *Ella*. Entré en la pequeña habitación y quedé indeciso.

—Siéntate —dijo *Ella* señalando el diván—. Por ahora no tienes motivos para temerme. Y si tuvieras motivo no sería por mucho tiempo, porque te mataría. Por tanto, deja que tu corazón se tranquilice.

Me senté a los pies del diván, cerca del depósito de agua parecido a una fuente y *Ella* se dejó caer suavemente en el otro extremo.

—Ahora, Holly —dijo—, explícame cómo llegaste a hablar el árabe. Es mi propia y querida lengua, porque árabe soy de nacimiento, incluso «al Arab al Ariba», una árabe entre árabes y de la raza de nuestro padre Yárab, el hijo de Kâhtan, porque en aquella hermosa y antigua ciudad de Ozal he nacido, en la provincia de Yaman el Feliz. Sin embargo tú no hablas como solíamos hacerlo. Te falta la música que tenía la dulce lengua de las tribus de Hamyar que yo acostumbraba escuchar. Algunas palabras parecen haber cambiado, tal como sucede entre esos amahagger, que han degradado y profanado su pureza; por eso debo hablar con ellos en algo que es para mí otro lenguaje<sup>[54]</sup>.

—Lo he estudiado —contesté— durante muchos años. También se habla en Egipto y en otros lugares.

—De modo que aún se habla, ¿y aún existe Egipto? ¿Y qué faraón ocupa ahora el trono? ¿Es aún un retoño del persa Ochus o se han ido los aqueménidas porque están lejos de los días de Ochus?

—Los persas han abandonado Egipto hace casi dos mil años y desde entonces los ptolomeos, los romanos y muchos otros han florecido, ejerciendo su imperio sobre el Nilo; y han caído, cuando llegó su hora —dije estupefacto—. ¿Qué puedes tú saber del persa Artajerjes?

Ella rió sin responder; y otra vez un escalofrío helado me recorrió el cuerpo.

—Y Grecia —dijo—; ¿existe aún Grecia? Ah, yo amé a los griegos. Eran hermosos como el día, e inteligentes. Pero crueles de corazón y volubles, a pesar de todo.

—Sí —dije—, Grecia existe aún y precisamente ahora su pueblo es de nuevo independiente. Empero, los griegos de hoy no son como los de los viejos tiempos, y la misma Grecia no es más que un remedo de lo que fue.

—¡Ya! ¿Y los hebreos están todavía en Jerusalén? ¿Se alza todavía el templo que construyó el Rey Sabio<sup>[55]</sup> y, si es así, a qué Dios adoran? ¿Ha llegado su Mesías, al

cual alababan tanto y que profetizaban constantemente? ¿Es Él quien domina el mundo?

—Los judíos fueron destruidos y tuvieron que irse. Los fragmentos de su pueblo están desparramados por el mundo y Jerusalén ya no existe como entonces. En cuanto al templo que edificó Herodes...

—¡Herodes! —dijo *Ella*—. No lo conozco, pero continúa.

—Los romanos lo quemaron y sus águilas aletearon sobre sus ruinas. Actualmente Judea es un desierto.

—¡Así es, así es! Esos romanos eran un gran pueblo y sabían ir derechos a su objetivo... Ay, corrían hacia él como el destino o como sus propias águilas, hasta alcanzar su presa... Y dejaban la paz tras ellos.

—«Solitudinem faciunt, pacem appellant<sup>[56]</sup>» —sugerí.

—¡Ah!, también sabes hablar la lengua latina —dijo sorprendida—. Suena extrañamente en mis oídos después de tanto tiempo, y me parece que tu acento no cae donde lo ponían los romanos. ¿Quién escribió esto? No conozco el dicho, pero es una verdad de aquel gran pueblo. Parece que he hallado un hombre sabio..., uno cuyas manos han retenido el agua del conocimiento humano. ¿Sabes también el griego?

—Sí, oh Reina, y algo de hebreo; pero no los hablo correctamente. Todas ellas son lenguas muertas actualmente.

Ella palmoteo con un gesto de júbilo infantil:

—Oh, Holly, tú que eres un feo árbol, de la verdad has bebido los frutos de la sabiduría —dijo—; pero estos judíos que odio, porque me llamaron pagana cuando quise hablarles de mi filosofía..., dime: ¿vino el Mesías que esperaban y gobierna ahora el mundo?

—Su Mesías vino —respondí reverente—; pero vino pobre y humilde, y ellos no quisieron saber nada de Él. Lo azotaron y crucificaron en un madero, pero sus palabras y sus obras perviven aún, porque es el Hijo de Dios y la verdad que trajo gobierna la tierra; pero eso no es un imperio de este mundo.

—Ah, esos lobos fieros de corazón —exclamó ella—, los seguidores de los Sentidos y de muchos dioses..., codiciosos de la ganancia y propensos a la revuelta. Aún puedo ver sus rostros oscuros. ¿De modo que crucificaron a su Mesías? Bien puedo creerlo. Que Él fuese un Hijo del Espíritu Viviente no significaría nada para ellos, si es que realmente lo era; pero de esto hablaremos más tarde. Poco les importaría a ellos un dios, si Él no llegaba con pompa y poderío. Ellos, el pueblo elegido, el vaso de Aquel a quien llaman Jehovah. Ay, el vaso de Baal y el vaso de

Astoreth, y el vaso de los dioses de los egipcios..., un pueblo que todo lo digiere, sediento de lo que les traiga riquezas y poder. ¿De modo que crucificaron a su Mesías porque llegó de humilde manera... y ahora han sido desperdigados de su tierra? Vaya, si recuerdo bien, uno de sus profetas dijo que eso iba a suceder. Bien, dejémoslos a su suerte... Esos judíos quebraron mi corazón e hicieron que viera el mundo con malos ojos; ay, y me empujaron a este desierto, este lugar que perteneció a un pueblo más remoto que ellos. Cuando les quise enseñar la sabiduría en Jerusalén, me apedrearon, ay, en la puerta del templo; ¡esos hipócritas de barba blanca y esos rabinos lanzaron al pueblo contra mí para que me lapidasen! ¡Mira, aquí está la marca de aquel día!

Con súbito movimiento ella levantó la envoltura de gasa de su redondeado brazo y señaló una pequeña cicatriz que se veía roja sobre su blancura de leche.

Yo retrocedí horrorizado.

—Perdóname, oh Reina —dije—, pero estoy perplejo. Cerca de dos mil años han transcurrido sobre la tierra desde que el Mesías judío pendió de su cruz en el Gólgota. ¿Cómo, pues, has podido enseñar tu filosofía a los judíos antes que Él existiera? Eres una mujer, no un espíritu. ¿Cómo puede una mujer vivir dos mil años? ¿Por qué me confundes, oh Reina?

Ella se reclinó en el diván y una vez más sentí que los ojos ocultos se paseaban sobre mí y escudriñaban mi corazón.

—¡Ah, hombre! —dijo al fin, hablando muy lentamente y con deliberación—, parece que todavía hay cosas en la tierra de las que nada sabes. ¿Crees todavía que todas las cosas mueren, como aquellos judíos opinaban? Yo te digo que nada muere. No existe eso que se llama muerte, aunque hay algo que es el cambio. Mira —señaló algunas esculturas de la pared rocosa—, tres veces dos mil años han pasado desde que el último de aquella gran raza que labró estas figuras cayó ante el hálito de la pestilencia que los destruyó; y sin embargo no están muertos. Aun ahora ellos viven; quizá sus espíritus nos rodean en este mismo momento —ella miró en tornen—. Te aseguro que a veces me parece que mis ojos los ven.

—Sí, pero para el mundo han muerto.

—Ah, por algún tiempo; pero hasta para el mundo ellos nacen de nuevo, una y otra vez. Yo misma, yo, Ayesha<sup>[57]</sup> (porque ése, extranjero, es mi nombre), te digo que estoy esperando que alguien a quien he amado vuelva a nacer. Y aquí me he quedado hasta que él me encuentre, sabiendo con certeza que hacia aquí vendrá, y que aquí, solamente aquí, me dará la bienvenida. ¿Por qué crees tú que yo, que soy todopoderosa; yo, que soy más bella que la griega Helena<sup>[58]</sup>, a quien solían cantar;

yo, que poseo una sabiduría mayor, ay, mucho mayor que la de Salomón el Sabio; yo, que conozco los secretos de la tierra y sus riquezas y que puedo hacer que todas estas cosas se sometan a mi servicio; yo, que incluso temporalmente he superado el cambio, eso que tú llamas muerte... ¿Por qué, oh extranjero, crees que convivo aquí con unos bárbaros inferiores a las bestias?

—No lo sé —dije humildemente.

—Porque espero al que amo. Mi vida quizá ha sido malvada, no sé, ¿porque, quién puede decir lo que es malo y lo que es bueno? Por eso temo morir, si pudiera morir, cosa que no puedo hacer hasta que mi hora llegue, pues, si fuera a buscarlo, podría alzarse un muro entre nosotros que quizá no sabría derribar; por último, eso me da miedo. Seguramente sería fácil también perder el camino en una búsqueda a través de esos grandes espacios donde los planetas vagabundean desde siempre. Pero el día llegará (podrá ser cuando cinco mil años más hayan pasado y se hayan perdido y mezclado en la bóveda del tiempo, así como las pequeñas nubes se pierden en las tinieblas de la noche, o podrá ser mañana) en que mi amor habrá nacido otra vez; entonces, siguiendo la ley que es más fuerte que todo designio humano, me encontrará aquí, donde una vez me conoció. De seguro su corazón se enternecerá frente a mí, aunque he pecado contra él; ah sí, aun si no me reconoce me amará, aunque sólo sea por amor a mi belleza.

Por unos instantes me quedé sin habla y no pude responder. La cuestión era demasiado abrumadora para que mi intelecto la pudiera asir.

—Pero aun en ese caso, oh Reina —dije al fin—, aun si los hombres nacen una y otra vez, eso no es lo que sucede contigo, si hablas verdad —en este punto ella me contempló con agudeza, y otra vez sentí el relampagueo de aquellos ojos ocultos—. Tú —me apresuré a decirle—, ¿no has muerto nunca?

—Así es —dijo—, y eso fue así porque, mitad por suerte y mitad por ciencia, resolví uno de los grandes secretos del universo. Dime, extranjero: si la vida existe..., ¿por qué entonces no puede ser prolongada durante un cierto lapso? ¿Qué son diez, veinte o cincuenta mil años en la historia de la vida? Porque en diez mil años la lluvia y las tempestades apenas disminuyen en un palmo de espesor la cima de una montaña. En dos mil años estas cavernas no han cambiado, como no han cambiado los animales y el hombre, que es como los animales. Debes comprender que nada de esto es extraordinario. La vida es extraordinaria, sí, pero que ésta pueda ser prolongada un poco no es algo extraño. La naturaleza tiene un espíritu que la anima, al igual que el hombre, que es hijo de la naturaleza. Quien pueda hallar ese espíritu y proyectarlo sobre sí vivirá de su vida. No vivirá eternamente, porque tampoco la naturaleza es

eterna y ella misma debe morir, así como la naturaleza de la luna ha muerto. La naturaleza debe morir, digo, o más bien cambiar y dormir hasta que llegue el tiempo en que deberá vivir de nuevo. ¿Pero cuándo morirá? Todavía no, imagino. Y mientras viva, aquellos a quienes ha entregado sus secretos vivirán con ella. Todo lo que tengo, si es que tengo algo, quizá no es más que lo que tuvo cualquiera que vivió antes que yo. Ahora bien, te digo que sin duda esto es un gran misterio, por tanto no querría abrumarte ahora con ello. En otra oportunidad te contaré más cosas, si mi ánimo es propicio, a pesar de que tal vez nunca hable de esto otra vez. ¿Deseas saber cómo supe que llegábais a esta tierra, y cómo salvé vuestras cabezas de la vasija ardiente?

—Sí, oh Reina —respondí débilmente.

—Entonces observa el agua —señaló el recipiente parecido a una fuente y luego, inclinándose hacia adelante, alzó su mano sobre el mismo.

Me levanté y observé: instantáneamente el agua se oscureció. Luego se aclaró y pude ver en ella con tanta nitidez como nunca vi nada en mi vida... Pude ver, dije, nuestra embarcación en aquel horrible canal. Allí estaba Leo, dormido en el fondo, cubierto con una chaqueta que lo protegía de los mosquitos hasta ocultarle el rostro. Job, Mahomed y yo mismo, estábamos remolcando el barco desde la orilla.

Retrocedí despavorido y exclamé que aquello era magia, porque reconocí toda la escena... Era como si estuviese ocurriendo.

—No, no; ¡oh Holly! —respondió—. La magia es un sueño de la ignorancia. No es algo mágico, sino el conocimiento de los secretos de la naturaleza. El agua es mi espejo; en ella veo lo que pasa si consigo convocar las imágenes, lo cual no sucede a menudo. Ahí dentro puedo mostrarte lo que quieras del pasado, si tiene que ver con algo de este país y que yo conozco, o algo que tú, el observador, has conocido. Piensa en un rostro, si lo deseas, y será reflejado en el agua desde tu mente. No conozco todavía todos sus secretos... No puedo leer nada en el futuro. Pero éste es un secreto antiguo; no lo he descubierto. En Egipto y en Arabia las hechiceras lo conocían hace siglos. De tal modo, un día se me ocurrió pensar en ese viejo canal (habían pasado veinte siglos desde que había desembarcado en él) y me propuse verlo otra vez. Entonces miré y vi la barca y tres hombres que caminaban. También había otro, cuyo rostro no pude ver, pero que era un joven de nobles formas, que estaba durmiendo en el fondo de la embarcación. Así fue como envié el mensaje y os salvé. Y ahora adiós. Pero espera, cuéntame de ese joven..., el León, como lo llama el anciano. Hubiese querido verlo también, pero está enfermo, ya sabes..., enfermo de fiebres, y además fue herido en la refriega.

—Está muy enfermo —repliqué con tristeza—. ¿No podrías hacer algo por él, ¡oh

Reina!, tú que sabes tanto?

—Claro que puedo. Puedo curarlo; pero ¿por qué hablas con tanta tristeza? ¿Quieres al joven? ¿Es acaso tu hijo?

—Es mi hijo adoptivo, ¡oh Reina! ¿Debo traerlo ante tu presencia?

—No. ¿Cuánto tiempo hace que cogió las fiebres?

—Hace tres días.

—Bien; déjalo descansar un día más. Entonces quizá se recobre por sus propias fuerzas y eso es mejor que verse sometido a mi curación, porque mi medicina es de tal suerte que sacude la vida en su propia ciudadela. No obstante, si mañana por la noche, a la misma hora en que la fiebre le atacó, no ha comenzado a mejorar, entonces iré yo a verlo y lo curaré. Espera, ¿quién lo cuida?

—Nuestro servidor blanco, al que Billali llama el Cerdo. También —aquí hablé con una ligera vacilación— una mujer llamada Ustane, una mujer muy hermosa de este país, que vino y lo besó cuando lo vio por primera vez, y desde entonces se quedó con él, de acuerdo con lo que según creo es la costumbre de tu pueblo, oh Reina.

—¡Mi pueblo! No me hables de mi pueblo —respondió presurosa—; estos esclavos no son mi pueblo. Sólo son perros que cumplen mis mandatos hasta el día en que llegue mi liberación. Y en cuanto a sus costumbres, nada tengo que ver con ellas. Además, no me llames Reina: estoy cansada de honores y títulos; llámame Ayesha, este nombre tiene un dulce sonido en mis oídos: es un eco del pasado. En cuanto a esa Ustane, no la conozco. Me pregunto si será ella la mujer contra la cual debo estar prevenida, y a quien yo a mi vez amenacé. Voy a ver si es ella.

Inclinándose hacia adelante, pasó su mano sobre la fuente de agua y observó atentamente su interior:

—Mira —dijo tranquilamente—, ¿es ésta la mujer?

Miré dentro del agua y allí, espejada en su plácida superficie, vi la silueta del soberbio rostro de Ustane. Estaba inclinada hacia adelante, con una expresión de infinita ternura en sus facciones, observando algo que estaba debajo de ella, con sus rizos castaños cayendo sobre su hombro derecho.

—Es ella —dije en voz baja, porque una vez más me sentía muy perturbado ante aquella visión poco común—. Vigila el sueño de Leo.

—¡Leo! —dijo Ayesha con voz ausente—; pues eso quiere decir «león» en la lengua latina. El anciano ha encontrado un nombre apropiado esta vez. Es extraño —prosiguió hablando consigo misma—, de lo más extraño. Es como si... ¡Pero no es posible!

Con un gesto de impaciencia pasó su mano sobre el agua una vez más. Se oscureció y la imagen fue desapareciendo en silencio, tan misteriosamente como había surgido. Una vez más la luz de la lámpara, sólo ella, brilló en la plácida superficie de aquel límpido espejo viviente.

—¿Tienes algo que preguntarme antes de que te vayas, oh Holly? —dijo ella después de unos momentos de reflexión—. Sólo podrás llevar aquí una vida rústica, porque este pueblo es salvaje y no conoce los hábitos de un hombre culto. No es que eso me moleste; contempla mi comida —señaló la fruta colocada sobre la mesita—. Nada que no sea fruta pasa por mis labios..., fruta, pasteles de harina y un poco de agua. He pedido a mis muchachas que te sirvan. Son mudas, como ya sabes, sordas y mudas; por eso son las servidoras más seguras, salvo para quienes pueden leer sus rostros y sus señas. Las creé así... Me llevó muchos siglos y muchos trabajos, pero al fin pude triunfar. Antes tuve otro éxito, pero la raza era demasiado fea, por eso la dejé morir. Pero, como tú ves, son otra cosa. También logré una vez una raza de gigantes, pero después de un tiempo la naturaleza los rechazó y se extinguieron. ¿Deseas preguntarme algo?

—Sí, una cosa, oh Ayesha —dije con osadía; pero sintiéndome sin duda mucho menos osado de lo que aparentaba—. Quisiera ver tu rostro.

*Ella se rió, con sus notas de campanillas.*

—Reflexiona, Holly —respondió—. Reflexiona. Parece que conoces los viejos mitos de los dioses de Grecia. ¿No había uno, Acteón, que pereció miserablemente porque contempló a una beldad sobrehumana? Si te muestro mi rostro, quizá perezcas también miserablemente; quizá un impotente deseo devore tu corazón; porque debes saber que no soy para ti... Yo no soy de ningún hombre, salvo de uno que existió una vez y que aún no ha vuelto a ser.

—Como quieras, Ayesha —dije—. No temo tu belleza. He apartado mi corazón de vanidades tales como la belleza femenina, que se marchita como una flor.

—No, te equivocas —dijo Ayesha—, porque no se marchita. Mi belleza perdurará lo mismo que yo; no obstante, si lo deseas, oh temerario, serás satisfecho. Pero no me maldigas si la pasión cabalga tu razón, como los domadores egipcios acostumbraban montar a un potro, y te guía a donde no quieras llegar. Nunca el hombre a quien fue revelada mi belleza sin velos pudo apartarla de su mente; por eso aun entre estos salvajes voy oculta, no sea que intenten molestarme y deba matarlos. Di, ¿quieres verme?

—Sí, quiero —respondí, mientras me dominaba la curiosidad.

Ella levantó sus blancos y redondeados brazos —nunca vi antes brazos semejantes

— y lentamente, muy lentamente, quitó alguna ligazón que había bajo sus cabellos. Entonces, de súbito, las largas envolturas parecidas a una mortaja cayeron al suelo y mis ojos se pasearon por su figura, que ahora estaba únicamente vestida con una túnica blanca que se ceñía al cuerpo y que sólo servía para mostrar su perfecta e imperial forma, animada por una vida que era más que vida y por cierta gracia serpentina que era más que humana. Sus pequeños pies calzaban sandalias aseguradas con tachones de oro. Luego seguían los tobillos más perfectos que jamás soñara un escultor. Alrededor de su cintura la blanca túnica estaba ceñida por una serpiente de oro puro de dos cabezas; más arriba sus graciosas formas se desarrollaban en líneas tan puras como encantadoras, hasta que la túnica concluía en el níveo y argentado pecho sobre el cual sus brazos estaban cruzados. Miré por encima de ellos su rostro y —no exagero— retrocedí enceguedo y pasmado. Había oído hablar de la belleza de las criaturas celestiales, ahora la veía; sólo que esta belleza, con todo su terrible encanto y su pureza, era perversa... o más bien, en ese momento, me impresionó como perversa. ¿Cómo podría describirla? No puedo... ¡Sencillamente no puedo! No existe el hombre cuya pluma pueda transmitir el sentido de lo que vi. Podría hablar de los grandes y cambiantes ojos del negro más suave y profundo, del sonrosado rostro, de la amplia y noble frente desde donde el cabello caía hacia abajo; de las delicadas y perfectas facciones. Pero bellos, excelsos como eran sus formas y rostro, no podían explicar su encanto. Residía más bien —si pudiera decirse que residía en algún lugar determinado— en una visible majestad, en una gracia imperial, en un sello divino de sereno poderío que resplandecía en aquel radiante semblante como un halo viviente. Hasta entonces nunca había sospechado cuán sublime podía ser la belleza... Y sin embargo esa sublimidad era oscura..., la gloria no era del todo celestial..., pero no por eso era menos gloriosa. Aunque el rostro que tenía ante mí era el de una joven mujer que ciertamente no tenía más de treinta años, de salud perfecta y en el primer florecimiento de una madura belleza, había sin embargo estampado en él un sello de indecible experiencia y de profundo conocimiento del dolor y la pasión. Ni siquiera la adorable sonrisa que jugueteaba en los hoyuelos de su boca podía ocultar esa sombra de pecado e infortunio. Brillaba hasta en la luz de sus gloriosos ojos; estaba presente en su aura majestuosa y parecía decir: «Contéplame, adorable como ninguna mujer ha sido o es, inmortal y semidivina; la memoria me acosa a través de los tiempos y la pasión me lleva de la mano... He hecho el mal y con dolor adquirí el conocimiento a través de los siglos. Y de siglo en siglo el mal que hice y el pesar que he conocido me siguen hasta que la redención llegue».

Conducido por alguna fuerza magnética que no podía resistir, dejé que mis ojos se



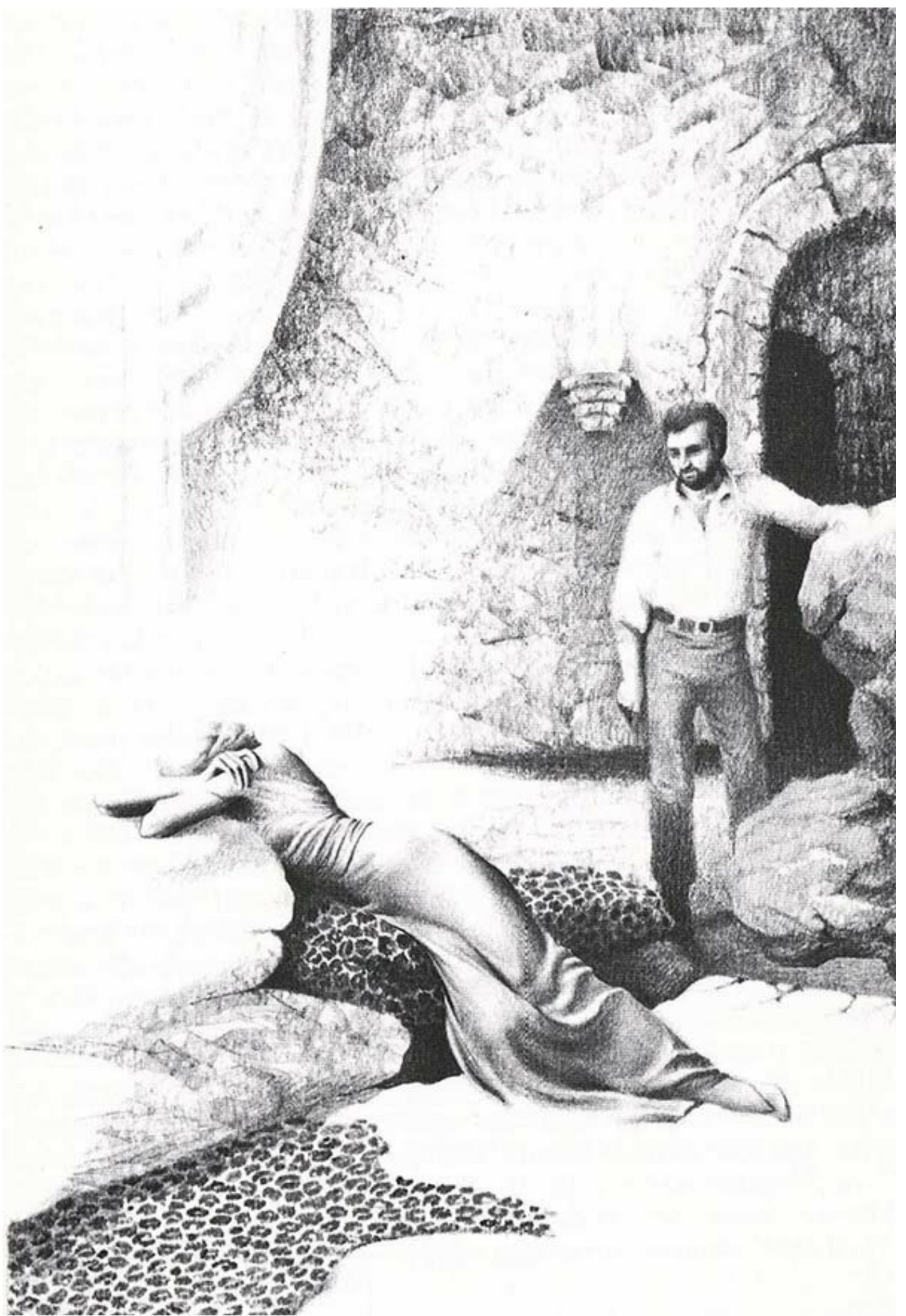
demoraran en sus brillantes pupilas y sentí que una corriente pasaba de ellas hacia mí, hasta quedar aturdido y medio ciego.

*Ella rió... ¡Ah, cuán musicalmente! Y sacudió su cabecita en mi dirección, con un aire de sublime coquetería que habría hecho justicia a una Venus Victrix*<sup>[59]</sup>.

—¡Hombre imprudente! —dijo—; como Acteón, has cumplido tu deseo; sé prudente, para que no te suceda como a él y debas perecer miserablemente, despedazado por los sabuesos de tus propias pasiones. Yo también, oh Holly, soy una diosa virgen, que ningún hombre puede conmovér, salvo uno que no eres tú. Di, ¿has visto lo suficiente?

—He visto la belleza y me ha dejado ciego —dije con ronca voz, alzando la mano para cubrirme los ojos.

—¿Ves? ¿Qué te había dicho? La belleza es como el rayo, es hermosa pero destruye..., especialmente a los árboles, ¡oh Holly! —y otra vez sacudió la cabeza y rió.



De pronto hizo una pausa y a través de mis dedos vi que un horrible cambio se producía en su semblante. Súbitamente sus grandes ojos quedaron fijos en una expresión donde el horror parecía luchar con alguna tremenda esperanza que surgía de las profundidades de su alma oscura. El adorable rostro se puso rígido y la graciosa y mimbreña figura pareció erguirse.

—Hombre —dijo en un tono sibilante, a medias susurrado, mientras echaba atrás su cabeza como una serpiente a punto de atacar—, hombre, ¿de dónde has sacado ese escarabajo que tienes en la mano? ¡Habla, o por el Espíritu de la Vida te aniquilaré ahí donde estás!

Dio un corto paso hacia mí y brilló en sus ojos una luz tan espantosa —a mí me pareció más bien que era una llama—, que caí por tierra ante ella, balbuceando confusamente en medio de mi terror.

—Paz —dijo ella con un instantáneo cambio en sus maneras y hablando de nuevo con su suave voz anterior—. ¡Te he asustado! ¡Perdóname! Pero es que a veces, oh Holly, la mente casi infinita se impacienta ante la lentitud de lo que es harto finito y me siento tentada de usar mi poder ante la provocación... Estuviste muy cerca de la muerte, pero recordé... Pero el escarabajo... ¿qué sabes del escarabajo?

—Lo levanté del suelo —murmuré débilmente al tiempo que me ponía de pie nuevamente. Es un hecho notable que debo consignar: mi mente estaba tan perturbada, que en aquel momento no pude recordar nada acerca del anillo, salvo que lo había recogido del suelo en la caverna de Leo.

—Es muy extraño —dijo ella con un súbito acceso de temblores y agitación muy femeninos, y que parecían fuera de lugar en aquella mujer terrible—, pero una vez vi un escarabajo parecido a éste. Colgaba... del cuello... de alguien a quien amaba.

Dejó escapar un pequeño sollozo y entonces vi que después de todo no era más que una mujer, a pesar de que podría ser una mujer muy vieja.

—Ciertamente —prosiguió— debe de ser uno muy parecido. Y sin embargo nunca vi otro igual, porque a ello se une una historia, y el que lo usaba lo apreciaba mucho<sup>[60]</sup>. Pero el escarabajo que yo conocía no estaba engarzado en un anillo de sello. Vete ahora, Holly, vete y, si puedes, trata de olvidar que en tu locura has visto la belleza de Ayesha.

Me dio la espalda y, arrojándose sobre su diván, sepultó el rostro en los cojines. En cuanto a mí, salí de su presencia dando traspiés y regresé —no recuerdo cómo— a mi propia caverna.

## XIV

### *Un alma en el infierno*

Eran cerca de las diez de la noche cuando me tumbé sobre mi cama y comencé a ordenar mis dispersos sentidos, reflexionando acerca de lo visto y oído. Pero, cuanto más reflexionaba, menos podía entenderlo. ¿Había estado loco, bebido, soñando o simplemente había sido víctima de un gigantesco y elaborado engaño? ¿Cómo era posible que yo, un hombre racional, que no desconocía los principales hechos científicos de nuestra historia y hasta ahora un absoluto y total incrédulo acerca de todo ese birlibirloque que en Europa se conoce como lo sobrenatural, fuera capaz de creer que hasta hacía dos minutos había estado conversando con una mujer que tenía más de dos mil años? Esto iba contra la experiencia de la naturaleza humana y era absoluta y totalmente imposible. Tenía que ser una burla; y si era así, ¿qué tenía que hacer yo? ¿Qué decir, también, de las figuras en el agua, de los extraordinarios conocimientos acerca del pasado remoto que poseía aquella mujer y de su ignorancia (o aparente ignorancia) sobre los pormenores de la historia posterior? ¿Qué decir, además, de su maravillosa y terrible hermosura? Esto, de todos modos, era un hecho manifiesto y que iba más allá de la experiencia del mundo. Ninguna simple mujer mortal podría resplandecer con una tal radiación sobrenatural. Acerca de esto, sea como fuere, ella estaba en lo cierto: todo hombre que contemplaba semejante belleza estaba perdido.

Yo era un juez poco experto en tales materias, con la excepción de una penosa experiencia en mi tierna y novata juventud, que había puesto al sexo débil (a veces pienso que éste es un nombre inapropiado) casi por entero fuera de mis pensamientos. Pero ahora, para mi profundo pánico, supe que nunca podría borrar la visión de aquellos ojos gloriosos; y —¡ay de mí!— ésta era la verdadera *diablerie*<sup>[61]</sup> de la

mujer: mientras horrorizaba y repelía, podía atraer aún en mayor medida. Una persona con la experiencia de dos mil años a sus espaldas, con el dominio de poderes tan tremendos y el conocimiento de un misterio que podía detener a la muerte, merecía ciertamente como ninguna otra mujer que se enamorasen de ella. Pero ¡ay!, no era cuestión de saber si lo merecía o no, porque, hasta donde podía discernir, ya que no era versado en tales asuntos, yo, profesor de mi colegio, conocido por lo que mis conocidos llamaban mi misoginia, y hombre respetable ya entrado en la edad madura, ¡me había enamorado de forma absoluta y sin esperanzas de aquella hechicera blanca! ¡Un desatino; tenía que ser un desatino! *Ella* me lo había advertido honradamente y yo me había negado a tener en cuenta su advertencia. ¡Maldigo la fatal curiosidad que siempre impulsa al hombre a descorrer el velo de la mujer, y maldigo el impulso natural que la engendra! Causa la mitad —ay, más de la mitad— de nuestros infortunios. ¿Por qué no puede el hombre contentarse con vivir solo y ser feliz, dejando a la mujer que también viva sola y sea feliz? Pero quizá no desean ser felices y no estoy seguro de que entrambos puedan serlo. He aquí un bonito estado de cosas. ¡Yo, a mi edad, cayendo víctima de esta moderna Circe<sup>[62]</sup>! Pero a la sazón, ella no era moderna, al menos lo negaba. Era casi tan antigua como la Circe original.

Me mesé los cabellos y salté de mi lecho, sintiendo que si no hacía algo perdería la cabeza. ¿Qué quería decir ella acerca del escarabajo? Era el escarabajo de Leo y lo había hallado en el viejo cofre que Vincey dejó en mis habitaciones cerca de veintiún años antes. ¿Podría ser, después de todo, que toda la historia fuese verdad y que las inscripciones en la vasija *no* fueran una falsificación o la invención de un chiflado olvidado desde hacía mucho tiempo? ¿Y si esto era cierto, era posible que *Leo* fuera el hombre que *Ella* estaba esperando...? ¡Todo el asunto era algo falto de sentido! ¿Quién oyó hablar de un hombre que haya nacido otra vez?

Pero si era posible que una mujer pudiese vivir dos mil años, aquello también era posible..., cualquier cosa era posible. Yo mismo podría ser, por cuanto sabía, la reencarnación de algún otro yo olvidado o quizá el último de una larga serie de ancestrales encarnaciones de mí mismo. Bien, ¡*Vive la guerre*<sup>[63]</sup>!, ¿por qué no? Sólo que, por desgracia, no tenía recuerdos de esos estados anteriores. La idea era tan absurda, que estallé en carcajadas y, dirigiéndome al retrato en bajorrelieve de un ceñudo guerrero esculpido en la pared de la caverna, lo llamé con voz recia: «¿Quién sabe, viejo...? Tal vez soy tu contemporáneo. ¡Por Júpiter! Tal vez yo fui tú y tú eras yo». Luego me volví a reír enloquecidamente y el eco de mis carcajadas rodó tristemente por el abovedado techo, como si el fantasma del guerrero hiciera resonar

el espectro de una risa.

En seguida recordé que no había ido a ver cómo seguía Leo, de modo que, alzando una de las lámparas que ardían junto a mi cama, me quité los zapatos y me deslicé por el corredor hasta la entrada de su cueva dormitorio. La corriente del aire nocturno hacía oscilar suavemente su cortina, como si las manos de su espíritu la moviesen una y otra vez. Me introduje en el aposento abovedado y miré en torno. Había una luz, a cuyo resplandor pude ver que Leo yacía en su lecho, revolviéndose sin descanso en medio de la fiebre, pero adormecido. A su lado, medio tendida en el suelo, medio recostada en la cama de piedra, estaba Ustane. Había cogido una mano de Leo entre las suyas pero ella también dormitaba; los dos formaban un cuadro encantador, o más bien patético. ¡Pobre Leo! Sus mejillas ardían rojas, había sombras oscuras bajo sus ojos y respiraba fatigosamente. Estaba muy enfermo, muy grave; y otra vez me asaltó el horrible temor de que muriese, dejándome solo en el mundo. Pero, si vivía, quizá sería mi rival frente a Ayesha; y si no era el hombre esperado, ¿qué posibilidades tenía yo, de edad madura y aspecto repelente, frente a su juventud y belleza? ¡Y bien, gracias a Dios mi sentido de la equidad no había muerto! *Ella* no lo había eliminado aún; y mientras permanecía allí rogué al cielo desde el fondo de mi corazón para que mi muchacho, más amado que un hijo, pudiera vivir... ¡ay, aun cuando se comprobase que era el hombre elegido por Ayesha!

Luego me fui tan quedo como había venido, pero tampoco pude dormir; el ver al pobre Leo y pensar que yacía tan enfermo sólo añadió combustible al fuego de mi intranquilidad. Mi cuerpo fatigado y mi mente sobreexcitada mantenían despierta mi imaginación en una actividad preternatural. Ideas, visiones, casi inspiraciones, flotaban ante ella con sobrecogedora vivacidad. En su mayoría eran bastante grotescas, otras eran horribles y algunas rememoraban pensamientos y sensaciones que durante años habían quedado sepultadas en los *débris*<sup>[64]</sup> de mi vida pasada. Pero detrás y por encima de todo rondaba la figura de aquella terrible mujer, y a través de aquellas visiones resplandecía su fascinante hermosura. A grandes pasos medía la caverna, arriba y abajo, arriba y abajo.

De pronto observé algo que no había advertido antes: que había una estrecha abertura en el muro de roca. Alcé la lámpara y la examiné; la abertura conducía a un pasadizo. Ahora estaba lo suficientemente sensibilizado como para recordar que no era agradable, en una situación como la nuestra, la existencia de pasadizos que se abrían en nuestras alcobas desde no se sabía dónde. Si había pasadizos, alguien podía venir por ellos; podrían aparecer cuando uno estaba dormido. En parte para ver

adonde conducía y en parte por un impaciente deseo de hacer algo, me interné por el pasillo. Conducía a una escalera de piedra, por la cual descendí; la escalera concluía en otro pasillo, o más bien un túnel, que también estaba excavado en la roca viva y corría (por cuanto podía juzgar) exactamente desde la base de la galería que conducía a la entrada de nuestras habitaciones, cruzando la gran caverna central. Me interné por él; estaba tan silencioso como una tumba, pero sin embargo, arrastrado por una sensación o atractivo que no puedo definir, seguí avanzando sin hacer el menor ruido por el pulido y rocoso pavimento con mis pies calzados con calcetines. Había recorrido alrededor de cincuenta yardas, cuando llegué a otro pasadizo que transcurría en sentido perpendicular, y allí me sucedió algo espantoso: la penetrante corriente de aire alcanzó mi lámpara y extinguió su luz, dejándome en la absoluta oscuridad que imperaba en las entrañas de aquel misterioso lugar. Di dos pasos adelante para salvar el túnel que se bifurcaba, sintiéndome terriblemente atemorizado por la posibilidad de volver en la oscuridad confundiendo la dirección, y luego me detuve para reflexionar. ¿Qué podía hacer? No tenía cerillas; era espantoso emprender aquella larga travesía de regreso en la total oscuridad pero tampoco podía permanecer allí toda la noche. Si lo hacía, aquello no podía ayudarme mucho, ya que las entrañas de la roca debían ser tan oscuras a mediodía como a medianoche. Miré hacia atrás por encima de mi hombro: no se percibía ni luz ni sonido alguno. Atisé hacia adelante en las tinieblas: con seguridad, muy lejos, vi algo que parecía el débil resplandor del fuego. Quizá era una caverna donde podría hallar una luz... De todos modos, merecía investigarse. Lenta y penosamente, me arrastré a lo largo del túnel, tanteando las paredes con la mano y probando con el pie, a cada paso, por miedo a caer en algún pozo. Treinta pasos más... ¡Había una luz, una clara luz que iba y venía, brillando a través de unas cortinas! Cincuenta pasos... ¡Estaba cerca! Sesenta... ¡Oh, cielos!

Había llegado a las cortinas, que estaban entreabiertas, por lo cual pude ver claramente el interior de la pequeña caverna que tenía ante mí. Tenía toda la apariencia de ser una tumba y estaba iluminada por un fuego que ardía en su centro con una llama blanquecina que no producía humo. Allí, a la izquierda, había un banco de piedra con un reborde de unas tres pulgadas de altura. Sobre esta plataforma yacía algo que tomé por un cadáver; de todos modos lo parecía, con algo blanco que lo cubría. A la derecha había un banco similar, cubierto por unas mantas bordadas. Sobre el fuego se inclinaba una forma de mujer; estaba de frente al cadáver y de lado respecto a mí. Se envolvía en un manto oscuro que la ocultaba como la capa de una monja. Parecía clavar la mirada en las fluctuantes llamas. De pronto, mientras yo trataba de decidir lo que iba a hacer, la mujer, con un movimiento convulsivo que sin



embargo daba la impresión de una desesperada energía, se puso de pie y arrojó lejos de sí la oscura capa.

¡Era *Ella* en persona!

Estaba vestida tal como la había visto cuando se despojó de sus velos, con una túnica blanca y ceñida, que se abría escotada sobre su seno y se sujetaba en la cintura con la bárbara serpiente de dos cabezas. Como antes, su ondulado cabello negro caía en grávidas masas sobre su espalda. Pero lo que atrajo mi mirada fue su rostro, que me atrapaba como un vicio, mas no esta vez por su belleza sino por el poder de un fascinado terror. La belleza estaba aún allí, en realidad: pero la agonía, la pasión ciega y el espantoso rencor que se leían en sus temblorosas facciones y en la torturada mirada de sus ojos que miraban hacia lo alto eran tales, que sobrepasan mi poder de descripción.

Durante un momento permaneció inmóvil, con sus manos levantadas por encima de su cabeza; al hacer esto, su blanca vestidura resbaló hasta su dorada cintura, desnudando la enceguedora hermosura de sus formas. Así se quedó, con sus dedos entrelazados y una espantosa mirada de malevolencia acumulándose cada vez más hondamente en su rostro.

De pronto pensé en qué podía suceder si ella me descubría, y esta reflexión hizo que me sintiese enfermo y débil. Pero, aun si hubiera sabido que moriría si me quedaba allí, no creo que me hubiese movido, porque estaba absolutamente fascinado. A pesar de eso, advertía el peligro que corría. Suponiendo que ella me oyese o me viese a través de la cortina, suponiendo que yo estornudase o que su magia le advirtiese de que la estaban observando..., mi sentencia de muerte sería verdaderamente instantánea.

Sus manos crispadas cayeron a ambos lados de su cuerpo, luego subieron otra vez por encima de su cabeza, y juro por mi honor de testigo viviente que las lívidas llamas del fuego subían y bajaban siguiendo sus movimientos, casi hasta el techo, lanzando un fiero y horrendo resplandor sobre *Ella*, sobre la blanca figura que yacía bajo la envoltura del sudario y sobre cada voluta y detalle de la gruta artificial.

De nuevo descendieron los marfileños brazos y al tiempo ella habló, o más bien musitó con voz siseante, en árabe y con un tono que me heló la sangre, hasta detener por un segundo mi corazón:

—Maldita sea, maldita sea ella por toda la eternidad.

Los brazos cayeron y la llama saltó. Arriba subieron otra vez y la gran lengua de fuego creció al unísono; y entonces descendieron de nuevo.

—Maldita sea su memoria... Maldita sea la memoria de la egipcia.

Arriba otra vez, y otra vez abajo.

—Maldita sea la hija del Nilo, por su belleza.

—Maldita sea, porque su magia prevaleció sobre la mía.

—Maldita sea, porque ella arrancó a mi amado de mi lado.

Y otra vez la llama menguó y se encogió.

Puso las manos ante sus ojos y, abandonando el tono sibilante, gritó con fuerza:

—¿De qué sirve maldecir?... Ella prevaleció y ha desaparecido.

Luego recommenzó con una energía aún más terrorífica:

—Maldita sea dondequiera que esté. Que mis maldiciones la alcancen dondequiera que esté y perturben su descanso.

—¡Maldita sea a través de los espacios estrellados! ¡Que su sombra sea maldita!

—¡Que mi poder la encuentre aun allí!

—¡Que me escuche aun allí! ¡Que se oculte en la negrura!

—¡Que caiga en el pozo de la desesperación, porque algún día la encontraré!

Una vez más la llama descendió y otra vez ella cubrió sus ojos con las manos.

—¡No sirve de nada..., no sirve! —sollozó—. ¿Quién puede alcanzar a los que duermen? Ni siquiera yo puedo alcanzarlos.

Una vez más comenzó sus impíos ritos.

—¡Que sea maldita cuando nazca otra vez! ¡Que nazca maldita!

—¡Que sea maldita del todo desde la hora de su nacimiento hasta que el sueño la alcance!

—Sí, entonces, que ella sea maldita; porque entonces la alcanzaré con mi venganza y la destruiré por completo.

Y así proseguía. La llama se elevaba y descendía, reflejándose en sus agónicos ojos; el sibilante sonido de sus terribles maldiciones (y ninguna de mis palabras puede dar a entender cuán terribles eran) resonaban en los muros y morían en pequeños ecos; la fiera luz y la profunda tiniebla alternaban sobre la blanca y espantosa forma extendida sobre aquel féretro de piedra.

Pero al fin pareció quedar agotada y cesó en sus anatemas. Se sentó en el suelo rocoso, sacudió la densa nube de sus hermosos cabellos sobre su rostro y su pecho, y comenzó a sollozar de una manera terrible, en la tortura de una desgarradora desesperación.

—Dos mil años —gimió—, dos mil años he esperado y soportado; pero a pesar de que los siglos han sucedido a los siglos y el tiempo ha dado lugar al tiempo, el agujón de la memoria no ha cesado y la luz de la esperanza no es más brillante. ¡Oh! ¡Haber vivido dos mil años con toda mi pasión devorando el corazón y con mi pecado

siempre presente! ¡Oh, la vida no puede traer el olvido para mí! ¡Oh, por los tediosos años que corren y tantos como aún han de venir y eternos e interminables y sin fin! ¡Amor mío! ¡Amor mío! ¡Amor mío! ¿Por qué ese extranjero te ha devuelto a mí de esta manera? Hace quinientos años que no sufría tanto. Oh, si he pecado contra ti, ¿no he borrado ya el pecado? ¿Cuándo volverás a mí, que lo tengo todo, y sin embargo sin ti no tengo nada? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? Y tal vez ella, tal vez esa egipcia mora contigo allí donde estés y se burla de mi memoria. ¿Oh, por qué no he muerto contigo, yo, que te he matado? ¡Ay, que no pueda yo morir! ¡Ay, ay!

Cayó postrada sobre el suelo y sollozó y lloró hasta que pensé que estallaría su corazón. De pronto dejó de llorar, se puso de pie, arregló sus vestiduras y, sacudiendo hacia atrás con impaciencia sus largas guedejas, cruzó rápidamente hacia donde la figura yacía sobre la piedra.

—¡Oh, Calícrates! —gritó, y yo temblé ante ese nombre—. Quiero mirar tu rostro otra vez, aunque me angustie. Hace ya una generación que no te miraba, ya que te di muerte..., te di muerte con mi propia mano.

Con dedos temblorosos cogió un extremo de la envoltura, parecida a una mortaja, que envolvía la figura que yacía sobre el féretro de piedra, y permaneció en suspenso un momento. Cuando habló otra vez, fue como un pavoroso susurro, como si la idea que expresaba fuese terrible incluso para ella misma.

—¿Te levantaré? —dijo, dirigiéndose evidentemente al cadáver—. ¿Te levantaré para que estés ante mí como antaño? *Puedo* hacerlo.

Alzó los brazos sobre el amortajado muerto, mientras su cuerpo entero se tornó rígido y terrible de ver, y sus ojos se ponían fijos y apagados. Retrocedí horrorizado tras la cortina, mientras mi cabello se erizaba en mi cabeza y, ya sea fruto de mi imaginación o de un hecho que era incapaz de explicar, me pareció ver que la quieta figura oculta por el sudario comenzaba a palpitar y la mortaja a levantarse, como si cubriese el pecho de alguien que duerme. De pronto ella bajó las manos y me pareció que el movimiento del cadáver cesaba.

—¿Con qué fin? —dijo ella lúgubrementemente—. ¿De qué sirve hacer volver la apariencia de la vida cuando no puedo llamar al espíritu? Aun si te levantaras ante mí, no podrías reconocerme y no podrías hacer sino lo que yo te ordenase. La vida que habría en ti sería *mi* vida y no la *tuya*, Calícrates.

Por unos instantes permaneció allí cavilando y luego se dejó caer sobre sus rodillas ante el cuerpo y comenzó a apoyar sus labios en la mortaja, mientras lloraba. Había algo tan horrible en el espectáculo de esta mujer que inspiraba terror abandonándose a su pasión sobre el muerto —mucho más horrible que cuanto lo

había precedido—, que no pude soportar más su contemplación. Volviéndome atrás, comencé a arrastrarme con lentitud por el oscuro pasadizo en declive, estremeciéndome todo entero mientras pensaba, con el corazón tembloroso, que había tenido la visión de un alma en el infierno.

Allá fui tropezando, sin saber cómo. Dos veces caí, una vez torcí por el pasaje bifurcado, pero afortunadamente descubrí a tiempo mi error. Me arrastré a lo largo del pasadizo durante veinte minutos o quizá más, hasta que al fin advertí que había pasado de largo la escalera por la que había bajado. Entonces, completamente exhausto y muerto de miedo, me arrojé al suelo de piedra cuan largo era y me sumergí en el olvido.

Cuando volví en mí, vislumbré un débil rayo de luz en el pasadizo, exactamente por delante. Me arrastré hacia allí y descubrí que era la pequeña escalera, por donde se introducía a hurtadillas el débil amanecer. Subí por ella y llegué a mi cuarto a salvo; me eché sobre la cama y pronto me sumí en el sueño, o más bien en una especie de sopor.

## XV

### *Ayesha dicta sentencia*

Todo lo que recuerdo después de aquello es que al abrir los ojos percibí la silueta de Job, que ya estaba casi repuesto de su ataque de fiebre. Estaba de pie en el rayo de luz que penetraba en la cueva desde el exterior y sacudía mis ropas como un expediente para cepillarlas, lo cual no podía hacer porque allí no había cepillos, y luego las plegaba cuidadosamente dejándolas al pie de la cama de piedra. Hecho esto, cogió mi estuche-tocador de viaje de la maleta Gladstone y lo abrió, dejándolo preparado para mi uso. Primero lo colocó a los pies del lecho, como las ropas, pero luego, temiendo, supongo, que yo pudiera darle un puntapié, lo puso sobre una piel de leopardo en el suelo, retrocediendo uno o dos pasos para observar el efecto. No era satisfactorio, por lo cual cerró el maletín, lo puso boca abajo y, habiéndolo dejado junto a los pies de la cama, colocó encima el estuche. Luego observó los cacharros llenos de agua que constituían nuestro equipo de lavado.

—Ah —le oí murmurar—, no hay agua caliente en este detestable lugar. Supongo que esta pobre gente sólo la usa para hervir a sus semejantes —y suspiró profundamente.

—¿Qué sucede, Job? —dije.

—Perdóneme usted, señor —contestó tocándose el cabello a guisa de saludo—. Pensaba que estaba durmiendo, señor; y estoy seguro de que parece necesitarlo. Se podría pensar, al ver su aspecto, que ha pasado una mala noche.

Me limité a gruñir por vía de respuesta. En verdad había pasado una mala noche; tan mala que esperaba no pasar otra igual.

—¿Cómo está el señor Leo, Job?

—Sigue igual, señor. Si no mejora pronto, será el fin, señor; y eso es todo. Sin

embargo debo admitir que esa salvaje, Ustane, hace cuanto puede por él, casi como una cristiana bautizada. Siempre está pendiente de él y lo cuida; y, cuando me atrevo a interferir, es espantoso verla; sus cabellos parecen ponerse de punta, maldice y jura en su lenguaje pagano... Por lo menos sospecho que debe de estar maldiciendo, a juzgar su expresión.

—¿Y qué haces entonces?

—Le hago una pulida reverencia y le digo: «Joven, no comprendo muy bien cuál es su posición y no la puedo admitir. Déjeme decirle que tengo el deber de cumplir con mi amo en tanto esté incapacitado por la enfermedad y que lo haré hasta que quede incapacitado yo también». Pero ella no me presta atención, no... Sólo jura y maldice peor que antes. Anoche metió la mano bajo esa especie de camisa de dormir que usa y sacó un cuchillo de hoja curvada; entonces yo saqué mi revólver y empezamos a dar vueltas y vueltas cada uno alrededor del otro, hasta que ella estalló en carcajadas. No es un tratamiento correcto para un cristiano tener que soportar esto de una salvaje, por más hermosa que sea, pero es lo que la gente debe esperar si es tan necia (Job puso gran énfasis en la palabra «necia») como para venir a un lugar como éste, a buscar cosas que ningún hombre pretende encontrar. Ésta es la sentencia que cae sobre nosotros, señor... Éste es mi punto de vista; y yo, por una vez, opino que esta sentencia sólo se ha cumplido a medias, y que, cuando se cumpla, también nosotros habremos acabado y nos quedaremos en estas cavernas bestiales, con los fantasmas y los cadáveres, de una vez por todas. Y ahora, señor, debo ir a ocuparme del caldo del señor Leo, si esa gata salvaje me deja; y quizá quiera usted levantarse, señor, porque ya son pasadas las nueve y media.

Las observaciones de Job no eran precisamente regocijantes para quien, como yo, había pasado una noche semejante; y por añadidura, tenían el peso de la verdad. Uniendo una cosa con otra, me parecía completamente imposible que pudiéramos escapar del lugar en que nos encontrábamos. Suponiendo que Leo se recobrase y que *Ella* nos dejase ir (lo cual era por demás dudoso), sin que nos «maldijese» en un momento de enfado o que los amahagger no nos pusiesen las vasijas ardientes en la cabeza, era aún bastante difícil para nosotros hallar el camino a través de la red de ciénagas que, extendiéndose por tantas y tantas millas, formaban en torno a las varias «familias» amahagger la fortificación natural más sólida e impracticable que hombre alguno hubiera podido diseñar o construir. No, sólo podía hacerse una cosa: enfrentarse con la situación. Por lo que a mí respecta, estaba tan sumamente interesado en toda esta fantástica historia, que en lo que a mí concernía —a pesar de que mis nervios estaban destrozados— no pedía nada mejor, aunque tuviese que

pagar con la vida mi curiosidad. ¿Podría un hombre atraído por la psicología abstenerse del estudio de un carácter como el de Ayesha cuando se presentaba tal oportunidad? El auténtico terror de la búsqueda se añadía a su fascinación y además —como estaba obligado a reconocer incluso ahora, a la serena luz del sol— ella misma tenía atractivos que no podía olvidar. Ni siquiera la espantosa escena que había presenciado durante la noche podía apartar esa locura de mi mente; ¡ay! debo admitir que no se ha apartado de mí hasta ahora.

Una vez que me hube vestido, pasé al comedor, o mejor dicho a la cámara de embalsamar, y tomé algún alimento, que, como antes, trajeron las muchachas mudas. Cuando concluí, fui a ver al pobre Leo, que deliraba y ni siquiera me reconoció. Pregunté a Ustane su opinión acerca del estado de Leo, pero ella se limitó a sacudir la cabeza y comenzó a llorar. Evidentemente tenía pocas esperanzas; allí mismo tomé la determinación de ir a buscar a *Ella*, si esto era de algún modo posible, para que viniese a ver a Leo. Con seguridad ella podría curarlo si quería... De todos modos había dicho que podía hacerlo. Mientras estaba en la habitación, entró Billali y también movió su cabeza.

—Morirá esta noche —dijo.

—Dios no lo permita, padre mío —respondí, mientras salía con el corazón oprimido.

—*Ella-la-que-debe-ser-obedecida* ordena tu presencia, Babuino mío —dijo el viejo tan pronto como traspasamos la cortina—; pero ¡oh, mi querido hijo!, debes ser más prudente. Ayer tuve la certeza absoluta de que *Ella* iba a matarte cuando no te quisiste arrastrar sobre tu vientre ante su presencia. Ahora está sentada en la gran sala para administrar justicia a los que acometieron al León y a ti. Ven, hijo mío, apresúrate.

Me volví, siguiéndolo por el pasadizo y, cuando llegamos a la gran caverna central, vi a muchos amahagger —algunos vestidos y otros cubiertos apenas por la amable simplicidad de sus pieles de leopardo—, que se afanaban en ella. Nos mezclamos con la muchedumbre y caminamos por la enorme y, por lo visto, casi interminable caverna. Por todas partes sus muros estaban cubiertos de elaboradas esculturas; cada veinte pasos aproximadamente se abrían en ángulo recto sendos pasajes que —según Billali— conducían a tumbas cavadas en la roca por «el pueblo que estaba antes». Nadie visitaba esas tumbas ahora, dijo; y debo observar que mi corazón se regocijó cuando pensé en las oportunidades para la investigación de antigüedades que se abrían ante mí.

Al fin llegamos al fondo de la caverna, donde había una plataforma de piedra casi

idéntica a aquella donde habíamos sido tan furiosamente atacados, hecho que me demostró que aquellas gradas debían de haberse usado como altares, probablemente para la celebración de ceremonias religiosas y, sobre todo, para los ritos relacionados con el entierro de los muertos. A cada lado de esta plataforma había pasajes que conducían —según me informó Billali— a otras cavernas llenas de cuerpos muertos.

—En realidad —añadió—, toda la montaña está llena de muertos y casi todos se conservan en perfecto estado.

Frente al estrado estaba reunida una gran cantidad de gente de ambos sexos que permanecía de pie, con la vista fija y su peculiar actitud sombría, que habría sumido en la tristeza a Mark Tapley en menos de cinco minutos. En la plataforma o estrado había una rústica silla de madera oscura con incrustaciones de marfil; el asiento estaba hecho con fibra vegetal y tenía un escabel formado por una tabla de madera sujeta a la armazón de la silla.

Hubo de pronto un grito de «¡*Hiya! ¡Hiya!*!» («¡*Ella! ¡Ella!*!») y al punto aquella multitud de espectadores se precipitó a tierra, permaneciendo inmóviles, como si todos y cada uno hubieran muerto, dejándome a mí de pie, como el solitario superviviente de una matanza. Apenas hicieron esto, una larga fila de guardias comenzó a desfilar desde un pasillo a la izquierda y se colocaron a ambos lados del estrado. Los siguió una veintena de mudos, luego otras tantas mudas llevando lámparas y al fin una alta figura blanca fajada de la cabeza a los pies, en quien reconocí a *Ella*. Subió al estrado y se sentó en la silla; luego me habló en griego, porque no deseaba, supongo, que los presentes entendieran lo que decía.

—Ven aquí, oh Holly —dijo—, siéntate a mis pies y mira cómo hago justicia con aquéllos que quisieron matarte. Perdóname si mi griego cojea como un hombre lisiado; hace tanto tiempo que no escucho su sonido, que mi lengua está embotada y no se pliega correctamente a las palabras.

Me incliné y, subiendo al estrado, me senté a sus pies.

—¿Cómo has dormido, Holly mío? —preguntó.

—No muy bien, ¡oh Ayesha! —respondí con perfecta sinceridad, mientras me invadía el temor: quizá ella sabía cómo había pasado la noche.

—Ya —dijo ella con una risita—, yo tampoco dormí bien. Anoche tuve sueños, y me parece que eres tú quien los ha evocado, ¡oh Holly!

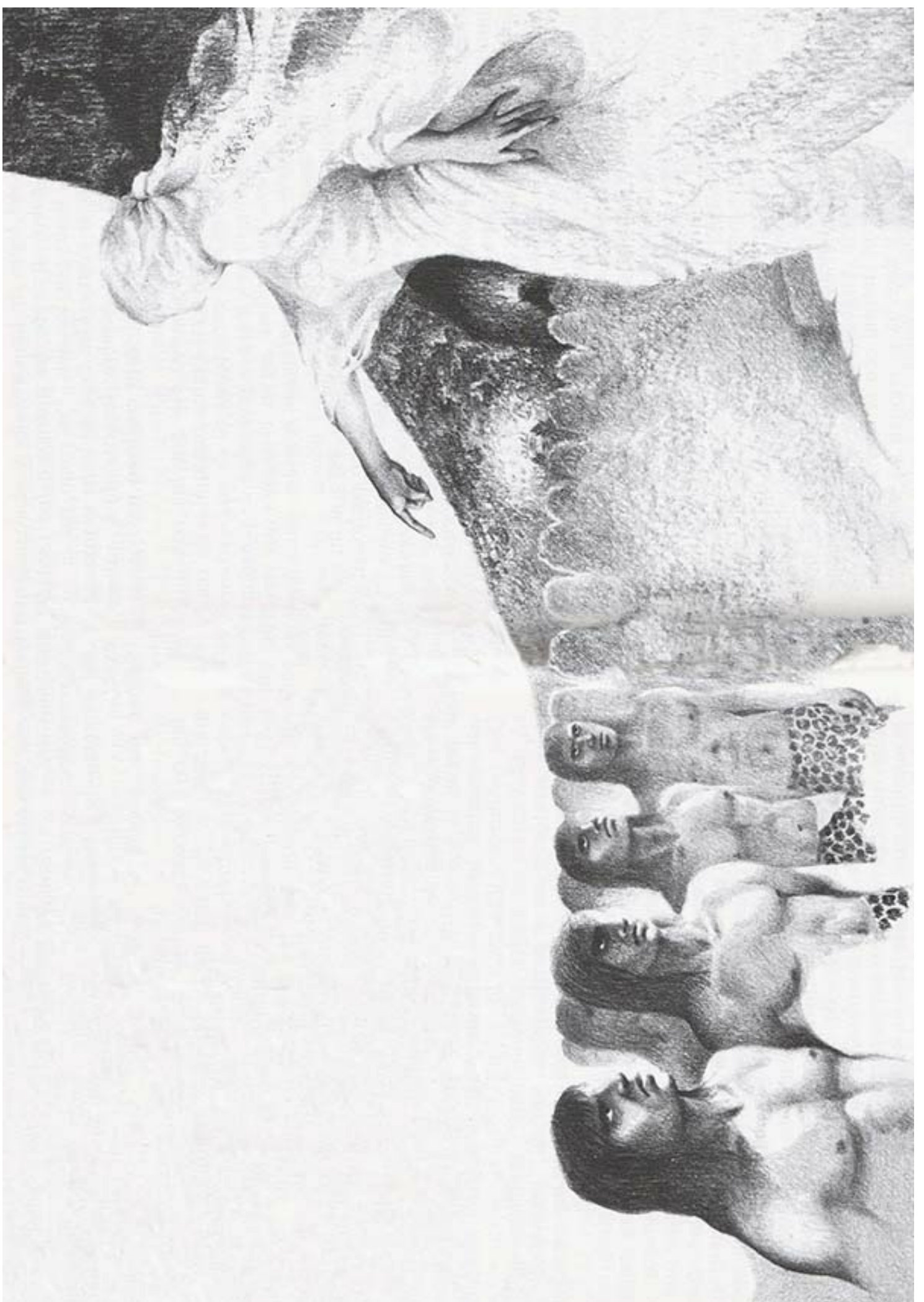
—¿Y con qué soñaste, Ayesha? —pregunté con indiferencia.

—Soñé —respondió rápidamente—, con alguien a quien odié y con alguien a quien amé —luego, como para cambiar la conversación, se dirigió en árabe al capitán de su guardia—: Que conduzcan ante mí a los hombres.



El capitán se inclinó profundamente, pues los guardias y los servidores no se prosternaban, sino que permanecían de pie, y partió junto con sus subordinados por un pasadizo situado a la derecha.

Luego sobrevino un silencio. *Ella* apoyó su fajada cabeza en una mano y pareció perderse en sus pensamientos, mientras la multitud continuaba postrada sobre sus estómagos; sólo torcían un poco la cabeza hacia un lado, para lanzar una mirada hacia nosotros con un ojo. Al parecer su Reina aparecía tan rara vez en público, que estaban dispuestos a soportar este inconveniente y hasta riesgos mayores para tener la oportunidad de verla, o por lo menos de ver sus vestiduras, porque ningún hombre vivo, excepto yo mismo, había contemplado siquiera su rostro. Al fin avizoramos las luces parpadeantes y oímos las fuertes pisadas de los hombres que venían por el pasadizo; era la fila de guardias y con ellos los supervivientes entre nuestros presuntos asesinos, hasta el número de veinte o más. En sus semblantes la habitual expresión de adustez luchaba con el terror que evidentemente llenaba sus salvajes corazones. Fueron alineados frente al estrado y se disponían a prosternarse en el suelo de la caverna, como los espectadores, pero *Ella* los detuvo.



—No —dijo con voz más suave—; deteneos. Os ruego que permanezcáis de pie. Tal vez llegará pronto el tiempo en que estaréis cansados de estar tendidos. Y rió melodiosamente.

Vi correr un estremecimiento de terror a lo largo de la fila de aquellos infelices sentenciados a muerte; y, villanos malvados como eran, me dieron pena. Pasaron algunos minutos, quizá dos o tres, antes que algo nuevo sucediese, durante los cuales Ella pareció examinar lenta y cuidadosamente a los delincuentes; por supuesto lo dedujimos del movimiento de su cabeza, ya que no podíamos ver sus ojos. Al fin habló, dirigiéndose a mí con un tono tranquilo y deliberado.

—¿Puedes tú reconocer a estos hombres, huésped mío?

—Sí, ¡oh Reina!, a casi todos —dije, y vi cómo me miraban fijamente cuando lo hice.

—Entonces cuéntame a mí y a este gran auditorio la historia que he oído.

Ante este mandato, relaté —en tan pocas palabras como pude— la historia del festín de los caníbales y el intento de torturar a nuestro pobre sirviente. La narración fue recibida en perfecto silencio, tanto por los acusados como por la audiencia y también por la misma *Ella*. Cuando hube terminado, Ayesha llamó a Billali por su nombre: levantando la cabeza del suelo pero sin incorporarse, el viejo confirmó mi historia. No se requirieron más evidencias.

—Ya lo habéis escuchado —dijo *Ella* por fin, con una voz clara y fría, muy diferente a su timbre habitual... En realidad, una de las más notables características de esta extraordinaria criatura era que su voz tenía la propiedad de transformarse de una manera maravillosa según el humor del momento—. ¿Qué tenéis que decir, criaturas rebeldes, para que la venganza no caiga sobre vosotros?

Durante algún tiempo no hubo respuesta, pero al fin uno de los hombres, un individuo apuesto y de ancho pecho, edad mediana y una mirada de halcón, habló

diciendo que las órdenes que habían recibido eran de no hacer daño a los hombres blancos; nada se había dicho de su sirviente negro; por eso, provocados por una mujer que ya había muerto, procedieron a probar en él la vasija ardiente, según la antigua y honorable costumbre de su país, para después comerlo a su debido tiempo. En cuanto al ataque contra nosotros, se había cometido en un acceso de furia súbita y lo lamentaban profundamente. Concluyó rogando humildemente que la misericordia se extendiera a ellos; o, al menos, que fuesen desterrados a los marjales, para vivir o morir según su suerte; pero vi escrito en sus ojos que tenía pocas esperanzas de perdón.

Luego hubo una pausa y el silencio más profundo reinó sobre toda la escena, que, iluminada como estaba por las llamas vacilantes de las lámparas que arrojaban grandes manchas de luz y sombra sobre los pétreos muros, era tan extraña como ninguna otra que hubiera visto, incluso en aquélla impía tierra. En el suelo, frente al estrado, había filas de cuerpos tendidos, parecidos a cadáveres, de los espectadores más próximos; pero después, sus largas filas se extendían hasta perderse de vista en el fondo tenebroso de la caverna. Por delante de esta extendida audiencia estaban los grupos de los reos, tratando de ocultar su terror natural con la bravía apariencia de la frialdad. A izquierda y derecha se erguían los silenciosos guardias, vestidos de blanco y armados con grandes lanzas y dagas, mientras los hombres y mujeres mudos miraban con duros y curiosos ojos. Y allá, sentada en su bárbaro trono por encima de todos, conmigo a sus pies, estaba la velada mujer blanca cuya belleza y poder aterrador parecía brillar a su alrededor como un halo, o más bien como el resplandor de alguna luz invisible. Nunca había contemplado su forma velada lucir tan terrible como en aquel momento, mientras se concentraba para la venganza.

Al fin llegó ese instante.

—Perros y serpientes —comenzó en voz baja, que gradualmente ganó en fuerza a medida que seguía hasta que todo el ámbito resonó con ella—. Devoradores de carne humana, habéis hecho dos cosas. Primero, habéis atacado a estos extranjeros, siendo hombres blancos, y luego habéis intentado matar a su criado; sólo por esto merecéis la muerte. Pero eso no es todo. Os habéis atrevido a desobedecerme. ¿No había enviado mi palabra hasta vosotros por medio de Billali, mi servidor y padre de vuestra familia? ¿No os había ordenado dar hospitalidad a estos extranjeros, a quienes en cambio habéis intentado dar muerte y que habríais asesinado cruelmente si no fuera porque eran bravos y fuertes entre los hombres? ¿No os han repetido desde la infancia que la ley de *Ella* es inmutable y el que la infringe, aunque sea por un ápice o una tilde, debe perecer? ¿Acaso mi palabra más simple no es una ley? ¿Acaso vuestros padres no os

han hablado de esto desde que érais niños? ¿No sabéis que sería más fácil hacer que estas grandes cavernas se desplomasen sobre vosotros o que el sol se detuviese, que el que mis palabras se vuelvan ligeras o pesadas, de acuerdo con vuestros pensamientos? Bien lo sabéis, malvados. Pero sois todos malvados, malvados de corazón, y la maldad brota de vosotros como una fuente en primavera. De no haber sido por mí, habríais cesado de existir hace generaciones, pues vuestra propia maldad os hubiera empujado a destruirs los unos a los otros. Y ahora, ya que habéis hecho esto, ya que habéis hecho lo posible para que mis huéspedes mueran y, todavía más, ya que habéis osado desobedecer mi palabra, he aquí la sentencia a que os condeno. Debéis ser llevados a la caverna de la tortura<sup>[65]</sup> y entregados a los torturadores. Aquéllos de vosotros que a la salida del sol de mañana aún estéis vivos, moriréis de la misma forma que ibais a matar al servidor de éstos, mis huéspedes.

Cuando concluyó de hablar, un débil murmullo de horror recorrió la caverna. En cuanto a las víctimas, tan pronto como comprendieron todo el espanto de su condena, perdieron su estoicismo y se arrojaron al suelo, lamentándose y rogando misericordia de una manera que resultaba espantosa de contemplar. También yo me dirigí a Ayesha y le imploré que los perdonase o al menos que se ejecutase su destino de una manera menos espantosa. Pero ella fue dura como el diamante en esta cuestión.

—Holly mío —dijo, hablando otra vez en griego, el cual, para decir la verdad, aunque siempre había sido considerado en esta lengua más erudito que la mayoría, me resultaba difícil seguir, sobre todo por el cambio en la colocación de los acentos. Ayesha, como es natural, hablaba con el acento de sus contemporáneos, en tanto nosotros sólo teníamos la tradición y el acento moderno para guiarnos en la pronunciación exacta—, Holly mío, no puede ser. Si yo demostrase misericordia con estos lobos, tu vida y la de tus compañeros no estarían seguras ni un solo día en este pueblo. Tú no los conoces. Son tigres sedientos de sangre y aun ahora sienten hambre de vuestras vidas. ¿Cómo piensas que gobierno esta gente? Sólo tengo un regimiento de guardias para dar mis órdenes; por lo tanto no es la fuerza mi instrumento de dominio: es el terror. Mi imperio pertenece a la imaginación. Una vez en cada generación, quizá, hago como ahora y mato por la tortura a una veintena. No creas que deseo ser cruel o tomar venganza sobre gentes tan inferiores. ¿Qué puede aprovecharme una venganza sobre tales gentes? Los que viven mucho tiempo, Holly mío, no tienen pasiones, salvo donde tienen intereses. Aunque parezca que doy muerte por iracundia o porque estoy de mal humor, no es así. Habrás visto en el cielo cómo las nubecillas se mueven de aquí a allá sin motivo; sin embargo detrás de ellas

está el gran viento, arrastrándolas por su senda donde quiera que esté. Así sucede conmigo, oh Holly. Mis humores y mis cambios son las nubecillas que parecen errar caprichosamente; pero detrás de ellas está el gran viento de mi voluntad, que sopla siempre. No, los hombres deben morir; y morir tal como he dicho.

Luego, volviéndose de pronto hacia el capitán de la guardia, dijo:

—¡He pronunciado mi sentencia, que se cumpla!

## XVI

### *Las tumbas de Kôr*

Después que hicieron salir a los prisioneros, Ayesha hizo una señal con la mano y los espectadores se volvieron y comenzaron a arrastrarse hacia la salida de la caverna como un rebaño disperso de ovejas. Cuando se hallaron a una considerable distancia del estrado, sin embargo, se pusieron de pie y caminaron hacia el exterior, dejándonos solos a la Reina y a mí, con excepción de los mudos y de algunos pocos guardias que quedaron después de que la mayoría de ellos partiera con los sentenciados. Pensando que ésta era una buena oportunidad, pregunté a Ayesha si quería venir a ver a Leo, hablándole de su grave estado; pero ella no quiso, diciendo que seguramente no moriría antes de la noche, porque los enfermos de esta clase de fiebre nunca morían excepto al anochecer o al amanecer. También dijo que era mejor dejar que la enfermedad siguiera su curso todo lo posible antes de iniciar su cura. De acuerdo con esto me dispuse a retirarme, pero me rogó que la siguiese, porque deseaba hablar conmigo y mostrarme las maravillas de las cavernas.

Estaba yo demasiado envuelto en la red de su fatal fascinación para decirle que no, aunque lo hubiese deseado; y no lo deseaba. Se levantó de su silla y, haciendo algunas señales a los mudos, bajó del estrado. Luego, cuatro de las muchachas cogieron lámparas y se colocaron dos al frente y dos detrás de nosotros; los demás se fueron, así como los guardias.

—Ahora —dijo—, ¿quieres ver algunas maravillas de este lugar, oh Holly? Observa esta gran caverna. ¿Has visto algo semejante? Sin embargo así fue excavada, como muchas otras semejantes, por las manos de la muerta raza que una vez vivió aquí, en la ciudad de la llanura. Debe de haber sido un pueblo grande y maravilloso éste de los hombres de Kôr, aunque, al igual que los egipcios, pensaba más en los

mueritos que en los vivos. ¿Cuántos hombres crees tú que fueron necesarios para excavar esa caverna y todas las galerías anejas, trabajando durante muchos años?

—Decenas de millares —respondí.

—Así es, oh Holly. Este pueblo era ya antiguo antes que existieran los egipcios. He hallado la clave, además, y puedo leer algo de sus inscripciones... Mira aquí, ésta fue una de las últimas cavernas que labraron —y se volvió hacia la roca que estaba detrás e indicó a las mudas que elevaran sus lámparas. Esculpida sobre la plataforma o altar, se veía la figura de un anciano sentado en una silla, con una vara de marfil en su mano. Me recordó de inmediato que sus facciones eran sumamente parecidas al hombre que estaba representado como si estuviera siendo embalsamado en la habitación donde nos servían las comidas. Debajo de la silla, que por otra parte tenía la misma forma que la que Ayesha ocupó durante el juicio, había una breve inscripción hecha en los mismos caracteres sorprendentes que ya he mencionado, pero que no recuerdo lo suficiente como para ilustrarlos. Se parecían más a la escritura china que a cualquier otra que yo hubiese conocido. Con cierta dificultad y vacilación, Ayesha procedió a leer esta inscripción en voz alta y a traducirla. Decía así:

*«En el año cuatro mil doscientos cincuenta y nueve de la fundación de esta ciudad de la imperial Kôr, fue terminada esta caverna (o cementerio) por Tisno, Rey de Kôr; en ella trabajaron el pueblo y sus esclavos durante tres generaciones, para que fuese la tumba de sus ciudadanos distinguidos en lo sucesivo. Que la bendición del paraíso que está sobre los cielos descienda sobre su obra y guarde el sueño de Tisno, el poderoso monarca cuya figura está grabada aquí arriba; un feliz y puro sueño hasta el día de su despertar<sup>[66]</sup>, y también el sueño de sus servidores y el de aquellos de su raza que, levantándose tras él, tendrán también que inclinar sus cabezas».*

—Ya lo ves, oh Holly —dijo Ayesha—, este pueblo fundó la ciudad cuyas ruinas aún colman la llanura allá abajo, cuatro mil años antes de que esta caverna fuera concluida. Con todo, cuando mis ojos la contemplaron por primera vez, hace dos mil años, estaba igual que ahora. ¡Juzga, pues, cuán antigua debería ser esta ciudad! Y ahora sígueme y te mostraré de qué manera cayó este gran pueblo cuando le llegó la hora de caer.

Me mostró el camino hasta el centro de la caverna y se detuvo en un lugar donde se había colocado una roca redonda sobre una especie de agujero del tamaño de un hombre, y que se ajustaba tan bien como las tapas de hierro que en Londres cubren



los agujeros de las aceras que sirven para verter el carbón.

—Mira esto —dijo—. Dime, ¿qué es?

—No sé —respondí.

Entonces Ayesha cruzó hacia la izquierda de la caverna (mirando hacia la entrada) e hizo señas a las mudas para que levantaran las lámparas. Sobre el muro había algo pintado con pigmento rojo, en caracteres semejantes a los que estaban grabados bajo la escultura de Tisno, Rey de Kôr. Ella comenzó a traducir la inscripción, cuyos pigmentos estaban aún tan frescos, que se podía ver la forma de las letras. Decía lo siguiente:

*«Yo, Junis, sacerdote del Gran Templo de Kôr, escribo esto sobre la roca de los sepulcros en el año cuatro mil ochocientos tres de la fundación de Kôr. ¡Kôr ha caído! Nunca más habrá grandiosas fiestas en sus salones, nunca más gobernará el mundo, ni sus navíos saldrán a comerciar con el universo. ¡Kôr ha caído! Y sus obras poderosas y todas las ciudades de Kôr y todos los puertos que ha construido y los canales que ha hecho serán para el lobo, el búho y el cisne salvaje y para los bárbaros que vengan después. Veinticinco lunas han transcurrido desde que una nube se asentó sobre Kôr y las cien ciudades de Kôr. Y de la nube salió una pestilencia que mató a sus gentes, jóvenes y viejos, uno tras otro sin perdonar a ninguno. Uno tras otro se pusieron negros y murieron: el joven y el viejo, el rico y el pobre, el hombre y la mujer, el príncipe y el esclavo. La pestilencia mató y mató sin cesar, día y noche; y los que escaparon de ella murieron de hambre. Ya no podrán preservarse los cuerpos de los hijos de Kôr de acuerdo con los antiguos ritos; debido al número de los muertos hubo de arrojárselos en el gran pozo debajo de la caverna, a través del agujero que hay en el suelo. Entonces, por fin, el resto de este gran pueblo, la luz del mundo entero, fue a la costa, embarcó en un navío y todos navegaron hacia el norte; y ahora soy yo, el Sacerdote Junis, quien esto escribe, el último hombre vivo en esta gran ciudad de los hombres; si por ventura queda alguno en las otras ciudades, no lo sé. Esto escribo con el dolor en el corazón antes de morir, porque Kôr la Imperial ya no existe y porque no queda nadie para el culto en su templo, y todos los palacios están vacíos, y sus príncipes, sus capitanes, sus mercaderes y sus bellas mujeres se han borrado de la faz de la tierra».*

Lancé un suspiro de asombro... La total desolación pintada en ese rudo esbozo era

abrumadora. Era terrible imaginar a este solitario superviviente de un pueblo poderoso dejando constancia de su destino antes de sumirse él también en las tinieblas. ¿Qué habrá sentido aquel anciano cuando, sumido en la soledad más terrorífica, a la luz de una lámpara que iluminaba débilmente un espacio tenebroso, garrapateaba en pocas líneas sobre la pared de la caverna la historia de la muerte de su nación? ¿Qué tema para un moralista, un pintor o, sencillamente, para alguien capaz de pensar!

—¿No se te ocurre, oh Holly —dijo Ayesha apoyando su mano sobre mi hombro—, que esos hombres que navegaron hacia el norte deben de haber sido los padres de los primeros egipcios?

—No, no lo sé —dije—. Parece que el mundo es muy viejo.

—¿Viejo? Sí, en verdad es viejo. A través de los siglos hubo naciones, ¡ay!, ricas y poderosas naciones, sabientes en las artes, que han existido y luego desaparecieron hasta ser olvidadas, ya que ningún recuerdo queda de ellas. Éste no es más que un caso entre varios; porque el Tiempo devora las obras del hombre; a menos que, en verdad, se entierren en cavernas, como el pueblo de Kôr. Y luego acaso el mar las traga o un terremoto las sacude. ¿Quién sabe lo que hubo en la tierra o lo que habrá? No hay nada nuevo bajo el sol, como escribió el sabio hebreo<sup>[67]</sup> hace mucho tiempo. Pero creo que este pueblo no fue completamente destruido. Unos pocos sobrevivieron en las otras ciudades, porque sus ciudades eran muchas. Pero los bárbaros del sur o quizá mi pueblo, el árabe, cayeron sobre ellos y tomaron sus mujeres como esposas. Así, la raza de los amahagger es ahora una rama bastarda de los poderosos hijos de Kôr y contemplándolos habitan en las tumbas con los huesos de sus padres<sup>[68]</sup>. Pero no lo sé. ¿Quién puede saberlo? Mis artes no pueden penetrar tan lejos en las tinieblas de la noche del tiempo. Eran un gran pueblo. Conquistaron hasta que no quedó nada por conquistar y luego habitaron cómodamente entre los muros de sus rocosas montañas, con sus servidores masculinos y femeninos, con sus trovadores, sus escultores y sus concubinas; comerciaron y disputaron, comieron y cazaron, durmieron y se divertieron hasta que llegó su hora. Pero ven, te mostraré el gran pozo que se abre bajo la caverna, al cual se refiere la inscripción. Nunca tus ojos habrán presenciado un espectáculo semejante.

En consecuencia la seguí por un pasadizo lateral que salía de la caverna principal y luego, bajando un gran número de escalones, a lo largo de un pozo subterráneo que no debería de tener menos de sesenta pies bajo la superficie de la roca y que estaba ventilado por curiosos orificios taladrados que corrían hacia arriba, no sé hacia dónde.

De pronto terminó el pasadizo, ella se detuvo y ordenó a las mudas que levantarán las lámparas. Como ella había profetizado, vi una escena tal, que no es probable que pueda contemplarla de nuevo. Estábamos de pie en un enorme pozo, o más bien en el borde del mismo, ya que se extendía mucho más abajo —no sé hasta dónde— en relación con el nivel de este borde. Estaba rodeado por una pequeña pared de piedra. Según pude juzgar, esta sima tenía un tamaño igual al espacio que abarca la cúpula de San Pablo en Londres; y cuando las lámparas fueron alzadas pude ver que no era más que un vasto osario, literalmente lleno por miles de esqueletos humanos, que yacían apilados en una enorme y centelleante pirámide formada por el deslizamiento de los cuerpos desde el vértice cuando se arrojaban otros nuevos desde arriba. No puedo imaginar nada más aterrador que esta masa revuelta hecha de los restos de una raza difunta; aún más espantoso era el hecho de que en este aire seco un número considerable de los cuerpos habíanse simplemente disecado y conservaban la piel. Inmóviles en todas las posiciones concebibles, parecían mirarnos fijamente desde la montaña de blancos huesos, como grotescas y horribles caricaturas de humanidad. En medio de mi sorpresa lancé una exclamación, y los ecos de mi voz resonando en el ámbito abovedado, conmovieron un cráneo que se había mantenido en cuidadoso equilibrio durante muchos miles de años cerca de la cúspide de la pirámide. Vino rodando y saltando alegremente hacia nosotros y, por supuesto, atrajo consigo una avalancha de otros huesos, hasta que al fin todo el pozo retumbó con su movimiento, como si los esqueletos se irguiesen para darnos la bienvenida.

—Vamos —dije—. Ya he visto bastante. ¿Éstos son los cuerpos de los que murieron de la gran enfermedad, no es cierto? —añadí, mientras emprendíamos el regreso.

—Sí. El pueblo de Kôr siempre embalsamaba a sus muertos, como hacían los egipcios; pero su arte era mayor que el de aquéllos, porque, en tanto los egipcios extraían las vísceras y quitaban el cerebro, el pueblo de Kôr inyectaba fluido en las venas y éste llegaba a todas las partes. Pero detente, lo vas a ver.

Ella se detuvo al acaso frente a una de las pequeñas puertas que se abrían en el pasadizo por donde caminábamos y ordenó a las mudas que nos iluminasen. Entramos en una pequeña habitación similar a la que utilicé para dormir durante nuestra primera escala en el viaje, solo que en vez de un banco de piedra o cama había dos. Sobre los bancos yacían figuras cubiertas con lienzo amarillo<sup>[69]</sup>. Un fino e impalpable polvo se había depositado sobre ellos en el transcurso de los siglos, pero no en tanta cantidad como se hubiese podido suponer, porque en estas cavernas

excavadas a tanta profundidad no había materiales que se convirtiesen en polvo. Alrededor de los cuerpos, en las losas de piedra y en el suelo de la tumba, había muchos vasos pintados, pero vi pocos ornamentos o armas en las criptas.

—Levanta las vestiduras, oh Holly —dijo Ayesha.

Pero cuando extendí la mano para hacerlo, la retiré de nuevo. Parecía un sacrilegio y, a decir verdad, yo estaba atemorizado por la terrible solemnidad del lugar y por aquellas presencias. Entonces, con una risita ante mis temores, ella las levantó por sí misma, sólo para revelar otras telas aún más finas, que cubrían los cuerpos yacentes en el banco de piedra. También retiró éstas y entonces, por primera vez en miles y miles de años, ojos vivientes se posaron sobre el rostro de aquel helado cadáver. Era una mujer; debía de haber sido hermosa, por cierto. Tendría unos treinta y cinco años, o quizá un poco menos, al morir. Aun ahora, sus calmos y bien delineados rasgos, con sus delicadas cejas y sus largas pestañas que trazaban pequeñas líneas de sombra a la luz de la lámpara sobre el rostro de marfil, eran maravillosamente bellos. Allí, con su blanca vestidura sobre la cual flotaba su cabello negro azulado, dormía su último y largo sueño. En su brazo, con la cara apretada contra el pecho de la madre, yacía un pequeño bebé. Era tan dulce la escena, y a la vez tan espantosa, que —debo confesarlo sin vergüenza— apenas pude contener las lágrimas. Me hizo retroceder por el oscuro golfo de los siglos hasta algún hogar feliz en la muerta Kôr la Imperial, donde esta atractiva dama rodeada de belleza había vivido y muerto, llevándose consigo a la tumba a su hijo recién nacido. Allí estaban ante nosotros madre e hijo; las blancas memorias de una historia humana olvidada hablaban más elocuentemente al corazón que cualquier registro escrito de sus vidas. Con reverencia volví a colocar las mortajas, y con un suspiro, lamentando que flores tan bellas tuvieran que florecer —de acuerdo con los designios de la Eternidad— sólo para ser depositadas en la tumba, me volví hacia el cuerpo situado en el féretro opuesto y delicadamente le quité sus velos. Era el cuerpo de un hombre de edad avanzada, con una larga barba gris y vestido también de blanco, probablemente el marido de la dama, quien, después de haberla sobrevivido muchos años, había llegado al fin para dormir una vez más y para siempre a su lado.

Abandonamos el lugar y entramos en otros. Ocuparía demasiado espacio describir las muchas cosas que vi en ellos. Cada uno tenía sus ocupantes, ya que los quinientos y tantos años que habían transcurrido entre la terminación de la caverna y la destrucción de la raza habían bastado evidentemente para llenar estas catacumbas, innumerables como eran. Ninguno parecía haber sufrido perturbaciones desde el día en que los habían colocado allí. Podría llenar un libro con su descripción, pero para

hacerlo debería repetir solamente lo que he dicho, con variaciones.

Casi todos los cuerpos —tan perfecto era el arte con que habían sido tratados— estaban intactos como el día de su muerte, miles de años atrás. Nada podía venir a herirlos en el profundo silencio de la roca viva: estaban más allá del alcance del frío, del calor o la humedad; además, las drogas aromáticas con las cuales habían sido saturados eran evidentemente eternas en su efecto. Aquí y allá, sin embargo, vimos alguna excepción; en estos casos, aunque la carne parecía sana exteriormente, se destruía al tocarla, revelando el hecho de que los cuerpos no eran más que una pila de polvo. Esto sucedía —me contó Ayesha— porque estos cuerpos en particular, ya sea por la prisa del entierro u otras causas, habían sido bañados en la substancia preservante en lugar de habérsela inyectado en la carne<sup>[70]</sup>.

Debo decir algo, no obstante, acerca de la última tumba que visitamos, porque su contenido hablaba con elocuencia aún mayor a la humana simpatía que el de la primera. Sólo tenía dos ocupantes y ambos yacían juntos en una sola losa. Aparté las mortajas y allí, abrazados, estaban un joven y una floreciente muchacha. La cabeza de ella descansaba en el brazo de él y los labios de éste besaban la frente de la joven. Abrí la vestidura del hombre y allí, sobre su corazón, había una herida de daga. Bajo el hermoso pecho de la muchacha se veía una cruel herida, probablemente de arma blanca, por donde se había escapado su vida. En la roca, por encima, había una inscripción de tres palabras. Ayesha la tradujo. Decía: *Casados por la muerte*.

¿Cuál sería la historia de la vida de estos dos que, en verdad, habían sido hermosos en sus vidas y que en la muerte no se habían separado?

Cerré mis párpados y la imaginación, apresando el hilo del pensamiento, disparó su rápida lanzadera hacia atrás, a través de los tiempos. Tejió una pintura que en su negrura eran tan real y tan vivida en sus detalles, que por un momento pensé que había triunfado sobre el Pasado y que los ojos de mi espíritu habían penetrado el misterio del Tiempo.

Me pareció ver la silueta de esta hermosa joven con su rubio cabello cayendo en ondas sobre sus vestiduras blancas como la nieve, y sobre el seno, que era más blanco que sus ropas, y que oscurecía con su brillo los adornos de oro bruñido. Me pareció ver la gran caverna llena de guerreros, barbados y vestidos con cotas de malla; en el iluminado estrado o altar donde Ayesha había dictado sentencia había un hombre de pie, vestido y rodeado por los símbolos de su oficio de sacerdote. Por la caverna se acercaba otro vestido de púrpura; precediéndole y por detrás de él venían trovadores y hermosas doncellas cantando un himno nupcial. Blanca estaba la doncella frente al

altar, más hermosa que todas las bellas que allí estaban..., más pura que el lirio y más fría que el rocío que brillaba en su corazón. Pero, ante el hombre que se acercaba, ella tembló. Entonces, del tropel de la multitud surgió un joven de cabello oscuro, que puso su brazo alrededor de la doncella, tanto tiempo olvidada, y besó su pálida faz, en la cual la sangre del rubor brotó como las luces del rojo amanecer en el cielo silencioso. Luego estalló el tumulto y el vocerío, mientras relampagueaban las espadas; separaron violentamente al joven de los brazos de ella y lo hirieron, pero con un grito la muchacha arrebató la daga de su cinto y la clavó en su níveo seno, hogar del corazón, y cayó al suelo, mientras con gritos, sollozos y toda clase de lamentaciones, la procesión desapareció del escenario de mi visión: una vez más el pasado cerró su libro.

Ruego a los lectores que perdonen la intrusión de un sueño en una historia que narra hechos. Pero todo era tan familiar para mí... Lo vi todo tan claro en un instante como si hubiera sido real. Por otra parte, ¿quién puede decir qué partes de realidad del pasado, presente o futuro pueden yacer en la imaginación? ¿Qué es la imaginación? Quizá es la sombra de una verdad intangible, quizá es el pensamiento del alma.

En un instante todo aquello había pasado por mi cerebro y *Ella* se dirigía a mí:

—Contempla el sino del hombre —dijo la velada Ayesha en tanto volvía a cubrir con los plegados lienzos a los amantes muertos, hablando con una voz solemne y conmovedora, que armonizaba bien con el sueño que había tenido—: ¡Todos deberemos volver al fin a la tumba y al olvido que oculta la tumba! Ay, también yo, que vivo tanto tiempo. Hasta para mí, oh Holly, después de miles y miles de años, miles de años después que tú hayas partido por la puerta y te hayas perdido en las brumas, amanecerá un día en que moriré, y estaré en paz como tú o como éstos. ¿Y entonces, a quién beneficiará que yo haya vivido un poco más, apartando a la muerte por los conocimientos que he arrebatado a la naturaleza, si al fin también debo morir? ¿Qué es un lapso de diez mil años o diez veces diez mil años en la historia del tiempo? No es nada... Es como las brumas que se disipan a la luz del sol; se desvanece como una hora de sueño o como un soplo del Espíritu Eterno. ¡Contempla el destino del hombre! Ciertamente nos alcanzará y deberemos dormir. Ciertamente también despertaremos y viviremos otra vez. Y de nuevo dormiremos y así será una y otra vez, por espacios, períodos y tiempos, de eón en eón<sup>[71]</sup> hasta que el mundo esté muerto y los mundos más allá del mundo mueran también y nada viva salvo el Espíritu de la Vida. Pero para nosotros dos y para estos muertos, ¿será la vida el final de todo o será

la Muerte? Así como la Muerte no es más que la Noche de la Vida, más allá de la noche nace el Mañana otra vez, y debe engendrar de nuevo la Noche. Sólo cuando el Día y la Noche, la Vida y la Muerte, tengan fin y se sumerjan en aquello de donde vienen, ¿cuál será nuestro destino, oh Holly? ¿Quién puede ver tan lejos? ¡Ni siquiera yo!

Luego, con un súbito cambio de tono y Maneras, dijo:

—¿Has visto lo suficiente, huésped mío extranjero, o quieres que te muestre más maravillas de estas tumbas que son mis salones palaciegos? Si lo deseas puedo llevarte adonde yace Tisno, el más poderoso y valiente Rey de Kór, en cuyos días se terminaron de hacer estas cavernas: ¡allí yace con una pompa que parece burlarse de la nada y ordena a las vacías sombras del pasado que rindan homenaje a su esculpida vanidad!

—Ya he visto suficiente, oh Reina —respondí—. Mi corazón está anonadado por el poder de esta presencia de la muerte. Los mortales somos débiles y nos quebrantamos fácilmente ante el sentimiento de la compañía que nos espera al final. ¡Llévame de aquí, oh Ayesha!

## XVII

### *Se vuelca la balanza*

En pocos minutos, siguiendo las lámparas de las mudas (que al sostenerlas lejos de su cuerpo como quien lleva agua en un cántaro, parecían flotar en medio de la oscuridad) llegamos a una escalera que conducía a la antecámara de Ella, la misma en que Billali se había arrastrado a cuatro patas el día anterior. Aquí debería haberme despedido de la Reina, pero ella no quiso.

—No —dijo—, entra conmigo, oh Holly, pues en verdad me place hablar contigo. Piensa, Holly; durante dos mil años no tuve otros interlocutores que los esclavos y mis propios pensamientos. Aunque de tanto pensar he cosechado harta sabiduría y muchos secretos se allanaron ante mí, es también cierto que estoy cansada de mis pensamientos y que he llegado a odiar mi propia compañía, porque seguramente el alimento que la memoria da para comer tiene un gusto amargo y sólo con los dientes de la esperanza podemos masticarlo. Ahora bien, a pesar de que tus pensamientos son frescos y tiernos, como conviene a alguien tan joven, son sin embargo los de un cerebro pensante y en verdad me traes a la memoria a viejos filósofos con los cuales en otros tiempos discutí en Atenas y en Becca, en Arabia: porque tú tienes el mismo aire avinagrado y el aspecto polvoriento, como si hubieses pasado tus días leyendo un griego mal escrito, tiznándote los dedos con los manuscritos. Ven entonces, descorre la cortina y siéntate a mi lado; comeremos frutas y hablaremos de cosas placenteras. Mira, quiero quitarme mis velos ante ti otra vez. Tú te has persuadido a ti mismo, oh Holly; te lo he advertido con franqueza... y me llamarás bella como incluso aquellos viejos filósofos acostumbraban a hacerlo. ¡Qué vergüenza! ¡Olvidar así su filosofía!

Sin añadir palabra, se levantó y, desprendiendo sus blancos ropajes, apareció brillante y espléndida como una reluciente serpiente cuando muda su piel. ¡Ah! Clavó



sus maravillosos ojos en mí..., y eran más mortíferos que los de un basilisco. Me traspasaba una y otra vez con su belleza, y su risa ligera llenaba el aire como el repiqueteo de unas campanillas de plata.

Un nuevo estado de ánimo aparecía en ella y hasta el color de su pensamiento parecía cambiar bajo su influjo. Ya no estaba desgarrada por el tormento y el odio, como la había visto cuando maldecía a su rival muerta junto a las serpenteantes llamas; ya no aparecía fría y terrible como en la sala del juicio, ni suntuosa, sombría y espléndida cual paño de púrpura de Tiro<sup>[72]</sup>, como en las moradas de los muertos. No, su ánimo actual era el de una Afrodita<sup>[73]</sup> triunfante. La vida —radiante, estática, maravillosa— parecía brotar de ella y alrededor de ella. Rió y suspiró suavemente mientras fluían sus rápidas miradas. Sacudió sus pesadas trenzas y su perfume llenó el lugar; golpeó sus pequeños pies calzados con sandalias y canturreó un trozo de algún antiguo epitalamio<sup>[74]</sup> griego. Toda la majestad había desaparecido, o más bien acechaba y fluctuaba a través de sus sonrientes ojos, como la luz transparentada por el sol. Había abandonado el terror de la serpenteante llama, el frío poder de juicio que aún ahora poseía y la sabia tristeza de las tumbas... Las abandonaba y arrojaba detrás, como las blancas mortajas que usaba; y ahora se destacaba como la encarnación de la femineidad más bella y tentadora, la más perfecta —y en cierto sentido la más espiritual— que ninguna mujer había poseído jamás.

—Y bien, Holly mío, siéntate donde puedas verme. Es por tu propia voluntad, recuérdalo... Otra vez te lo digo, no me culpes si empleas el pequeño lapso de vida que te queda con tal aflicción en tu corazón, que hubieses preferido morir antes de posar tus curiosos ojos sobre mí. Siéntate, pues, ahí y dime (porque en verdad deseo ahora oír alabanzas...), dime: ¿no soy hermosa? No, no te apresures a hablar; considera cuidadosamente el punto; examíname rasgo por rasgo; no olvides mi silueta, mis manos y mis pies, mi cabello y la blancura de mi piel; y luego dime la verdad: ¿has visto nunca una mujer que en algo, eh, que en una pequeña porción de su belleza, en la curva de una pestaña o en el modelado de la caracola de una oreja pueda justificar una comparación con mi encanto? ¡Y ahora mi cintura! Quizá pienses que es demasiado amplia, pero en verdad no es así; esta serpiente de oro es quien resulta demasiado ancha y no me aprieta como debe. Es una serpiente astuta y sabe que es malo apretar la cintura. Pero mira, dame tus manos, así, y ahora cíñelas alrededor mío, así, pero con suavidad, ¡oh Holly! Verás que casi sin esfuerzo tus dedos se tocan.

No pude resistir más. Sólo soy un hombre y ella era más que una mujer. ¡El Cielo sabe lo que era ella, yo no lo sé! Entonces, allí mismo, caí de rodillas ante ella y le dije

en una penosa mezcla de lenguas —porque tales momentos confunden los pensamientos— que la adoraba como ninguna mujer fue nunca adorada y que daría mi alma inmortal por casarme con ella, lo cual en aquel momento hubiera hecho. Lo mismo hubiese dicho, realmente, cualquier otro hombre o toda la raza de los hombres confundidos en uno solo. Por un momento ella se mostró algo sorprendida, luego comenzó a reír y a batir palmas de gozo.

—Oh, tan pronto, oh Holly —dijo—. Me preguntaba cuántos minutos serían necesarios para ponerte de rodillas. Hacía tanto tiempo que no veía a un hombre de rodillas ante mí... Créeme, esta visión es grata para el corazón de una mujer. Ay, la sabiduría y el paso de los días no borran este querido placer, que es el único derecho de nuestro sexo. ¿Qué creías?... ¿Qué creías? No sabes lo que haces. ¿No te había dicho que no soy para ti? Sólo amo a uno y tú no eres ese hombre. Ah, Holly, pese a toda tu sabiduría (y en cierto modo tú eres sabio) no eres más que un loco corriendo tras la locura. Tú querías mirarte en mis ojos... ¡Querías besarme! Bien, si te place, ¡*mira!* —y se inclinó hacia mí y clavó sus oscuros y estremecedores ojos en los míos—; ¡ah, *bésame* también, si lo deseas!, porque, gracias sean dadas al designio de las cosas, los besos no dejan huella, salvo en el corazón. ¡Pero si me besas, te aseguro que tu pecho se destruirá por mi amor y morirás!

Ella se inclinó aún más hacia mí, hasta que su suave cabello rozó mi frente y su fragante aliento jugueteó en mi rostro, haciéndome desfallecer. Luego, de súbito, cuando yo extendía ya los brazos para estrecharla, se irguió y un rápido cambio se produjo en ella. Alargando la mano la posó sobre mi cabeza y pareció que algo brotaba de ella que enfriaba mi ardor, devolviéndome el sentido común y el sentimiento del decoro y las virtudes domésticas.

—Basta ya de este juego licencioso —dijo con un toque de severidad—. Escucha, Holly. Eres un hombre bueno y honesto, por eso estoy dispuesta a perdonarte; pero ¡oh!, es tan difícil para una mujer ser misericordiosa. Te he dicho que no soy para ti, por eso dejo que tus pensamientos pasen sobre mí como un viento vano, y el polvo de tu imaginación se hunda en las profundidades..., bueno, en las profundidades de la desesperación, si lo deseas. Tú no me conoces, Holly. Si me hubieses visto hace apenas diez horas, cuando era presa de mi pasión, hubieses huido de mí asustado y temblando. Yo tengo muchos estados de ánimo y, como el agua en aquel estanque, reflejo muchas cosas. Pero éstas pasan, Holly mío; pasan y son olvidadas. Sólo el agua es siempre el agua, como yo soy yo todavía. Quien creó el agua la creó; y aquello que me creó a mí, a mí me creó, sin que mi esencia se altere. Por eso no prestes atención a lo que parezco, teniendo en cuenta que no sabes quién soy. Y, si me perturbas de

nuevo, me velaré y no volverás a ver mi rostro.

Me incorporé y luego me arrojé en el diván lleno de cojines que estaba frente a ella, aún palpitante de emoción, aunque por un momento me había abandonado mi loca pasión, como las hojas de un árbol aún se estremecen cuando la ráfaga que lo ha agitado ya ha pasado. No me atreví a decirle que la había visto en aquel profundo e infernal estado de ánimo, musitando encantamientos sobre el fuego de la tumba.

—Y bien —prosiguió—, ahora come algo de fruta; créeme, es el único alimento verdadero para el hombre. Oh, háblame de la filosofía de ese Mesías hebreo que vino después de mí y que según dijiste gobierna ahora a Roma, Grecia y Egipto, y a los bárbaros que están más allá. Debió de ser una extraña filosofía la que enseñaba, porque en mis días las gentes no querían saber nada de nuestras filosofías. Orgías, codicia y bebida, sangre y fría indiferencia, y la emoción de los hombres reunidos en la batalla... éstos eran los cánones de sus creencias.

A estas alturas ya me había recobrado un poco y, sintiéndome amargamente avergonzado por la debilidad que me había traicionado, hice todo lo que pude para exponerle las doctrinas del cristianismo, a las cuales, sin embargo, prestaba muy poca atención, salvo en lo referente a nuestra concepción del Cielo y del Infierno, ya que su interés se dirigía por completo al hombre que las enseñaba. También le dije que otro profeta, llamado Mahoma, había surgido de su propio pueblo, el árabe, y que predicaba una nueva fe a la que se habían adherido muchos millones de personas.

—¡Ah! —dijo ella—, ya comprendo... ¡Dos nuevas religiones! He conocido muchas y sin duda han surgido muchas más de las que nada sé, desde que estoy dentro de las cavernas de Kór. La humanidad siempre pide a los cielos la revelación de lo que se oculta tras ellos. Es el terror a la Nada y también una forma sutil de egoísmo... Esto es lo que engendran las religiones. Observa, Holly mío, que cada religión reclama el futuro para sus seguidores; o por lo menos para los buenos de entre ellos. El mal es para los descarriados, que no tendrán nada de esto; que verán la luz que adoran los verdaderos creyentes, pero sólo la percibirán oscuramente, como los peces a las estrellas. Las religiones vienen y se van, lo mismo que las civilizaciones; y nada permanece, salvo el mundo y la naturaleza humana. ¡Ah!, si el hombre fuese capaz de comprender que la esperanza viene de dentro y no de fuera... ¡que él mismo ha de lograr su propia salvación! Él está allí, existe, y en su interior alienta el soplo de la vida y el conocimiento del bien y el mal, en tanto bien y mal son para él. Por lo tanto, déjalo que obre y se mantenga erecto y que no se incline ante la imagen de ningún dios desconocido, modelado a su humilde semejanza, pero con un cerebro mayor para concebir el mal y con un brazo más largo para ejecutarlo.

Pensé para mí —lo que demuestra cuán antiguo es tal razonamiento, en verdad uno de los temas recurrentes de la discusión teológica— que sus argumentos sonaban muy parecidos a otros que había escuchado en el siglo diecinueve y en lugares que no eran las cavernas de Kór y con los cuales —por otra parte— estaba en completo desacuerdo. Pero no intenté siquiera discutir el asunto con ella. Para empezar, mi mente estaba demasiado fatigada con todas las emociones sufridas; y en segundo lugar, sabía que en una discusión llevaría la peor parte. Ya es una tarea harto fatigosa argüir con un materialista ordinario, que arroja sobre nuestras cabezas estadísticas y estratos completos de datos geológicos, en tanto uno sólo puede combatirlo con deducciones, instintos y los copos de la nieve de la fe, que son, ¡ay!, tan aptos para fundirse en las pavesas ardientes de nuestras preocupaciones. ¡Cuán pocas serían pues mis oportunidades frente a alguien cuyo cerebro estaba aguzado de manera sobrenatural y que poseía dos mil años de experiencia, además de toda clase de conocimientos acerca de los secretos de la naturaleza que dominaba! Pensando que era más probable que ella me convirtiese a mí en lugar de convertirla yo a ella, creí mejor dejar el asunto a un lado y me senté en silencio. Muchas veces desde entonces lamenté amargamente haber hecho eso, porque de tal modo perdí la única oportunidad que recuerde de averiguar en qué creía *realmente* Ayesha, y cuál era su «filosofía».

—Y bien, Holly mío —prosiguió—, de modo que ese pueblo mío también halló un profeta, un falso profeta, como lo has calificado porque no es el tuyo, pero creo que con razón. Mas en mi época era diferente, porque entonces los árabes teníamos muchos dioses. Estaba Allát y Saba, el Huésped del Cielo; Al Uzza y Manah, el pétreo, para quien manaba la sangre de las víctimas; y Wadd y Sawá, y Yaghüth, el León de los moradores de Yaman; y Yáük, el Caballo de Morad; y Nars, el Aguila de Hamyar, ay, y muchos más. ¡Oh, todo era una locura, una vergonzosa y lamentable locura! No obstante, cuando me elevé en mi sabiduría y les hablé de esto, me hubiesen matado en nombre de sus ultrajados dioses. Bueno, así ha sido siempre... Pero, Holly mío, ¿te has cansado ya de mí, que estás sentado tan silencioso? ¿O temes que te vaya a enseñar mi filosofía? ¿Dónde hubo un maestro sin su propia filosofía? Y, si me hostigas, ¡ten mucho cuidado!, porque te la enseñaré, serás mi discípulo, y ambos fundaremos una nueva fe que devorará a todas las demás. ¡Hombre sin fe! Y hace apenas unas horas estabas de rodillas (la postura no te sienta, Holly) jurando que me amabas. ¿Qué vamos a hacer?... ¡Ya lo tengo! Iré a ver a ese joven (el León, como lo llama Billali), que vino contigo y que está tan enfermo. La fiebre debe de haber seguido su curso ahora, y si está a punto de morir haré que se recobre. No temas,

Holly mío, no utilizaré magia. ¿No te han dicho que no existe tal cosa, la magia, sino que hay algo que se llama entendimiento y la aplicación de las fuerzas que existen en la naturaleza? Ve ahora, y en cuanto haya terminado de hacer la medicina te seguiré<sup>[75]</sup>.

Me fui, pues, solo, hallando a Job y Ustane en el colmo de la aflicción, declarando que Leo se hallaba en los estertores de la muerte y que me habían buscado por todas partes. Corrí hasta el lecho y lo miré: era evidente que se estaba muriendo. Estaba sin sentido y respiraba pesadamente, pero sus labios temblaban y a cada momento un pequeño estremecimiento recorría sus facciones. Sabía lo suficiente de medicina para ver que dentro de una hora estaría más allá de toda ayuda terrena..., quizá en los próximos cinco minutos. ¡Cómo maldije mi egoísmo y la locura que me había demorado junto a Ayesha mientras mi querido muchacho se moría! ¡Ay de mí! ¡Con cuánta facilidad los mejores de entre nosotros nos dejamos llevar hacia el mal por el brillo de los ojos de una mujer! ¡Qué malvado despreciable era yo! Durante la última media hora apenas había pensado en Leo, a pesar de que —esto debe recordarse— desde hacía veinte años era mi compañero más querido, el mayor interés de mi existencia. ¡Y ahora quizá era demasiado tarde!

Me retorcí las manos y miré alrededor. Ustane estaba sentada junto al lecho y en sus ojos ardía la triste luz de la desesperación. Job gimoteaba —lamento no poder describir su congoja con un término más delicado— ruidosamente. Viendo mis ojos fijos en él, salió al corredor para dar rienda suelta a su aflicción. Evidentemente, la única esperanza residía en Ayesha. Ella y sólo ella —a menos que fuese una impostora, cosa que no podía creer— podía salvarlo. Iría a verla y le rogaría que viniese. Cuando salía con ese propósito, no obstante, entró Job a toda carrera, con sus cabellos erizados de terror.

—¡Oh, que Dios nos ayude, señor! —susurró aterrorizado—, aquí viene un cadáver deslizándose por el corredor.

Por un instante quedé perplejo pero luego, naturalmente, comprendí que debía de haber visto a Ayesha envuelta en sus vestiduras con aspecto de mortaja: engañado por la extraordinaria suavidad de sus ondulantes pasos pudo creer que era un blanco fantasma que se le acercaba flotando. En realidad, la cuestión se aclaró en ese mismo momento, porque Ayesha en persona apareció en la estancia, mejor dicho en la caverna. Job se dio la vuelta y vio su silueta cubierta por una sábana; con un convulsivo alarido de ¡Aquí llega! se precipitó a un rincón y ocultó su cabeza contra la pared, mientras Ustane, adivinando a quién debía pertenecer aquella pavorosa

presencia, se prosternó de cara al suelo.

—Llegas en buena hora, Ayesha —dije—, porque mi muchacho está a punto de morir.

—Bien —dijo suavemente—; si no está muerto eso no tiene importancia, porque puedo volverlo a la vida, Holly mío. ¿Ese hombre es tu sirviente? ¿Y ésa es la forma que tus servidores usan para recibir a los extranjeros en tu país?

—Tus vestiduras lo han asustado... Tienen un aspecto fúnebre —repuse.

Ella rió.

—¿Y la muchacha? Ah, ahora comprendo. Es la muchacha de la cual me habías hablado. Bien, pídeles que nos dejen solos y veré a este León tuyo enfermo. No me gusta que los criados observen mi sabiduría.

Por lo tanto dije a Ustane en árabe y a Job en inglés que abandonaran el cuarto; una orden que éste último obedeció en seguida y que estaba contento de obedecer, ya que no podía dominar el miedo. Pero con Ustane era otra cosa.

—¿Qué quiere *Ella*? —susurró, dividida entre su temor a la terrible Reina y su deseo de permanecer junto a Leo—. Es un derecho de la esposa estar cerca de su esposo cuando éste muere. No, no quiero irme, mi señor Babuino.

—¿Por qué no nos deja esta mujer, Holly mío? —preguntó Ayesha desde el otro extremo de la caverna, mientras se entretenía examinando con indiferencia algunas de las esculturas de la pared.

—No quiere abandonar a Leo —respondí, sin saber qué decir.

Ayesha giró en redondo y, señalando a la muchacha, Ustane, dijo una palabra, una sola, pero fue harto suficiente, porque el tono en que fue dicha equivalía a varios volúmenes.

—¡Vete!

Entonces Ustane se arrastró hacia atrás sobre sus manos y rodillas y se fue.

—Ya lo ves, Holly mío —dijo Ayesha con una risita—, era necesario que yo diese una lección de obediencia a esta gente. Esta muchacha estuvo a punto de desobedecerme, pero es porque no ha visto esta mañana cómo trato a los desobedientes. Bueno, se ha ido; ahora muéstrame al joven.

Se deslizó hacia el lecho en que yacía Leo, con su rostro en la sombra y vuelto en dirección a la pared.

—Tiene una noble figura —dijo y se inclinó sobre él para observar el rostro.

En un segundo su alta y esbelta figura retrocedió tambaleante por la habitación, como si hubiese recibido un disparo o una puñalada; retrocedió vacilante hasta que chocó con la pared de la caverna, mientras brotaba de sus labios el grito más

espantoso y sobrenatural que he oído en mi vida.

—¿Qué sucede, Ayesha —grité—. ¿Ha muerto?

Ella se volvió y saltó hacia mí como una tigresa.

—¡Tú, perro! —dijo con su terrible susurro, que se asemejaba al silbido de una serpiente—. ¿Por qué me has ocultado esto?

Alzó su brazo y pensé que iba a matarme.

—¿Qué? —exclamé con el terror más vivo—. ¿Qué?

—¡Ah! —respondió—, tal vez no lo sabías. Entérate, Holly mío, entérate: aquí yace... aquí yace mi perdido Calícrates. Calícrates, que al fin ha vuelto a mí. ¡Yo lo sabía, yo lo sabía! —y comenzó a sollozar y a reír y a conducirse como habitualmente lo hace cualquier dama cuando está un poco trastornada, murmurando—: ¡Calícrates, Calícrates!

«Absurdo», pensé para mi coleteo, pero no me animé a decirlo en voz alta; en realidad, en ese momento estaba pensando en la vida de Leo, habiendo olvidado cualquier otra cosa en aquella terrible ansiedad. Temía ahora que él muriese mientras ella «viajaba» con sus recuerdos.

—A menos que seas capaz de auxiliarlo, Ayesha —le apunté a modo de recordación—, tu Calícrates pronto estará fuera del alcance de tu llamada. Seguramente se está muriendo ahora.

—Es verdad —dijo con un arranque—. Oh, ¿por qué no vine antes? No tengo valor..., mi mano tiembla, aun la mía..., y sin embargo es muy fácil. Aquí, Holly, coge esta redoma —y extrajo una fina jarra de arcilla de entre los pliegues de su vestidura—, y vierte el líquido por su garganta. Le curará, si no está muerto. ¡De prisa ahora, de prisa, que se muere!

Lo miré y era verdad: Leo se debatía con la muerte. Vi que su pobre rostro se ponía ceniciento y escuchaba cómo su aliento se volvía un estertor al pasar por su garganta. La redoma estaba cerrada con una pequeña pieza de madera. La quité con mis dientes y una gota del fluido cayó sobre mi lengua. Tenía un sabor dulce, y durante un segundo me produjo un vahído, mientras una niebla cubría mis ojos. Pero por fortuna el efecto pasó tan velozmente como había venido.

Cuando llegué junto a Leo era evidente que expiraba... Movía lentamente su cabeza dorada de un lado a otro y su boca estaba ligeramente abierta. Llamé a Ayesha para que sostuviese la cabeza, y logró hacerlo, pese a que la mujer estaba temblando como la hoja de un árbol o como un caballo asustado. Entonces, forzando la mandíbula para que se abriese un poco más, vertí el contenido de la redoma en su boca. Instantáneamente brotó de ella un vapor, como sucede cuando se agita el ácido

nítrico. Esta visión no aumentó mis esperanzas, ya de por sí bastante débiles, acerca de la eficacia del tratamiento.

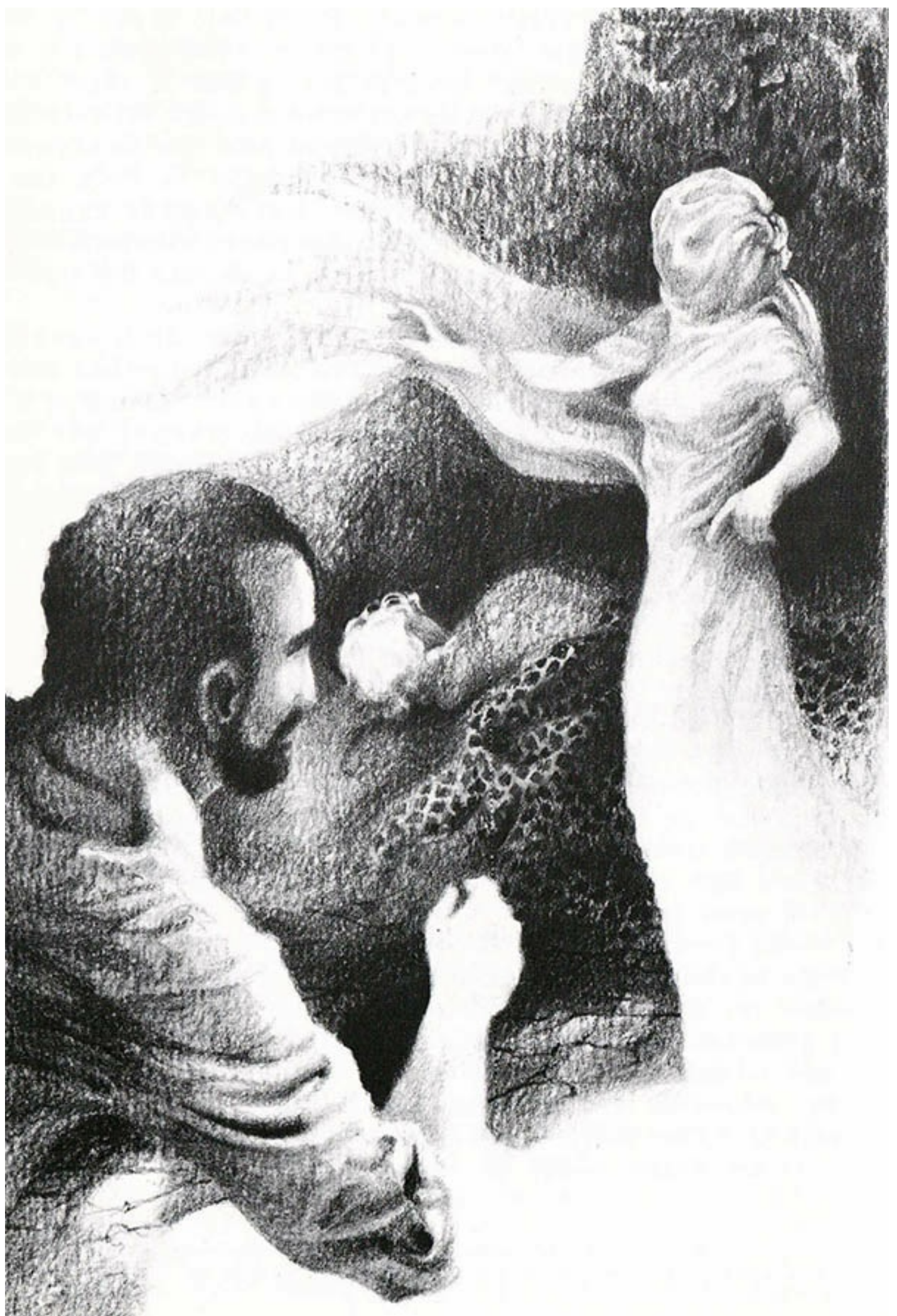
Sin embargo algo era evidente: los estertores de la agonía habían cesado... Al principio creí que era porque él estaba más allá de ellos, y había cruzado el espantoso río<sup>[76]</sup>. Su rostro se puso de una palidez lívida y los latidos de su corazón, que ya antes eran muy débiles, parecieron decaer del todo... Sólo los párpados se agitaban un poco aún. Dudando miré a Ayesha, cuyo velo se había deslizado en medio de la excitación cuando se tambaleó a través del cuarto. Aún sostenía la cabeza de Leo y, con una faz tan pálida como la suya, contemplaba su aspecto con tal expresión de agónica ansiedad como jamás había visto. Era evidente que ella no sabía si viviría o moriría. Pasaron lentamente cinco minutos y vi que abandonaba sus esperanzas; su bello rostro oval parecía menguar y ponerse cada vez más delgado bajo la presión de una agonía mental cuyo lápiz dibujaba negras líneas en las cuencas de sus ojos. El rojo coral de sus labios se desvaneció hasta que quedaron tan blancos como la cara de Leo y temblaba lastimosamente. Verla era algo conmovedor: aun en medio de mi propio dolor sentí el suyo propio.

—¿Es demasiado tarde? —tartamudeé.

Ella ocultó su rostro entre las manos y no respondió; yo también me di la vuelta. Pero al hacerlo escuché una respiración profunda y al mirar hacia abajo percibí una línea de color que se deslizaba sobre la cara de Leo, luego otra y otra; tiñó el fin, maravilla entre maravillas, el hombre que creíamos muerto se volvió sobre un costado.

—¿Has visto? —dije en un susurro.





—Veo —respondió ella roncamente—. Se ha salvado. Pensé que era demasiado tarde... Un instante más..., un pequeño instante... ¡y se habría ido! Y prorrumpió en un terrible acceso de llanto, suspirando como si su corazón fuese a estallar. Sin embargo aparecía más bella que nunca mientras lloraba. Al fin se detuvo.

—Perdóname, Holly mío..., perdona mi debilidad —dijo—. Ya ves que después de todo no soy más que una mujer. Piensa... ¡piénsalo! Esta mañana hablaste del lugar de tormento previsto por esa nueva religión tuya. Infierno o Hades<sup>[77]</sup> lo llamaste..., un lugar donde la esencia vital vive y conserva la memoria individual y donde todos los errores y faltas de juicio, las pasiones insatisfechas y los terrores insustanciales de la mente con los que ha tenido que ver vienen a burlarse, a perseguir y atormentar el corazón para toda la eternidad con la visión de su propia desesperanza. Así es como yo he vivido durante dos mil años (durante sesenta y seis generaciones según enumeráis vosotros el tiempo) en un Infierno, como lo llamas, atormentada por la memoria de un crimen, torturada día y noche por un deseo insatisfecho, sin compañía, sin consuelo, sin muerte, guiada únicamente en mi triste camino por los fuegos fatuos de la Esperanza, los cuales, aunque flamean aquí y allá, a veces con vigor y otras sin brillo, habrían de guiarme un día, como me lo decía mi sabiduría, hasta mi redentor. Y entonces..., recuérdalo bien, oh Holly, porque nunca oirás un cuento semejante ni verás una escena igual, no, aunque te otorgase diez mil años de vida (y te los daré en pago si lo deseas), recuérdalo: al fin mi salvador llegó..., aquél que he aguardado durante generaciones enteras... En el momento fijado él llegó para rescatarme como sabía que debería llegar, porque mi sabiduría no puede errar, aunque ignoraba cuándo y cómo. ¡Ya ves cuán ignorante soy! ¡Ya ves cuán pequeño es mi saber y cuán débil es mi fuerza! Durante horas él yacía enfermo aquí, enfermo de muerte, y yo no lo percibía... Yo, que lo esperaba desde hacía dos mil años, ¡no lo sabía! Y entonces al fin lo veo y al verlo mi suerte estuvo pendiente del grosor de un

cabello antes de que la conquistara, porque él estaba verdaderamente en las fauces de la muerte, de donde todo mi poder no podría arrancarle. Y, si él muere, otra vez debería yo vivir en el infierno... Una vez más debería enfrentarme con los fatigosos siglos y esperar hasta el tiempo en que su plenitud trajese de regreso a mi bienamado. Y entonces tú le diste la medicina y aquellos cinco minutos se arrastraron, antes que supiese si iba a vivir o morir. Y te digo que todas esas sesenta generaciones pasadas no fueron tan largas como esos cinco minutos. Pero éstos pasaban y aún no había señales de que se recobrase. Y yo sabía que si la droga no actuaba entonces, según mis conocimientos lo indicaban, ya no tendría efecto. ¡En ese momento pensé que estaba muerto una vez más y que todos los tormentos de todos aquellos años se unían en una sola lanza venenosa que me traspasaba más y más, porque otra vez había perdido a Calícrates! Y entonces, cuando todo estaba perdido, ¡mira!, él suspiró, ¡sí! Vivía y yo sabía que viviría, porque nadie en quien haya actuado la droga muere. Piensa en esto ahora, Holly mío, piensa en esta maravilla. ¡Dormirá doce horas y luego la enfermedad le habrá abandonado! ¡Le habrá abandonado para devolverlo a la vida y a mí!

Se interrumpió, y posando su mano sobre la dorada cabeza, se inclinó, besando su frente con tal abandono, lleno de casta ternura, que hubiese sido hermoso de contemplar si no fuera porque el espectáculo me partió el corazón... ¡Porque estaba celoso!

## XVIII

### *¡Vete, mujer!*

Siguió un silencio de un minuto, más o menos, durante el cual *Ella* parecía haber caído, a juzgar por el casi angélico arrobamiento de su rostro (porque se veía angelical, a veces), en un éxtasis de felicidad. No obstante, un nuevo pensamiento la asaltó de pronto y su expresión se tornó en el verdadero reverso de lo angelical.

—Casi había olvidado —dijo— a esa mujer, Ustane. ¿Qué es ella para Calícrates? ... Su criada o... —hizo una pausa y su voz tembló.

Me encogí de hombros.

—Tengo entendido que ella está casada con él, de acuerdo con las costumbres de los amahagger —respondí—. Pero no lo sé.

Su rostro se puso sombrío como una nube de tormenta. Vieja como era, Ayesha no había sepultado los celos.

—Entonces eso debe acabar —dijo—. ¡Ella debe morir, ahora mismo!

—¿Cuál es su crimen? —pregunté horrorizado—. Su única culpa es la misma que la tuya, oh Ayesha. Ella ama a este hombre y él se ha complacido en aceptar su amor: ¿dónde, pues, reside su pecado?

—Verdaderamente, oh Holly, tú estás loco —respondió de forma algo petulante—. ¿Cuál es su pecado? Su pecado es interponerse entre mi deseo y yo. Sé bien que puedo apartarlo de ella... Mientras habite un hombre en esta tierra, oh Holly, ¿quién podrá resistírseme si aplico mi poder? Los hombres son leales hasta que la tentación pasa por su lado. Si la tentación es lo suficientemente fuerte, el hombre sucumbe, porque cada hombre, como cada cuerda, tiene un punto de ruptura; y la pasión es para los hombres como el oro y el poder para las mujeres: aquello que pesa sobre su debilidad. Créeme, malamente irán las cosas con mujeres mortales en ese cielo de que

hablabas, si únicamente el espíritu será favorecido, porque sus señores nunca las mirarán y su cielo se convertirá en su infierno. Porque el hombre puede ser comprado con la belleza de la mujer, si la belleza es suficiente: y la belleza de la mujer siempre se puede comprar con oro, si el oro alcanza. Así era en mi tiempo y así será hasta el fin de los tiempos. El mundo es un gran mercado, Holly mío, donde todas las cosas están a la venta para quienes ofrecen el mayor precio en la moneda corriente de nuestros deseos.

Estas observaciones, que eran tan cínicas como podían esperarse de una mujer con la edad y la experiencia de Ayesha, me irritaron hasta tal punto, que respondí impertinentemente que en nuestro cielo no había matrimonio ni noviazgos.

—¿Quieres decir que en caso contrario no habría —observó—. ¡Vergüenza sobre ti, Holly, que piensas tan mal de nosotras, las pobres mujeres! ¿Quiere decir, entonces, que el matrimonio divide la línea entre tu cielo y tu infierno? Pero basta de esto. Ahora no es tiempo de discutir y contrastar nuestras opiniones. ¿Por qué discutes siempre? ¿Eres también uno de esos filósofos de los viejos tiempos? En cuanto a esta mujer, ella debe morir; pues, aunque puedo arrebatarse su amante, mientras esté viva él podría pensar en ella con ternura y yo no podría evitarlo. Ninguna mujer deberá reinar en los pensamientos de mi señor; mi imperio debe ser sólo mío. Ella ha gozado su hora, debe estar contenta; es mejor una hora de amor que un siglo de soledad... Ahora debe sumergirse en la noche.

—No, no —grité—, sería un crimen malvado. Y un crimen sólo puede traer el mal. Por tu propio bien, no lo cometes.

—¿Es, pues, un crimen, oh insensato, apartar a quien se interpone entre nosotros y nuestros fines? Entonces nuestra vida no es más que un largo crimen, Holly mío; porque todos los días destruimos algo para poder vivir, porque en este mundo sólo los más fuertes pueden resistir. Los débiles deben perecer; la tierra es para los fuertes, y también sus frutos. Por cada árbol que crece, otro debe marchitarse, porque el fuerte tomará su parte. Nos apresuramos a desplazar con nuestro poder los cuerpos muertos de los que fracasan y caen. Ay, conquistamos los alimentos que comemos de la boca de los niños hambrientos. Es el orden de las cosas<sup>[78]</sup>. Dices también que un crimen engendra el mal, pero en esto careces de experiencia; porque de muchos crímenes salen buenas cosas y del bien surgen muchos males. La ira cruel del tirano puede resultar una bendición para miles de hombres que vendrán después, y la blandura de corazón de un hombre santo puede engendrar una nación de esclavos. El hombre hace esto o aquello según la bondad o la maldad de su corazón; pero no sabe en qué

dirección lo impulsa su sentido moral; porque, cuando hiere, ignora en su ceguera dónde caerá el golpe, ni puede contar las hebras etéreas que tejen la tela de las circunstancias. Bien y mal, amor y odio, noche y día, dulzura y amargor, hombre y mujer, el cielo arriba y la tierra debajo... todas estas cosas son necesarias las unas para las otras ¿y quién conoce el fin de cada una? Te digo que ahí obra la mano del destino, que las entremezcla para soportar el peso de su propósito, y todas las cosas están reunidas en esa madeja donde todo es necesario. Por eso no alcanzamos a decir: esto es bueno y esto es malo, o la oscuridad es mala y la luz es buena; para otros ojos que no son los nuestros, lo malo puede ser lo bueno y la oscuridad más hermosa que el día, o todo igualmente les puede parecer bello. ¿Comprendes, Holly mío?

Pensé que era inútil argumentar contra una casuística de esta naturaleza, que si era llevada a su conclusión lógica podía destruir totalmente la moral entera, tal como la comprendíamos. Pero sus palabras me produjeron un nuevo estremecimiento de temor, pues, ¿qué no sería posible para un ser al cual no retienen las humanas leyes? Además, está completamente liberado del sentido moral del bien y el mal, que por más parcial y convencional que pueda ser, aún se basa —tal como nuestra conciencia nos dice— sobre el gran principio de la responsabilidad individual, que es lo que distingue al hombre de las bestias.

Pero, entre tanto, mi mayor preocupación era salvar a Ustane, a quien respetaba y quería, del horrible destino que proyectaba su sombra sobre ella a manos de su poderosa rival. Por eso, hice una nueva súplica.

—Ayesha —dije—, eres demasiado sutil para mí; pero tú misma me has dicho que cada hombre debe llevar la ley en sí mismo y seguir los dictados de su corazón. ¿Tu corazón no tiene piedad por aquélla que está en el lugar que quieres ocupar? Recuerda que según has dicho, a pesar de que para mí eso es increíble, el hombre que deseabas ha regresado a ti después de muchos siglos y que acabas de arrancarlo, como también tú dijiste, de las fauces de la muerte. ¿Quieres celebrar su llegada con el asesinato de alguien que lo ama y a quien quizá él también ama..., una mujer, por otra parte, que salvó su vida para ti cuando las lanzas de tus esclavos iban a ponerle fin? Sabes también que en otro tiempo has dañado lastimosamente a este hombre, a quien has asesinado con tu propia mano porque amaba a la egipcia Amenartas.

—¿Cómo sabías eso, oh extranjero? ¿Cómo conocías ese nombre? Yo nunca te hablé de eso —dijo gritando, mientras me cogía por un brazo.

—Quizá lo soñé —respondí—. Extraños sueños rondan por estas cavernas de Kôr. Parece, en realidad, que el sueño era una sombra de la verdad. ¿Qué has recibido de este loco crimen? Dos mil años de espera, ¿no es cierto? ¿Y ahora querías repetir la

historia? Digas lo que quieras, te advierto que sólo males saldrán de ello. Para quien lo haga, al menos, el bien engendrará el bien y el mal engendrará el mal, aun cuando posteriormente del mal pueda salir el bien. Las ofensas deben pagarse; pero infortunado sea aquel por quien llega la ofensa. Así decía aquel Mesías de quien te hablé, y estaba bien dicho. Si matas a esta inocente mujer, digo ante ti que serás maldita y que no cosecharás frutos de tu antiguo árbol del amor. Además, ¿qué crees? ¿Crees que este hombre querrá tomarte con las manos ensangrentadas por el asesinato de aquélla que lo amaba y que lo cuidó?

—En cuanto a eso —respondió Ayesha—, ya te he contestado. Aunque te hubiese matado lo mismo que a ella, aun así él me amaría, Holly, porque no puede evitarlo nunca más, como tú tampoco podrías salvarte de la muerte si por azar yo te matara, oh Holly. Sin embargo, tal vez haya algo de verdad en lo que dices; porque de alguna manera oprime mi mente. Si es posible perdonaré a esta mujer. ¿Acaso no te he dicho ya que no soy cruel por el gusto de la crueldad? No me gusta ver sufrir ni causar sufrimientos. Hazla venir ante mí... ¡De prisa, ahora, antes que cambie de idea!

Con rapidez, cubrió su rostro con sus diáfanas envolturas. En cuanto a mí, complacido por haber tenido éxito hasta este punto, salí al corredor y llamé a Ustane, cuyas blancas vestiduras distinguí a algunas yardas de distancia; estaba acurrucada junto a una de las lámparas de arcilla colocadas a intervalos a lo largo del túnel. Se levantó y se acercó corriendo hacia mí.

—¿Ha muerto mi señor? ¡Oh, dime que no ha muerto! —gritó, levantando su rostro de noble aspecto hacia mí, bañada en lágrimas y con un aire de infinita súplica que me llegó al corazón.

—No, vive —respondí—. *Ella* lo ha salvado. Entra.

Suspiró profundamente y entró, cayendo sobre sus manos y rodillas, según la costumbre de los amahagger, ante la presencia de la terrible *Ella*.

—Levántate —dijo Ayesha con su voz más fría—, y ven aquí.

Ustane obedeció, quedando de pie ante ella, con la cabeza inclinada.

Luego hubo una pausa, que rompió Ayesha.

—¿Quién es este hombre? —dijo, señalando la dormida figura de Leo.

—El hombre es mi esposo —replicó Ustane en voz baja.

—¿Quién te lo entregó como esposo?

—Lo escogí yo, de acuerdo con la costumbre de nuestro país, oh *Ella*.

—Has hecho mal, mujer, al escoger a este hombre, que es un extranjero. No es un hombre de tu propia raza y la costumbre no es válida por eso. Escucha: tal vez lo hiciste por ignorancia; por eso, mujer, yo te perdono. De otro modo, habrías muerto.

Escucha otra vez. Vete de aquí a tu propio lugar y nunca más te atrevas a hablar o poner tus ojos sobre este hombre. No es para ti. Escucha por tercera vez. Si quiebras esta mi ley, en ese momento morirás. ¡Vete!

Pero Ustane no se movió.

—¡Vete, mujer!

Entonces *Ella* levantó la vista y vi que su rostro estaba atormentado por la pasión.

—No, ¡oh *Ella!*, no me voy —respondió con voz ahogada—. El hombre es mi esposo y no lo dejaré. ¿Qué derecho tienes tú para ordenarme que abandone a mi esposo?

Ví que un pequeño estremecimiento recorría la figura de Ayesha y temblé yo también, temiendo lo peor.

—Sé misericordiosa —dije en latín—; la naturaleza la hace obrar así.

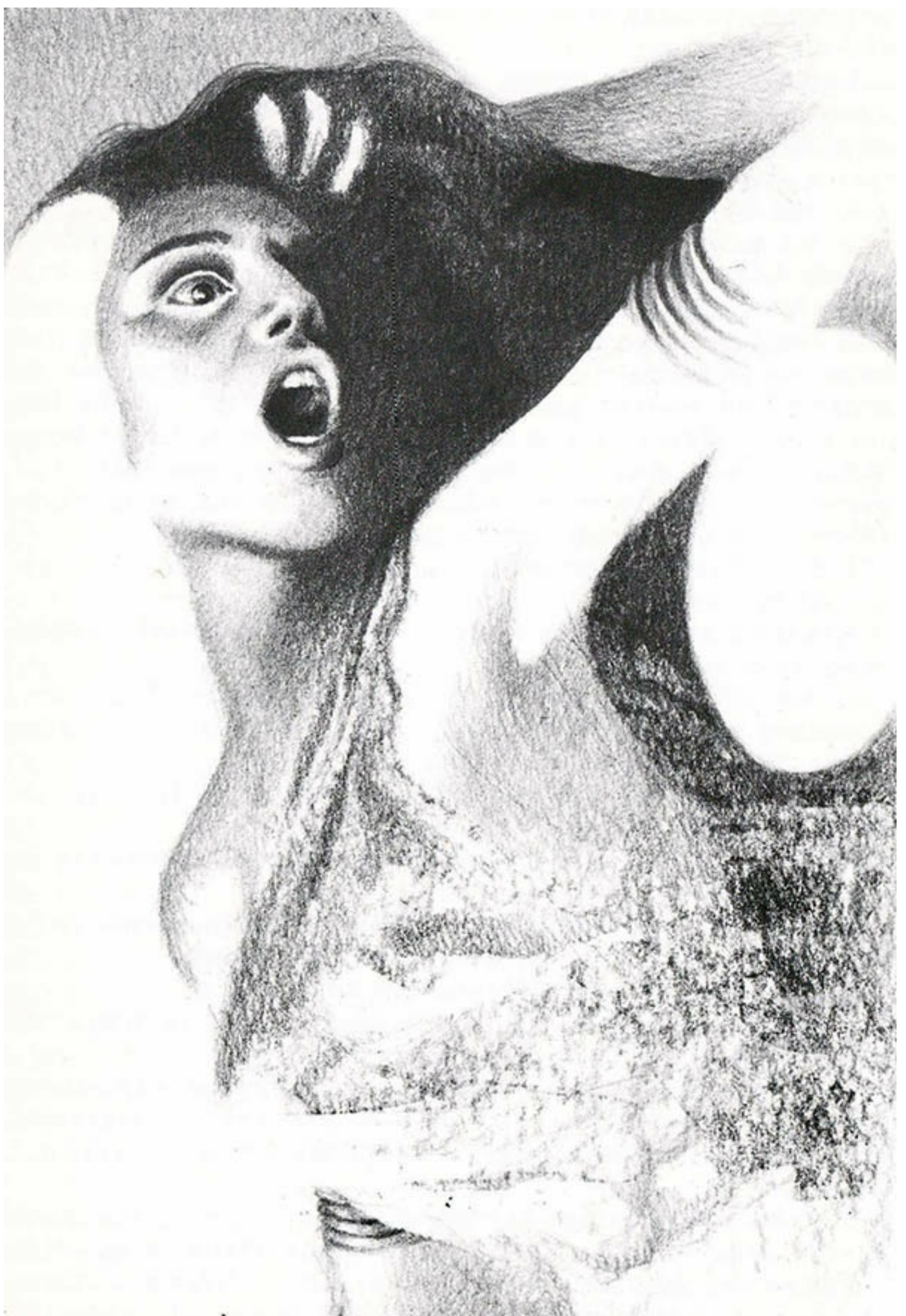
—Soy misericordiosa —respondió Ayesha fríamente en la misma lengua—; si no lo fuese, ya habría muerto.

Luego, dirigiéndose a Ustane, exclamó:

—¡Mujer, a ti te lo digo, vete antes que te destruya allí donde estés!

—¡No quiero irme! ¡Él es mío! —gritó Ustane angustiosamente—. ¡Yo lo escogí y salvé su vida! ¡Destruyeme, entonces, si tienes el poder! ¡No te daré nunca a mi esposo...! ¡Nunca..., nunca!





Ayesha hizo un movimiento tan rápido, que apenas pude seguirlo, pero me pareció que golpeó ligeramente a la pobre muchacha con la mano en la cabeza. Miré a Ustane y entonces retrocedí tambaleando del horror, porque allí, sobre su cabello, cruzando sus trenzas bronceadas, había tres señales de dedos, *blancos como la nieve*. En cuanto a la joven en sí, se había llevado las manos a la cabeza y miraba aturdida.

—¡Por todos los cielos! —exclamé, completamente despavorido ante esta espantosa manifestación de un poder sobrehumano; pero *Ella* se limitó a reír un poco.

—Pensabas, pobre loca ignorante —dijo a la azorada mujer—, que no tenía poder para matar. Espera, allí hay un espejo —señaló al espejo redondo que Leo usaba para afeitarse y que había sido dispuesto por Job junto con otros objetos sobre su neceser de viaje—. Dáselo a esta mujer, Holly mío; hazle ver lo que tiene en su pelo y que observe si tengo o no poder para matar.

Cogí el espejo y lo sostuve ante los ojos de Ustane. Ella lo miró fijamente, se tentó el cabello, se contempló otra vez y de inmediato cayó al suelo con una especie de sollozo.

—¿Y ahora quieres irte o tengo que golpear por segunda vez? —preguntó Ayesha burlonamente—. Mira, he puesto mi sello sobre ti y por lo tanto podré conocerte hasta que todo tu cabello esté tan blanco como éstos. Si vuelvo a ver tu rostro, puedes estar segura también de que tus huesos pronto estarán más blancos que mi marca sobre tu cabellera.

Llena de espanto y descorazonada, la pobre criatura se levantó y, señalada por aquella horrible marca, se arrastró por la habitación, sollozando amargamente.

—No estés tan asustado, Holly mío —dijo Ayesha cuando la muchacha salió—. Ya te dije que no trafico con magia... No existe tal cosa. Es sólo una fuerza que tú no puedes comprender. La he marcado para infundir terror en su corazón. De otro modo la hubiese tenido que matar. Y ahora ordenaré a mis servidores que transporten a mi

señor Calícrates a una habitación cercana a la mía, para que pueda velar por él y estar preparada para saludarle cuando despierte. También tú, Holly mío, y el hombre blanco, tu servidor, deberán venir allí. Pero recuerda una cosa, por tu cuenta y riesgo. Nada debes decir a Calícrates acerca de cómo partió esta mujer y tampoco debes hablar de mí. ¡Ahora, pues, te lo he advertido!

Dicho esto, salió con su suave y ondulante paso para dar sus órdenes, dejándome más confundido que nunca. En realidad estaba tan aturdido, atormentado y desgarrado por semejante sucesión de emociones diversas, que comencé a pensar que iba a enloquecer. No obstante, quizá afortunadamente, tuve poco tiempo para reflexionar, porque en seguida llegaron los mudos para llevar al dormido Leo y nuestras pertenencias a través de la caverna central, de modo que por un momento todo fue bullicio y animación. Nuestras nuevas habitaciones estaban situadas detrás de lo que acostumbrábamos a llamar el tocador de Ayesha —el ámbito separado por cortinas donde la había visto por primera vez—. Ignoraba entonces el lugar donde ella dormía, pero debería estar bastante cerca.

Aquella noche la pasé en el cuarto de Leo, pero él durmió todo el tiempo como un muerto, sin agitarse ni una sola vez. Yo también dormí muy bien, cosa que en verdad necesitaba, pero mi descanso estuvo plagado de sueños habitados por todos los horrores y maravillas que había experimentado. Principalmente fui perseguido por aquella aterradora pieza de *diablerie* por medio de la cual Ayesha había impreso la marca de sus dedos sobre el cabello de su rival. Había algo tan terrible en su veloz y serpentino movimiento y en la instantánea impresión blanca de aquella triple línea, que no creo que hubiese quedado más impresionado si los resultados de esa acción sobre Ustane hubieran sido mucho más tremendos. Hasta hoy sueño a menudo con aquella espantosa escena y veo a la llorosa mujer, llena de congoja y marcada como Caín, lanzando una última mirada a su amado y retirándose a rastras de la presencia de su terrible Reina.

Otro sueño que me perturbó fue debido a la enorme pirámide de huesos. Soñé que todos se levantaban y marchaban ante mí por millares y decenas de millares —en escuadrones, compañías y ejércitos— con el sol brillando a través de sus huecas costillas. Se precipitaban cruzando la llanura de Kôr, su hogar imperial; vi cómo caían ante ellos los puentes levadizos y escuché tintinear sus huesos bajo las soldadas puertas. Marchaban por las espléndidas calles, cruzaban ante palacios, fuentes y templos tales como nunca vieron ojos humanos. Pero no había ningún hombre para recibirlos en la plaza del mercado y ningún rostro de mujer aparecía en las ventanas... Sólo una voz descarnada iba delante de ellos, clamando: «¡*La Imperial Kôr ha*

*caído...! ¡Ha caído...! ¡Ha caído!* Adelante, por la ciudad, marchaban estas fulgurantes falanges, y sus huesos crujían horribilmente a su paso, mientras el eco devolvía el rumor a través del aire silencioso. Cruzaban la ciudad y trepaban a sus murallas, marchando por la ancha calzada construida sobre el muro, hasta que al fin alcanzaban de nuevo el puente levadizo. Entonces, mientras el sol se ponía, regresaban a su sepulcro. La luz del poniente brillaba lúgubrementemente en las cuencas de sus ojos vacíos, y proyectaba las gigantescas sombras de sus huesos que se alargaban a la distancia; se arrastraban, se arrastraban como enormes patas de araña en tanto sus ejércitos cruzaban la llanura. Luego retornaron a la caverna, y una vez más, uno por uno, se arrojaron en filas interminables por el agujero que se abría sobre el pozo de los huesos. Entonces me desperté temblando, para ver a *Ella*, que evidentemente había estado de pie entre mi lecho y el de Leo, y que se había deslizado como una sombra en la habitación.

Después me dormí otra vez, profundamente en esta ocasión, hasta la mañana, en que desperté muy reconfortado y me levanté. Al fin se aproximó la hora en que, según Ayesha, iba a despertar Leo. En esos momentos llegó *Ella*, velada como de costumbre.

—Ahora verás, oh Holly —dijo—, que se despertará sano y la fiebre habrá desaparecido.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando Leo se dio la vuelta y extendió sus brazos, bostezó, abrió los ojos y, percibiendo una forma femenina que se inclinaba sobre él, la rodeó con sus brazos y la besó, creyendo tal vez que era Ustane. De todos modos, dijo en árabe:

—Hola, Ustane, ¿por qué te has envuelto así la cabeza? ¿Tienes dolor de muelas? —y luego, en inglés—: Vaya, tengo un hambre espantosa. Oye, Job, viejo tunante, ¿quién demonios nos ha traído aquí... eh?

—Por cierto que me gustaría saberlo, señor Leo —dijo Job, soslayando suspicazmente a Ayesha, a quien aún miraba con el mayor disgusto y horror, ya que no estaba del todo seguro de si se trataba o no de un cadáver animado—, pero usted no debe hablar, señor Leo; ha estado muy enfermo y nos ha proporcionado grandes motivos de ansiedad. Y si esta señora —miró a Ayesha— tuviera la amabilidad de apartarse, le traeré su sopa.

Esto atrajo la atención de Leo sobre la «señora», que estaba de pie, en perfecto silencio.

—¡Toma! —dijo—; ésta no es Ustane..., ¿Dónde está Ustane?

Entonces, por primera vez, Ayesha le habló, y sus primeras palabras fueron una

mentira.

—Se ha ido de aquí para una visita —dijo—; y, mira, yo estoy aquí en su lugar como tu asistenta.

Las argentinas notas de la voz de Ayesha parecieron confundir el intelecto semi-despierto de Leo, como así lo hicieron los ropajes mortuorios. Sin embargo no dijo nada por el momento; pero bebió su sopa con avidez, se volvió en el lecho y durmió hasta el atardecer. Cuando despertó por segunda vez, me vio y comenzó a preguntarme acerca de lo que había sucedido, pero yo me evadí lo mejor que pude hasta la mañana siguiente, cuando despertó casi milagrosamente mejorado. Entonces le hice un somero relato de su enfermedad y de lo que yo había hecho, pero como Ayesha estaba presente no pude contarle mucho, excepto que ella era la Reina del país y que estaba bien dispuesta hacia nosotros y que le complacía ir velada; aunque naturalmente hablaba en inglés, temía que ella pudiese comprender lo que estábamos diciendo por la expresión de nuestros rostros; además, recordaba su advertencia.

Al día siguiente Leo se levantó casi enteramente recuperado. La herida de su costado había cicatrizado y su constitución, naturalmente vigorosa, había salido de la extenuación inherente a su terrible fiebre con una rapidez que sólo puedo atribuir a los efectos de la maravillosa droga que Ayesha le había dado y también a que la acción de su enfermedad había sido demasiado breve para que le perjudicase demasiado. Con la vuelta de la salud, retornó el recuerdo de todas sus aventuras, desde el momento en que había perdido el conocimiento en las ciénagas; y desde luego el de Ustane también, por donde descubrí que el afecto que lo unía a la muchacha había crecido considerablemente. En realidad me abrumó a preguntas acerca de la pobre joven, que no me atreví a responder, ya que, después del primer despertar de Leo, *Ella* me había llamado y nuevamente me advirtió solemnemente que no debía revelar nada de la historia, insinuándome delicadamente que si lo hacía sería peor para mí. Me previno asimismo, por segunda vez, que no dijese nada a Leo sobre ella sino lo indispensable, diciendo que ella misma le explicaría las cosas en el momento oportuno.

En realidad, su actitud había cambiado. Después de todo lo que había visto, yo esperaba que ella aprovecharía la primera oportunidad para reclamar como suyo al que creía era su amado del mundo antiguo. Pero por alguna razón personal que en esos momentos me resultaba inescrutable, no lo hizo así. Se limitó a atender serenamente a sus necesidades, con una humildad que contrastaba sorprendentemente con sus antiguas formas imperiosas, dirigiéndose a él en un tono muy respetuoso y manteniéndose a su lado todo lo posible. Como es natural, la curiosidad de Leo ante esta misteriosa mujer era tan intensa como lo había sido la mía propia, y estaba

especialmente ansioso por ver su rostro, del cual yo le había dicho, sin entrar en detalles, que era tan encantador como su silueta y su voz. Esto era suficiente de por sí para despertar las expectativas de un hombre joven hasta un extremo peligroso; y de no haber sido porque aún no estaba completamente restablecido de los efectos de su enfermedad y porque estaba muy preocupado por Ustane, de cuyo afecto y valerosa devoción hablaba en emocionados términos, no tengo dudas de que habría caído en sus redes enamorándose de ella rápidamente. Tal como estaban las cosas, Leo sentía sencillamente una curiosidad feroz. Como también me sucedía a mí, experimentaba cierto pavor, porque, aunque Ayesha no le había hecho ninguna insinuación acerca de su extraordinaria edad, él la identificaba, no sin lógica, con la mujer mencionada en la vasija. Al fin, arrinconado por sus continuas preguntas, lo remití a Ayesha, diciéndole —sin faltar a la verdad— que no sabía dónde estaba Ustane. Por ello, después que Leo desayunó vorazmente, nos trasladamos a presencia de *Ella*, porque sus mudos tenían orden de admitirnos a toda hora.

Como era habitual, estaba sentada en el lugar que, a falta de un término mejor, llamábamos su tocador. Tras descorrer las cortinas, se levantó de su diván y, estrechándonos las manos, nos saludó, o mejor dicho saludó a Leo; porque yo, tal como había imaginado, era tratado ahora con bastante frialdad. Era un bonito espectáculo ver su velada silueta deslizándose hacia el vigoroso joven británico, vestido con su traje de franela gris; porque Leo, a pesar de que era griego a medias por su sangre, era con excepción de su cabello, uno de los hombres con aspecto más británico que he conocido. No tenía nada del aire astuto y las resbaladizas maneras del griego moderno, a pesar de que había heredado, supongo, la notable belleza personal de su madre extranjera, a cuyo retrato se asemejaba no poco. Es muy alto y de ancho pecho, pero no desgarrado, como lo son muchos hombres corpulentos, y su cabeza estaba implantada de modo que le daba un aspecto vigoroso y altivo, que había sido bien traducido en su nombre amahagger de «León».

—Bienvenido seas, mi joven señor extranjero —dijo ella con su voz más suave—. Me alegro mucho de verte en pie. Créeme, si no te hubiese salvado en el último momento, nunca te habrías vuelto a parar sobre tus pies. Pero el peligro ha pasado y a mí me corresponde ahora —proyectó un mundo de promesas en estas palabras— cuidar de que no vuelva nunca más.

Leo se inclinó ante ella y luego, en su mejor árabe, le agradeció todas sus gentilezas y cortesías al ocuparse de alguien desconocido.

—No —respondió ella suavemente—, malo sería el mundo que se pasara sin un hombre así. La belleza es demasiado rara en él. No me des las gracias, porque me

siento feliz con tu llegada.

—¡Vaya, viejo! —dijo Leo en inglés hacia mi lado—, la dama es muy cortés. Parece que hemos caído entre algodones. Espero que no hayas perdido tus oportunidades. ¡Por Júpiter! ¡Qué par de brazos tiene!

Le di con el codo en las costillas para que se callase, porque había advertido un resplandor en los velados ojos de Ayesha, que me observaba con curiosidad.

—Confío —prosiguió Ayesha— en que mis servidores te habrán atendido bien; y, si es posible que haya comodidades en este pobre lugar, debes estar seguro de que las obtendrás. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Sí, oh *Ella* —respondió Leo apresuradamente—, me gustaría saber dónde se ha ido la joven que me cuidaba.

—Ah —dijo Ayesha—, la muchacha... Sí, la he visto. No, no sé; ella dijo que se iría, no sé adonde. Tal vez volverá, tal vez no. Es aburrido cuidar a los enfermos, y estas mujeres salvajes son inconstantes.

Leo recibió aquella noticia con malhumor y angustia al mismo tiempo.

—Es muy extraño —me dijo en inglés, y luego, dirigiéndose a *Ella*, prosiguió en árabe:

—No lo puedo comprender; la muchacha y yo..., bueno..., en síntesis, nos teníamos afecto.

Ayesha rió un poco con su acento tan musical y luego cambió de tema.

## XIX

### *¡Dadme un macho cabrío negro!*

La conversación que siguió fue tan inconexa que no vale la pena reproducirla. Por alguna razón, quizá por el deseo de mantener en reserva su identidad y carácter, Ayesha no habló libremente, como habitualmente lo hacía. Sin embargo informó a Leo entonces que había dispuesto una danza aquella noche para nuestra diversión. Me sorprendió oírlo, porque suponía que los amahagger era un pueblo demasiado sombrío para condescender con frivolidad alguna. Pero como se verá luego con más claridad, sucedía que una danza amahagger tenía poco en común con esta clase de festividades fantásticas de otros países, salvajes o civilizados. Entonces, cuando íbamos a retirarnos, ella sugirió que quizá a Leo le gustaría ver algunas de las maravillas de las cavernas y, como él aceptó con alegría, partimos hacia allá, acompañados por Job y Billali. Describir esta visita sería repetir en gran medida todo lo que ya he dicho. No obstante, las tumbas donde entramos eran distintas, en realidad, porque toda la montaña era una verdadera colmena de sepulcros<sup>[79]</sup>; pero el contenido era casi siempre similar. Más adelante visitamos la pirámide de huesos que me había obsesionado en sueños la noche anterior y de allí fuimos por un largo pasadizo hasta una de las grandes bóvedas ocupadas por los cuerpos de los ciudadanos más pobres de la Imperial Kôr. Estos cuerpos no estaban tan bien conservados como los pertenecientes a las clases acomodadas. Muchos de ellos no estaban cubiertos por las piezas de tela; además habían sido sepultados en número de quinientos o mil en una sola y amplia bóveda, y en algunos casos los cadáveres estaban estrechamente apilados, unos sobre otros, como un montón de cuerpos asesinados.

Leo, como es natural, estaba tan intensamente interesado en este espectáculo



estupendo y sin igual, que era realmente capaz de despertar toda la imaginación que posee el hombre que vive intensamente. Pero no resultaba atractivo para el pobre Job. Sus nervios —ya seriamente afectados por todo lo sucedido desde que habíamos llegado a aquel terrible país— quedaron aún más sacudidos, como puede imaginarse, por el espectáculo de esta difunta humanidad, porque, aunque las formas se presentaban perfectas ante sus ojos, sus voces habían enmudecido para siempre en el silencio eterno de las tumbas. No se sintió consolado cuando el viejo Billali, para calmar su evidente agitación, le informó que no debería sentirse asustado ante estos muertos, ya que pronto sería como ellos.

—Bonita cosa para decirle a un hombre, señor —exclamó cuando le traduje esta breve acotación—; ¿pero, qué se puede esperar de un viejo caníbal salvaje? Nada; pero me atrevo a decir que tiene razón.

Y Job suspiró. Cuando concluimos de examinar las cavernas volvimos para comer, porque ya eran más de las cuatro de la tarde y todos necesitábamos algún alimento y descanso, especialmente Leo. A las seis, junto con Job, fuimos a ver a Ayesha, que aterrorizaría aún más a nuestro pobre servidor mostrándole las imágenes en la superficie del agua de la vasija parecida a una fuente. Ella supo por mí que era uno entre diecisiete hermanos y entonces le rogó que pensara en todos sus hermanos y hermanas, o en tantos de ellos como pudiese, reunidos en la granja de su padre. Luego le dijo que mirase el agua y allí, en su tranquila superficie, estaba aquella inerte escena de tantos años atrás, tal como había sido evocada por la retentiva del cerebro. Algunos de los rostros eran bastante claros, pero otros eran meros borrones o manchas, o tenían algún rasgo burdamente exagerado; el hecho era que en esos casos Job no había sido capaz de recordar la apariencia exacta de los individuos, o los rememoraba tan sólo por alguna peculiaridad de su familia, y el agua sólo podía reflejar lo que él veía con los ojos de su mente. Porque debe señalarse que *Ella* tenía en esta materia un poder estrictamente limitado; en apariencia, salvo en muy pocas circunstancias, ella podía solamente reproducir en el agua lo que había en la mente de alguno de los presentes, y ello limitado por la voluntad de los mismos. Pero, si se trataba de algo que ella conocía personalmente, como en el caso de nosotros y la ballenera, podía proyectar su reflejo en el agua y también, parece, la reflexión de cualquier cosa extraña que pasara por allí en ese momento. Este poder, sin embargo, no se extendía a la mente de los demás. Por ejemplo, ella podía mostrarme el interior de la capilla de mi universidad tal como yo la recordaba, pero no como era en el momento de la reflexión; porque, en lo que respecta a otras personas, su arte estaba estrictamente limitado a los hechos o memorias presentes en *sus* conciencias en ese momento. Esto

sucedía así hasta tal punto, que cuando intentamos, para divertirla, mostrarle imágenes de edificios famosos, como San Pablo o el Parlamento, el resultado fue de lo más imperfecto; pues aunque teníamos, como es natural, una buena idea general de su aspecto, no éramos capaces de recordar los detalles arquitectónicos y por lo tanto faltaban las menudencias necesarias para un perfecto reflejo. Pero Job no se avenía a comprender esto y, lejos de aceptar una explicación natural del fenómeno —que después de todo, aunque resultase bastante extraño para la conciencia no era más que un caso glorioso y perfeccionado de telepatía—, lo consideraba una manifestación de la más negra magia. Nunca olvidaré el aullido de terror que lanzó cuando vio los retratos más o menos perfectos de sus hermanos, desperdigados hacia tanto tiempo, que lo miraban con fijeza desde el agua quieta o la alegre carcajada con que Ayesha saludó su consternación. En cuanto a Leo, no reaccionó como aquél, pero hundió sus dedos entre los rubios rizos de su cabeza y señaló que aquello le daba pavor.

Después de una hora dedicada a esta diversión, en cuya última parte no participó Job, los mudos indicaron por señas que Billali aguardaba una audiencia. Acorde con ello, se le dijo que «reptara» hacia aquí, lo cual hizo desmañadamente, como de costumbre. Anunció que la danza estaba lista para empezar, si *Ella* y los extranjeros blancos se dignaban concurrir. Poco después, todos nos levantamos. Ayesha se echó una capa oscura sobre sus blancas envolturas (la misma, por cierto, que usaba cuando la vi maldiciendo junto al fuego) y salimos. La danza iba a efectuarse al aire libre, en la suave explanada rocosa situada frente a la gran caverna, y hacia allí nos dirigimos. A unos quince pasos de la boca de la caverna hallamos tres sillas colocadas y allí nos sentamos a esperar, porque no había danzarines a la vista. La noche era algo oscura, pero no demasiado; la luna no había aparecido aún y nos preguntábamos como podríamos ver la danza en esas condiciones.

—Ya lo comprenderás —dijo Ayesha con una risita cuando Leo le preguntó; y claro que comprendimos. Apenas habían salido estas palabras de su boca, cuando de todos los rincones irrumpieron oscuras siluetas, llevando cada una de ellas algo que al principio tomamos por una enorme antorcha llameante. Sea lo que fuere, ardía furiosamente, porque las llamas se alzaban a una yarda, al menos, por encima de cada portador. Entonces se acercaron unos cincuenta más, llevando sus cargas llameantes y semejando otros tantos demonios del infierno. Leo fue el primero en descubrir en qué consistían aquellas cargas semejantes a antorchas.

—¡Por todos los cielos! —exclamó—, ¡son cadáveres encendidos!

Los miré una y otra vez fijamente: Leo tenía razón. ¡Las antorchas que iban a iluminar nuestro festejo eran momias humanas de las cavernas!

Los portadores de los cadáveres llameantes corrieron hasta encontrarse en un punto situado a veinte pasos de nosotros y allí edificaron, con su tétrica carga, una enorme hoguera. ¡Cielos! ¡Cómo bramaban y ardían! Ni un barril de brea hubiese ardidido como lo hacían aquellas momias. Pero esto no fue todo. De pronto vi a un corpulento individuo que cogía un brazo en llamas que se había desprendido del cuerpo de su dueño y corría hacia la oscuridad. Se detuvo en seguida y una alta franja de fuego se elevó en el aire, iluminando las tinieblas y también la lámpara de donde surgía. Esa lámpara era la momia de una mujer amarrada a una robusta estaca fijada a la roca, y el hombre había dado fuego a sus cabellos. Luego dio unos pocos pasos y encendió una segunda y luego una tercera y cuarta momia, hasta que al fin nos vimos rodeados por tres lados de un gran anillo formado por cuerpos que ardían furiosamente, ya que el material con que habían sido conservados los había vuelto tan inflamables, que las llamas surgían literalmente de sus orejas y boca en lenguas de fuego de un pie o más de longitud.

Nerón iluminaba sus jardines con cristianos vivos embadurnados de brea, y ahora nosotros éramos agasajados con un espectáculo semejante, que probablemente era el primero desde aquellos tiempos; sólo que por fortuna nuestras lámparas no estaban vivas.

Pero, si bien faltaba, por suerte, ese elemento de horror, apenas me atrevo a describir con mis pobres medios, tan insuficientes, el espantoso y repugnante espectáculo que se nos presentaba. Para comenzar, afectaba a la susceptibilidad, tanto moral como física. Había algo terrible y a la vez fascinante en el empleo de aquellos muertos remotos para iluminar las orgías de los vivos; en sí mismo el hecho era una sátira, tanto para los vivos como para los muertos. Puede ser que las cenizas de César (¿o eran las de Alejandro?) hayan servido para tapar el orificio de un tonel<sup>[80]</sup>, pero la función de estos Césares muertos del pasado era la de iluminar una salvaje danza fetichista. A tan bajos usos podremos llegar, si tan poca consideración gozamos en el pensamiento de las anhelantes multitudes que criamos, cuya mayoría, lejos de reverenciar nuestra memoria, vivirá para maldecirnos por engendrarlas en un mundo de dolor.

Éste era el aspecto físico del espectáculo y por cierto que era salvaje y espléndido. Aquellos antiguos ciudadanos de Kôr ardían —si se podía juzgar por sus esculturas e inscripciones— como habían vivido: muy de prisa y con la mayor liberalidad. Además, eran muy abundantes. Tan pronto como una momia se había quemado hasta los tobillos, lo cual llevaba unos veinte minutos, se arrojaban los pies y se colocaba

otra en su lugar. La hoguera era alimentada en la misma generosa escala, y sus llamas se alzaban, con silbidos y crepitaciones, hasta una altura de veinte o treinta pies, lanzando grandes resplandores sobre las tinieblas, por donde las oscuras formas de los amahagger revoloteaban de un lado a otro como diablos, mientras atizaban los infernales fuegos. Todos contemplábamos inmóviles y estupefactos —impresionados pero también fascinados— este extraño espectáculo y casi esperábamos ver los espíritus que aquellas figuras llameantes habían contenido alguna vez volver arrastrándose desde las sombras para tomar venganza sobre sus profanadores.

—Te había prometido un extraño espectáculo, Holly mío —rio Ayesha, cuyos nervios eran los únicos que no parecían afectados, y fíjate, no te he defraudado. Además, conlleva una lección. No te confíes al futuro porque, ¿quién sabe lo que el futuro puede traer? Por tanto, vive para el presente y no te empeñes en escapar al polvo que parece ser el destino final del hombre. ¿Qué crees que hubiesen sentido esos nobles y damas, hace tanto tiempo olvidados, si hubieran sabido que llegaría un día en que sus delicados cuerpos iban a servir para iluminar la danza de unos salvajes? Pero mira, aquí llegan las máscaras; una alegre compañía... ¿no es cierto? La escena está iluminada... Ahora comienza la representación.

Mientras hablaba, divisamos dos filas de figuras, una masculina y otra femenina, hasta sumar unos cien individuos, los cuales avanzaron alrededor de la hoguera humana, ataviados solamente, como era usual, con sus pieles de leopardo y de gamo. Se alinearon en dos filas, unos frente a otros, entre el fuego y nosotros. Luego comenzó la danza..., una especie de cancan infernal y diabólico. Describirla sería casi imposible, pero, aunque había una buena cantidad de movimientos de piernas y pasos cruzados, a nuestras mentes incultas nos parecía que era más un drama que una danza. Y como era habitual en este espantoso pueblo —cuyas mentalidades parecían haber tomado su color de las cavernas en que vivían y cuyos juegos y diversiones se surtían de los inextinguibles depósitos de mortalidad conservada en las tumbas cuya morada compartían— el tema parecía de lo más horrible. Sé que representaba ante todo un intento de asesinato y luego el enterramiento de la víctima viva, así como su lucha en la tumba; cada acto del abominable drama, que era representado en perfecto silencio, se completaba al fin con una furiosa y aún más repugnante danza alrededor de la supuesta víctima, que se retorció en el suelo a la luz rojiza de la hoguera.

A poco, sin embargo, esta agradable pieza se interrumpió. De pronto hubo una ligera conmoción, y una corpulenta y fuerte mujer, a quien había advertido como una de las más vigorosas bailarinas, ebria y enloquecida con una impía excitación, vino dando brincos y tropezones hasta donde estábamos nosotros, chillando mientras se

acercaba:

—¡Quiero un macho cabrío negro, necesito un macho cabrío negro, traedme un macho cabrío negro!

Y cayó sobre el suelo rocoso, retorciéndose y echando espuma por la boca, mientras chillaba pidiendo un macho cabrío negro, dando el espectáculo más horrible que pueda concebirse.

Instantáneamente, la mayoría de los bailarines se agruparon alrededor de la mujer, aunque algunos continuaron con sus cabriolas al fondo.

—Esta poseída por un demonio —clamó uno de ellos—. Corre y coge un macho cabrío. ¡Vamos, demonio, tranquilízate! ¡Quieto! Ahora vas a recibir el macho cabrío. Ya han ido a buscarlo, diablo.

—¡Quiero un macho cabrío negro, necesito un macho cabrío negro! —chillaba otra vez la espumajante y convulsa criatura.

—¡Muy bien, diablo, el macho cabrío estará aquí en seguida; quédate quieto, éste es un buen diablo!

Y entonces el macho cabrío, traído de un redil vecino, llegó arrastrado por los cuernos hasta la escena.

—¿Es negro, es negro? —chillaba la posesa.

—Sí, sí, diablo, es negro como la noche —y luego, aparte—: sosténle detrás de ti, no dejes que el diablo vea que tiene una mancha blanca en su rabadilla y otra en su vientre. En un minuto, diablo. Aquí, corta su gatzate, de prisa. ¿Dónde está el cuenco?

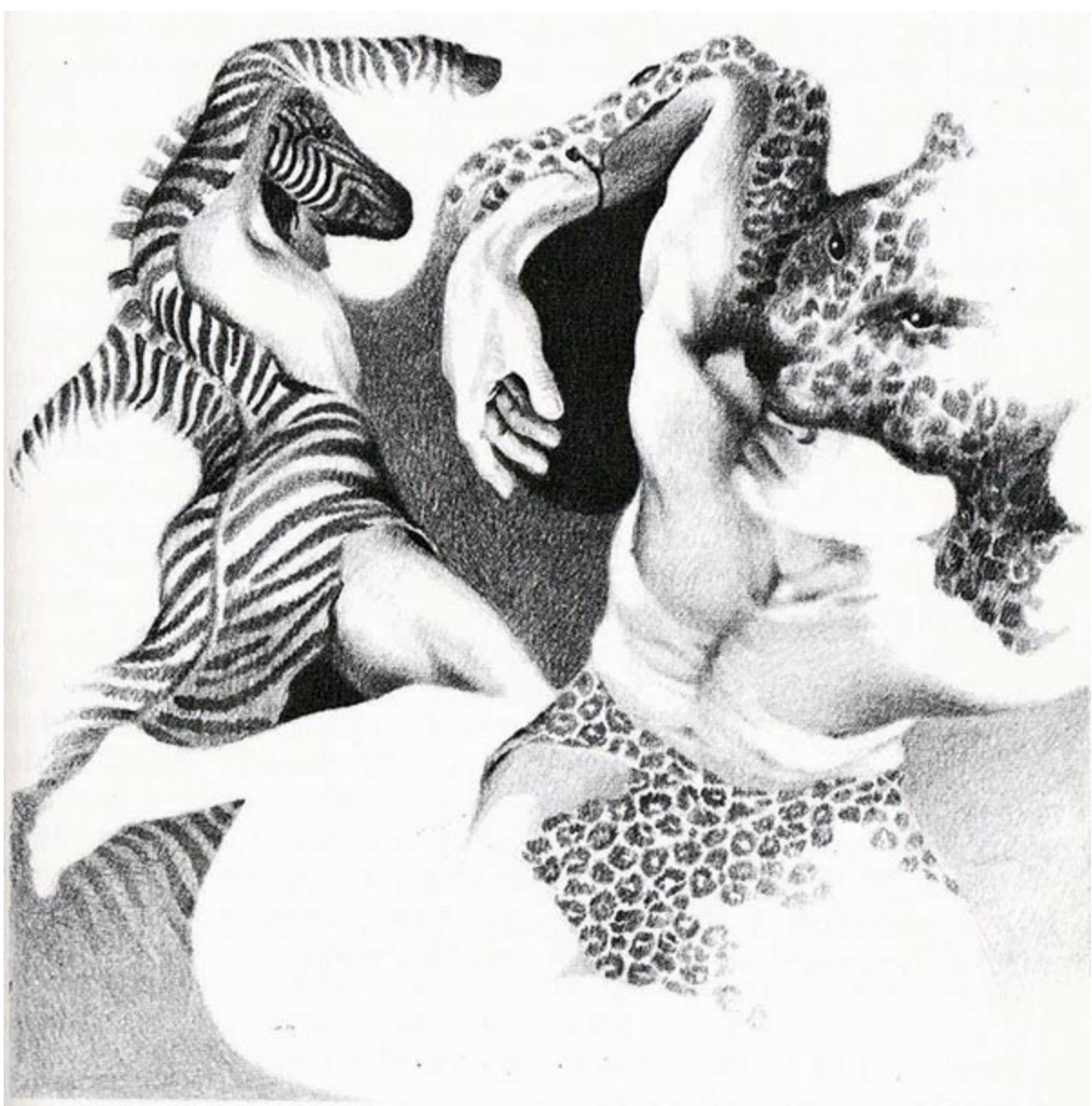
—¡El macho cabrío! ¡El macho cabrío! ¡El macho cabrío! ¡Dadme la sangre de mi macho cabrío negro! Lo necesito, ¿no veis que lo necesito? ¡Oh!, ¡oh!, ¡oh! ¡Dadme la sangre del macho cabrío!

En ese momento un aterrorizado *jbeh!* anunció que el pobre macho cabrío había sido sacrificado, y al minuto siguiente una mujer corrió con un cuenco lleno de su sangre. Entonces ¡a posesa, que estaba delirando y echando espuma por la boca, lo cogió y *bebió* la sangre. Instantáneamente se recobró, sin que quedase traza de su histeria, de su ataque, de haber estado poseída o de cualquier otra cosa espantosa que le hubiese aquejado. Estiró sus brazos, sonrió débilmente y caminó hacia los danzarines con tranquilidad. Aquellos se habían colocado otra vez en una doble línea, como al principio, dejando desierto el espacio entre la hoguera y nuestro puesto.

Pensé que ya había terminado la diversión y, sintiéndome algo extraño, iba a preguntar a *Ella* si podíamos levantarnos, cuando de improviso lo que al principio tomé por un mandril vino saltando alrededor del fuego y de inmediato salió a su

encuentro por el otro lado un león, mejor dicho un ser humano vestido con una piel de león. Luego apareció un macho cabrío y un hombre oculto bajo la piel de un buey, con los cuernos bamboleándose de un modo risible. Lo siguieron un impala, un koodoo, un blesbok y luego una muchacha que llevaba cosida una piel de boa constrictor, brillante y escamosa (cuyo extremo, de algunas yardas de largo, arrastraba detrás de sí), entre otros muchos animales, incluyendo más machos cabríos. Cuando todas las bestias estuvieron reunidas, comenzaron a bailar de un modo pesado y poco natural, mientras imitaban los sonidos de los respectivos animales que representaban, hasta que el aire vibró con rugidos, balidos y silbidos de serpientes. Esto duró bastante tiempo, hasta que, empezando a cansarme de la pantomima, pregunté a Ayesha si había alguna objeción a que Leo y yo fuéramos a caminar por los alrededores para inspeccionar las antorchas humanas. Como no manifestó ninguna oposición, partimos, dirigiéndonos a la izquierda. Después de contemplar uno o dos cuerpos en llamas, nos disponíamos a volver, completamente disgustados por la grotesca y horripilante contextura del espectáculo, cuando uno de los bailarines atrajo nuestra atención. Era un leopardo sumamente activo, que se había separado de sus bestias acompañantes acercándose rápidamente a nosotros, pero que gradualmente se situó en un lugar donde las sombras eran más espesas, equidistantes entre dos de las momias llameantes.

Atraídos por la curiosidad lo seguimos, cuando de pronto se precipitó en las sombras que había detrás, a la vez que se erguía y susurraba: «Venid», con una voz que ambos reconocimos como la de Ustane. Sin esperar a consultarme, Leo se volvió, siguiéndola hacia la oscuridad que se extendía más lejos. Yo, sintiendo una gran angustia, fui tras él. El leopardo se deslizó unos cincuenta pasos —una distancia suficiente para apartarse de la luz del fuego y de las antorchas— y entonces Leo se reunió con él o mejor dicho con Ustane.



—Oh, mi señor —la oí susurrar—, ¡al fin te he encontrado! Escucha: mi vida peligra a causa de *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*. Con seguridad el Babuino te ha contado cómo ella me apartó de ti, ¿no es cierto? Te amo, mi señor, y tú eres mío de acuerdo con la costumbre del país. ¡He salvado tu vida! Amor mío, ¿me echarás de tu lado ahora?

—Claro que no —exclamó Leo—; me he estado preguntando dónde te habías ido. Ven y explícale todo a la Reina.

—No, no, ella nos mataría. Tú no conoces su poder... El Babuino, que aquí está, lo sabe, él ha visto. No, sólo hay un camino: si me quieres, debes huir conmigo por las ciénagas ahora mismo. Quizá podamos escapar.

—Por amor de Dios, Leo —comencé, pero ella me interrumpió:

—No, no le escuches. De prisa, debemos damos prisa; la muerte está en el aire que respiramos. Quizá ahora mismo nos esté escuchando.

Sin añadir nada más, ella procedió a respaldar sus argumentos arrojándose en sus

brazos. Al hacerlo, la cabeza de leopardo se deslizó dejando al descubierto sus cabellos y entonces vi las tres manchas blancas de dedos en ellos, brillando débilmente a la luz de las estrellas. Una vez más, comprendiendo la desesperada naturaleza de la situación, traté de interponerme, porque sabía que Leo es propenso a la debilidad en cuestión de mujeres, cuando..., ¡horror!, escuché una risita argentina detrás de mí. Giré en redondo: allí estaba *Ella* en persona y con ella Billali, junto con dos mudos. Balbuceé y casi me caí al suelo, porque sabía que semejante situación podía llevar a una espantosa tragedia, en la cual me parecía sumamente probable que yo fuese la primera víctima. En cuanto a Ustane, separó sus brazos de Leo y se cubrió los ojos con las manos, mientras él, ignorando el horror sumo de la situación, se limitó a enrojecer y a parecer algo tonto, como suele suceder con los hombres atrapados en tal situación.



## XX

### *Triunfo*

Entonces transcurrió un momento donde reinó el más penoso silencio que jamás he sufrido. Fue roto por Ayesha, que se dirigió a Leo.

—No, mi señor y huésped —dijo con su voz más suave—, no te avergüences de ese modo. Sin duda la escena es muy bonita... ¡El leopardo y el león!

—¡Oh, al diablo con todo! —dijo Leo en inglés.

—Y tú, Ustane —prosiguió Ayesha—, en verdad te habría pasado por alto si la luz no hubiese brillado sobre la blancura que atraviesa tu cabello —y señaló el resplandeciente borde de la luna naciente, que ahora aparecía sobre el horizonte—. ¡Bueno, bueno! La danza ha concluido... Mira, las llamas se han apagado y todas las cosas se han sumido en el silencio y las cenizas. Por tanto has pensado que era el tiempo propicio para el amor, Ustane, servidora mía... Y yo, sin soñar que podía ser desobedecida, creí que te habías ido.

—No te burles de mí —gimió la desdichada mujer—, mátame y que esto termine.

—De ningún modo, ¿por qué? No es bueno abandonar tan presto los labios del amor para caer en la boca fría de la tumba.

Hizo una seña a los mudos, que instantáneamente avanzaron, cogiendo a la muchacha por ambos brazos. Con un juramento, Leo saltó sobre el más cercano y lo arrojó al suelo, tras lo cual permaneció inclinado sobre él, con el rostro rígido y los puños listos.

Ayesha rió otra vez:

—Has estado bien, huésped mío: tienes un brazo fuerte, para alguien que ha estado enfermo hasta hace poco. Pero ahora ruego de tu cortesía que dejes vivir al hombre para que cumpla mis órdenes. No va a hacer daño a la muchacha; el aire de la

noche es cada vez más frío y deseo darle la bienvenida en mis propios aposentos. Es claro que, puesto que tú la favoreces, también deberá ser favorecida por mí.

Cogí a Leo por un brazo, apartándolo del postrado mudo y, medio aturdido, obedeció a la presión. Luego nos dirigimos a la caverna cruzando la meseta, donde un montículo de blancas cenizas humanas era lo único que quedaba de la hoguera que había iluminado la danza, porque los bailarines habían desaparecido.

Por el camino previsto llegamos al tocador de Ayesha... Demasiado pronto, según me pareció, mientras pesaba en mi corazón un triste presagio de lo que iba a ocurrir.

Ayesha se sentó entre sus cojines y, tras despedir a Job y Billali, ordenó por señas a los mudos que atendieran las lámparas y se retirasen, todos menos una muchacha, que era su criada personal favorita. Los tres quedamos de pie, la infortunada Ustane un poco a la izquierda del resto de nosotros.

—Y ahora, oh Holly —comenzó Ayesha—, dime cómo sucedió que tú, que has oído mis palabras ordenando a esta perversa que se fuese —y señaló a Ustane—, a la cual tuve la debilidad de perdonar la vida debido a tus ruegos, ¿cómo fue que tú, repito, has tomado parte en lo que vi esta noche? ¡Responde, por tu bien, y dime toda la verdad, porque no quiero oír mentiras en este asunto!

—Fue por azar, oh Reina —contesté—, no sabía nada de ello.

—Te creo, oh Holly —dijo Ayesha fríamente—, y es mejor para ti que te crea... Entonces toda la culpa recae sobre ella.

—No creo que haya ninguna culpa en esto —estalló Leo—. Ella no es la esposa de otro hombre y parece que se ha casado conmigo de acuerdo con la costumbre de este espantoso lugar. Por tanto, ¿qué hay de malo en ella? De todos modos, señora —prosiguió—, cualquier cosa que ella haya hecho la hice yo también y si ella debe ser castigada, también yo merezco el castigo. ¡Y te digo —siguió hablando, mientras montaba en furia— que, si mandas a alguno de estos villanos mudos y sordos que le pongan las manos encima otra vez, lo haré pedazos!

Y daba la impresión de que haría lo que decía.

Ayesha lo escuchó en medio de un helado silencio y no hizo observaciones. Cuando concluyó, sin embargo, se dirigió a Ustane.

—¿Tienes algo que decir, mujer? ¿Tú, necia brizna de paja, osabas pensar que los insignificantes propósitos de tu pasión podían resistir al vendaval de mi voluntad? Cuéntame: estoy dispuesta a comprender. ¿Por qué hiciste esto?

Entonces creo que presencié la más tremenda exhibición de coraje moral e intrepidez que es posible concebir. Porque la pobre muchacha condenada, sabiendo lo que podía esperar de su terrible Reina, sabiendo también por experiencia propia y

amarga cuán grande era el poder de su adversaria, hizo de tripas corazón y del fondo mismo de su desesperación sacó fuerzas para desafiarla.

—Lo hice, oh *Ella* —replicó irguiéndose en toda su majestuosa estatura y despojándola de la piel de pantera—, porque mi amor es más fuerte que la tumba. Lo hice porque mi vida sin este hombre que eligió mi corazón sería como una muerte viviente. Por eso arriesgué mi vida y, ahora que sé que se ha perdido a causa de tu ira, aún me alegro de haberla arriesgado y debo pagar por hacerlo, ay, porque él me ha abrazado una vez y me ha dicho que todavía me ama.

En esto Ayesha medio se incorporó en su diván y luego se dejó caer de nuevo.

—No poseo magia —prosiguió Ustane alzando fuerte y sonora su voz espléndida—, no soy una Reina, y tampoco viviré eternamente, pero el corazón de una mujer es pesado para hundirse en las aguas, aunque sean profundas, ¡oh Reina!, y los ojos de una mujer son veloces para ver... aun a través de tu velo, ¡oh Reina! Escucha: lo sé; quieres a este hombre para ti y por eso deseas destruirme a mí, que me interpongo en tu camino. Ay, yo moriré... Yo moriré y me perderé en la oscuridad. No sé dónde iré. Pero esto lo sé. Hay una luz brillando en mi pecho y a través de esta luz, como si tuviese una lámpara, veo la verdad y el futuro que no podré compartir, desenvolviéndose ante mí como un rollo de pergamino. Cuando conocí a mi señor —señaló a Leo—, supe también que la muerte sería su regalo de bodas... Vino a mí de improviso, pero yo no retrocedí, dispuesta a pagar el precio, y mira, ¡la muerte está aquí! Y ahora, así como sabía esto, también sé ahora, a las puertas de mi destrucción, que tú no disfrutarás del beneficio de tu crimen. Mío es, y a pesar de que tu belleza resplandece como un sol entre las estrellas, seguirá siendo mío para ti. Nunca aquí en esta vida te mirará a los ojos y te llamará esposa. Tú también estás condenada, lo veo... —y su voz se alzó como el grito de una inspirada profetisa. ¡Ah, lo veo...!

Le respondió un grito donde se mezclaban la ira y el terror. Volví la cabeza. Ayesha se había incorporado y estaba de pie, con su mano extendida señalando a Ustane, que de pronto se había interrumpido. Contemplé a la pobre mujer y al hacerlo vi como aparecía en su rostro la misma expresión rígida y funesta que había observado cuando había prorrumpido en su salvaje canto. Sus ojos se agrandaron, las ventanas de su nariz se dilataron y sus labios quedaron exangües.

Ayesha no dijo nada; no hacía el menor ruido, sólo se erguía más y más, extendiendo su brazo. Su alta silueta velada temblaba como una hoja de álamo y parecía mirar tan fijo como su víctima. En tanto hacía esto, Ustane llevó sus manos a la cabeza, lanzó un grito penetrante, giró dos veces sobre sí misma y cayó hacia atrás con un golpe sordo, postrada en el suelo. Leo y yo corrimos hacia ella... Estaba

muerta como una piedra..., marchitada por algún misterioso agente eléctrico o una abrumadora fuerza de voluntad que la terrible *Ella* gobernaba.

Por unos instantes Leo no se dio cuenta enteramente de lo sucedido. Pero, cuando comprendió, su rostro era espantoso de ver. Con un salvaje juramento se levantó de junto al cadáver y, dándose la vuelta, saltó literalmente sobre Ayesha. Pero ella estaba observándolo y, al verlo venir, extendió su mano otra vez: él retrocedió tambaleando hasta mí y hubiese caído si no lo sostengo. Más tarde me contó que había sentido como si hubiese recibido un violento golpe en el pecho y, lo que es más, estaba completamente intimidado, como si toda la virilidad le hubiera sido retirada.

Entonces Ayesha habló:

—Perdóname, huésped mío —dijo suavemente, dirigiéndose a él—, si te he conmovido con mi justicia.

—Perdonarte a ti, demonio —rugió el pobre Leo, retorciéndose las manos de rabia y dolor—. ¡Perdonarte a ti, asesina! ¡Por todos los cielos, te mataré si puedo!

—No, no —respondió ella con la misma voz suave—, tú no comprendes... Ha llegado para ti el tiempo de conocer la verdad. ¡*Tú* eres mi amor, mi Calícatres, mi Hermoso y Fuerte! Durante dos mil años, Calícatres, he esperado por *ti* y ahora, al fin, has vuelto a mí; y en cuanto a esa mujer —señaló el cadáver—, ella se interpuso entre nosotros y por eso la arrojé al polvo. Calícrates.

—¡Es mentira! —dijo Leo—. ¡Mi nombre no es Calícrates! Yo soy Leo Vincey; Calícrates era mi antepasado... Al menos eso creo.

—¡Ah, sabías eso...! ¡Tu antepasado era Calícrates y tú, siempre tú, eres Calícrates renacido..., que ha vuelto..., y mi propio y querido señor!

—Yo no soy Calícrates y, en cuanto a ser tu señor o tener algo que ver contigo, prefiero ser el señor de una furia del infierno, porque sería mejor que tú.

—¿Eso dices..., eso dices, Calícrates? No, es que hace tanto tiempo que no me ves que no tienes memoria de mí. ¡Sin embargo todavía soy muy bella, Calícrates!

—Te odio, asesina, y no deseo verte. ¿Qué me importa que seas bella? ¡Te odio!

—Con todo, dentro de muy poco tiempo te arrodillarás a mis pies y jurarás que me amas —replicó Ayesha con una dulce risita burlona—. Ven, no hay tiempo como el tiempo presente; aquí, ante esta muchacha muerta que te amaba, vamos a ponerlo a prueba. ¡Mírame ahora, Calícrates! —dijo y con un repentino movimiento se quitó sus diáfanos envolturas y se presentó en su leve túnica y su cinturón de serpiente, en su gloriosa belleza radiante y en gracia imperial.

Surgía de sus envolturas como Venus de entre las olas, Galatea<sup>[81]</sup> del mármol o

un espíritu beatificado de la tumba. Se adelantó, clavando sus profundos y resplandecientes ojos en los de Leo: vi cómo los puños cerrados del joven se abrían y sus rígidas y temblorosas facciones se distendían ante la mirada de Ayesha. Vi cómo el asombro y la extrañeza daban paso a la admiración y luego a la fascinación; vi cómo el poder de su terrible belleza se afirmaba en él más y más, cuanto más luchaba contra ella. Tomaba posesión de sus sentidos, los narcotizaba y le enajenaba el corazón. ¿Acaso no conocía yo el proceso? ¿Acaso yo, que lo doblaba en edad, no había pasado por lo mismo? ¿Acaso no sufría aún su influjo, a pesar de que su dulce y apasionada mirada no era para mí? Sí, así era. ¡Ay! ¡Ay! Debía confesar que aun ahora estaba dominado por unos celos furiosos e insensatos. ¡Podría haberme precipitado sobre él, para mi vergüenza! La mujer había confundido a todos los que contemplaban su sobrehumana belleza. Pero —no sé aún cómo lo hice— recobré lo mejor de mí mismo y, una vez más, pude observar la culminación de la tragedia.

—¡Por todos los cielos! —balbuceó Leo—, ¿eres una mujer?

—Una mujer de verdad, del todo verdadera, ¡y tu propia esposa, Calícrates! —respondió ella, tendiéndole sus redondeados brazos marfileños y sonriendo, ¡ah, con tanta dulzura!

Leo la miró, la miró y lentamente percibí cómo era atraído y se le acercaba. De pronto sus ojos cayeron sobre el cadáver de la pobre Ustane y se detuvo, estremeciéndose.

—¿Cómo puedo...? —dijo roncamente—. Tú eres una asesina; ella me amaba.

Obsérvese que ya estaba olvidando que él la había amado.

—No tiene importancia —murmuró *Ella*, y su voz era tan dulce como el viento nocturno entre los árboles—. No es nada. Si he pecado, deja que sea mi belleza la que responda por mi pecado; por tanto, deja que mi pecado sea apartado y olvidado —nuevamente extendió los brazos y susurró—: Ven.

En unos segundos todo había terminado.

Vi cómo luchaba..., vi incluso que estuvo a punto de huir; pero los ojos de Ayesha tiraban de él con más fuerza que lazos de acero; la magia de su belleza, su concentrado deseo y su pasión penetraron en Leo y lo dominaron... Ay, aun allí, en presencia del cuerpo de la mujer que lo había amado tanto como para morir por él. Resulta horrible y hartamente malo, pero no debe censurársele excesivamente, pues es seguro que al fin su pecado iba a atraparlo. La tentadora que lo arrastraba hacia el mal era más que humana y su belleza era mayor que la hermosura de las hijas de los hombres.

Miré otra vez y ahora su figura perfecta estaba en los brazos de Leo, y sus labios se apretaban contra los suyos; así, con el cadáver de su amada muerta por altar, Leo

Vincey se prometió en matrimonio con la asesina de manos tintas en sangre..., se comprometió para ahora y siempre. Aquellos que se venden a un dominio semejante, pagando el precio de su propio honor, y que arrojan su alma en la balanza para hacer descender el platillo al nivel de sus anhelos no pueden esperar su liberación, ni aquí ni en ninguna otra parte. Aquello que siembran deberán cosecharlo una y otra vez, aun cuando las flores de adormidera de la pasión se hayan marchitado en sus manos y la siega sólo produzca cizaña, almacenada en la saciedad.

De pronto, con un movimiento serpentino, ella pareció deslizarse del abrazo y otra vez prorrumpió en su burlona risa de triunfo.

—¿No te había dicho que en breve tiempo caerías a mis pies, oh Calícrates? ¡Y por cierto ese espacio de tiempo no ha sido muy grande!

Leo gruñó avergonzado y dolorido; pues, si bien había sido vencido y derribado, no estaba tan extraviado como para no advertir la profundidad de la degradación en que había caído. Por el contrario, lo mejor de su naturaleza se levantó en armas contra su abatido ser, como pude apreciarlo poco después.

Ayesha rió de nuevo y luego, con rapidez, se puso sus velos e hizo señas a la muchacha muda, que había estado contemplando toda la escena con curiosos y asustados ojos. La muchacha salió y regresó en seguida, acompañada de dos mudos a quienes la Reina hizo otra señal. Entre los tres cogieron el cuerpo de la pobre Ustane por los brazos y la arrastraron pesadamente por la caverna hasta que atravesaron las cortinas del fondo. Leo lo miró por un instante y luego se cubrió los ojos con la mano, y también, para mi sobreexcitada fantasía, parecía observarnos mientras se iba.

—Así muere el pasado —dijo Ayesha solemnemente, cuando las cortinas se agitaron y cayeron de nuevo en su lugar, cuando la lúgubre procesión desapareció tras ella.

Y entonces, con una de esas extraordinarias transiciones de que ya he hablado, se quitó de nuevo su velo y prorrumpió —según el antiguo y poético modo de los habitantes de Arabia<sup>[82]</sup>— en un peán de triunfo, un epitalmio que, salvaje y hermoso como era, resultaba sumamente difícil de traducir y que debería regirse por la música de una cantata, en lugar de ser escrito y leído. Estaba dividido en dos partes —una descriptiva o definitiva y la otra personal—; tal como puedo recordarla, aproximadamente, era como sigue:

*El amor es como una flor en el desierto.*

*Se asemeja al áloe de Arabia, que florece una vez y muere; florece en el vacío salobre de la Vida, y el brillo de su belleza se eleva sobre el desierto*

*como una estrella sobre la tempestad.*

*Tiene el sol sobre sí, que es el espíritu y sobre él sopla el viento de su divinidad.*

*Ante el eco de un paso, el amor florece; el amor florece y se derrama sobre el que pasa junto a él. Lo coge, sí, coge la roja copa que está llena de miel y se la lleva lejos; lejos, por el desierto, lejos, hasta que la flor se marchita; lejos, hasta que el desierto termina.*

*Hay una sola flor perfecta en el desierto de la Vida.*

*¡Esa flor es el amor!*

*Hay una sola estrella fija en la bruma de nuestro extravío.*

*¡Esa estrella es el amor!*

*Hay una sola esperanza en nuestra noche desesperada.*

*¡Esa esperanza es el amor!*

*Todo lo demás es falso. Todo lo demás es una sombra moviéndose sobre el agua. Todo lo demás es viento y vanidad,*

*¿Quién puede decir cuál es el peso o la medida del amor?*

*Nace de la carne, habita en el espíritu. A todos lleva su consolación.*

*Porque la belleza es como una estrella.*

*Muchas son sus formas, pero todas son hermosas, mas nadie sabe dónde se levanta la estrella o el horizonte en que ha de ponerse.*

Entonces, volviéndose hacia Leo y posando la mano sobre su hombro, prosiguió en un tono más lleno y triunfante, diciendo equilibradas frases que crecían gradualmente y se henchían, desde una prosa idealizada hasta el puro y majestuoso verso:

*Hace mucho tiempo que te amo, oh mi amor; sin embargo mi amor no ha disminuido.*

*Hace mucho que te esperaba, y he aquí que mi recompensa está cerca..., ¡está aquí!*

*Muy lejos te vi una vez y fuiste apartado de mí.*

*Entonces sembré en una tumba las semillas de la paciencia y las iluminé con el sol de la esperanza, las regué con lágrimas de arrepentimiento, y les di el aliento de mi saber. Y ahora, ¡hela aquí!, crece y da fruto. ¡Hela aquí!, ha surgido de la tumba. Sí, de entre los huesos secos y las cenizas de los muertos.*

*He esperado y tengo mi recompensa.  
He vencido a la muerte y la muerte me ha devuelto al que estaba muerto.  
Por eso me regocijo, porque alegre es el futuro.  
Verdes son los senderos que hemos de hollar en las praderas eternas.  
La hora está cercana. La noche ha huido entre los valles.  
El amanecer besa las cimas de las montañas.  
Viviremos dulcemente, mi amor, y nuestro camino será calmo.  
Seremos coronados con la diadema de los reyes.  
La veneración y el asombro rendirán a todos los pueblos del mundo.  
Se encguecerán ante nuestra belleza y nuestro poder.  
A través de los tiempos atronará nuestra belleza, rodando como una  
carroza por el polvo de los días sin fin.  
Riendo, nos apresuraremos en nuestra victoria y pompa.  
Riendo como la Luz del Día cuando brota entre las colinas.  
¡Adelante, aún triunfantes hacia un triunfo siempre nuevo!  
¡Adelante, con nuestro poder hacia un poder inalcanzado!  
¡Adelante, nunca hastiados, con el esplendor como vestimenta!  
Hasta que se cumpla nuestro destino y la noche descienda.*

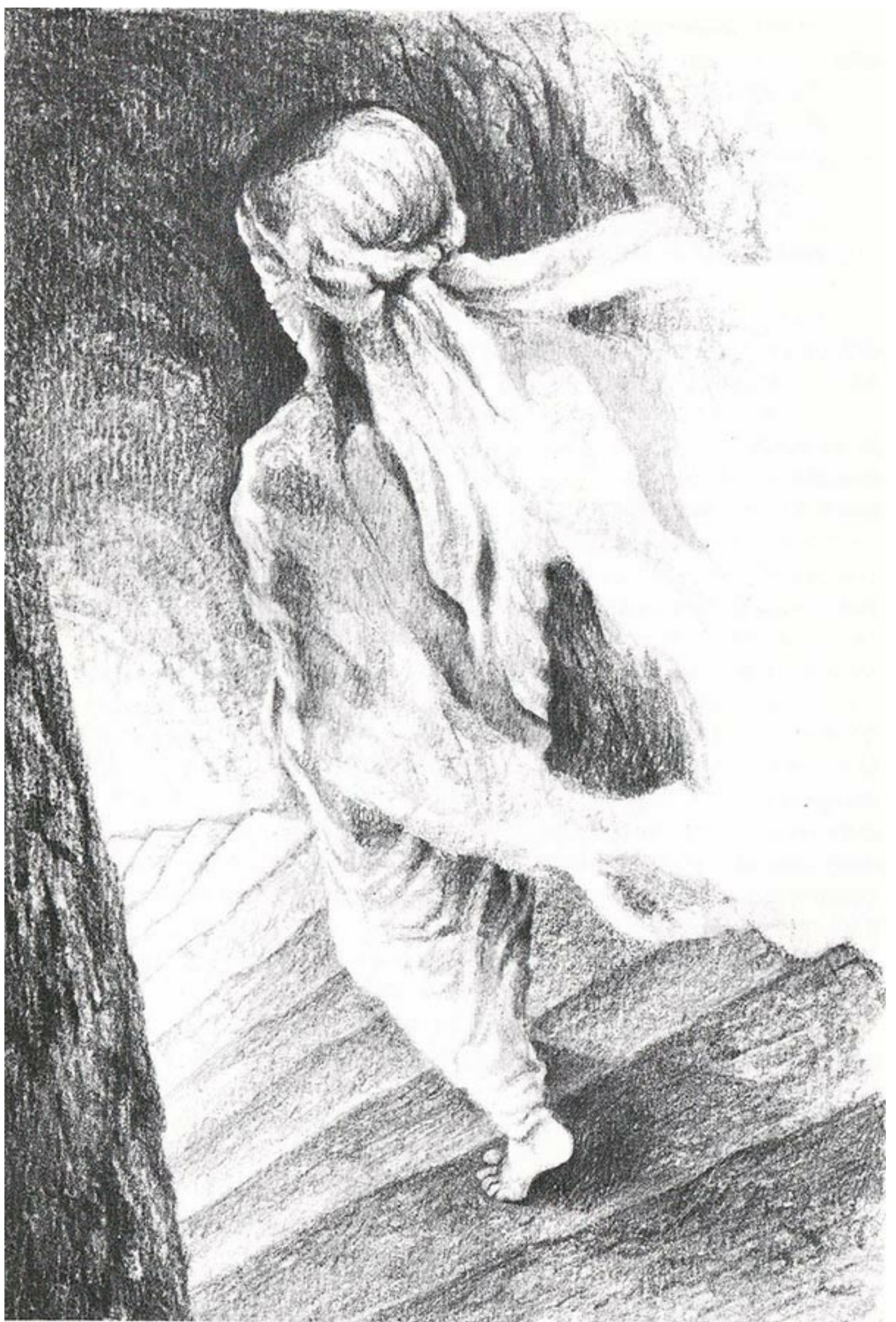
Hizo una pausa en su extraño y conmovedor canto alegórico, del cual por desgracia sólo soy capaz de dar un bosquejo, y éste bastante débil, y luego dijo:

—Quizá no crees mis palabras, Calícrates... Quizá piensas que te engaño y que no he vivido todos esos años y que tú no has nacido de nuevo para mí. ¡No, no mires así, abandona esa pálida máscara de la duda, porque, oh, puedes estar seguro, aquí dentro no cabe el error! Olvidará el sol su derrotero y el vencejo perderá el camino de su nido antes que mi alma pronuncie una mentira o sea desviada de ti, Calícrates. Ciégame, arranca mis ojos y deja que las tinieblas me rodeen completamente, y aún mis oídos serán capaces de percibir el tono de tu voz inolvidable, resonando con más fuerza en los portales de mis sentidos que la llamada de los clarines de bronceína garganta; ensordéceme también y deja que mil hombres me toquen el rostro y yo te reconoceré entre todos; sí, despójame de todos los sentidos y mírame ciega, muda y sorda, con unos nervios que ya no puedan percibir el valor del tacto, y aun así mi espíritu brincará dentro de mí como un niño que comienza a palpitar y gritará dentro de mi corazón: ¡Aquí está Calícrates! ¡Escucha, tú el que vigila: las vigilias de tus noches han terminado! ¡Mira, tú que buscas en el tiempo de la noche: tu Estrella matutina se ha levantado!



Se detuvo un momento y luego prosiguió:

—Mas espera: si tu corazón se resiste aún a la poderosa verdad y requieres una señal más profunda de aquello que debes hallar tan difícil de comprender, aún se te dará una prueba: a ti y a ti también, oh Holly mío. Que cada uno de vosotros lleve una lámpara y luego que me siga donde os conduciré.



Sin detenerme a pensar —verdaderamente, en lo que a mí respecta, había abandonado casi por completo esa función, en circunstancias en las que pensar parece ser inútil y los pensamientos chocan con frecuencia contra el negro muro del portento —, cogimos, pues, las lámparas y seguimos a Ayesha. Dirigiéndose al fondo de su «tocador», levantó una cortina y descubrió una pequeña escalera de la especie que es tan común en estas oscuras cavernas de Kôr. Mientras nos apresurábamos escalera abajo, observé que los escalones estaban gastados en el centro, hasta tal extremo que algunos se habían reducido de siete pulgadas y media, que supongo que debía de ser su altura original, a unas tres y media pulgadas. Ahora bien: todos los demás escalones que había visto en las cavernas estaban prácticamente intactos, como era de esperar, ya que el único tránsito que habían experimentado era el transporte de los antiguos cadáveres hacia las tumbas. Por ello este hecho conmovió mi atención con esa extraña fuerza que poseen las pequeñas cosas al golpear nuestras mentes cuando éstas se encuentran anonadadas por una súbita avalancha de sensaciones poderosas; aplastadas como un mar ante el primer soplo de un huracán, cuando todo pequeño objeto sobre su superficie adquiere una prominencia poco natural.

Al pie de la escalera me detuve y contemplé los escalones gastados; Ayesha, al darse la vuelta, me vio.

—¿Te estás preguntando de quién son los pies que han desgastado la roca, Holly mío? —preguntó—. ¡Fueron los míos..., mis propios pies ligeros! Puedo recordar que estos escalones eran nuevos e iguales, pero durante más de dos mil años he bajado por allí cada día y mira, ¡mis sandalias han carcomido la sólida piedra!

No respondí, pero no creo que nada que hubiese oído o visto hubiera podido mostrar a mi limitado entendimiento —y de forma tan clara— el sentido de la antigüedad tan abrumadora de aquel ser, como este duro granito horadado por su suave y blanco pie. ¿Cuántos cientos de miles de veces habría subido y bajado aquella

escalera para producir semejante resultado?

Los escalones conducían a un túnel y a pocos pasos por el mismo se hallaba la habitual entrada donde pendía una cortina, que a través de una sola mirada identifiqué como la misma donde había sido testigo de aquella terrible escena de la llama que subía y bajaba. Reconocí el modelo de la cortina y su vista me trajo a la memoria vívidamente el espantoso episodio y me hizo temblar aún con su recuerdo. Ayesha entró en la tumba —porque era una tumba— y nosotros la seguimos... Yo, por mi parte, regocijándome de que el misterio del lugar estuviese a punto de aclararse, y no obstante temeroso de enfrentarme con su solución.

## XXI

### *El muerto y el vivo se encuentran*

—Ved ahora el lugar donde he dormido estos dos mil años —dijo Ayesha, tomando la lámpara de las manos de Leo y levantándola por encima de su cabeza.

Sus rayos cayeron sobre un pequeño hueco en el suelo allí donde yo había visto la saltarina llama, pero el fuego estaba apagado ahora. Luego iluminaron la blanca forma extendida bajo su mortaja sobre un lecho de piedra, luego la calada escultura de la tumba y por fin la otra losa de piedra, opuesta a aquél donde yacía el cuerpo y separado del mismo por el ancho de la caverna.

—Aquí —prosiguió Ayesha, posando la mano sobre la roca—, aquí he dormido noche tras noche durante todas estas generaciones, únicamente cubierta con un manto. No era propio que yo durmiese mullidamente mientras mi esposo, allí —señaló la rígida forma—, yacía yerto en la muerte. Aquí, noche tras noche, he dormido ara su fría compañía... hasta que, como ves, al igual que los escalones que hemos atravesado, esta espesa losa se ha desgastado hasta adelgazar bajo el peso de mi cuerpo... Tan fiel he sido contigo. Calícrates, aun en este espacio del sueño... Y ahora, dueño mío, verás algo asombroso: vivo, te contemplaras muerto... porque te he cuidado bien durante todos estos años, Calícrates. ¿Estas preparado?

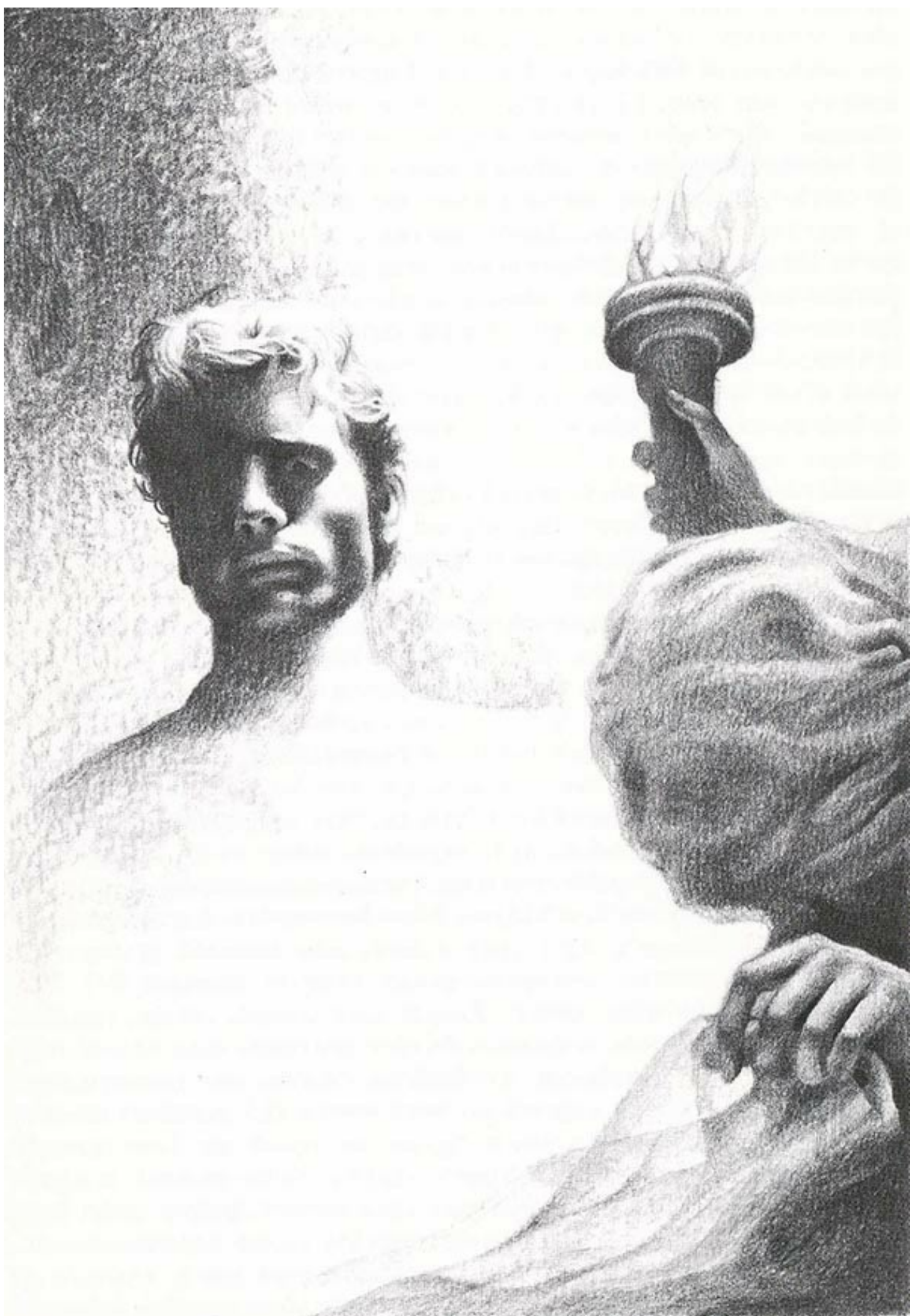
No respondimos, pero nos miramos con ojos atemorizados: la escena era tan solemne como espantosa. Ayesha avanzó, puso su mano sobre un extremo de la mortaja y habló una vez más.

—No temas —dijo—; aunque esto te parezca portentoso, todos nosotros, los que vivimos, hemos vivido antes: ¡ni siquiera el cuerpo que nos contiene es nuevo para el sol! Sólo que lo ignoramos, porque la memoria no lo registra, y la tierra amontona en la tierra lo que nos presta, porque nada rescata nuestra gloria de la tumba. Pero yo,

gracias a mis artes y a las de esos muertos hombres de Kôr, que he aprendido, te he rescatado del polvo, oh Calícrates, para que la bella estampa de cera de tu rostro permaneciera siempre ante mis ojos. Fue una máscara que la memoria podía colmar, sirviendo para evocar tu presencia del pasado y darle vigor para errar por las habitaciones de mi pensamiento, vestida con un disfraz de vida que sostiene mi apetito con visiones de pasados días. ¡Contemplad ahora cómo se encuentran el Muerto y el Vivo! A través del golfo del Tiempo todavía son uno. El Tiempo no tiene poder sobre la Identidad, aunque el sueño misericordioso haya borrado las tablillas de nuestra mente y sellado con el olvido los pesares que de otro modo nos perseguirían de vida en vida, llenando el cerebro con acumulados dolores, hasta hacerlo estallar en la locura de la desesperación más grande. Todavía son uno, porque las envolturas de nuestro sueño deberán desgarrarse como las nubes de tormenta ante el soplo del viento: las heladas voces del pasado se fundirán en música como las nieves de las montañas ante el sol; y las lagrimas y las risas de las horas perdidas se oirán de nuevo, con ecos mucho más suaves resonando en los riscos del tiempo inconmensurable. Así pues, no tengas miedo, Calícrates, cuando tú, vivo pero nacido poco ha, debas contemplar a tu propio yo difunto, que alentó y murió hace tanto tiempo. Debo volver una página en tu Libro del Ser y mostrarte lo que en él está escrito. *¡Mira!*

Con un movimiento repentino, ella retiró la mortaja del frío cuerpo y proyectó sobre él la luz de la lámpara. Miré y entonces retrocedí aterrorizado: ya que, a pesar de su explicación, la visión era pavorosa... porque sus explicaciones estaban más allá de la comprensión de nuestras mentes finitas. Aun si fueran despojadas de las brumas de una vaga filosofía esotérica y puestas en conflicto con los horribles y fríos hechos, no perderían su fuerza. Porque allí, extendido ante nosotros, sobre la losa de piedra, vestido de blanco y perfectamente conservado, estaba lo que parecía ser el cuerpo de Leo Vincey. Miré fijamente a Leo que estaba *allí*, vivo, y luego a Leo, que estaba *allí*, muerto, y no veía ninguna diferencia: excepto, quizá que el cuerpo del sarcófago parecía más viejo. Rasgo por rasgo, eran iguales, hasta el corte de los pequeños bucles dorados, que era el más singular de sus atributos de belleza. Hasta me pareció ver, al observarlo, que la expresión en el rostro del hombre muerto era similar a la que a veces aparecía en el de Leo cuando estaba sumido en un profundo sueño. Sólo podría resumir la fidelidad del parecido diciendo que nunca había visto hermanos gemelos tan exactamente iguales como aquella pareja.

Me volví para ver el efecto que producía en Leo la vista de su yo muerto y hallé que era de una estupefacción parcial. Durante dos o tres minutos permaneció mirándolo fijamente y cuando al fin habló fue solo para exclamar:



—Cubridlo y sacadme de aquí.

—No, espera, Calícrates —dijo Ayesha, que de pie, sosteniendo por encima de su cabeza la lámpara que inundaba de luz su propia belleza exuberante y el helado enigma del cuerpo amortajado sobre el sarcófago, parecía una sibila<sup>[83]</sup> inspirada, más que una mujer, a medida que desarrollaba sus majestuosas frases con una grandeza y una libertad de expresión que yo, ¡ay!, soy incapaz de reproducir.

—Espera, quiero mostrarte algo, que ni un ápice de mi crimen debe quedar oculto ante ti. Te ruego, oh Holly, que abras la prenda que cubre el pecho del muerto Calícrates, porque quizá mi señor tenga miedo de tocar su ser perecido.

Obedecí con manos temblorosas. Parecía una profanación, algo impío, manipular esa imagen dormida del hombre vivo que estaba a mi lado. Ahora su pecho quedó desnudo y allí, a la derecha sobre el corazón, había una herida producida por una lanza o una daga.

—Ya lo ves, Calícrates —dijo Ayesha—. Debes saber que fui yo quien te maté: en lugar de darte la Vida, te di la muerte. Te maté a causa de la egipcia Amenartas, a quien tú amabas porque con astucias te había arrebatado el corazón. A ella no la podía destruir, como ahora he aniquilado a esa mujer, porque Amenartas era demasiado fuerte para mí. En mi apresuramiento y amarga ira, te maté. Desde entonces hasta ahora, te he llorado y esperado tu regreso. Y tú has venido y nada puede interponerse entre tú y yo. Y en verdad te daré ahora la vida, después de la muerte, no la vida eterna, que nadie puede dar, pero sí la vida y la juventud que durarán miles y miles de años. Y con ellos la pompa y el poder, la salud y todas las cosas buenas y hermosas que ningún hombre ha tenido ni tendrá antes o después de ti. Y ahora una cosa más, tras lo cual podrás descansar y prepararte para el día de tu nuevo nacimiento. Has visto este cuerpo, que fue tuyo. Por todos estos siglos ha sido mi frío consuelo y compañía, pero ya no lo necesito, porque tengo tu presencia viviente y sólo puede



servir para remover memorias que estoy dispuesta a olvidar. Dejemos entonces que vuelva al polvo de donde lo he arrancado. ¡Mira! ¡Me he preparado para esta hora de felicidad!

Y, acercándose a la otra losa o banco de piedra que según había dicho le había servido de lecho, cogió un gran vaso con doble asa, cuya boca estaba asegurada con un tapa. La quitó, tras lo cual se inclinó y besó tiernamente la blanca frente del muerto; luego aproximó el vaso y roció cuidadosamente su contenido sobre el cuerpo, tomando —según observé— las mayores precauciones para que ninguna gota del líquido la tocase a ella o a nosotros. Por fin vertió lo que quedaba sobre el pecho y la cabeza. Instantáneamente brotó un vapor denso que llenó la caverna de sofocantes humos y nos impidió ver nada mientras el mortífero ácido —porque supongo que era alguna tremenda preparación de esa clase— bacía su efecto. Del lugar donde yacía el cuerpo llegó un furioso siseo y un ruido crepitante, que cesó sin embargo antes de que la humareda se hubiese despejado. Al fin desapareció, salvo una pequeña nube que todavía flotaba sobre el cadáver. En un par de minutos ésta también se había desvanecido y, por prodigioso que pueda parecer, era un hecho que sobre el banco de piedra que durante tantos siglos había sostenido los restos mortales del antiguo Calícrates no quedaba ahora nada, excepto unos puñados de humeante polvo blanco. El ácido había destruido completamente el cuerpo e incluso, en algunos sitios, había carcomido la piedra. Ayesha se inclinó y, tomando un puñado de este polvo en el puño y arrojándolo al aire, pronunció al mismo tiempo, con voz calma y solemne, estas palabras:

—¡Que el polvo regrese al polvo!... ¡Que el pasado vuelva al pasado!... ¡Y que el muerto se una a los muertos!... ¡Calícrates está muerto y ha vuelto a nacer!

Las cenizas flotaron silenciosamente hasta caer al suelo rocoso. Permanecimos en silencio, viéndolas caer, con temor reverente, demasiado abrumados para hablar.

—Ahora dejadme sola —dijo Ayesha— y dormid, si podéis. Yo debo velar y reflexionar, porque mañana por la noche debemos partir de aquí y hace mucho tiempo que no piso el sendero que debemos seguir.

Nos inclinamos, pues, y la dejamos sola.

Cuando llegamos a nuestras habitaciones, atisbé en el dormitorio de Job para ver cómo lo había pasado, ya que nos había dejado justamente antes de nuestra entrevista con la asesinada Ustane, y ya estaba bastante postrado por los terrores de la fiesta de los amahagger. Estaba durmiendo profundamente, buen muchacho como era. Me alegré al pensar que sus nervios —que como los de la mayoría de los hombres sin educación eran bastante débiles— se habían ahorrado las últimas escenas de aquel día

espantoso. Luego entramos en nuestro propio cuarto y allí el pobre Leo —que desde que había contemplado aquella helada imagen de su yo viviente había permanecido en un estado cercano a la estupefacción— estalló por fin en un torrente de aflicción. Ahora, ya fuera de la presencia de la terrible *Ella*, el horror de todo lo sucedido y muy especialmente el malvado asesinato de Ustane, que estaba unida a él por lazos tan íntimos, se abatió sobre su conciencia como una tempestad, produciéndole una agonía de remordimientos y terror que resultaba penoso presenciar. Se maldecía a sí mismo, maldecía la hora en que había visto por primera vez la inscripción de la vasija que ahora se había verificado tan misteriosamente, y con amargura maldecía su propia debilidad. No se atrevía a maldecir a Ayesha... ¿Quién se atrevería a hablar mal de una mujer semejante, cuya conciencia, por lo poco que sabíamos, podía estar vigilándonos en aquel preciso momento?

—¿Qué voy a hacer, mi viejo? —gimió, apoyando su cabeza en mi hombro en el colmo de la aflicción—. Dejé que la matase... No es que ayudase en ello, pero a los cinco minutos estaba besando a su asesina por encima del cadáver. Soy un bruto degradado, pero no puedo resistirlo —en ese momento su voz se abatió—. Esa horrible hechicera... Sé que lo volvería a hacer mañana mismo; sé que estoy en su poder para siempre; y si no la vuelvo a ver no podré pensar en ninguna otra mujer en toda mi vida; debo seguirla como una aguja sigue al imán; no podría irme ahora aunque quisiera; no puedo abandonarla, mis piernas no me llevarían. Pero mi mente aún está despejada y en mi mente la odio..., por lo menos así lo creo. Todo es tan horrible: ¡y aquel..., aquel cuerpo! ¿Qué puedo deducir de eso? ¡Era yo! ¡Me he vendido como esclavo, viejo amigo, y ella puede tomar mi alma como precio de la suya!

Entonces, por primera vez, le conté que yo no estaba en mucha mejor posición que él; debo confesar que, a pesar de su propio apasionamiento, tuvo la honradez de simpatizar conmigo. Quizá pensó que no valía la pena ponerse celoso, viendo que por parte de la dama no había motivos para ello. Comencé a sugerir que debíamos tratar de escapar, pero pronto abandonamos el proyecto por su futilidad. Y para ser perfectamente honesto, no creo que ninguno de los dos quisiera realmente abandonar a Ayesha, ni siquiera en el caso de que un poder superior nos hubiese ofrecido de pronto transportarnos desde estas sombrías cavernas hasta depositarnos en Cambridge. No hubiésemos podido abandonarla, del mismo modo que la mariposa no puede alejarse de la luz que la destruye. Eramos como enviciados fumadores de opio; en nuestros momentos de lucidez sabíamos bien que nuestra búsqueda era de naturaleza mortal, pero ciertamente no estábamos preparados para abandonar sus

terribles deleites.

Ningún hombre que haya visto una vez a *Ella* sin el velo, escuchado la música de su voz y bebido la amarga sabiduría de sus palabras, puede abandonarla voluntariamente ni por todo un mar de plácidas alegrías. Esto era mucho más cierto aún en el caso de Leo (para apartarme a mí mismo de la cuestión), puesto que aquella extraordinaria criatura había declarado su total y absoluta devoción hacia él, dándole al parecer pruebas de que la había mantenido durante más de dos mil años.

Sin duda era una persona malvada y sin duda había asesinado a Ustane cuando ésta se había interpuesto en su camino, pero era muy fiel y por ley natural el hombre es proclive a juzgar muy ligeramente los crímenes de una mujer, sobre todo si la mujer es hermosa y el crimen lo ha cometido por su amor.

Por lo demás, ¿cuándo tuvo hombre alguno una oportunidad semejante a la que Leo tenía ahora en sus manos? En verdad, al unirse a esta terrible mujer podía colocar su vida bajo la influencia de un ser misterioso con tendencias perversas<sup>[84]</sup>, pero eso podía suceder igualmente en un matrimonio ordinario. Por otra parte, y de todos modos, ningún matrimonio corriente podía darle una belleza tan terrible —porque terrible es la única palabra que puede describirla—, una devoción tan divina, una sabiduría semejante y el gobierno de todos los secretos de la naturaleza, el sitio y el poder que deberían ganar o, por fin, la corona real de una juventud interminable, si verdaderamente ella podía darla. No; en conjunto no era extraño que —aunque Leo había caído en el dolor y la amarga vergüenza como cualquier caballero lo hubiese hecho en esas circunstancias— no estuviese dispuesto a cultivar la idea de huir de esta extraordinaria fortuna.

Mi propia opinión es que habría estado loco si hubiera actuado así. Pero debo confesar que mi opinión sobre este asunto debe ser aceptada con reservas. Yo también amo a Ayesha hasta hoy, y preferiría ser el objeto de su afecto durante una breve semana que el de cualquier otra mujer durante toda la vida. Y permítaseme añadir que, si alguien duda de esta declaración y piensa que estoy loco por hacerla, debería haber visto a Ayesha despojándose de su velo y resplandecer de belleza ante su mirada, tras lo cual coincidiría completamente conmigo. Naturalmente hablo de *hombres*. Nunca tuve la oportunidad de conocer la opinión de una dama acerca de Ayesha, pero creo que es muy posible que hubiese contemplado a la Reina con disgusto, expresando su desaprobación de algún modo más o menos mordaz, y por último habría atraído sus iras sobre sí.

Durante más de dos horas, Leo y yo estuvimos sentados, con los nervios

temblorosos y los ojos atemorizados, discutiendo los milagrosos sucesos que habíamos experimentado. Parecía un sueño o un cuento de hadas, en lugar de constituir un hecho razonable. ¿Quién hubiese creído que la inscripción en el fragmento de la vasija no sólo era real, sino que viviríamos para comprobarla, y que ambos encontraríamos a *Ella*, a quien buscábamos, que esperaba pacientemente nuestra llegada en las tumbas de Kôr? ¿Quién hubiese imaginado que esta misteriosa mujer pudiese descubrir en la personalidad de Leo, como ella creía, al ser que esperaba siglo tras siglo y cuya antigua envoltura terrenal había conservado hasta esta misma noche? Pero así era. Era difícil para nosotros, como hombres razonables y comunes, dudar más tiempo de la verdad que había en la superficie de todo lo que habíamos visto. Por lo tanto, al fin, con el corazón humilde y una profunda comprensión de la impotencia del conocimiento humano y de la insolencia de la hipótesis que niega que sea posible todo aquello de lo cual no tenemos experiencia, nos abandonamos al sueño, dejando nuestros destinos en las manos de aquella vigilante Providencia, que de este modo había elegido que se nos permitiese descorrer el velo de la ignorancia humana, revelándonos así, para bien o para mal, un resplandor fugaz de las posibilidades de la vida.

## XXII

### *Job tiene un presentimiento*

Eran las nueve de la mañana siguiente cuando Job, que aún se mostraba temeroso y amedrentado, entró para llamarme, y a la vez exhaló un suspiro de alivio al hallarnos vivos en nuestros lechos, ya que esto era más de lo que esperaba. Cuando le conté el espantoso fin de la pobre Ustane, se sintió aún más gratificado ante nuestra supervivencia, pero muy impresionado, aunque la joven no contaba entre sus favoritas, a lo que ella correspondía de igual forma. Ella le llamaba «cerdo», en árabe adulterado, y él la denominaba «tunanta» en buen inglés; pero estas amabilidades quedaron olvidadas ante la catástrofe que la había aniquilado a manos de su reina.

—No quiero decir nada que pueda parecer desagradable, señor —dijo Job cuando terminó de escuchar mi relato—, pero mi opinión es que esa *Ella* es el mismísimo diablo, o quizá su esposa, si es que la tiene (y supongo que debe de tenerla, porque él no podría ser tan malvado por sí solo). La bruja de Endor<sup>[85]</sup> era una tonta a su lado, señor. ¡Válgame Dios! Creo que a ella le resultaría más fácil revivir a estos viejos caballeros de la Biblia y sacarlos fuera de estas detestables tumbas que a mí hacer crecer un mastuerzo en un sombrero viejo. Éste es un país de diablos, señor, y ella es la diablesa mayor de la banda; si alguna vez salimos con bien de aquí, será más de lo que yo esperaba. No veo salida a todo esto. Esa bruja no es de las que dejan escapar a un joven tan guapo como el señor Leo.

—Vamos —dije—, de todos modos le salvó la vida...

—Sí, y ella tomará su alma en pago. Lo convertirá en un hechicero, como ella. Sé que es malo tener tratos con esa clase de gente. Anoche, señor, me quedé despierto y leí en la pequeña Biblia que mi pobre y anciana madre me dio las cosas que les suceden a las brujas y a los demás de esa calaña, hasta que se me pusieron los pelos

de punta. ¡Dios mío! ¡Cómo se pondría mi madre si viera dónde ha ido a parar su Job!

—Sí, es un país extraño y la gente también lo es, Job —repliqué con un suspiro, porque a pesar de que no soy supersticioso como Job, siento un rechazo natural, que no admite análisis, ante las cosas sobrenaturales.

—Tiene usted razón, señor —respondió Job—, y, si no me tomase por un necio redomado, quisiera decirle algo, ahora que el señor Leo no puede escucharnos —Leo se había levantado temprano para dar un paseo—, y es esto: sé que éste es el último país que veré en este mundo. Tuve un sueño anoche, y soñé que veía a mi anciano padre, que llevaba puesta una especie de camisa de noche, algo parecido a lo que usan estas gentes de aquí cuando quieren ir de gala. Llevaba en la mano un trozo de esa hierba plumosa, que debe de haber recogido por el camino, porque he visto ayer que abunda allí, a unas trescientas yardas de la entrada de esta detestable caverna. «Job —me dijo con solemnidad y sin embargo con una satisfacción que resplandecía a través de todos sus poros, más parecida a la de un pastor metodista que acaba de cambiar a un vecino un caballo lisiado por otro bueno y que aún gana veinte libras en el trato, que a cualquier otra cosa que pueda imaginar—, Job —me repitió—. ¡Es la hora, Job! El tiempo ha expirado. Nunca esperé que tendría que venir a buscarte en un sitio como éste, Job. ¡Me ha costado tanto trabajo averiguar dónde estabas! No ha sido gentil de tu parte haber hecho correr así a tu viejo y pobre padre, dejándolo solo para que lo reciba este estupendo lote de malos sujetos en este lugar, en Kôr».

—Habría que cuidarse de ellos —sugerí.

—Sí señor, por supuesto, señor. Esto es justamente lo que él dijo que había que hacer con ellos: tener cuidado con esos consumados bandidos, señor. No lo dudo, sabiendo lo que sé de ellos y de su costumbre de la vasija ardiente —prosiguió Job amargamente—. De todos modos, él estaba seguro de que había expirado el plazo, y se fue diciendo que nos veríamos muy pronto, y más de lo que nos habría gustado; supongo que estaba pensando en que nunca nos habíamos soportado juntos más de tres días. Y me atrevería a decir que las cosas serán iguales cuando nos encontremos de nuevo.

—Supongo —dije— que no creerás que vas a morir porque soñaste que veías a tu anciano padre. Si uno muere por soñar con su propio padre, ¿qué sucederá al hombre que sueña con su suegra?

—Ah, señor, usted se está burlando de mí —dijo Job—; pero verá: es que usted no conoció a mi anciano padre. Si hubiese sido cualquier otra persona (mi tía Mary, por ejemplo, que nunca trabajó mucho), no hubiese pensado demasiado en ello. Pero

mi padre no era un ocioso semejante, no hubiese podido serlo, con diecisiete hijos, y no podría dejarlos para venir únicamente a ver este lugar. No, señor, yo sé que él hablaba en serio. No puedo remediarlo, no, señor. Supongo que a todo hombre le llega su hora, un día u otro, aunque es duro morir en un lugar como éste, donde un entierro cristiano no podría conseguirse ni por su peso en oro. He intentado ser un buen hombre, señor, y cumplir honestamente con mi obligación: y si no fuese por la arrogante conducta que mi padre sostuvo anoche —con una suerte de desprecio hacia mí, como si no le importasen mis referencias y recomendaciones— me sentiría en paz con mi conciencia. De todos modos, señor, he sido un buen servidor para usted y para el señor Leo, ¡que Dios lo bendiga!... Vaya, si me parece que fue ayer cuando le llevaba de paseo para que jugase con una peonza de un penique... Y, si alguna vez pueden salir de este lugar, espero que recordarán con cariño mis huesos blanqueados y nunca más se ocuparán de escrituras griegas en floreros, señor, si es que puedo atreverme a decir esto.

—Vamos, vamos, Job —dije con seriedad—, todo esto es un disparate, lo sabes. No debes ser tan tonto como para meterte esas ideas en la cabeza. Hemos sobrevivido a ciertas cosas extrañas y confío en que seguiremos haciéndolo.

—No, señor —replicó Job en un tono tan convencido que me impresionó desagradablemente—, no son disparates. Soy un hombre condenado, lo sé; y es un sentimiento sumamente desagradable, señor, porque uno no puede dejar de preguntarse cómo va a suceder. Si uno está cenando, piensa en el veneno, y eso perjudica su estómago; y, si uno camina a lo largo de estas oscuras conejeras, piensa en cuchillos y, ¡Dios!, ¿acaso no se siente un escalofrío en la espalda? No me molesta, señor, si está afilado como el de aquella pobre muchacha, a la que siento haber hablado con dureza, ahora que ha muerto; aunque no aprobaba su conducta al casarse, porque lo hizo de un modo demasiado rápido para ser decente. Sin embargo, señor —el pobre Job se puso pálido cuando dijo esto—, espero que no será con el juego de la vasija caliente.

—Tonterías —prorrumpí con acritud—, tonterías.

—Muy bien, señor —dijo Job—, no me corresponde disentir con usted, pero, si piensa ir a alguna parte, le agradeceré que me deje acompañarlo, porque me gustaría poder mirar una cara amiga cuando llegue el momento, para que me ayude a pasar al otro mundo. Y ahora, señor, traeré el desayuno.

Con esto salió, dejándome en un estado de ánimo muy desagradable. Estaba muy profundamente ligado al viejo Job, que era uno de los hombres mejores y más honestos que había conocido a cualquier nivel social, y que en realidad era más un

amigo que un criado. La mera idea de que pudiese pasarle algo me producía un nudo en la garganta. Detrás de su risible charla podía entrever que estaba completamente convencido de que algo iba a suceder y, aunque en muchos casos estas convicciones se convierten en absolutos desatinos —ésta en particular podía atribuirse en amplia medida al lóbrego y desacostumbrado ambiente en que estaba ubicada la víctima—, la obsesión de Job me influyó, poco más o menos, llevando un escalofrío a mi corazón, como suele suceder con cualquier terror que se convierte en una auténtica creencia, por más absurda que sea. En ese momento llegó el desayuno, coincidiendo con la llegada de Leo, que había estado dando un paseo fuera de la caverna —para aclarar la mente, dijo— y me alegró mucho ver a ambos, porque introdujeron una tregua en mis tétricos pensamientos. Después del desayuno fuimos a dar otro paseo y observamos algunos amahagger sembrando una parcela de terreno con el grano que utilizan para hacer su cerveza. Lo hacía a la manara bíblica: un hombre con un costal hecho de piel de cabra sujeto a la cintura caminaba arriba y abajo por la parcela, esparciendo la semilla al andar. Constituía un positivo consuelo ver a aquellos miembros del terrible pueble haciendo algo tan doméstico y placentero como sembrar un campo, quizá porque esto parecía ligarlos de ese modo al resto de la humanidad.

Cuando regresamos. Billali vino a nuestro encuentro y raras comunicó que era del agrado de *Ella* que fuéramos a verla. Así pues, entramos a su presencia, no sin alguna inquietud, porque Ayesha era sin duda una excepción de la regla. La familiaridad con ella podía y debía engendrar pasión, pasmo y terror, pero ciertamente *no* engendraba menosprecio.

Como de costumbre, los mudos nos hicieron pasar, y después que éstos se retiraron Ayesha se quitó el velo. Una vez más pidió a Leo que la abrazase, lo cual — pese a los remordimientos de la noche anterior— hizo con más presteza y fervor que lo requerido por una estricta cortesía.

Ella puso su blanca mano sobre la cabeza de Leo y lo miró profundamente a los ojos.

—Te preguntarás, Calícrates mío —dijo— cuándo podrás llamarme tuya y cuándo de verdad seremos el uno para el otro. Te lo diré. Ante todo deberás ser igual a mí; no inmortal de verdad, porque yo no lo soy, pero sí tan fuerte y protegido contra los embates del tiempo, que sus flechas rebotarán en la armadura de tu vigorosa vida como los rayos del sol en la superficie del agua. Por eso no puedo casarme contigo aún, porque tú y yo somos diferentes y el enorme resplandor de mi ser podría quemarte y quizá destruirte. No podrías soportar, incluso, el mirarme un tiempo demasiado largo sin que te duelan los ojos y tus sentidos sufran vértigo. Por eso —



asintió levemente con la cabeza— voy a velarme en seguida —esto, entre paréntesis, no lo hizo—. No: escucha, no debes arriesgarte más allá de tus fuerzas, porque esta misma tarde, una hora antes de la puesta del sol, partiremos de aquí. Mañana cuando oscurezca, si todo va bien y no he olvidado el camino (espero que no), estaremos en el Lugar de la Vida y te bañarás en el fuego y saldrás glorificado como ningún hombre lo ha sido antes. Entonces, Calícrates, me llamarás tu esposa y yo te llamaré esposo.

Ante esta declaración sorprendente. Leo musitó algo en respuesta, no sé qué palabras, y ella rió un poco ante su confusión. Luego prosiguió:

—Y tú también, oh Holly: a ti también te concedo esta gracia, y luego de verdad vivirás siempre. Esto quiero hacerlo... bueno, porque me gustas. Holly, porque no eres del todo insensato, como la mayoría de los hijos de los hombres, y porque, aunque perteneces a una escuela filosófica tan llena de disparates como las de los viejos tiempos, aún no has olvidado cómo forjar una bonita frase acerca de los ojos de una dama.

—¡Hola, viejo camarada! —cuchicheó Leo, recobrando su antigua jovialidad—. ¿Has estado pronunciando requiebros? ¡Nunca lo hubiese pensado de ti!

—Te lo agradezco, Ayesha —respondí, con toda la dignidad que pude demostrar—, pero si existe un lugar como el que tú describes y si en ese extraño sitio puede hallarse una fogosa virtud, que puede alejar la muerte cuando viene a llevamos de la mano, aún así no quiero nada de ello. Oh, Ayesha, el mundo no ha demostrado ser un nido tan suave como para que invite a quedarse en él para siempre. Nuestra tierra es una madre con corazón de piedra, y piedras son los alimentos que da a sus hijos para sus comidas cotidianas. Piedras para comer, agua amarga para su sed, y azotes para su tierna educación. ¿Quién podría resistir esto durante muchas vidas? ¿Quién querría cargar sus espaldas con el recuento de las horas y los amores perdidos, con las aflicciones de su prójimo que él no puede disminuir y con una sabiduría que no trae el consuelo? Morir es arduo, porque nuestra delicada carne retrocede ante el gusano que no sentirá y ante lo desconocido que oculta nuestra vista con su mortaja, Pero más arduo es vivir en la tierra, según mi parecer, verde en la hoja y hermoso, pero muerto y podrido en el alma, sintiendo que otro secreto gusano, la memoria, muerde hasta el corazón.

—Piénsala, Holly —dijo—; el poseer larga vida, fuerza y belleza más allá de toda medida, implica poder y todas las cosas que son caras al hombre.

—¿Y qué son, oh Reina, estas cosas caras al hombre? ¿No son pompas de jabón? ¿Acaso la ambición no es una escalera interminable por la que no hay forma de subir a ninguna altura hasta llegar al último e inalcanzable peldaño? Porque una cima

conduce a otra cima y no hay reposo; y los peldaños se suceden unos a otros, y no hay límite para su número. ¿Acaso la riqueza no hastía y se vuelve nauseabunda, cuando ya no sirve a la satisfacción o el placer, ni alcanza para comprar una hora de tranquilidad mental? ¿Hay algún límite en la sabiduría que confiemos en alcanzar? ¿No será el mayor conocimiento un medio de medir nuestra ignorancia? Si vivimos diez mil años, ¿podemos confiar en que resolveremos los secretos de los soles, del espacio que está más allá de los soles y de la mano que los cuelga en los cielos? ¿Acaso no es nuestra sabiduría un hambre que roe llamando día a día a nuestra conciencia para conocer el insaciable vacío de nuestras almas? ¿No será como una de las luces en alguna de estas grandes cavernas, que, aunque brilla cada vez más al quemarse, apenas alcanza para mostrar el fondo de las tinieblas que la rodean? ¿Y qué hay de bueno más allá que podamos ganar prolongando nuestros días?

—Holly mío, está el amor..., el amor que hace que todas las cosas sean hermosas, sí, y que infunde divinidad al mismo polvo que pisamos. Con el amor, la vida pasará gloriosamente de año en año, como la voz de algún gran músico que tiene el poder de arrastrar el corazón de los oyentes suspendido en alas de águila, por encima de la sórdida vergüenza y la locura de la tierra.

—Puede que sea así —respondí—, pero si el amado prueba una flecha rota para traspasarnos o si el amor ama en vano, ¿qué sucede? ¿Grabará el hombre sus tristezas sobre una piedra cuando sólo necesita escribir sobre el agua? No, oh *Ella*, quiero vivir mi tiempo y envejecer con mi generación, morir la muerte que tengo asignada y ser olvidado. Porque espero una inmortalidad junto a la cual el pequeño lapso que quizá puedes conferir no sería más que el largo de un dedo impreso sobre la medida del gran mundo; y ten en cuenta esto: la inmortalidad que contemplo y que mi fe me tiene prometida estará libre de los lazos que atan mi espíritu aquí abajo. Porque, mientras la carne exista, el dolor, el mal y las picaduras de escorpión del pecado existirán también; pero cuando la carne se haya desprendido de nosotros, entonces el espíritu brillará con fuerza, envuelto en el resplandor del bien eterno. Y en el aire ordinario alentará el raro éter de los más nobles pensamientos; tanto, que las mayores aspiraciones de la virilidad o el más puro incienso de la plegaria de una doncella serán demasiado pesados para flotar hasta allí.

—Tu visión es elevada —respondió Ayesha con una risita—, y hablas claramente, como una trompeta de decididos sonos. Y sin embargo me parece que acabas de hablar de lo desconocido, de lo cual nos separa un sudario. Pero quizá sucede que lo ves con los ojos de la fe, contemplando su resplandor, es decir, a través del cristal de los colores de tu imaginación. ¡Las imágenes del futuro que la humanidad puede

dibujar de este modo con los pinceles de la fe y los pigmentos de mil colores de la imaginación son extrañas! También es extraño que ninguna de ellas encaje con otra. Podría decirte... Pero no vale la pena. ¿Para qué robarle a un loco sus fruslerías? Dejémosle pasar; y te pido, oh Holly, que cuando sientas que la vejez se acerca a ti arrastrándose lentamente y, cuando el filo gris de la edad haga estragos en tu cerebro, no lamentes amargamente haber rechazado el regalo imperial que quería darte. Pero siempre ha sido así: el hombre nunca puede contentarse con lo que está al alcance de su mano. Si una lámpara alcanza a iluminarle a través de la oscuridad, la arroja en seguida porque no es una estrella. La felicidad siempre danza un paso más adelante, como los fuegos fatuos de las ciénagas. ¡Y él debe coger el fuego y ganar la estrella! La belleza no significa nada para él, porque siempre hay labios más dulces aún. La riqueza es pobreza, porque otros podrán sobrepujarlo con dinero más sólido, y la fama es un vacío, porque hubo hombres más grandes que él. Tú mismo lo has dicho y yo vuelvo tus palabras contra ti. Bien, tú soñaste que alcanzarías la estrella. Yo no lo creo y te llamo insensato, Holly mío, por rechazar la lámpara.

No repliqué, porque no podía decirle —sobre todo delante de Leo— que desde que había visto su rostro sabía que estaría siempre ante mis ojos y que no tenía deseos de prolongar una existencia que estaría siempre perseguida y torturada por su memoria y por la amargura final de un amor insatisfecho. Pero así era y así es, ¡ay!, hasta ahora.

—Y ahora —prosiguió *Ella*, cambiando de tono y a la vez de tema—, cuéntame, Calícrates mío, porque aún no lo sé, ¿cómo viniste aquí a buscarme? Ayer por la noche dijiste que Calícrates (aquél que como sabes está muerto) era tu antepasado. ¿Cómo es eso? Cuéntame... ¡Desde luego no hablas demasiado!

Ante este ruego, Leo le relató la maravillosa historia de la arquilla y del trozo de la vasija que, con la escritura grabada por su antepasada, la egipcia Amenartas, había sido el medio que lo había guiado hasta ella. Ayesha escuchaba intensamente y, cuando Leo hubo concluido, me habló:

—¿No te había dicho una vez, ¡oh Holly!, cuando hablábamos del bien y del mal (era cuando mi amado estaba enfermo), que del bien puede venir el mal y del mal el bien, que los que siembran no saben cómo será la cosecha, ni el que golpea sabe dónde caerá el golpe? Fíjate ahora: esa egipcia Amenartas, esta real hija del Nilo que me odiaba y a la que no he dejado de odiar hasta ahora, porque en cierto modo ella había prevalecido sobre mí..., fíjate bien: ¡ella misma ha sido el verdadero instrumento que ha traído a su amante hasta mis brazos! Por causa suya yo lo maté y ahora, mira, ¡por su intermedio vuelve a mí! Ella quería hacerme daño y sembró sus

semillas para que yo cosechara cizaña, y mira: me ha dado mucho más que todo lo que el mundo podía darme. ¡Ahí tienes un extraño cuadrado para encajar en tu círculo del bien y el mal, oh Holly! Y así —prosiguió tras una pausa—, así pidió a su hijo que me destruyese si podía, porque yo había matado a su padre. Y tú, Calícrates mío, eres el padre y en cierto sentido eres también el hijo. ¿Querías tú vengar el agravio y el de aquella lejana madre tuya sobre mí, oh Calícrates? Mira —cayó de rodillas y abrió el blanco corpiño, hasta descubrir su marfileño pecho—, mira: aquí late mi corazón y ahí a tu lado hay un cuchillo pesado, largo y afilado, el cuchillo apropiado para matar a una mujer descarriada. Cógelo ya y véngate. ¡Hierre, hierre y da en el blanco!... Así estarás satisfecho, Calícrates, y podrás ir por la vida como hombre feliz, porque has lavado la afrenta y obedecido el mandato del pasado.

Él la contempló y luego, alargando la mano, la levantó.

—Levántate, Ayesha —dijo tristemente—; sabes bien que no puedo herirte, ni siquiera para vengar a la que mataste anoche. Estoy en tu poder y soy un verdadero esclavo tuyo. ¿Cómo podría matarte?... Antes me mataría yo mismo.

—Por lo menos comienzas a amarme, Calícrates —respondió ella sonriendo—. Y ahora, háblame de tu país... Es un gran pueblo, ¿no es cierto? ¡Con un imperio como el de Roma! Sin duda querrás volver allí y está bien, no quiero que vivas en estas cavernas de Kôr. No, una vez que seas igual que yo, iremos desde aquí (no temas, que yo hallaré un sendero) y luego viajaremos a esa Inglaterra tuya y viviremos como nos convenga. He esperado dos mil años el día en que pueda ver por última vez estas odiosas cavernas y a sus gentes de sombrío rostro. Y ahora está al alcance de la mano y mi corazón se afana por alcanzarlo, como un niño espera su fiesta. Porque cuando gobiernes esta Inglaterra...

—Pero ya tenemos una reina —interrumpió Leo apresuradamente.

—No importa, no importa —dijo Ayesha—; puede ser destronada.

Ante esto, ambos prorrumpimos en exclamaciones consternadas y le explicamos que antes preferiríamos que nos derribaran a nosotros mismos.

—Es curioso —dijo Ayesha sorprendida—. ¡Una reina amada por su pueblo! Con seguridad el mundo ha cambiado desde que habito en Kôr.

Otra vez le explicamos que era el carácter de las monarquías lo que había cambiado y que la soberana que nos gobernaba era amada y venerada por todas las gentes bien pensantes de sus vastos dominios. Asimismo le dijimos que el poder real, en nuestro país, residía en manos del pueblo y que en realidad estábamos regidos por los votos de las más humildes y menos educadas clases de la comunidad.

—Ah —dijo—, una democracia... Entonces seguramente hay un tirano, porque yo

he visto desde hace mucho que las democracias, al no tener clara su voluntad, encumbran al fin un tirano y lo adoran.

—Sí —dije—, tenemos nuestros tiranos.

—Bueno —respondió resignada—, por lo menos podremos destruir a esos tiranos y Calícrates gobernará el país.

Informé de inmediato a Ayesha que en Inglaterra el derrocar un tirano no era un entretenimiento al que uno pudiera entregarse impunemente y que un intento semejante se enfrentaría con la atención de la ley y probablemente concluiría en el cadalso.

—«La ley» —rió ella con desdén—, ¡la ley! ¿No puedes comprender, oh Holly, que yo estoy por encima de la ley y que por lo tanto también lo estará Calícrates? Para nosotros toda ley será como el viento del norte para una montaña. ¿Acaso el viento doblega a la montaña o ésta al viento? Y ahora déjame, te lo ruego —añadió—, y tú también, Calícrates mío, porque debo prepararme para nuestra travesía; y así deberéis hacerlo vosotros dos y también vuestro servidor. Pero no llevéis gran cantidad de cosas con vosotros, porque espero que solo estaremos tres días afuera. Luego retornaremos aquí y prepararé un plan por el cual podremos despedirnos para siempre de estos sepulcros de Kôr. ¡Sí, ciertamente, puedes besar mi mano!

Mientras nos retirábamos, yo, por mi parte, meditaba profundamente en la horrible naturaleza del problema que se nos planteaba. La terrible *Ella* había decidido evidentemente ir a Inglaterra y esto me hacía estremecer hasta lo más hondo al pensar cuál podía ser el resultado de su llegada allá. Sabía cuáles eran sus poderes y no podía dudar de que los ejercería plenamente. Sería posible controlarla por un tiempo, pero la ambición de su espíritu orgulloso se liberaría con toda seguridad, vengándose de los largos siglos de soledad. Ella podría, si era necesario y si el poder inaudito de su belleza no resultaba suficiente para la ocasión, abrirse camino hasta un fin que había trazado ante sí y, como no podía morir y por lo que sabía tampoco podían matarla<sup>[86]</sup>, ¿qué podría detenerla? Al fin ella podría hacerse cargo sin duda del gobierno absoluto sobre los dominios británicos y probablemente sobre la tierra entera; aunque estoy seguro de que podría convertirnos rápidamente en el más glorioso y próspero imperio de la historia del mundo, ello sería al precio de un terrible sacrificio de vidas humanas.

Todo esto parecía un sueño producido por la extraordinaria inventiva de un cerebro especulativo y además estaba el hecho —un hecho maravilloso— que pronto conocería el mundo entero. Después de mucho pensar, llegué a la inevitable

conclusión de que esta extraordinaria criatura, cuya pasión la había mantenido encadenada durante tantos siglos y comparativamente inofensiva, iba a ser ahora utilizada por la Providencia como un medio para cambiar del mundo, y posiblemente —a través de la forja de un poder contra el cual era imposible rebelarse o tratar de oponerse, salvo por decreto del Destino— para mejorarlo materialmente.

## XXIII

### *El Templo de la Verdad*

Nuestra preparación no nos llevó mucho tiempo. Pusimos una muda de ropa cada uno y algunas botas de recambio en mi bolso de mano, así como nuestros revólveres y un rifle de tiro rápido por persona, junto a una buena provisión de municiones: una precaución a la cual más tarde, gracias a la Providencia, debimos nuestras vidas una y otra vez. El resto de nuestro equipaje, incluyendo los rifles pesados, lo dejamos allí.

Escasos minutos antes de la hora señalada, estábamos de nuevo en el tocador de Ayesha y hallamos que ella también estaba preparada, con la capa oscura sobre sus ropajes semejantes a un sudario.

—¿Estás preparado para la gran aventura? —dijo.

—Lo estamos —respondí—, aunque por mi parte, Ayesha, no creo en ella.

—Ah, Holly mío —observó ella—, en verdad eres como aquellos antiguos judíos, cuyo recuerdo me irrita tan penosamente: descreídos y reacios a aceptar todo aquello que no conocían. Pero tú verás; a menos que mi espejo mienta —y señaló la fuente de agua cristalina—, el sendero está aún abierto, como lo estaba en los viejos tiempos. Y ahora partamos hacia la nueva vida que concluirá... ¿quién sabe dónde?

—Ah —repetí—, ¿quién sabe dónde? Descendimos a la gran caverna central y luego salimos a la luz del día. En la boca de la caverna hallamos esperando una litera individual, con seis cargadores, todos ellos mudos, y me reconfortó ver a nuestro viejo amigo Billali con ellos, ya que le había cobrado cierto afecto. Al parecer Ayesha, por razones que no había considerado necesario explicar en detalle, había creído mejor que (con excepción de ella misma), fuéramos a pie. Esto no era nada desagradable de hacer, después de nuestro prolongado confinamiento en las cavernas, que por más convenientes que fuesen como sarcófagos —una palabra muy poco

apropiada, entre paréntesis, para estas tumbas en especial, ya que no podían consumir los cuerpos que guardaban<sup>[87]</sup>—, eran habitaciones muy deprimentes para seres vivos como nosotros. Sea por casualidad o por órdenes de *Ella*, el espacio frente a la caverna donde habíamos presenciado la horrible danza estaba absolutamente desprovisto de espectadores. No se veía ni un alma, y por tanto no creo que nuestra partida fuera conocida por nadie, excepto quizá por los mudos que servían a *Ella* quienes, por supuesto, tenían la costumbre de guardar para sí lo que veían.

A los pocos minutos de camino salíamos prontamente a la gran llanura cultivada, el antiguo lecho del lago, engarzada como una vasta esmeralda en su guarnición de ceñudos riscos. Allí tuvimos otra oportunidad para admirar la extraordinaria naturaleza del lugar elegido por aquel antiguo pueblo de Kôr para su capital; y la sorprendente cantidad de trabajo, inventiva y destreza constructora que habían requerido los fundadores de la ciudad para drenar una extensión tan enorme de agua y mantenerla libre de acumulaciones posteriores. Era en verdad, hasta donde alcanzaba mi experiencia, un inigualado ejemplo de cuanto podía hacer el hombre frente a la naturaleza, porque en mi opinión hazañas como el Canal de Suez e incluso el túnel de Monte Cenis no se aproximaban a esta antigua empresa, tanto en magnitud como en grandeza de concepción.

Tras haber caminado alrededor de media hora, disfrutando en sumo grado de la deliciosa frescura que a esa hora del día siempre parecía descender sobre la gran planicie de Kôr y que compensaba en parte la falta de brisas de tierra o mar —porque el muro rocoso de la montaña evitaba el paso de cualquier viento—, comenzamos a distinguir claramente aquello que, según nos había informado Billali, eran las ruinas de la gran ciudad. Aún desde esa distancia pudimos apreciar la grandeza de aquellas ruinas, un hecho que se volvía cada vez más evidente a cada paso que dábamos. La ciudad no era muy grande si se la comparaba con Babilonia, Tebas u otras poblaciones de la antigüedad remota; quizá sus murallas exteriores encerraban unas doce millas cuadradas de terreno o poco más. Tampoco las murallas, tal como pudimos observar cuando llegamos a ellas, eran muy altas, probablemente no más de cuarenta pies, que era su altura actual donde no se habían derrumbado por hundimientos de tierra o alguna otra causa. La razón de esto era, sin duda, que el pueblo de Kôr, al estar protegido de algún ataque exterior por baluartes mucho más colosales que cualquiera que pudiese erigir la mano del hombre, sólo las necesitaba como ostentación o para guardarse de las discordias civiles. Pero en contrapartida, eran tan anchas como altas, construidas enteramente de piedra labrada (extraída sin duda de las vastas cavernas) y



rodeadas por un gran foso de unos sesenta pies de anchura, que en muchos trechos aún estaba lleno de agua. Unos diez minutos antes de que el sol se pusiera del todo, llegamos a este foso y lo cruzamos trepando por encima de los restos acumulados de lo que hubo de ser un gran puente y luego, con cierta dificultad, por el talud de la muralla hasta su cima. Desearía que mi pluma pudiese dar una idea de la grandeza del panorama que entonces se abrió ante nuestra vista. Allí, bañada enteramente por el rojo resplandor del sol poniente, se extendían millas y millas de ruinas: columnas, templos, templetos y palacios de reyes que alternaban con verdes manchas de maleza. Como es natural, los techos de aquellos edificios habíanse derrumbado hacía mucho, pero debido al carácter sumamente macizo de la construcción y la durabilidad de la roca empleada, muchas de las paredes medianeras y de las grandes columnas aún permanecían en pie<sup>[88]</sup>.

En línea recta ante nosotros se extendía la que evidentemente había sido la avenida principal de la ciudad, porque era muy ancha y angular, más ancha que el muro de contención del Támesis. Cómo estaba pavimentada o más bien construida (cosa que descubrimos más adelante) con bloques de piedra labrada semejantes a los empleados en las murallas, estaba apenas cubierta de hierba y arbustos, que no podían hallar una base de tierra vegetal para crecer. En cuanto a lo que fueron parques y jardines, por el contrario, eran ahora una densa jungla. En realidad, era fácil aún ahora a distancia, trazar el curso de las diversas calles por el aspecto calcinado de la escasa hierba que crecía sobre ellas. A cada lado de esta gran vía pública había vastos bloques de ruinas, y cada uno de ellos estaba separado generalmente por un espacio que hubo de ser, supongo, el lugar reservado a jardines, pero que ahora estaba cubierto por densos y enmarañados matorrales. Todos los edificios estaban contruidos de la misma piedra coloreada y muchos de ellos tenían columnas, lo cual era lo único que podíamos observar en la evanescente luz del atardecer mientras pasábamos rápidamente por la calle mayor. Creo no errar si digo que ningún ser humano había pisado aquel lugar desde hacía miles de años<sup>[89]</sup>.

En seguida llegamos a un enorme y macizo edificio en ruinas, que era, como supimos acertadamente, un templo que cubría al menos ocho acres de terreno y que en apariencia estaba dispuesto en una serie de patios, cada uno de los cuales encerraba otro más pequeño, según el sistema de las cajas chinas; los patios estaban separados por hileras de enormes columnas. Y, ya que pienso en ello, debo consignar un hecho notable acerca de la forma de estas columnas, que no se asemejaban a nada que yo hubiese visto u oído, ya que estaban labradas de modo que presentaban una especie

de cintura en el centro, ensanchándose por arriba y por abajo. Al principio pensé que esta conformación quería simbolizar o sugerir toscamente la forma femenina, como era habitual entre los arquitectos religiosos de la antigüedad de los más diversos credos. Al día siguiente, sin embargo, al ascender por las laderas de la montaña, descubrimos una gran cantidad de palmeras de aspecto sumamente majestuoso, cuyos troncos crecían con una forma exactamente igual, por lo cual no tengo dudas de que el primer diseñador de estas columnas había extraído su inspiración de la grácil curvatura de estas mismas palmeras, o más bien de sus antecesoras que, hace unos seis o diez mil años, embellecían las laderas de la montaña, que entonces formaban las playas del lago volcánico.

Nos detuvimos en la *façade*<sup>[90]</sup> de este inmenso templo que, imagino, es casi tan grande como el de El-Karnac<sup>[91]</sup> en Tebas. Algunas de las columnas más anchas, que medí, tenían entre dieciocho y veinte pies de diámetro en la base, por setenta pies de altura. Cuando nuestra pequeña procesión hizo alto, Ayesha descendió de su litera.

—Había aquí un sitio, Calícrates —dijo a Leo, que había corrido para ayudarla a descender—, donde se podía dormir. Hace dos mil años que tú, aquella víbora de la egipcia y yo, descansamos en ese sitio, pero desde entonces no he puesto el pie en este lugar ni hombre alguno lo ha hecho; quizá se ha derrumbado.

Seguida por todos nosotros, subió un tramo de escalones rotos y arruinados hasta el patio exterior, mirando en derredor a través de la penumbra. Entonces pareció recordar y, caminando unos pocos pasos a lo largo de la pared de la izquierda, se detuvo.

—Es aquí —dijo, y al mismo tiempo hizo señas a los dos mudos, que estaban cargados con las provisiones y nuestras pequeñas pertenencias, para que avanzaran. Uno de ellos se acercó y sacando una lámpara la encendió con su brasero, ya que cuando los amahagger hacen un viaje por las cercanías siempre llevan con ellos un brasero encendido para proveerse de fuego. La mecha del brasero estaba hecha con rotos fragmentos de momia cuidadosamente humedecidos; si la dosis de humedad estaba apropiadamente administrada, esta profana composición podía arder en rescoldo durante horas<sup>[92]</sup>. Apenas estuvo encendida la lámpara, entramos al lugar ante el cual se había detenido Ayesha. Resultó ser una habitación excavada en el espesor de la muralla y, del hecho de que todavía había en ella una pesada mesa de piedra deduje que, probablemente, había servido de cuarto de estar, quizá para uno de los guardianes del gran templo.

Allí nos detuvimos y, después de limpiar el lugar y hacerlo tan cómodo como las

circunstancias y la oscuridad lo permitían, comimos un poco de carne fría, al menos Leo, Job y yo, porque Ayesha, como creo haber dicho en algún sitio, nunca probaba nada excepto pastelillos de harina, fruta y agua. Mientras aún nos hallábamos comiendo, apareció sobre el muro de la montaña la luna llena y comenzó a bañar el lugar con su luz plateada.

—¿Te he dicho ya por qué os he traído aquí esta noche, Holly mío? —dijo Ayesha apoyando la cabeza en su mano y observando el gran astro mientras ascendía, como una celestial diosa, sobre los solemnes pilares del templo—. Os traje... No, es extraño, pero debes saber, Calícrates, que tú estás sentado en este momento en el mismo sitio en que yacía tu cadáver cuando te llevé a estas cavernas de Kôr hace ya tantos años. La visión asalta otra vez mi memoria. ¡Puedo verla, y es horrible!

Se estremeció. En esto, Leo dio un salto y rápidamente cambió de asiento. De todos modos la reminiscencia había afectado a Ayesha, y era visible que tenía pocos encantos para ella.

—Os traje aquí —prosiguió Ayesha—, para que pudiérais ver el más maravilloso espectáculo que los ojos del hombre podrán contemplar alguna vez —la luna llena brillando sobre la ruinosa Kôr—. Cuando hayáis concluido la comida... Espero poder enseñarte a comer sólo fruta, Calícrates, pero eso vendrá después de que te hayas lavado en el fuego. Otrora yo también comía carne, como una bestia. Cuando hayáis terminado saldremos, y os mostraré este gran templo y la diosa que en otro tiempo adoraron aquí los hombres.

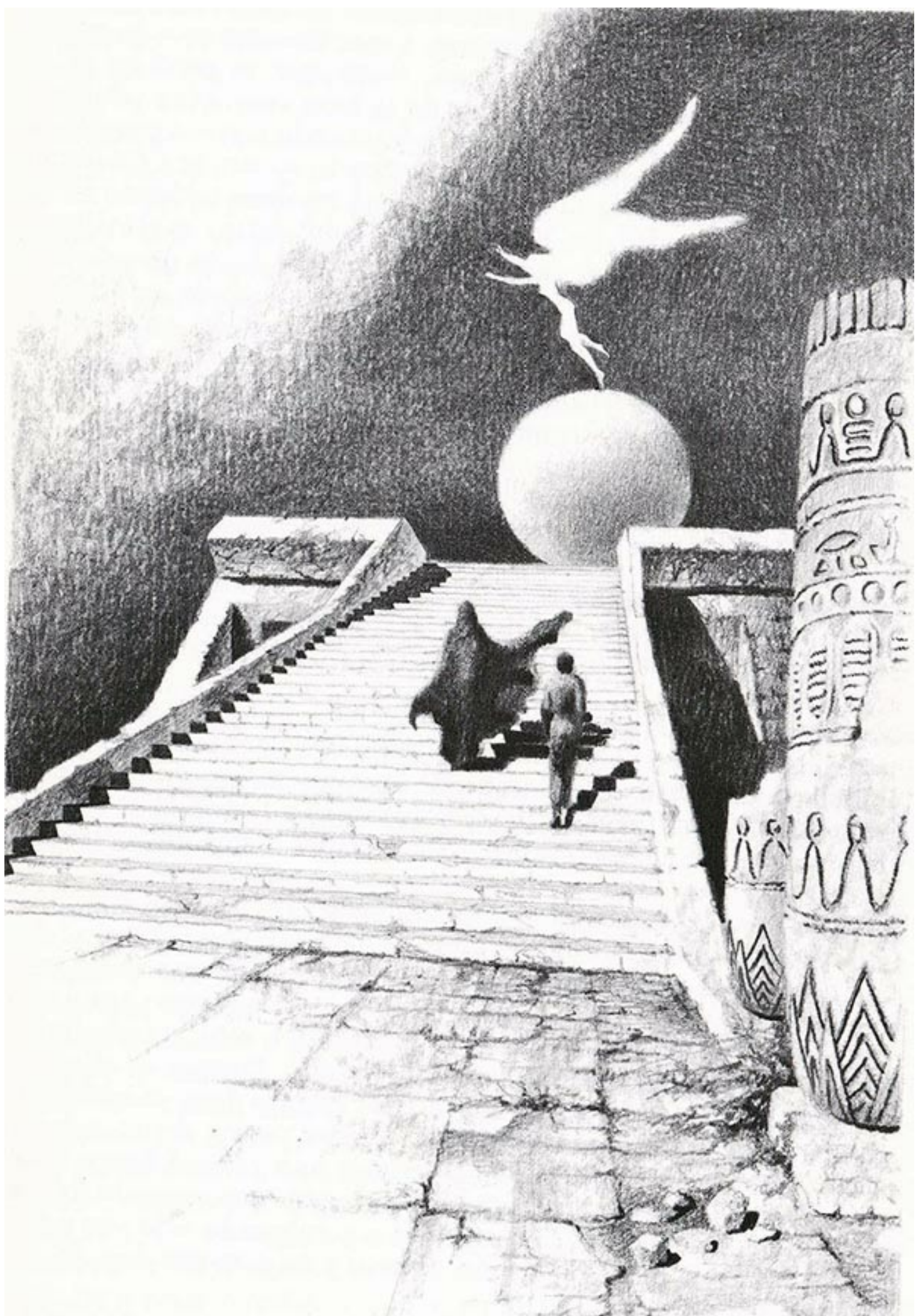
Naturalmente nos apresuramos a concluir y partimos. Y aquí mi pluma fracasa otra vez. Dar una serie de medidas y detalles de los varios patios del templo sería fatigoso, suponiendo que las tuviese, y aún no sé cómo podría describir lo que veía, magnífico como era, aun en ruinas, porque iba más allá de todo poder de expresión. Patios y patios, en la oscuridad; hileras e hileras de colosales columnas, algunas de ellas —especialmente en los pórticos— esculpidas desde el pedestal hasta el capital... Espacios sucesivos de vacíos recintos, que hablaban a la imaginación con más elocuencia que cualquier calle llena de gente. ¡Y por encima de todo, el muerto silencio de los muertos, la sensación de absoluta soledad y el cobijado espíritu del pasado! ¡Qué bello era y sin embargo cuán melancólico! No nos atrevíamos a hablar en voz alta. La misma Ayesha estaba abrumada por la presencia de una antigüedad que hacía parecer cosa breve su propia vida veinte veces secular. Apenas susurrábamos, y nuestros susurros parecían deslizarse de columna en columna, hasta que se perdían en el quieto aire. El resplandor de la luz de la luna caía sobre pilares y patios y sobre los muros destrozados, ocultando con sus ropajes de plata las imperfecciones y grietas,

vistiendo su nevada majestad con la peculiar gloria de la noche. Ver la luna llena luciendo sobre el ruinoso santuario de Kôr era un espectáculo maravilloso. Y era maravilloso pensar cuántos miles de años hacía que el astro muerto allá arriba y la ciudad muerta aquí abajo se habían contemplado mutuamente, y en la total soledad del espacio que había trasegado en cada uno de ellos el cuento de su vida perdida y de su gloria apagada desde hacía tanto tiempo. La blanca luz caía y minuto a minuto las tranquilas sombras se deslizaban por los patios donde crecía la hierba, como espíritus de antiguos sacerdotes que rondaban por las habitaciones de su culto... La blanca luz caía y las largas sombras crecían hasta que la belleza y grandiosidad de la escena y la indomable majestad de su muerte actual parecía hundirse en nuestras propias almas, y hablaba con más fuerza que las salvas de los ejércitos para relatar la pompa y esplendor que la tumba se había tragado y hasta la memoria había olvidado.

—Venid —dijo Ayesha, después que miramos y miramos aquello no sé por cuanto tiempo— y os mostraré la pétrea flor de la Belleza y la verdadera corona de lo maravilloso, si aún permanece burlando al tiempo con su hermosura y llenando el corazón del hombre con el deseo vehemente de saber lo que hay detrás del velo.

Sin esperar respuesta, nos condujo a través de otros dos patios encolumnados hasta el altar interior del antiguo santuario.

Allí, en el centro del recóndito atrio, que debería tener unas cincuenta yardas cuadradas o algo más, nos hallamos cara a cara con la que es quizá la obra de arte alegórica más grande que el genio de sus hijos ha dado jamás al mundo. Porque en el centro exacto del atrio, colocada sobre una maciza losa cuadrada de piedra, había una enorme esfera de piedra negra, de unos veinte pies de diámetro, y sobre ella se erguía una colosal figura alada cuya belleza era tan arrebatadora y divina, que, cuando la contemplé por primera vez, iluminada y sombreada a la vez por la suave luz de la luna, quedé sin aliento y mi corazón dejó de latir por un instante.



La estatua había sido labrada en un mármol tan puro y blanco, que aún ahora, después de tantos siglos, brillaba cuando los rayos de la luna danzaban sobre ella. Su altura, diría yo, era de algo más de veinte pies. Era la figura alada de una mujer de tan maravilloso encanto y delicadeza de formas, que su tamaño parecía aumentar en lugar de disminuir su humana y sin embargo espiritual belleza. Se inclinaba hacia adelante y se suspendía sobre sus alas semiabiertas como para equilibrarse cuando se apoyaba. Sus brazos se abrían, como los de una mujer que deseara abrazar a alguien a quien amase tiernamente, y toda su actitud daba la impresión de la súplica más conmovedora. Su cuerpo perfecto y lleno de gracia estaba desnudo, con excepción — y este es el más extraordinario detalle— del rostro, que estaba tenuemente velado, de modo que sólo podía delinearse la huella de sus rasgos. Un velo diáfano rodeaba su cabeza y uno de sus dos extremos caía sobre su hombro izquierdo, que se delineaba debajo; el otro, que estaba roto ya, flotaba al viento detrás de ella.

—¿Quién es? —pregunté, tan pronto como pude arrancar mis ojos de la estatua.

—¿No puedes adivinarlo, oh Holly? —preguntó Ayesha—. ¿Dónde está tu imaginación? Es la Verdad frente al mundo, llamando a sus hijos para que quiten el velo de su rostro. Mira lo escrito sobre el pedestal. Sin duda está extraído del libro de las Escrituras de estos hombres de Kôr.

Se adelantó hasta los pies de la estatua, donde había una inscripción en los ya conocidos jeroglíficos de aspecto chino, que estaban tan profundamente grabados que aún eran bastante visibles, al menos para Ayesha. De acuerdo con su traducción, decía lo siguiente:

*¿No hay aquí ningún hombre que quiera quitar mi velo y contemplar mi rostro, que es muy hermoso? Seré de quien aparte mi velo y le daré paz, dulces hijos del conocimiento y buenas obras.*

*Y una voz gritó: «Aunque todos los que te buscan te desean, ¡mira!*

*Virgen eres y virgen serás hasta que el Tiempo se cumpla. No hay hombre nacido de mujer que pueda quitar tu velo y vivir, ni lo habrá nunca. Porque sólo la Muerte puede descorrer tu velo, ¡oh Verdad!»*

—Ya ves —dijo Ayesha, cuando concluyó su traducción—. La Verdad era la diosa de este pueblo de la antigua Kôr y para ella erigieron sus altares. A ella buscaban; sabían que nunca la encontrarían, pero seguían buscándola.

—Y así —añadí tristemente— buscarán los hombres hasta su última hora; y, como dice esta Escritura, no la hallarán; porque sólo en la Muerte se encuentra la Verdad.

Entonces, con una última mirada a aquella velada y espiritual hermosura —tan perfecta y pura, que se podía imaginar que un espíritu viviente brillaba a través de la prisión de mármol para conducir al hombre a más elevados y etéreos pensamientos—, sueño de belleza congelado en la piedra por un poeta y que nunca olvidaré mientras viva, con esta última mirada, digo, nos volvimos y regresamos al lugar de donde habíamos partido, a través de los vastos atrios iluminados por la luna. Nunca volví a ver la estatua, lo cual lamento aún más porque habíamos descubierto que en la gran esfera de piedra que sostenía la estatua y que representaba al mundo había líneas trazadas que probablemente, de haber luz suficiente, se revelarían como un mapa del universo tal como lo conocían las gentes de Kôr. De todas maneras resulta sugestivo y propio de algún conocimiento científico que estos perseguidores de la Verdad, desaparecidos hacía tanto tiempo, hubiesen reconocido el hecho de que la tierra era redonda.

## XXIV

### *Caminando por la tabla*

Al día siguiente los mudos nos despertaron antes del amanecer; cuando ya habíamos ahuyentado el sueño de los ojos tras refrescarnos con abluciones en una fuente que aún surgía entre los restos de un estanque de mármol, en el centro del cuadrángulo norte del vasto patio exterior, descubrimos que *Ella* ya estaba preparada para la partida, de pie junto a la litera. Mientras tanto, el viejo Billali y los porteadores mudos se afanaban reuniendo el equipaje. Como de costumbre, Ayesha estaba velada como la Verdad de mármol y se me ocurrió la idea de que tal vez ella había tomado de aquella estatua la idea de cubrir su belleza. Advertí, de todos modos, que parecía muy deprimida y que no tenía nada de aquel orgullo y animado talante que la hubiese traicionado entre mil mujeres de la misma estatura aunque todas estuviesen con velo. Nos miró al acercarnos —pues su cabeza estaba inclinada sobre el pecho— y nos saludó. Leo le preguntó cómo había dormido.

—Mal, Calícrates mío —contestó—, ¡mal! Extraños y repugnantes sueños se han arrastrado esta noche hasta mi cerebro. Y no sé que pueden presagiar. Me siento casi como si algún mal me cubriese con su sombra; y sin embargo, ¿qué mal puede rozarme? Me pregunto —prosiguió con súbito arranque de ternura femenina—, me pregunto si seguirías pensando en mí con cariño si algo me sucediese y tuviera que dormir mientras tú continuases vivo. ¿Esperarías a que yo volviese como hice durante todos los siglos en que esperé tu regreso?

Luego, sin esperar una respuesta, prosiguió:

—Ven, hay que seguir adelante, porque tenemos que ir muy lejos y, antes de que nazca un nuevo día en el oriente azul, deberemos estar en el lugar de la Vida.

A los cinco minutos estábamos de nuevo en camino, atravesando la vasta ciudad



en ruinas, que se erguía a cada lado, en el gris amanecer, de un modo que era a la vez grandioso y opresivo. En el momento justo en que el primer rayo de sol naciente parecía disparar una flecha dorada a través de esta histórica desolación, llegamos a la puerta más lejana de la muralla exterior. Tras haber contemplado una vez más la blanca majestad llena de columnas por donde habíamos paseado —con la excepción de Job, para quien las ruinas carecían de encantos—, lanzamos un suspiro de pesar por no haber tenido más tiempo para explorarlas; atravesamos el gran foso y salimos a la planicie que se extendía más allá.

A medida que el sol ascendía en el firmamento, también lo hacía el humor de Ayesha, hasta que a la hora del desayuno había alcanzado su nivel normal y se reía de su anterior desánimo, que atribuía al lugar donde había dormido.

—Estos bárbaros juran que Kôr está encantada —dijo— y en verdad creo lo que dicen, porque nunca conocí noche tan mala, salvo una vez. La recuerdo ahora. Era el mismo lugar donde yaciste muerto a mis pies, Calícrates. No volveré a visitarlo, es un sitio de mal agüero.

Después de un alto muy breve para desayunar, nos apresuramos con tal resolución, que a las dos de la tarde estábamos al pie del vasto muro de piedra que formaba el borde del volcán, que en este punto se alzaba vertiginosamente sobre nosotros hasta mil quinientos o dos mil pies de altura. Aquí hicimos alto, lo cual no me sorprendió, pues no veía la posibilidad de ir más lejos.

—Ahora —dijo Ayesha cuando descendió de su litera—, recién comienza nuestro trabajo, porque aquí nos separamos de estos hombres y en adelante deberemos llevar la carga nosotros —y luego, dirigiéndose a Billali agregó—: Tú y estos esclavos deberéis permanecer aquí y esperar nuestro regreso. Mañana hacia el mediodía estaremos contigo... Si no, espera.

Billali se inclinó humildemente y dijo que su augusta orden sería obedecida aunque tuvieran que esperar allí hasta la vejez.

—Y este hombre, oh Holly —dijo *Ella*, señalando a Job—, sería mejor que se quedase aquí también, porque, si su corazón no es fuerte y grande su valor, podría sucederle algo malo. Además, los secretos del lugar adonde nos dirigimos no están hechos para ojos vulgares.

Tradujo esto a Job, que en seguida y encarecidamente suplicó, casi con lágrimas en los ojos, que no lo dejáramos allí. Dijo que estaba seguro de que no vería nada peor que lo que ya había visto y que estaba mortalmente aterrorizado ante la idea de quedarse solo con aquellos «tipos mudos», quienes, pensaba, probablemente aprovecharían la oportunidad para ponerle la vasija caliente.

Volví a traducir lo que decía a Ayesha, que se encogió de hombros y respondió:

—Bien, déjalo venir, no me importa; es cosa suya; servirá para transportar la lámpara y esto —señaló una estrecha tabla de unos dieciséis pies de extensión, que había estado amarrada sobre el largo soporte de su hamaca y que yo creía que se usaba para descorrer mejor las cortinas. Empero, como ahora se apreciaba, estaba destinada a algún desconocido propósito relacionado con nuestra extraordinaria empresa.

Por consiguiente, la tabla —que a pesar de su apariencia era muy liviana— fue entregada a Job para que la transportase, junto con una de las lámparas. Yo me colgué la otra a la espalda, y añadí un jarro de aceite de repuesto. Leo cargó con las provisiones y un poco de agua en un saco de piel de cabrito. Hecho esto, *Ella* ordenó a Billali y a los seis portadores mudos que se retiraran bajo un bosquecillo de magnolias florecidas situado a unas cien yardas de distancia y que se quedasen allí, so pena de muerte, hasta que nosotros hubiésemos desaparecido. Ellos hicieron una humilde reverencia y se fueron; cuando partía, el viejo Billali me dio un amistoso apretón de manos y susurró que prefería que fuese yo y no él quien iba en esta extraordinaria expedición con *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*; y palabra que me sentí inclinado a estar de acuerdo con él. Un minuto más tarde ya habían partido y entonces, tras preguntarnos lacónicamente si estábamos preparados, Ayesha se volvió, contemplando el empinado farallón.

—¡Bondad divina, Leo —dije—, supongo que no vamos a escalar este precipicio!

Leo se encogió de hombros; estaba en un estado de ofuscación en que se mezclaban en partes iguales la fascinación y la expectativa. En ese momento, con un movimiento repentino, Ayesha comenzó a escalar la escarpa y naturalmente la seguimos. Era absolutamente maravilloso ver la gracia y facilidad con que ella saltaba de roca en roca y mantenía el equilibrio con los bordes. El ascenso, por otra parte, no era tan difícil como parecía, aunque había uno o dos lugares donde no resultaba agradable mirar hacia atrás. Sucedió que la roca aún seguía aquí en declive y no era tan vertical como se volvía más arriba. De este modo, sin gran trabajo, subimos a una altura de unos cincuenta pies por encima de nuestro último rellano; lo único realmente dificultoso era manejar la tabla de Job, y haciendo eso nos arrastramos unos cincuenta o sesenta pasos hacia la izquierda de nuestro punto de partida, porque subíamos de costado, como cangrejos. Entonces alcanzamos un saliente, bastante estrecho al principio, pero que se ensanchó a medida que seguimos y que además se inclinaba hacia adentro como el pétalo de una flor, de modo que al continuar por él entramos gradualmente en una especie de surco o repliegue de roca que se hacía más y más

profundo, hasta que el fin parecía una vereda de piedra del Devonshire, que nos ocultaba perfectamente de la vista de las personas que estaban debajo de la ladera, si es que había alguien para mirar. Esta vereda, que parecía ser una formación natural, seguía durante unos cincuenta o sesenta pasos y luego concluía repentinamente en una caverna, también natural, que corría en ángulo recto respecto a la senda. Estoy seguro de que era una caverna natural y no excavada por la mano del hombre, porque su configuración irregular y retorcida, lo mismo que su curso, hacía pensar que había sido abierta en el corazón de la montaña por alguna espantosa erupción de gas que había seguido la línea de la menor resistencia. Todas las cavernas labradas por los antiguos habitantes de Kôr, por el contrario, estaban cortadas con perfecta regularidad y simetría. Ante la boca de esta caverna, Ayesha se detuvo y nos pidió que encendiéramos las dos lámparas, cosa que hice, dándole una a ella y guardando la otra para mí. Luego, tomando la delantera, avanzó por la caverna, eligiendo el camino con gran cuidado, cosa que era muy necesaria, ya que el suelo era de lo más irregular, sembrado de cantos rodados, como el lecho de un río, y ciertos lugares perforados por profundos agujeros, en los cuales fácilmente podía uno romperse una pierna.

Proseguimos por esta caverna durante veinte minutos, quizá más. Tenía alrededor de un cuarto de milla de longitud —según alcanzo a juzgar—, teniendo en cuenta sus numerosas vueltas y recodos, difíciles de calcular.

Como quiera que sea, al fin llegamos a su extremo más alejado y, mientras todavía trataba de penetrar las tinieblas, una gran ráfaga de aire llegó con ímpetu y apagó ambas lámparas.

Ayesha nos llamó y nos arrastramos hacia ella, que se había adelantado; allí fuimos recompensados con una visión que era auténticamente terrorífica en su lobreguez y grandeza. Frente a nosotros había una enorme grieta en la negra roca, mellada, desgarrada y hecha astillas junto al abismo, como si en alguna época remota hubiese sido destrozada por alguna espantosa convulsión de la naturaleza, como hendida golpe a golpe por el rayo. Esta grieta, cuyas dimensiones no puedo determinar, limitaba con un precipicio por este lado y probablemente también con otro, aunque no lo veíamos, por el extremo más alejado.

Pero a juzgar por la oscuridad que lo envolvía creo que no era muy ancha. Era imposible apreciar algo de sus contornos, o saber hasta dónde se extendía, por la sencilla razón de que el punto en que estábamos situados era tan distante del punto más alto del risco —unos mil quinientos o dos mil pies— que sólo una luz muy poco clara pugnaba por llegar hasta nosotros desde arriba. La boca de la caverna que habíamos estado siguiendo se abría en la más extraña y tremenda estribación rocosa,

que sobresalía suspendida en el aire sobre el vacío que teníamos delante en una longitud de unas cincuenta yardas y terminaba en una punta aguda, cuya forma era sumamente parecida al espolón de la pata de un gallo. Este enorme contrafuerte estaba unido al precipicio vecino sólo por su base, que era por supuesto enorme, del mismo modo que el espolón del gallo está unido a la pata. Por lo demás, carecía de todo apoyo.

—Hay que pasar por aquí —dijo Ayesha—. Tened cuidado de que el vértigo no os domine, porque el viento puede arrastraros al abismo, que en verdad no tiene fondo.

Sin darnos tiempo siquiera para asustarnos, comenzó a caminar por el espolón, dejando que la siguiéramos como mejor pudiéramos. Yo iba detrás de ella, luego venía Job, que arrastraba penosamente su tabla y Leo cerraba la marcha. Ver a aquella intrépida mujer deslizándose sin miedo por aquel espantoso lugar constituía realmente un maravilloso espectáculo. Por mi parte, cuando hube recorrido unas pocas yardas entre el empuje del viento y la horrible sensación que producía el saber las consecuencias que podía tener un resbalón, me vi obligado a arrastrarme sobre manos y pies, y así hicieron también los otros dos.

Pero Ayesha nunca condescendió en hacer cosa semejante. Siguió caminando mientras inclinaba su cuerpo para resistir las ráfagas de viento y al parecer sin perder nunca ni la cabeza ni el equilibrio.

En pocos minutos cruzamos alrededor de veinte pasos por aquel espantoso puente, que se hacía más estrecho a medida que avanzábamos. Luego, súbitamente, una gran ráfaga vino aullando por el desfiladero. Vi cómo Ayesha se encorbaba para resistirla, pero entonces la fuerte corriente de aire izó la oscura capa arrancándola de sus hombros; allá fue, mientras el viento la hacía aletear como un pájaro herido. Era espantoso verla alejarse hasta que se perdió en las tinieblas. Me aferré a la garganta de piedra y miré en torno, mientras el gran espolón vibraba, como un cuerpo viviente, zumbando debajo de nosotros. El espectáculo era verdaderamente aterrador. Allí estábamos, en equilibrio entre la tierra y el cielo. Debajo teníamos cientos y cientos de pies de un vacío que se volvía cada vez más oscuro, hasta que al fin alcanzaba la negrura absoluta y cuya profundidad era tal que no podía imaginar su fondo. Arriba, capa tras capa de viento vertiginoso y lejos, muy lejos, una franja de cielo azul. A nuestros pies se abría este vasto abismo sobre el cual estábamos encaramados, donde la gran corriente de aire rugía y chocaba, empujando nubes y neblinosos jirones de vapor por delante, hasta que nos hallamos enceguecidos y completamente confundidos.

En suma, la situación era tan tremenda y espantosa, que pienso que en realidad

adormeció nuestra sensibilidad ante el terror. Pero ahora la veo a menudo en mis sueños y, aunque es sólo una fantasía, me despierto cubierto de sudor frío.

—¡Adelante, adelante! —gritó la blanca silueta que se alzaba ante nosotros, porque ahora que la capa había desaparecido *Ella* estaba vestida de blanco y se parecía más a un espíritu cabalgando por el aire huracanado que a una mujer—. ¡Adelante, adelante, o caeréis y os haréis pedazos! Mantened los ojos fijos en el suelo y abrazaos a la roca.

La obedecemos, arrastrándonos penosamente por la temblorosa senda; la punta de piedra murmuraba como un diapasón al ser atravesada por el viento, que aullaba y gemía a su paso. Seguimos avanzando por ella, no sé cuánto tiempo, mirando en derredor sólo cuando era absolutamente necesario, hasta que al fin vimos que estábamos en la misma extremidad del espolón, una losa de piedra poco más larga que una tabla ordinaria, que vibraba y saltaba como un vapor lanzado a toda máquina. Allí nos quedamos aferrados al suelo y mirando a nuestro alrededor, mientras Ayesha, todavía inclinada contra el viento que hacía ondear su larga cabellera y sin prestar la menor atención al horrible abismo que abría su boca debajo de ella, señalaba hacia un punto ante sí. Entonces comprendimos cual era el propósito de traer la estrecha tabla que Job y yo habíamos arrastrado penosamente con nosotros. Ante nosotros se abría un espacio vacío, y del otro lado había algo que aún no podíamos ver, porque allí —ya fuese por la sombra del farallón de enfrente o por alguna otra causa— las tinieblas eran equivalentes a una noche nublada.

—Tenemos que esperar un momento —clamó Ayesha—; pronto habrá luz.

En aquel momento no pude imaginar qué quería decir. ¿Cómo podía haber más luz que la que nunca había entrado en aquel espantoso lugar? Mientras todavía me interrogaba de esa suerte, un rayo del sol poniente perforó de súbito las tinieblas estigias como una gran espada flamígera y cayó sobre la punta rocosa donde estábamos tendidos, iluminando la encantadora silueta de Ayesha con un sobrenatural esplendor. Quisiera tan sólo ser capaz de describir la salvaje y maravillosa belleza de esta espada de fuego que atravesaba la oscuridad y ahuyentaba los jirones neblinosos del abismo. Ignoro hasta ahora cómo llegaba hasta allí, pero sospecho que había alguna grieta o agujero en el risco del lado opuesto, a través del cual pasaba el rayo de luz cuando el astro se ponía y estaba en línea recta con el mismo. Todo cuanto puedo decir es que el efecto era lo más maravilloso que jamás había visto. Aquella espada flamígera hería rectamente el corazón de las tinieblas como una estocada y cuando caía allí producía la más soberbia y vivida luz, tan vivida que aun a distancia podíamos ver el grano de la roca, mientras a su lado —sí, a unas pocas pulgadas de su

aguzado borde— no había más que apretadas sombras.

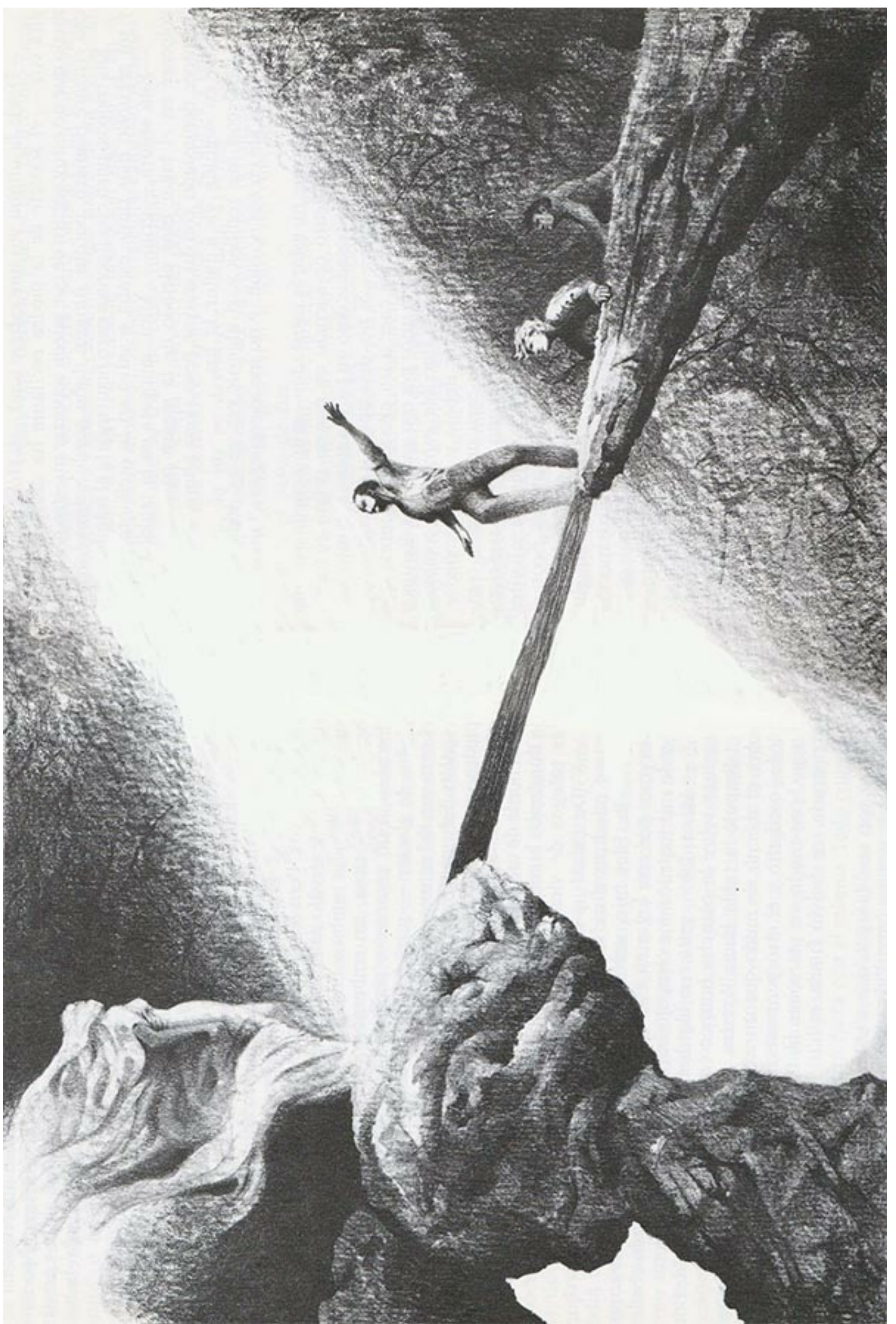
Y ahora, a través de aquel vasto rayo de sol —que *Ella* había estado esperando y por el cual había calculado el tiempo de nuestra llegada, sabiendo que en esta estación y durante miles de años siempre había llegado a esa hora— pudimos ver lo que había frente a nosotros. A unas once o doce yardas de la misma punta de roca en forma de lengua donde estábamos situados, se alzaba —presumiblemente desde el fondo mismo del abismo— un cono en forma de pan de azúcar, cuya cima estaba exactamente enfrente de nosotros. Pero si sólo hubiese estado esa cumbre el hecho no nos habría servido de mucho, ya que el punto más próximo de su circunferencia estaba a unos cuarenta pies de nosotros. En el borde de esta cima, sin embargo, que era circular y ahuecada, descansaba un gigantesco pedrusco plano, algo parecido a una piedra de glaciar —quizá lo era, no tengo nada en contra—, y el extremo del mismo se aproximaba a unos doce pies de nuestro espolón. Esta enorme roca era, ni más ni menos, una gigantesca piedra oscilante, cuidadosamente equilibrada sobre el borde del cono o cráter en miniatura, tal como una media corona<sup>[93]</sup> colocada en el borde de un vaso de vino; por cierto que a la violenta luz que la iluminaba lo mismo que a nosotros, podíamos verla oscilar con las ráfagas de viento.

—¡De prisa! —dijo Ayesha—, la tabla... Tenemos que cruzar mientras dure la luz, en seguida se irá.

—¡Oh, Dios mío, señor! Con seguridad ella no querrá que crucemos por este lugar en esta cosa —gimió Job cuando obedeciendo mis instrucciones empujó hacia mí la larga tabla.

—Así es, Job —grité con lúgubre alegría, aunque la idea de caminar sobre la plancha tampoco me gustaba.

Empujé la tabla hacia Ayesha, que diestramente la deslizó sobre el abismo, de modo que un extremo quedó apoyado en la piedra oscilante y el otro permanecía en el tembloroso espolón. Luego, colocando su pie sobre la tabla para evitar que fuese arrastrada, se volvió hacia mí.



—Desde la última vez que estuve aquí, ¡oh Holly! —dijo en alta voz—, el soporte de la piedra oscilante ha disminuido, de modo que no estoy segura de que pueda soportar nuestro peso. Por eso cruzaré primero, porque ningún daño puede sobrevenirme.

Sin rodeos, pasó con ligereza pero firmemente el frágil puente y un segundo más tarde estaba a salvo en la oscilante piedra.

—Está segura —gritó—. Mira, ¡apóyate en la tabla! Yo me colocaré en el lugar más alejado de la piedra para que no se balancee demasiado con tu mayor peso. Ven ahora, oh Holly, porque en seguida va a faltar la luz.

Luché con mis rodillas y, si alguna vez en mi vida estuve aterrorizado fue en esa ocasión, y no me avergüenzo al decir que vacilé.

—Supongo que no estarás asustado —gritó aquella extraña criatura en un momento de silencio en que se calmó el fuerte viento, mientras seguía posada como un pájaro sobre el punto más alto de la piedra movediza—. Si no, deja pasar a Calícrates.

Esto me decidió; es mejor caer a un precipicio y morir que dejar que una mujer así se ría de uno; por eso apreté los dientes y en un instante estuve sobre aquella horrible, estrecha y combada tabla, con un espacio insondable por debajo y a mi alrededor. Siempre he odiado las grandes alturas, pero nunca había comprendido antes todo el horror que ocasiona una posición semejante. Oh, estar en aquel endeble madero apoyado en las dos salientes que se movían era una situación que provocaba náuseas. Sentí el vértigo y pensé que iba a caer; mi espina dorsal *se arrastraba*; creí que estaba cayendo y mi deleite al hallarme tendido sobre aquella piedra, que subía y bajaba bajo mi cuerpo como una barca mecida por las olas, no se puede expresar con palabras. Todo lo que sé es que di gracias a la Providencia —breve pero encarecidamente— por haberme protegido hasta allí.



Luego llegó el turno de Leo: aunque lucía más bien estrambótico, cruzó como un equilibrista en la cuerda floja. Ayesha extendió la mano para aferrar la suya y le oí decir:

—Valientemente hecho, amor mío... ¡Valientemente hecho! ¡El antiguo espíritu griego vive aún en ti!

Y ahora sólo quedaba el pobre Job del lado más alejado del abismo. Se arrastró por la tabla y aulló:

—No puedo hacerlo, señor. Me voy a caer en este detestable lugar.

—Tienes que hacerlo —recuerdo haber dicho con un chiste inapropiado—, tienes que hacerlo, Job, es tan fácil como cazar moscas.

Supongo que debí de decirlo para satisfacer mi conciencia, pues, aunque la expresión comunica una maravillosa sensación de facilidad, no hay en realidad operación más difícil en el mundo que cazar moscas..., es decir, en tiempo caluroso, a menos, ciertamente, que se trate de cazar mosquitos.

—No puedo, señor, realmente no puedo.

—Haz que el hombre venga o déjalo que se quede y perezca allí. ¡Mira, la luz se desvanece! —dijo Ayesha.

Miré. Ella tenía razón. El sol ya pasaba por debajo del nivel del agujero o grieta del precipicio a través del cual llegaba hasta nosotros el rayo de luz.

—Si te quedas ahí, Job, morirás solo —grité—; la luz se va.

—Ven, sé hombre, Job —rugió Leo—; es bastante fácil.

Ante estas impetraciones, el infortunado Job, lanzando el más espantoso alarido, se precipitó sobre la tabla boca abajo... No se atrevió —su miedo era comprensible— a caminar por ella y comenzó a arrastrarse con pequeñas sacudidas, con sus pobres piernas colgando a ambos lados sobre la nada.

Sus violentos brincos sobre la frágil tabla hicieron oscilar la gran piedra, que estaba equilibrada solamente en unas pocas pulgadas de roca, de la manera más espantosa. Y para empeorar las cosas, cuando estaba a medio camino del cruce, el fantástico rayo de luz volante se extinguió súbitamente, igual que cuando se apaga una lámpara en un cuarto cubierto de cortinas, y dejó la ululante soledad del aire envuelta en negras tinieblas.

—¡Ven, Job, por amor de Dios! —grité en una agonía de miedo, mientras la piedra, ganando en movimiento a cada oscilación, se balanceaba tan violentamente que era difícil sostenerse sobre ella. Era verdaderamente una situación espantosa.

—¡Que el Señor tenga piedad de mí! —gritó el pobre Job desde la oscuridad—. ¡Oh, la tabla resbala!

Oí un violento forcejeo y pensé que había caído.

Pero en ese momento su mano extendida, aferrando el aire agónicamente, encontró la mía y yo tiré... ¡ah, cómo tiré! —volcando toda la fuerza que la Providencia se ha complacido en darme con tanta abundancia—, y para mi alegría un minuto más tarde Job estaba jadeando sobre la roca a mi lado. ¡Pero la tabla! la oí deslizarse y luego el golpe contra algún saliente de la roca «hasta que» desapareció.

—¡Santo Cielo! —exclamé—. ¿Cómo vamos a volver?

—No lo sé —respondió Leo desde las tinieblas—. Ya han sucedido bastantes cosas malas por hoy. Doy gracias por estar aún vivo.

Pero Ayesha se limitó a llamarme para que cogiese su mano y me deslizara tras ellas.

## XXV

### *El Espíritu de la Vida*

Hice lo que me ordenaba y con miedo y temblando sentí que me guiaba por el borde de la roca. Extendí una pierna pero no toqué nada.

—¡Voy a caerme! —tartamudeé.

—No, déjate llevar y confía en mí —contestó Ayesha.

Ahora bien, considerando la situación, se comprenderá fácilmente que esto significa pedirle a mi confianza mucho más de lo que justificaba mi conocimiento del carácter de Ayesha. Por todo lo que sabía, ella podría estar consumando la acción de enviarme a una horrible condena. Pero a veces en la vida hay que depositar nuestra fe en extraños altares y así sucedía ahora.

—¡Déjate llevar! —gritó y, no teniendo alternativa, así lo hice.

Me deslicé uno o dos pasos bajando por la pendiente de la roca y luego caí por el aire; recuerdo que por mi cerebro pasó como un relámpago la idea de que estaba perdido. ¡Pero no era así! En un instante mis pies chocaron contra un suelo rocoso y comprendí que estaba apoyado en algo sólido y fuera del alcance del viento, al que podía escuchar aullando afuera, sobre mi cabeza. Mientras permanecí allí, agradeciendo al Cielo estas pequeñas mercedes, sentí un deslizamiento y un forcejeo; era Leo que caía a mi lado.

—¡Hola, camarada! —llamó—, ¿estás ahí? Esto se está poniendo interesante, ¿no?

En el mismo momento, con un terrible alarido, Job llegó, cayendo precisamente sobre nuestras cabezas y golpeándonos a los dos. Cuando pugnábamos por ponernos de pie, Ayesha apareció entre nosotros y nos pidió que encendiéramos las lámparas, que por fortuna estaban intactas, así como la jarra de aceite de repuesto.

Extraje mi caja de cerillas de cera y éstas se inflamaron tan alegremente como si en

lugar de aquel espantoso lugar estuviéramos en una sala de Londres.

En un par de minutos ambas lámparas estaban encendidas y descubrían una curiosa escena. Estábamos agrupados en una habitación rocosa, de unos diez pies cuadrados, mirándonos aún amedrentados; es decir, todos menos Ayesha, que estaba de pie, tranquilamente, con sus brazos cruzados y esperando que las lámparas ardieran. La cámara parecía ser en parte natural y en parte excavada por el hombre, en la cima del cono. El techo de la parte natural pertenecía a la piedra oscilante y el de la parte posterior de la habitación, que se inclinaba hacia abajo, estaba labrado en la roca viva. Por lo demás, el lugar era cálido y seco, un perfecto asilo de descanso comparado con el vertiginoso pináculo de arriba y el estremecido espolón que brotaba para ir a su encuentro en medio del abismo.

—¡Bien! —dijo *Ella*—, hemos llegado a salvo, aunque por un momento temí que la piedra oscilante cayese con vosotros y os precipitase en el abismo sin fondo que hay debajo, porque creo que la hendidura baja hasta las mismas entrañas del mundo. La roca donde descansaba la piedra se ha desmoronado bajo el peso de la oscilación. Y ahora que él —señaló a Job, que estaba sentado en el suelo, secándose débilmente la frente con un pañuelo de bolsillo de algodón rojo—, a quien con acierto llaman el «Cerdo», porque es estúpido como un cerdo, ha hecho caer la tabla, no va a ser fácil volver cruzando el abismo y con tal fin debo hacer un plan. Pero ahora descansad un momento y observad el lugar. ¿Qué piensas que es?

—No sabemos —respondí.

—¿Creerías, oh Holly, que cierta vez hubo un hombre que eligió este nido aéreo como su vivienda cotidiana y que aquí se mantuvo durante muchos años? Lo abandonaba únicamente un día de cada doce para ir en busca de agua, comida y aceite que la gente traía, en cantidad mayor de la que él podía acarrear, y que le dejaban como ofrenda a la entrada del túnel que acabamos de atravesar. —La contemplamos sorprendidos y ella prosiguió—: Sí, así fue. Había un hombre (Noot se hacía llamar) que aunque vivió en los últimos tiempos, participaba de la sabiduría de los hijos de Kôr. Era un ermitaño y un filósofo, sumamente versado en los secretos de la Naturaleza; había sido él quien descubrió el Fuego que os mostraré y que es la sangre y la vida de la Naturaleza. También descubrió que quien se bañara en él y lo respirase viviría tanto como la Naturaleza. Pero como tú, ¡oh Holly!, este hombre Noot no quiso aprovechar sus conocimientos. «Es malo para el hombre —decía— tener que vivir, porque el hombre nació para morir». Por tanto no comunicó a nadie su secreto y por eso vino y vivió aquí, por donde deben pasar los que buscan la vida, y fue reverenciado por los amahagger de esa época como un santo y un ermitaño. Y cuando

vine por primera vez a este país (¿sabes cómo vine, Calícrates? Otro día te lo contaré, es una extraña historia), oí hablar de este filósofo y le esperé cuando vino a buscar su comida. Luego lo acompañé al interior de esta montaña, aunque sentí gran miedo al atravesar el abismo. Después lo seduje con mi belleza y mi saber, lo alabé con mi lengua y por fin me llevó abajo, me mostró el Fuego y me habló de sus secretos, pero no pudo soportar que yo entrase en él. Temiendo que me matase, me abstuve, sabiendo que el hombre era muy viejo y pronto moriría. Y volví, habiendo aprendido de él todo lo que sabía del maravilloso Espíritu del Mundo, que era mucho, porque el hombre era sabio y muy anciano. Por medio de la pureza, la abstinencia y las contemplaciones de su mente inocente, había adelgazado el velo que hay entre lo que vemos y las grandes verdades invisibles, el susurro de cuyas alas oímos a veces cuando pasan rápidamente a través del grosero aire del mundo. Entonces, apenas unos días después, te encontré, Calícrates mío; tú habías viajado con la hermosa egipcia Amenartas. Aprendí a amar por primera vez y para siempre, de modo que se me ocurrió venir aquí contigo y recibir el regalo de la Vida para ti y para mí. De modo que vinimos con esa egipcia, que no quería que se la dejase atrás y, fíjate, hallamos al viejo Noot, yaciendo recién muerto. *Allí* yacía, y su barba blanca lo cubría como una vestidura —señaló un sitio cercano al que yo estaba sentado—; pero seguramente hace mucho tiempo que se ha disgregado en polvo y el viento habrá aventado sus cenizas.

En ese momento extendí la mano y la apoyé en el polvo; entonces mis dedos tocaron algo. Era un diente humano, muy amarillo pero sano. Lo levanté y se lo mostré a Ayesha, que rió.

—Sí —dijo—, es suyo, sin lugar a dudas. Mira lo que queda de Noot y de la sabiduría de Noot..., ¡un pequeño diente! Y a pesar de que ese hombre tenía toda la vida a su disposición, no quiso saber nada de ella, para cumplir con su conciencia. Bien: yacía allí, recién muerto; entonces descendimos al lugar donde ahora os conduciré. Luego, juntando todo mi valor y cortejando a la muerte, para conquistar quizá la gloriosa corona de la vida, entré en las llamas y ¡mira! La vida, tal como no la podrás imaginar hasta que la experimentes también, manaba de mí, me volvía imperecedera y con una belleza que superaba todo lo imaginable. Entonces extendí los brazos hacia ti. Calícrates, pidiéndote que tomaras a tu inmortal prometida. Y mira, cuando te hablé, enceguecido por mi belleza, me diste la espalda y echaste los brazos al cuello de Amenartas. Una gran furia me colmó entonces, enloqueciéndome: tomé la jabalina que tú llevabas y te la clavé. Allí, a mis pies, en el lugar de la Vida, lanzaste un gemido y caíste muerto. No sabía entonces que podía matar con mis ojos y con el

poder de mi voluntad; por eso, en mi locura, te maté con la jabalina<sup>[94]</sup>. Y cuando te vi muerto, ¡ah!, entonces lloré, porque yo no podía morir y tú estabas muerto. Lloré tanto en aquel lugar de la vida que si hubiese sido mortal mi corazón se habría destrozado con seguridad. Y ella, la morena egipcia... Ella me maldijo ante sus dioses. Me maldijo por Osiris, por Isis, por Nephtys y por Anubis, por Sekhet el de la cabeza de gato y por Set, rogando que cayeran sobre mí el mal y la desolación eterna. ¡Ah! puedo ver su oscuro rostro aun ahora, nublado como una tormenta sobre mí. Pero ella no podía herirme y yo..., yo no sabía que podía herirle a ella. No lo intenté; entonces ella no me importaba; por tanto, las dos juntas te llevamos de aquí. Y después envié a la egipcia lejos, a través de las ciénagas, y parece que vivió para tener un hijo y escribir el relato que te condujo a ti de regreso hacia mí, su rival y tu asesina. Tal es la historia, amor mío —prosiguió Ayesha—, y éste es el momento preciso en que culminará. Como todas las cosas en la tierra, está compuesta de cosas malas y buenas..., más malas que buenas, quizá; y escrito con letras de sangre. Ésta es la verdad: nada te he ocultado, Calícrates. Y ahora sólo una cosa más antes del momento de tu prueba. Descenderemos ante la presencia de la Muerte, porque la Vida y la Muerte están siempre muy cercanas y..., quién sabe..., podría suceder que nos separasen por otro período de espera. Sólo soy una mujer y no una profetisa, por tanto no puedo leer el futuro. Pero sé (porque lo he aprendido de los labios del hombre sabios, Noot) que mi vida será prolongada y se hará más brillante. No se puede vivir para siempre. Así pues, antes de ir, dime, ¡oh Calícrates!, si de verdad me perdonas y me amas de corazón. Mira, Calícrates: he hecho mucho mal... Quizá fue una maldad que hace apenas dos noches hiriese a esa muchacha que té amaba y la enviase a la fría muerte... Pero ella me había desobedecido y me encolerizó profetizando infortunios contra mí, por eso la castigué. Ten cuidado cuando también sobre ti recaiga el poder, para que no hieras como yo estando con ira y celos, porque la fuerza invencible es un arma penosa en manos de un hombre equivocado. Sí, he pecado a causa de la amargura que nació de un gran amor, he pecado, pero aún sé distinguir entre el bien y el mal, porque mi corazón no está endurecido del todo. Tu amor, Calícrates, será la puerta de mi redención, aunque en el pasado mi pasión fue la senda que me condujo al mal. Porque el hondo amor insatisfecho es el infierno de los corazones nobles y una dote para los infortunados, pero el amor que se refleja con más perfección desde el alma de nuestro ser amado, cobra alas para elevarnos por encima de nosotros mismos y nos lleva a ser lo que debemos. Por tanto, Calícrates, cógeme la mano y aparta mi velo sin más temor que si yo fuese alguna muchacha

campesina y no la mujer más sabia y bella de este ancho mundo. Mírame a los ojos y dime que me perdonas de todo corazón y que de todo corazón me adoras.

Hizo una pausa y la extraña ternura de su voz pareció revolotear a nuestro alrededor como un recuerdo. Sé que el sonido de esta voz me conmovió aún más que sus palabras: era tan humana..., tan femenina. También Leo estaba extrañamente emocionado. Hasta ahora se había sentido fascinado contra los dictados de su mejor discernimiento, así como un pájaro queda fascinado ante una serpiente, pero ahora pienso que todo eso había desaparecido y sabía que amaba realmente a aquella extraña y gloriosa criatura, como, ¡ay!, yo mismo la amaba. De todos modos, vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y avanzando rápidamente hacia ella levantaba su diáfano velo, la tomaba de la mano y, fijando la mirada en sus profundos ojos, decía con voz recia:

—Ayesha, te amo de todo corazón y, hasta donde el perdón es posible, yo te perdono la muerte de Ustane. Lo demás está entre tú y tu Creador; no sé nada de ello. Sólo sé que te amo como nunca amé antes y que, de cerca o de lejos, estaré unido a ti hasta el fin.

—Ahora —respondió Ayesha con orgullosa humildad—, ahora, cuando mi señor ha hablado así, regiamente, y me ofrece su mano con tanta libertad, no puedo quedar rezagada en palabras y empobrecida en mi generosidad. ¡Mira! —cogió la mano de Leo y la puso sobre su bien formada cabeza. Luego se inclinó lentamente hasta que una de sus rodillas tocó por un instante el suelo—: ¡Mira! En señal de sumisión, me prosterno ante mi señor. ¡Mira! —y lo besó en los labios—. En señal de mi amor de esposa beso a mi señor. ¡Mira! —puso su mano sobre el corazón de Leo—. Por el pecado que he cometido, por mis solitarios siglos de espera que lo han borrado, por el gran amor con que he amado y por el Espíritu, el Eterno Ser que engendra toda vida, de quien fluye y al cual debe volver, yo juro:

»Juro en esta primera hora, la más sagrada hora de la completa feminidad, que abandonaré el Mal y fomentaré el Bien. Juro que me guiaré siempre por tu voz en el más recto sendero del deber. Juro que huiré de la Ambición y que a través de toda la duración de mis días sin fin pondré la Sabiduría sobre mí como una estrella guía que me conduzca a la Verdad y al conocimiento de la Justicia. Juro también que te honraré y te estimaré a ti, Calícrates, que has sido transportado de vuelta hasta mis brazos por las olas del tiempo, ay, hasta el mismo fin, venga pronto o tarde. Juro... No, no quiero jurar más, porque ¿qué son las palabras? Basta con que sepas que Ayesha no tiene una lengua falsa.

»Así he jurado, y tú, Holly mío, serás testigo del juramento. Aquí también nos

casaremos, esposo mío, con las tinieblas como dosel nupcial... Estaremos unidos hasta el fin de todas las cosas: aquí escribiremos nuestros votos matrimoniales sobre los impetuosos vientos que los llevarán hasta el cielo y rodarán ahora y siempre en este mundo que gira eternamente.

»Y, como presente nupcial, te coronó con la rutilante diadema de mi belleza, vida duradera, sabiduría sin medida y riquezas incontables. ¡Mira! Los grandes de la tierra se arrastrarán a tus pies, sus hermosas mujeres se cubrirán los ojos debido al brillo glorioso de tu semblante, y sus sabios se humillarán ante ti. Leerás en los corazones de los hombres como en un libro abierto, y aquí y allá los guiarás según tu deseo. ¡Como aquellas antiguas esfinges de Egipto, te elevarás de siglo en siglo cada vez que te invoquen para resolver el enigma de tu grandeza que no pasa, los burlarás con tu silencio!

»¡Mira! Una vez más te beso y con este beso te entrego el dominio sobre el Cielo y la Tierra, sobre los campesinos en sus cabañas, sobre los monarcas en sus palacios y ciudades coronadas por torres y sobre los que en ellas alientan. Dondequiera que el sol lance sus venablos de luz y las aguas solitarias reflejen a la luna, dondequiera que rueden las tempestades y los pintados arcos del Cielo se curven en el firmamento, desde el puro norte cubierto de nieves, por entre los espacios intermedios, hasta donde el amoroso sur, yaciendo como una novia sobre su azul lecho de mares, alienta sus suspiros que endulzan el olor de los mirtos, por allí pasará tu poder y tu dominio hallará un hogar. Ni la enfermedad, ni el miedo con sus dedos de hielo, ni la tristeza o la pálida desolación de la forma y la mente que cubre la humanidad alcanzarán a ensombrecerte con sus alas. Serás como un dios, asiendo el bien y el mal en el hueco de tu mano. Y yo, incluso yo, me humillaré ante ti. Tal es el poder del Amor y tal es la dote nupcial que te doy a ti, Calícrates mío, mi Señor y señor de todo.

»Y ahora, la suerte está echada; abandono por ti mi virginidad: y venga la tempestad, venga el buen tiempo, venga el mal y el bien, la vida y la muerte, nunca, nunca me echaré atrás. Porque, en verdad, lo que es, es, y una vez hecho lo será para siempre y no podrá ser alterado. He dicho... ¡Vámonos de aquí! Que todas las cosas se cumplirán, cada una a su tiempo.

Y, cogiendo una de las lámparas, avanzó hasta el fondo de la habitación techada por la piedra oscilante, donde se detuvo.

La seguimos y pudimos ver que en la pared del cono había una escalera o, para ser exactos, algunos salientes de roca que habían sido labrados hasta formar una buena imitación de una escalera.

Ayesha comenzó a descender, saltando de escalón en escalón, como un gacela, y



nosotros la seguimos, con menos gracia. Una vez que descendimos unos quince o dieciséis peldaños, descubrimos que desembocaba en una tremenda pendiente rocosa, que se extendía primero hacia afuera y luego hacia adentro, como el declive de un cono invertido o túnel. La pendiente era muy escarpada y a menudo vertiginosa, pero de ningún modo impracticable; a la luz de las lámparas descendimos sin grandes dificultades, aunque era una tarea bastante lúgubre viajar por allí, sin que ninguno de nosotros supiera adónde, a través del muerto corazón del volcán. Sin embargo, a medida que avanzábamos, tomé la precaución de tomar nota de nuestra ruta lo mejor que podía; y ello no era demasiado difícil, debido a la extraordinaria y sumamente fantástica forma de las rocas que se aparecían por todas partes, muchas de las cuales, en aquella luz confusa, parecían ceñudos rostros esculpidos en gárgolas medievales, en lugar de ordinarios cantos rodados.

Caminamos por allí durante mucho tiempo, una media hora, me parece, hasta que, después de descender muchos cientos de pies, advertimos que estábamos llegando a la punta del cono invertido. Un minuto después estábamos allí y descubrimos que en el mismo vértice del embudo había un pasadizo, tan bajo y estrecho que tuvimos que atravesarlo arrastrándonos en fila india. Después de deslizarnos de ese modo por espacio de unas quince yardas, el pasadizo se abrió repentinamente en una caverna, tan enorme que no podíamos distinguir ni el techo ni los muros. Sólo advertimos que era una caverna por el eco de nuestros pasos y la perfecta quietud del denso aire. Seguimos por allí durante muchos minutos, en absoluto y pavoroso silencio, como almas perdidas en las profundidades del Hades, mientras la blanca silueta de Ayesha, semejante a un fantasma, se deslizaba por delante, hasta que una vez más el lugar terminó en un pasadizo que se abría en una segunda caverna, mucho más pequeña que la primera. En realidad, podíamos distinguir claramente la bóveda y los márgenes de piedra de esta segunda caverna. Ante su agrietado y mellado aspecto, descubrimos que, al igual que el primer pasadizo que habíamos atravesado por el risco para llegar al tembloroso espolón, debía de haber sido excavado en las entrañas de la roca por la terrible fuerza de algún gas explosivo. Por último, esta caverna llevaba a un tercer pasadizo, a través del cual brillaba un débil resplandor.

Oí que Ayesha lanzaba un suspiro de alivio cuando la luz brotó ante nosotros.

—Es bueno —dijo— prepararse para entrar en las mismas entrañas de la tierra, allí donde concibe la Vida que veis surgir en los hombres y en las bestias..., ay, en cada árbol y en cada flor. ¡Preparaos, hombres, porque aquí naceréis de nuevo!

Ayesha se lanzó hacia adelante con rapidez y nosotros la seguimos tambaleándonos como podíamos, con nuestros corazones rebosantes de una mezcla de

curiosidad y espanto. ¿Qué iríamos a ver? Atravesamos el túnel; la luz lanzaba rayos cada vez más fuertes, alcanzándonos con grandes relámpagos, como los haces de un faro, cuando éstos se proyectan a través de las tenebrosas aguas. Esto no era todo, porque los resplandores venían acompañados de un ruido que estremecía el alma, semejante a un trueno o al derrumbamiento de un árbol. Entramos allí, y... ¡Oh cielos!

Estábamos en otra caverna, de unos cincuenta pies de largo y quizá la misma dimensión en altura, por treinta de ancho. Estaba alfombrada de fina arena blanca y sus muros se hallaban desgastados hasta quedar alisados por la acción de un agente que desconozco. La caverna no era oscura como las otras; estaba llena de un suave resplandor de luz coloreada de rosa, lo más bello que se pueda concebir. Pero al principio no vimos relámpagos ni oímos el sonido atronador. Entonces, mientras permanecíamos atónitos contemplando el maravilloso espectáculo y preguntándonos de dónde brotaba la radiación rosada, algo bello y aterrador sucedió. Cruzando desde el extremo de la caverna, con un ruido estrepitoso y rechinante —un ruido tan espantoso y aterrador que todos nos estremecimos mientras Job caía de rodillas— apareció llameando una tremenda nube o columna de fuego, semejante a un arco iris, de muchos colores y brillante como el rayo. Durante cierto tiempo, quizá cuarenta segundos, llameó y rugió de ese modo, girando lentamente en redondo. Luego, gradualmente, el terrible ruido cesó y desapareció junto con el fuego —no sé a dónde—, dejando tras sí el mismo resplandor rosado que habíamos visto al principio.

—¡Acercaos, acercaos! —gritó Ayesha con voz conmovida y exultante—. Contemplad la verdadera Fuente y Corazón de la Vida, tal como surge del seno del gran mundo. Contemplad la sustancia de la cual todas las cosas extraen su energía, el brillante Espíritu del Globo, sin el cual no puede vivir, sino que debe crecer frío y muerto como la muerta luna. Acercaos y bañaos en las llamas vivientes, absorbiendo su virtud en vuestros pobres cuerpos con toda su fuerza virginal, no como brilla ahora débilmente, fuera de vuestro seno, filtrada a través de los delgados filtros de mil vidas intermedias, sino tal como está aquí, en la misma fuente y asiento del Ser terrenal.

La seguimos a través de la rosácea luminosidad hacia el fondo de la caverna, hasta que estuvimos frente al lugar donde latía el gran pulso y pasaba la gran llama. A medida que nos acercábamos, comenzamos a sentir un salvaje y espléndido regocijo, un glorioso sentimiento en el que latía una vehemente intensidad vital, que hacía que los más vivaces momentos de nuestro vigor parecieran mansos, insulsos y débiles a su lado. Era el mero efluvio de la llama, el éter sutil que despedía al pasar y que obraba sobre nosotros haciéndonos sentir fuertes como gigantes y veloces como águilas.

Cuando llegamos a la parte principal de la caverna y nos miramos envueltos en el glorioso resplandor, reíamos con fuerza —hasta Job rió, y hacía una semana que no lo hacía—, llevados por la ligereza de nuestros corazones y la divina intoxicación de los cerebros. Sé que me sentía como si todos los variados ingenios de que es capaz el intelecto humano hubiesen descendido sobre mí. Hubiera podido hablar en versos blancos de belleza shakesperiana, pues toda clase de grandes ideas desfilaban por mi mente: era como si todas las ligaduras de mi carne se hubiesen soltado, dejando al espíritu libre para remontarse al empíreo de su poder original. Las sensaciones que se derramaban sobre mí eran indescriptibles. Me parecía vivir con mayor hondura, alcanzar una alegría más profunda y beber en la copa de un pensamiento más sutil del que nunca había probado antes. Mi ser era otro, más glorioso, y todas las avenidas de lo Posible estaban, en un momento, abiertas a los pasos de lo Real.

Entonces, de pronto, mientras me regocijaba en el espléndido vigor de un yo renacido, llegó desde lejos el espantoso gruñido, que crecía y crecía hasta convertirse en un rugido estrepitoso, que combinaba en sí mismo todas las terribles y sin embargo espléndidas posibilidades del sonido. Se aproximaba cada vez más hasta que estuvo junto a nosotros, girando como todas las tronadas ruedas del Cielo tras los caballos del rayo. Así se trasladaba, y con él la gloriosa y enceguedora luz de muchos colores, permaneciendo ante nosotros por un espacio de tiempo, dando vueltas en redondo lentamente, según nos pareció, hasta que —acompañado por su cortejo sonoro lleno de pompa— desapareció no sé por dónde.

Tan sorprendente era la pasmosa visión, que todos y cada uno de nosotros —salvo *Ella* que permaneció allí, extendiendo sus manos hacia el fuego— caímos al suelo, ocultando el rostro en la arena.

Cuando se fue, Ayesha habló.

—Al fin, Calícrates —dijo—, el momento se acerca. Cuando la gran llama vuelva, debes bañarte en ella. Primero quítate tus vestiduras, porque las quemaría, aunque a ti no te hará daño. Debes permanecer en el fuego en tanto tus sentidos lo resistan, y cuando te abrace sorbe el fuego hasta que llegue a tu mismo corazón, y déjalo brincar y jugar por cada rincón de tu cuerpo, de modo que no pierdas ninguna parte de sus virtudes. ¿Me escuchas, Calícrates?

—Te escucho, Ayesha —respondió Leo—. En verdad no soy cobarde, pero esta furiosa llama me hace dudar. ¿Cómo saber si no me destruirá completamente, de modo que me perderé y te perderé a ti también? Sin embargo lo haré —añadió.

Ayesha pensó durante un minuto y luego dijo:

—No es de sorprender que tengas dudas. Dime, Calícrates: si me vieras entrar en

la llama y salir incólume, ¿entrarías también?

—Sí —repuso Leo—. Entraré aunque me mate. He dicho que entraré ahora.

—Y yo también lo haré —grité.

—¡Qué es eso, Holly mío! —rió ella en alta voz—; me parece que tú no querías saber nada de alargar tus días. Vaya, ¿qué significa esto?

—No, no lo sé —respondí—, pero algo hay en mi corazón que me pide probar la llama y vivir.

—Está bien —dijo *Ella*—. No estás loco del todo. Ved ahora: me sumergiré por segunda vez en ese baño de vida. Gustosamente añadiré belleza y tiempo a mi ser, si esto es posible. Y, si no es posible, al menos no puede hacerme daño. Además —añadió después de una pausa momentánea—, hay otra razón, y más profunda, para que me sumerja otra vez en el fuego. Cuando probé su virtud por primera vez, mi corazón estaba lleno de pasión y de odio hacia aquella egipcia Amenartas y por eso, a pesar de mis esfuerzos por desembarazarme de ello, pasión y odio estuvieron grabadas en mi alma desde aquella triste hora hasta hoy. Pero ahora es distinto. Ahora mi humor es un humor feliz y estoy henchida de los más puros pensamientos y así estaré siempre. Por tanto, Calícrates, me lavaré de nuevo y me haré pura y limpia y aún más digna de ti. Por tanto, también, cuando a tu vez te espongas al fuego, vacía tu corazón del mal y deja que el suave contento equilibre tu mente. Deja en libertad las alas de tu espíritu, sueña con el beso de tu madre y tórnate hacia la visión del bien más puro que haya volado con alas de plata en el silencio de tus sueños. Porque del germen de lo que eres en ese terrible momento crecerá el fruto de lo que serás por innumerables edades. Y ahora prepárate, ¡prepárate!, como si tu última hora estuviese próxima y fueras a cruzar hacia la Tierra de las Sombras y no a través de las Puertas de la Gloria hacia los reinos que la vida embellece. ¡Prepárate, digo!

## XXVI

### *Lo que vimos*

Entonces transcurrieron unos pocos instantes de pausa, durante los cuales Ayesha pareció reunir toda su fuerza para la ígnea prueba, mientras nosotros nos aferrábamos el uno al otro, esperando en absoluto silencio.

Al fin, desde la lejanía, llegó el primer murmullo de aquel fragor, que aumentó y ascendió hasta que comenzó a crepitar y rugir a distancia. Cuando lo oyó, Ayesha se despojó rápidamente de sus diáfanas envolturas, desprendió la serpiente de oro de su cinto y luego, sacudiendo su hermosa cabellera en torno suyo como si fuese un ropaje, se quitó sus vestidos bajo esa cobertura, colocando el cinto en forma de serpiente que la rodeaba alrededor de las masas de sus cabellos que fluían en cascada. Allí se irguió ante nosotros, como debió de estar ante Adán, sin otro vestido que su abundante cabellera, ceñida a su cuerpo por la banda dorada; nada que pueda decir sería capaz de describir cuán encantadora aparecía..., y cuán divina. Cada vez se oían más cerca las atronadoras ruedas de fuego y, cuando llegaban, ella extendió un marfileño brazo por entre las oscuras masas de su cabello y con él rodeó el cuello de Leo.

—¡Oh, amor mío, amor mío! —murmuró—, ¿sabrás alguna vez cuánto te he amado? —y lo besó en la frente, vaciló un poco como si dudase y luego se colocó en el camino de la llama de la vida.

Recuerdo que había algo muy conmovedor para mí en aquellas palabras y en aquel beso de la frente. Era como el beso de una madre, y parecía acompañarse con una bendición.

Llegó el estrépito y el ruido arrollador, cuyo sonido era como el de una selva abatida por un viento poderoso, agitada como si fuese hierba y atronando como si

cayese media montaña. Llegaba, cada vez más cerca, más cerca; ahora lanzaba rayos de luz. Precediendo al giratorio pilar de fuego, los rayos pasaban como flechas a través del aire rosado; y ahora, el borde mismo de la columna apareció. Ayesha se volvió hacia ella y extendió los brazos para darle la bienvenida. Entró en el fuego muy lentamente y quedó envuelta en la llama. Vi cómo el fuego recorría su cuerpo. Vi cómo lo levantaba con ambas manos, como si fuese agua, y lo vertía sobre tu cabeza. Vi incluso cómo abría la boca y lo introducía en sus pulmones. Era un espectáculo terrible y maravilloso.

Luego se detuvo y abrió los brazos, permaneciendo casi inmóvil, con una celestial sonrisa en su rostro, como si fuera el verdadero Espíritu de la llama

El misterioso fuego jugueteó arriba y abajo entre las oscuras y ondeadas guedejas, enroscándose y retorciéndose entre ellas como hebras de encaje dorado; brillaban sobre su pecho de marfil y sus hombros, desde donde el cabello se deslizaba a ambos lados. Corría por la columna de su cuello y sus delicadas facciones; parecía hallar un hogar en los gloriosos ojos que brillaban y brillaban, aún más resplandecientes que la espiritual esencia.

¡Oh, qué bella aparecía entre las llamas! Ningún ángel venido del Cielo podría poseer una hermosura mayor. Aun ahora mi corazón desfallece ante su recuerdo y daría la mitad del tiempo que me queda por vivir sobre esta tierra por verla una vez más tal como era.



Pero de pronto —con más rapidez que la que empleo en describirlo— un cambio indescriptible se produjo en su rostro, un cambio que no puedo definir o explicar, pero un cambio de todos modos. ¡La sonrisa se desvaneció y en su lugar apareció una expresión seca y dura! La redonda faz pareció contraerse como si alguna gran ansiedad dejara su huella sobre ella. Los gloriosos ojos también perdieron su luz y creo que su silueta abandonaba su perfecto modelado y su postura.

Me restregué los ojos, pensando que era víctima de alguna alucinación, o que la refracción proveniente de la intensa luz producía una ilusión óptica; entretanto, la columna llameante se retorció lentamente y se fue con su ruido de trueno hacia algún lugar de las entrañas de la gran masa terrestre, dejando a Ayesha de pie donde estaba.

Apenas se alejó, ella caminó hacia donde estaba Leo —me pareció que su paso ya no era ondulante— y extendió su mano para apoyarla en su hombro. Observé su brazo. ¿Dónde estaba su maravillosa redondez y su belleza? Se estaba volviendo delgado y anguloso, y su rostro..., ¡oh, Cielos!... ¡su rostro estaba envejeciendo ante mi vista! Supongo que Leo también lo vio, lo cierto es que retrocedió uno o dos pasos.

—¿Qué es esto, Calícrates mío? —dijo *Ella*, y su voz... ¿Qué había sucedido con sus profundos y conmovedores matices? Se había vuelto aguda y cascada.

—¿Por qué, qué es esto..., qué es esto? —dijo confusamente—. Estoy aturdida. Con seguridad la calidad del fuego no se ha modificado. ¿Puede alterarse el principio de la Vida? Dime. Calícrates, ¿les está pasando algo malo a mis ojos? No puedo ver con claridad.

Pasó su mano por la cabeza y tocó el cabello... y oh, ¡horror de los horrores!..., éste cayó al suelo.

—¡Oh, ¡mirad!... ¡mirad!... ¡mirad! —chilló Job en un agudo falsete de terror, con sus ojos a punto de saltársele de las órbitas y espuma en sus labios—. ¡Mirad!...



*¡mirad!... ¡mirad!* ¡Se está encogiéndose! ¡Se está convirtiéndose en mono! —y cayó al suelo, echando espuma por la boca y rechinando los dientes, en un acceso de histerismo.

Era muy cierto —aún desfallezco cuando lo escribo ante la viva presencia del terrible recuerdo—: ella se estaba encogiéndose; la serpiente dorada que había ceñido su figura llena de gracia resbaló por sus caderas hasta caer al suelo; se volvía cada vez más pequeña; su piel cambió de color: en lugar de la perfecta blancura resplandeciente adquirió un matiz pardo y sucio y amarillo, como una antigua pieza de pergamino reseco. Tentó su cabeza: la delicada mano no era más que una garra ahora, una zarpa humana parecida a la extremidad de una momia egipcia mal conservada. Entonces pareció que se daba cuenta de la índole del cambio que se estaba produciendo en ella y gritó... ¡Ah. cómo gritó!... ¡Ayesha rodó por el suelo y lanzó un agudo chillido! Cada vez se volvía más y más pequeña, hasta que no fue más grande que un mono. Ahora la piel estaba plegada en millones de arrugas y en la cara deforme se imprimía la huella de una edad inconmensurable. Nunca había visto algo semejante; nadie vio jamás algo parecido a la pavorosa edad que estaba grabada en aquél horrendo semblante, no mayor ahora que el de un niño de dos meses, en tanto el cráneo conservaba su tamaño o poco menos. Y ruego a todos los hombres que recen para no ver algo igual, so pena de perder la razón.

Al fin yació inmóvil, o con solo algún débil movimiento. *Ella*, que hacía apenas dos minutos aparecía ante nosotros como la más encantadora, noble y espléndida mujer que jamás había conocido el mundo, yacía inmóvil, cerca de la masa de su propio cabello oscuro. No era mayor que un mono grande. Y repugnante... ¡Ah, demasiado repugnante para expresarlo con palabras! Y sin embargo, pensadlo —en aquel mismo momento lo pensé—, ¡era la *misma* mujer!

Se estaba muriendo: lo vimos y dimos gracias a Dios... Porque mientras viviese podría sentir ¿y qué podría haber sentido? Se irguió sobre sus manos huesudas y miró ciegamente en torno suyo, balanceando lentamente la cabeza de un lado a otro, como hacen las tortugas. No podía ver, porque sus blanquecinos ojos estaban cubiertos por una placa córnea. ¡Oh, qué horrible sensación provocaba este espectáculo! Pero ella aún podía hablar.

—Calícrates —dijo con roncros y temblorosos acentos—, no me olvides, Calícrates. Ten piedad de mi vergüenza: yo no muero. Volveré otra vez y una vez más seré hermosa, lo juro... ¡Es verdad! *Oh...h...h...*

Cayó sobre su rostro y quedó inmóvil.

En el mismo lugar en que hacía más de veinte siglos había asesinado al sacerdote

Calícrates, la misma Ayesha se desplomó muerta.

Abrumados ante aquel exceso de horror, también nosotros caímos sobre el suelo arenoso del espantoso lugar y nos desvanecemos.

\* \* \*

No sé cuánto tiempo permanecemos así. Muchas horas, supongo. Cuando al fin abrí los ojos, los otros aún estaban extendidos en el suelo. La rosada luz aún destellaba como un amanecer celestial, y las ruedas del trueno del Espíritu de la vida aún rodaban siguiendo su sempiterno sendero, porque cuando desperté el gran pilar se estaba retirando. Allí también yacía la silueta del repugnante mono pequeño cubierta por su arrugada piel de pergamino amarillo, que una vez había sido la gloriosa *Ella*. ¡Ay! No había sido un sueño horroroso... ¡Era un hecho espantoso y sin igual!

¿Qué había ocurrido para producir este impresionante cambio? ¿Habíase modificado la naturaleza del Fuego que daba vida? ¿Sucedió quizá que de tiempo en tiempo exhalaba una esencia de Muerte en lugar de una esencia de Vida? ¿O era que el cuerpo ya impregnado una vez con su maravillosa cualidad no podía soportar otra carga, de modo que cuando se repetía el proceso —no importaba el lapso de tiempo transcurrido— las dos impregnaciones se neutralizaban mutuamente y dejaban el cuerpo en que habían actuado tal como estaba antes de entrar en contacto con la verdadera esencia de la Vida? Esto y sólo esto podía explicar el súbito y terrible envejecimiento de Ayesha, al desplomarse sobre ella todo el peso de sus dos mil años. Ño me cabía la menor duda: aquél era precisamente el aspecto que debería de tener una mujer si por algún recurso extraordinario su vida se hubiera conservado hasta morir al fin a la edad de veintidós siglos.

¿Pero quién podría decir lo qué había sucedido? Estaba el hecho. Desde aquella hora espantosa he reflexionado a menudo sobre ello y pienso que no requiere un gran esfuerzo imaginativo el ver la mano de la Providencia en este asunto. Ayesha se había encerrado en su tumba viviente para esperar, siglo tras siglo, la llegada de su amado, pero sólo había producido un leve cambio en el ordenamiento del Mundo. Pero Ayesha, fuerte y feliz con su amor, revestida por una juventud inmortal, con una belleza divina y la sabiduría de los siglos, podría revolucionar la sociedad y aún quizá modificar el destino de la Humanidad. Esto la opuso a la ley eterna y, fuerte como era, fue arrastrada y abatida..., ¡abatida con vergüenza y espantosa mofa!

Durante unos minutos permanecí en el suelo, barajando estos terrores en mi

mente, mientras esperaba que mi fuerza física volviera, algo que ocurrió con prontitud en aquella atmósfera boyante. Luego recordé a los demás y me puse de pie, para ver si podía despertarlos. Pero antes recogí la túnica y el velo de gasa que Ayesha usaba para ocultar su belleza deslumbradora de los ojos de los hombres y, desviando la mirada para no verla, recubrí la espantosa reliquia de la gloriosa muerta, aquel conmovedor epítome de la hermosura y la vida humanas. Lo hice con prisa, temiendo que Leo se recobrase y la viera otra vez.

Luego, pasando junto a las masas de perfumados cabellos, que yacían sobre la arena, me incliné sobre Job, que estaba extendido boca abajo y le di la vuelta. Cuando lo hice, su brazo cayó hacia atrás de un modo que no me gustó y que hizo correr un escalofrío por mi cuerpo. Lo observé con atención y una mirada me bastó. Nuestro viejo y fiel servidor estaba muerto. Ya abatido por todo lo que había visto y sufrido, sus nervios habían cedido por fin ante esta última y horrible visión: había muerto de terror o debido a un ataque provocado por el terror. Me bastaba observar su rostro para comprobarlo.

Era otro golpe; pero tal vez esto sirva para que la gente comprenda cuán abrumadoramente espantosa era la experiencia que habíamos sufrido: no lo sentimos mucho en aquel momento. Parecía hartamente natural que el pobre camarada hubiese muerto. Cuando Leo volvió en sí, con un gruñido y un temblor en sus miembros que duró cerca de diez minutos, le dije que Job había muerto; se limitó a exclamar: *¡Oh!* Y debe recordarse que esto no era una muestra de insensibilidad, porque él y Job estaban unidos por un mutuo afecto y con frecuencia habla ahora de nuestro servidor con profundo pesar y cariño. Ocurría tan sólo que su mente no podía soportar más. Un arpa puede emitir una determinada cantidad de sonido, por más fuertemente que se tensen sus cuerdas.

Y bien: me dediqué a cuidar de Leo para que se recobrase y para mi infinito consuelo hallé que no había muerto, sino que estaba solamente desfallecido. Al fin lo conseguí, como he dicho, y él se sentó. Entonces vi otra cosa espantosa: cuando habíamos entrado a aquel terrible lugar, su cabello rizado era dorado rojizo: ahora se estaba poniendo gris y cuando salimos al aire libre, ya era blanco como la nieve. Por otra parte, parecía veinte años más viejo.

—¿Qué vamos a hacer, mi viejo? —dijo con voz ronca y apagada, cuando su cerebro se aclaró un poco y el recuerdo de lo que había pasado penetró en él.

—Tratar de salir, supongo —respondí—, a menos que desees entrar allí. Y señalé la columna de fuego que una vez más venía girando.

—Entraría en el fuego —dijo con una risita—, si estuviese seguro de que me

mataría. Fue mi maldita vacilación la causa de esto. Si yo no hubiera dudado, ella nunca hubiese tratado de mostrarme el camino. Pero estoy seguro: el fuego podría tener el efecto opuesto sobre mí. Podría hacerme inmortal. No tengo paciencia para esperar un par de miles de años a que ella regrese, como lo hizo por mí. Más bien prefiero morir cuando me llegue la hora, que sospecho que no está muy lejana, y seguir mi propio camino para buscarla. Entra tú si quieres.

Pero yo moví la cabeza negativamente como única respuesta.

Mi entusiasmo se había aquietado como agua de pozo y mi disgusto ante la prolongación de nuestra existencia mortal había retornado más fuerte que nunca. Por otra parte, ninguno de nosotros sabía cuál podría ser el efecto del fuego. El resultado que había producido en *Ella* no era de naturaleza alentadora y nada sabíamos acerca de las causas exactas que lo habían determinado.

—Bueno, muchacho —dije—, no podemos quedarnos aquí hasta que sigamos el mismo camino que esos dos —y señalé el pequeño montículo bajo las blancas vestiduras y el cadáver del pobre Job, que se iba poniendo rígido. Si nos vamos, es mejor hacerlo ya. Pero, de paso, espero que las lámparas no se hayan consumido. Cogí una y la examiné. Por cierto que se había apagado.

—Hay un poco más de aceite en el vaso —dijo Leo con indiferencia—. Por lo menos si no se ha roto.

Examiné el recipiente en cuestión... Estaba intacto. Con mano temblorosa llené las lámparas... Por fortuna un resto de pabilo aún quedaba sin quemar. Luego las encendí con una de nuestras cerillas de cera. Mientras esto hacía, sentí que el pilar de fuego se acercaba una vez más en su trayectoria sin fin, como si fuese, en verdad, el mismo pilar que pasaba una y otra vez en círculo.

—Observemos una vez más cómo llega —dijo Leo—; nunca lo volveremos a ver en este mundo.

Creo que había un poco de curiosidad malsana en esto, pero de todos modos la compartía, así que esperamos hasta que vino girando lentamente sobre su propio eje, llameando y atronando a su alrededor. Recuerdo que me pregunté entonces por cuántos miles de años este mismo fenómeno había estado repitiéndose en las entrañas de la tierra y por cuántos miles de años seguirá repitiendo su rondar inmutable. También me pregunté si otros ojos mortales podrían contemplar alguna vez su eterno paso o si otros oídos mortales se sentirían conmovidos y fascinados por el creciente volumen de su majestuoso sonido. No lo creo. Pienso que somos los últimos seres humanos que vieron esta visión sobrenatural.

Pero antes ambos cogimos la fría mano de Job entre las nuestras y se la

estrechamos. Era una ceremonia más bien lúgubre, pero era lo único que podíamos hacer para mostrar nuestro respeto al leal desaparecido y para celebrar sus exequias. No descubrimos el bulto que yacía bajo las blancas vestiduras. No deseábamos contemplar de nuevo su terrible aspecto. Pero fuimos hasta el cúmulo de ondeados cabellos que se habían desprendido de Ella durante la agonía de su horrible transformación, que era peor que mil muertes naturales, y cada uno de nosotros cortamos sendas guedejas brillantes que aún conservamos, el único recuerdo que nos queda de Ayesha tal como la conocimos en la plenitud de su gracia y su gloria. Leo oprimió el perfumado cabello con sus labios.

—Ella me pidió que no la olvidase —dijo con voz ronca—; y juró que nos encontraríamos de nuevo. ¡Cielos!, nunca la olvidaré. Aquí lo juro: si vivimos para escapar de esto, no tendré ninguna relación con otra mujer viviente, y dondequiera que vaya la esperaré tan fielmente como ella me esperó a mí.

—Sí —pensé para mis adentros—, si ella regresa tan bella como la conocimos. Pero supongamos que vuelve *¡así!*<sup>[95]</sup>

Y bien: luego nos fuimos. Nos fuimos y dejamos a aquellos dos en presencia de la verdadera Fuente de la Vida, pero reunidos en la fría compañía de la Muerte. ¡Qué solos aparecían yaciendo allí, y qué mal se compaginaban! Aquel pequeño montículo había sido durante dos mil años la más bella, sabia y orgullosa criatura —me resulta difícil llamarla mujer— de todo el universo. Había sido malvada también a su modo; pero ¡ay!, tanta es la fragilidad, del corazón humano que su maldad no la había despojado de su encanto. En realidad, no estoy seguro de que ello no haya añadido aún más encanto a su ser. Después de todo, esa maldad también era grandiosa, ya que no había nada inferior o pequeño en Ayesha.

¡Y también el pobre Job! Sus presentimientos se habían hecho ciertos y allí encontró su fin. Bueno, había hallado un extraño lugar para su sepultura... Ningún campesino de Norfolk lo había tenido tan extraño, ni lo tendría jamás; y era algo yacer en el mismo sepulcro con los pobres restos de la imperial *Ella*.

Lanzamos una última mirada sobre ellos y sobre la indescriptible luminosidad rosada en que yacían. Luego, con los corazones demasiado apesadumbrados para hablar, los abandonamos. Los que se arrastraban eran hombres agotados y desmoralizados..., tan agotados y desmoralizados que habían renunciado a la oportunidad de una vida prácticamente eterna, porque todo lo que hace la vida deseable se había alejado de ellos. Sabíamos, ya entonces, que prolongar indefinidamente nuestros días sólo significaría prolongar nuestros sufrimientos.

Porque sentíamos —sí, los dos—: que habiendo mirado una vez a los ojos de Ayesha ya no podríamos olvidarla, por más tiempo que durase nuestra memoria y nuestra identidad. Ambos la amábamos desde ahora y para siempre; ella estaba estampada y grabada en nuestros corazones y ninguna otra mujer u otro interés podría jamás destruir la espléndida muerte. Y yo —allí residía el aguijón— tenía y no tenía derecho a pensar esto de ella. Como me había dicho, yo no era nada para ella y nunca lo sería por toda la insondable profundidad del Tiempo: a menos, en realidad, que las condiciones se alterasen y un día llegase en que dos hombres pudiesen amar a una sola mujer y los tres juntos lograsen ser felices así. Era la única esperanza de mi corazón destrozado y era muy débil en verdad. Más allá, nada tenía. Había pagado al contado este alto precio, todo lo que valgo ahora y en el futuro y ésta era mi única recompensa. Con Leo era diferente y muy a menudo envidio amargamente su suerte afortunada, porque, si *Ella* estaba en lo cierto y su sabiduría y conocimiento no le fallaban al fin (lo cual, juzgando por el antecedente de su propio caso me parecía sumamente improbable), tenía algún futuro por delante. Pero yo no tenía ninguno y sin embargo —advíertase la locura y debilidad del corazón humano y aprenda sabiduría el sabio— no quería otra cosa. Quiero decir que estaba contento de dar lo que había dado siempre y siempre daría, recibiendo en pago las migajas que caían de la mesa de mi señora: el recuerdo de unas pocas palabras amables, la esperanza de que en un lejano y no soñado futuro habría una o dos sonrisas tiernas de reconocimiento, una pequeña y gentil amistad, una pequeña muestra de agradecimiento por mi devoción hacia ella... y Leo.

Si esto no constituye un amor verdadero no sé cuál lo es; y todo cuanto tengo que decir es que se trata de un estado de ánimo muy pernicioso para que caiga en él un hombre de edad madura que ya está en la pendiente que lleva a la vejez.

## XXVII

### *Saltamos*

Cruzamos las cavernas sin problemas, pero cuando llegamos a la ladera del cono invertido nos enfrentamos con dos dificultades. La primera de éstas fue lo trabajoso del descenso y la segunda consistía en lo extremadamente difícil que resultaba encontrar el camino. En realidad, si no hubiese sido por las notas mentales que por fortuna había tomado de la forma de varias rocas, estoy seguro de que jamás habríamos logrado seguirlo; seguramente hubiésemos vagado por las espantosas entrañas del volcán —pues supongo que alguna vez fue algo semejante— hasta morir de agotamiento y desesperación. Aun así, equivocamos varias veces la dirección correcta y una vez estuvimos a punto de caer en una enorme grieta. Era una terrible tarea arrastrarse en la densa tiniebla y el espantoso silencio por entre los cantos rodados, examinando a la débil luz de las lámparas para ver si podíamos reconocer su forma. Rara vez hablábamos, porque nuestros corazones estaban demasiado apesadumbrados para conversar: simplemente íbamos dando traspiés, cayendo a veces y lastimándonos, de un modo obstinado. El hecho era que nuestros espíritus estaban quebrantados al máximo y poco caso hacíamos de cuanto pudiera ocurrirnos. Sólo nos sentíamos obligados a intentarlo y salvar nuestras vidas mientras pudiéramos: en realidad nos impulsaba a ello un instinto natural. De tal modo, erramos durante unas tres o cuatro horas, según creo... No puedo decir cuánto tiempo con precisión, porque no teníamos reloj para medirlo. Durante las dos últimas horas estuvimos completamente perdidos y comencé a temer que nos hubiésemos internado en el túnel de algún cono secundario, cuando por fin, súbitamente, reconocí una roca muy grande que habíamos pasado al descender a pocos pasos de la cima. Es un milagro que haya podido reconocerla y, en realidad, ya la habíamos superado al ir por el lado

derecho del sendero verdadero, cuando algo en ella me llamó la atención y volví para examinarla, de un modo despreocupado; y tal como aconteció, esto fue nuestra salvación.

Después alcanzamos la escalera natural de roca sin mayores problemas y en la debida dirección llegamos a la pequeña cámara donde el errante Noot había vivido y muerto.

Pero ahora nos enfrentábamos con un terror nuevo. Se recordará que debido a la torpeza y el miedo de Job, la tabla que habíamos utilizado para cruzar la enorme grieta hasta la roca movediza había rodado por el tremendo abismo que se abría debajo.

¿Cómo íbamos a cruzar sin la tabla?

Había una sola respuesta... Deberíamos tratar de cruzarla de un salto so pena de morir allí de hambre. La distancia en sí no era muy grande: entre once y doce pies, según creo. Y yo había visto a Leo saltar más de veinte pies cuando era un joven alumno universitario. ¡Pero ahora había que tener en cuenta las circunstancias! ¡Dos hombres fatigados y desgastados, uno de ellos que sobrepasaba ya la cuarentena, una piedra oscilante desde donde había que saltar, una trémula punta rocosa situada a unos pies de distancia, la cual debíamos alcanzar, y un abismo sin fondo que había que trasponer en medio de un furioso vendaval! Ya era bastante malo de por sí, Dios lo sabe, pero cuando enumeré estas cosas a Leo, él resumió todo el asunto en pocas palabras replicando que, por despiadado que fuese el dilema, debíamos elegir entre una muerte lenta en la cámara rocosa y el riesgo de otra instantánea en el aire. Por supuesto no había argumentos contra eso, pero una cosa era clara: no podíamos intentar el brinco en la oscuridad; lo único que se podía hacer era esperar el rayo de luz que atravesaba el abismo a la puesta del sol. Si faltaba mucho o poco para la puesta del sol, era algo que ignorábamos en absoluto; todo lo que sabíamos era que cuando la luz llegase no duraría más de un par de minutos como máximo, de modo que deberíamos estar preparados para ir a su encuentro. Por tanto decidimos arrastrarnos hasta la cima de la piedra oscilante y permanecer allí preparados. Nos resignamos con más facilidad a este plan porque nuestras lámparas estaban, una vez más, a punto de extinguirse... Una, en realidad, ya se había apagado por completo y la otra parpadeaba como lo hace la llama de una lámpara cuando se acaba el aceite. De ese modo, con la ayuda de su luz moribunda, nos apresuramos a deslizarnos fuera de la pequeña habitación y trepamos por el costado de la gran piedra.

Apenas lo hicimos, la lámpara se apagó.

El cambio de nuestra situación fue hartamente notable. Abajo en la pequeña cámara, sólo oíamos el rugido de la galerna allá arriba... Aquí, apoyados en la piedra



oscilante, estábamos expuestos a toda su fuerza y su furia, en tanto la gran corriente de aire soplaba primero en una dirección y luego en otra, aullando entre el imponente precipicio y los riscos rocosos como diez mil almas en pena. Permanecimos allí hora tras hora, tan aterrorizados y deprimidos que no me atrevo a describirlo con palabras, escuchando las salvajes voces de aquel tártaro, mientras les respondían las notas profundas del espolón opuesto, que el viento hacía zumbar como un arpa espantosa, hasta que parecían llamarse de precipicio en precipicio. Ninguna pesadilla soñada por el hombre, ninguna invención descabellada de un novelista podría igualar jamás al vivido horror de aquel lugar y los fantasmagóricos gritos de esas voces de la noche, mientras nos aferrábamos como marineros náufragos a una almadía y nos sacudíamos en la negra, insondable soledad del aire. Por suerte la temperatura no era muy baja; en realidad el viento era cálido, porque en caso contrario hubiéramos perecido. Así nos quedamos, aferrados y escuchando, y mientras estábamos tendidos sobre la roca sucedió algo tan curioso y sugestivo en sí mismo (aunque sin duda era una coincidencia) que contribuyó a aumentar el agobio de nuestros nervios.

Se recordará que cuando Ayesha estaba de pie en el espolón, antes de que cruzáramos a la roca, el viento le había arrebatado su capa y la había llevado revoloteando hacia el abismo, sin que pudiésemos ver hacia dónde caía. Bien... Me cuesta contar la historia: es tan extraña... Mientras yacíamos sobre la piedra oscilante, esa misma capa vino flotando desde el negro espacio, como un recuerdo de la muerta, y cayó sobre Leo, de modo que lo cubrió casi desde la cabeza a los pies. Al principio no pudimos comprender de que se trataba, pero pronto lo descubrimos al tacto. Entonces el pobre Leo, por primera vez, cedió a su dolor y lo escuché sollozar, allí, sobre la roca. Sin duda el manto había sido arrastrado por alguna ráfaga casual; pero aun así, era un incidente sumamente curioso y patético.

Poco después, de pronto, y sin la más ligera advertencia, la gran cuchilla roja de luz llegó apuñalando las tinieblas de parte a parte, de un lado a otro... Hasta que chocó con la piedra oscilante donde estábamos y dejó caer su cárdena punta sobre el espolón de enfrente.

—Vamos, ahora —dijo Leo—, ahora o nunca.

Nos levantamos y estiramos los miembros, envarados, mirando los jirones de nubes teñidos del color de la sangre por el rayo de la luz púrpura al pasar desgarrados entre las repugnantes profundidades de abajo, y luego por el espacio vacío entre la piedra oscilante y la roca. Luego, con la desesperación en los corazones, nos preparamos a morir. Con seguridad no podríamos franquearlo..., a pesar de que estábamos desesperados.

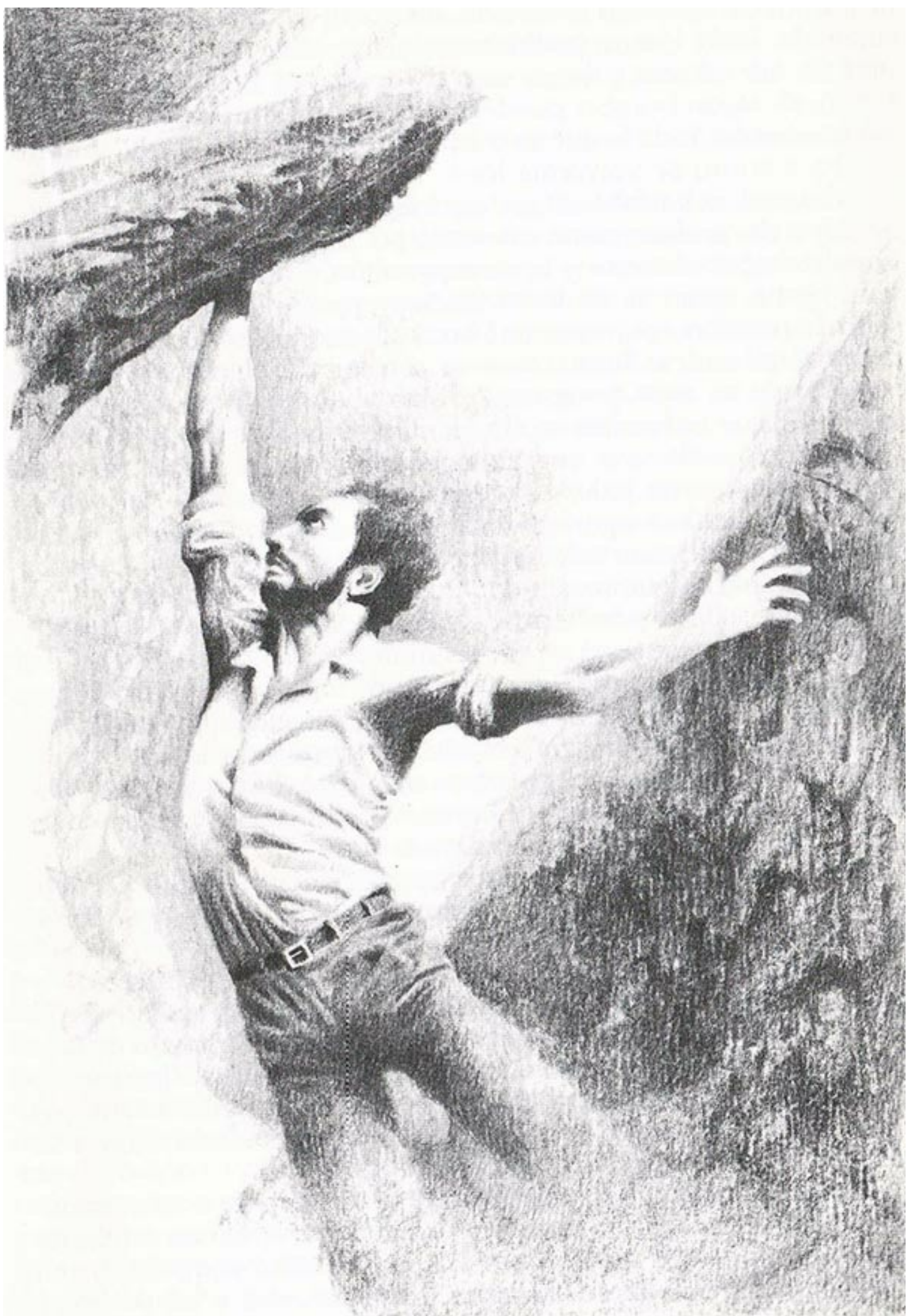
—¿Quién va primero? —dije.

—Ve tú, mi viejo —respondió Leo—. Yo me sentaré en el otro extremo de la piedra para impedir que se mueva en lo posible. Tú deberás tomar carrera, todo lo que puedas, y saltar alto; y que Dios tenga piedad de nosotros.

Asentí con una inclinación de cabeza y luego hice algo que nunca había vuelto a hacer desde que Leo era un niño pequeño. Me volví y pasando un brazo en torno suyo lo besé en la frente. Suena más bien a francés, pero es que de hecho estaba dando mi último adiós a un hombre al que no habría amado más si hubiera sido mi propio hijo.

—Adiós, hijo mío —dije—, espero que nos encontremos de nuevo, donde sea.

El hecho es que no esperaba vivir otros dos minutos.



En seguida retrocedí hasta el extremo más alejado de la roca y esperé a que una de las variables ráfagas de viento pasara detrás de mí y luego corrí por toda la extensión de la enorme piedra, entre treinta y cuarenta pies y salté salvajemente al vertiginoso vacío. ¡Oh! Fueron espantosos los terrores que sentí al arrojarme hacia aquella pequeña punta rocosa, sobre todo cuando una horrible sensación de desesperación fulguró en mi cerebro al comprender que *¡mi salto había sido corto!* Por eso, mis pies no tocaron la punta y cayeron en el vacío, mientras mis manos y mi cuerpo entraron en contacto con la piedra. Me aferré al espolón con un aullido, pero una mano resbaló y giré en redondo, sostenido por la otra, de modo que quedé frente a la piedra de donde había saltado. Salvajemente estiré mi mano izquierda y esta vez conseguí aferrar un saliente de la roca; allí quedé suspendido en la bárbara luz rojiza, con miles de pies de vacío por debajo. Mis manos se asían a cada lado de la parte inferior del espolón, de modo que su punta tocaba mi cabeza. Por eso, aunque hubiese dispuesto de la fuerza necesaria, no podía alzarme hacia la parte superior. Todo lo que podía hacer era sostenerme colgado poco más de un minuto y luego caer, caer en las simas del pozo sin fondo. ¡Si algún hombre puede imaginar una situación más horrible que hable! Todo lo que sé es que la tortura de ese medio minuto estuvo a punto de volverme loco.

Oí que Leo lanzaba un grito y luego, de pronto, lo vi en medio del aire elevándose como un antílope. Fue un espléndido salto, impulsado por el terror y la desesperación. Franqueando el horrible abismo como si no fuese nada y posándose correctamente sobre la punta rocosa, se arrojó boca abajo, para poder asomarse a las profundidades. Sentí cómo se estremecía el espolón ante el impacto de su peso y apenas lo hizo vi cómo la enorme piedra oscilante, que había sido inclinada violentamente por Leo cuando saltó, volvió a elevarse cuando quedó libre de su peso hasta que, por primera vez en todos esos siglos, perdió su equilibrio y cayó, con un estruendo espantoso,

sobre la misma habitación de piedra que una vez había servido de hogar al filósofo Noot. Así quedaba bloqueado para siempre, sin duda, el pasaje que conducía al lugar de la Vida, sellado por cientos de toneladas de roca.

Todo esto aconteció en un segundo, y resulta curioso que, a pesar de mi terrible posición advertí todo eso, involuntariamente, tal como sucedió. Incluso recuerdo haber pensado que ningún ser humano podría ya penetrar en aquel espantoso sendero.

En el instante sentí que Leo me sujetaba la muñeca derecha con ambas manos. Al estar echado boca abajo sobre la punta rocosa podía alcanzarme.

—Debes dejarte ir y balancearte libremente —dijo con voz tranquila y sosegada— luego, intentaré levantarme o caeremos juntos. ¿Estás listo?

Por toda respuesta me solté, primero la mano izquierda y luego la derecha y en consecuencia me mecí apartado de la sombra de la roca, con todo mi peso colgando de los brazos de Leo. Fue un momento espantoso. Leo era un hombre muy vigoroso, lo sabía, ¿pero tendría fuerza bastante para levantarme hasta que yo pudiese aferrarme a la cima del espolón, cuando debido a su postura, tenía tan poca capacidad de maniobra?

Durante unos pocos segundos oscilé de un lado a otro, mientras él reunía todas sus fuerzas. Sentí cómo crujían sus tendones sobre mí y me sentí izado como si fuese un niño pequeño, hasta que puse mi brazo izquierdo alrededor de la roca y mi pecho se apoyó en ella. El resto fue fácil: en dos o tres segundos estuve arriba y nos quedamos tendidos, jadeando, uno junto al otro, temblando como hojas mientras corría por nuestra piel el frío sudor del terror.

Entonces, al igual que antes, la luz se extinguió como una lámpara.

Cerca de media hora estuvimos así, tendidos sin pronunciar una palabra y luego, al fin, comenzamos a arrastrarnos a lo largo del gran espolón como mejor pudimos, en medio de las densas tinieblas. A medida que nos aproximábamos al frente del acantilado de donde surgía el espolón como un clavo de una pared, la luz aumentó, aunque muy poco, porque fuera ya era de noche. Después, las ráfagas de viento cesaron y pudimos avanzar algo mejor, hasta que al fin alcanzamos la boca de la primera caverna o túnel. Pero ahora nos enfrentábamos con un nuevo problema: nuestro aceite había desaparecido y las lámparas, a no dudar, habían sido reducidas a polvo al caer la piedra oscilante. No teníamos siquiera una gota de agua para calmar nuestra sed, porque habíamos bebido la última en la estancia de Noot. ¿Cómo podríamos abrirnos paso en este túnel sembrado de cantos rodados?

Evidentemente, todo lo que podíamos hacer era confiar en nuestro sentido de la orientación e intentar el paso en la oscuridad. De modo que nos arrastramos por allí,

temiendo que, si tardábamos en hacerlo, la extenuación podría vencernos hasta el punto de echarnos y morir.

¡Oh, cuántos horrores en este túnel final! El lugar estaba sembrado de rocas y caímos sobre ellas, golpeándonos hasta quedar sangrando por una multitud de heridas. Nuestra única guía era la pared lateral de la caverna, que reconocíamos por el tacto, y estábamos tan aturridos en nuestro avance por la oscuridad, que varias veces nos embargó el terrible pensamiento de que habíamos vuelto y estábamos recorriendo un camino equivocado. Seguimos andando, cada vez más quebrantados por nuestra debilidad, deteniéndonos a los pocos minutos cada vez, porque nuestras fuerzas estaban agotadas. Una vez nos venció el sueño y creo que dormimos algunas horas, porque cuando despertamos nuestros miembros estaban envarados y la sangre de nuestras heridas y rasguños se había coagulado, formando una costra seca y dura sobre nuestra piel. Entonces nos arrastramos penosamente otra vez, hasta que al fin, cuando ya la desesperación invadía nuestros corazones, vimos de nuevo la luz del día y nos hallamos fuera del túnel, en el repliegue rocoso que, como se recordará, llevaba al interior desde la superficie externa del risco.

Eran las primeras horas de la mañana, como podíamos apreciar al sentir la suave brisa y ver el bendito cielo, que ya no esperábamos contemplar nunca más. Cuando entramos en el túnel —según mis cálculos— había pasado una hora desde la puesta del sol: de modo que nos había llevado una noche entera arrastrarnos a través de ese espantoso lugar.

—Un esfuerzo más, Leo —balbuceé—, y llegaremos a la ladera donde está Billali, si no se ha marchado. Ven. no te rindas ahora.

Decía esto porque Leo se había arrojado al suelo boca abajo.

Se levantó y, apoyados el uno en el otro, descendimos aquellos cincuenta pies del farallón; de qué modo lo hicimos, no tengo la menor idea. Sólo recuerdo que nos hallamos tendidos en un montículo del fondo, y una vez más recuerdo que comenzamos a arrastrarnos sobre manos y pies hacia la arboleda donde *Ella* había ordenado a Billali que esperase nuestro regreso, porque ya no podíamos dar un solo paso. No habíamos avanzado ni cincuenta yardas de ese modo cuando de súbito apareció un mudo de entre los árboles que se alzaban a nuestra izquierda. Supongo que estaba dando un paseo matutino por allí y se acercaba corriendo para ver qué clase de animales extraños éramos. Nos contempló fijamente, una y otra vez: luego elevó sus manos en señal de horror y a punto estuvo de caer al suelo. En seguida salió corriendo tan de prisa como pudo hacia la arboleda, que estaba a unas doscientas yardas de distancia. No era de extrañar que estuviese horrorizado ante nuestro aspecto,

porque debíamos de ofrecer una visión espantosa. Leo, para comenzar, que tenía sus rizados cabellos rubios blancos como la nieve, sus ropas colgando a girones sobre el cuerpo, su fatigado rostro y sus manos convertidos en una masa de magulladuras, rasguños y suciedad mezclada con sangre, constituía un espectáculo de por sí alarmante, mientras se arrastraba penosamente por el suelo. Sin duda mi apariencia no era mucho mejor. Sabía que, cuando inspeccionase mi rostro un par de días después en un espejo de agua, apenas podría reconocirme. Nunca había sido famoso por mi belleza, pero ahora había algo que estaba más allá de la fealdad estampado en mis facciones: algo de lo cual no he podido desembarazarme hasta hoy. Era algo que se parecía más que nada al aspecto extraviado que a veces presenta una persona asustada cuando despierta de un sueño profundo. Y en realidad no es de extrañar. Lo que sí me sorprende es que hayamos escapado de todo aquello sin perder la razón.

Entonces, para mi intenso alivio, vi al viejo Billali que se apresuraba a venir hacia nosotros y aún en esos momentos apenas pude contener una sonrisa ante la expresión consternada que aparecía en su digno semblante.

—¡Oh, mi Babuino, mi Babuino! —exclamó—. Mi querido hijo, ¿eres tú, de verdad, y el León? Vaya, su melena que era como el maíz maduro ahora está blanca como la nieve. ¿De dónde venís? ¿Y dónde está el Cerdo, y dónde está *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*?

—¡Muertos, ambos muertos! —contesté—. Pero no hagas preguntas; ayúdanos y danos agua y comida o pronto moriremos ante tus ojos. ¿No ves que nuestras lenguas están negras por la falta de agua? ¿Cómo, pues, podremos hablar?

—¡Muerta! —balbuceó—. ¡Imposible! *Ella*, que nunca muere..., muerta, ¿cómo es posible?

Luego, advirtiendo, creo, que su rostro era observado por los mudos que habían llegado apresuradamente, se contuvo y les ordenó que nos transportaran hasta el campamento, cosa que hicieron de inmediato.

Por fortuna, cuando llegamos había algo de caldo hirviendo en el fuego y con el mismo nos alimentó Billali, porque estábamos demasiado débiles para comer solos. Creo firmemente que con eso nos salvamos de morir de agotamiento. Después ordenó a los mudos que lavasen la sangre y la suciedad de nuestros cuerpos con paños húmedos, tras lo cual fuimos acostados sobre montones de hierba aromática, donde caímos instantáneamente en el profundo sueño que produce el total agotamiento de cuerpo y espíritu.

## XXVIII

### *En la montaña*

Lo único que recuerdo después es que sentía el más terrible envaramiento y una curiosa, vaga idea que rondaba mi cerebro semidespierto de que yo era una alfombra que acababan de sacudir. Abrí los ojos y el primer objeto en que tropezaron fue el venerable semblante de nuestro viejo amigo Billali, que estaba sentado junto al lecho improvisado en el que yo había dormido y se mesaba su larga barba pensativamente. Su presencia me trajo de inmediato a la mente el recuerdo de todo lo que habíamos pasado recientemente, lo cual se acentuó al ver al pobre Leo, que estaba tendido en el lado opuesto, con su rostro golpeado casi hasta parecer una jalea, y su bella corona de ensortijados cabellos que había pasado del dorado al blanco<sup>[96]</sup>. Todo esto me hizo cerrar los ojos y gruñir.

—Has dormido mucho tiempo, Babuino mío —dijo el viejo Billali.

—¿Cuánto tiempo, padre mío? —pregunté.

—Una vuelta completa del sol y una de la luna, un día y una noche has dormido, y el León también. Mira, duerme todavía.

—Bendito sea el sueño —respondí—, porque devora los recuerdos.

—Cuéntame —dijo— qué os ha ocurrido y qué significa esa extraña historia de la muerte de Aquélla que no puede morir. Piensa, hijo mío: si esto es cierto, entonces el peligro que corres y el peligro que corre el León es muy grade... Ya puedo ver que la vasija ardiente que os querrán poner en la cabeza está casi preparada y los estómagos de los que van a comer ya sienten hambre por la fiesta. ¿No sabes que estos amahagger, mis hijos, estos habitantes de las cavernas, te odian? Odian a todos los extranjeros pero a vosotros os odian más porque *Ella* puso en el tormento a sus hermanos por causa vuestra. Seguramente, si alguna vez comprenden que no hay nada



que temer de Hiya, de la terrible *Ella-la-que-debe-ser-obedecida*, os matarán con la vasija. Pero déjame escuchar tu cuento, mi pobre Babuino.

Tras esta súplica, comencé a hablar y le conté —no todo, en realidad, porque no creía conveniente hacerlo, pero sí lo suficiente para mis propósitos, que consistían en hacerle comprender que *Ella* ya no estaba más— que había caído en alguna especie de fuego y, como le señalé —porque los hechos reales hubiesen sido incomprensibles para él—, se había quemado. También le narré algunos de los horrores que habíamos padecido durante nuestra huida, y esto le produjo una gran impresión. Pero advertí claramente que no creía en el relato de la muerte de Ayesha. Creía realmente que nosotros pensábamos que ella estaba muerta, pero su explicación era que había considerado conveniente desaparecer por un tiempo. Una vez, dijo, en tiempos de su padre, ella se había ido durante doce años y era tradición del país que muchos siglos atrás nadie la había visto durante toda una generación, hasta que de pronto reapareció y destruyó a una mujer que había ocupado su puesto de Reina. No respondí nada a esto; me limité a agitar la cabeza, tristemente. ¡Ay! Yo sabía demasiado bien que Ayesha no aparecería más o, en todo caso, que Billali nunca más la vería de nuevo. Dondequiera que pudiéramos hallarla, no sería aquí.

—Y ahora —concluyó Billali—, ¿qué vas a hacer, Babuino mío?

—No sé —dije—, no lo sé, padre mío. ¿No podremos escapar de este país?

Él sacudió la cabeza.

—Es muy difícil. Por Kôr no podríais pasar, porque seríais vistos, y tan pronto como estos feroces sujetos supieran que estáis solos..., bueno —sonrió significativamente e hizo un gesto como si estuviese colocando un sombrero sobre su cabeza—. Pero hay un camino sobre el acantilado, del que ya te he hablado una vez, donde llevan al ganado a pacer. Desde allí, más allá de las praderas, hay tres días de viaje hasta las ciénagas y después no sé, pero he oído que a siete días de marcha hay un gran río que fluye hacia el agua negra. Si podéis llegar hasta allí quizá es posible escapar, ¿pero cómo llegar hasta ese lugar?

—Billali —dije—. Una vez, lo sabes, te salvé la vida. Ahora paga tu deuda, padre mío, y sálvame a mí y a mi amigo, el León. Será algo grato en que pensar cuando llegue tu hora y algo bueno para poner en el platillo de la balanza para contrapesar lo malo que hayas hecho en tu tiempo, si acaso has hecho algo malo. Además, si obras bien, y si *Ella* sólo se ha ocultado, seguramente te recompensará cuando regrese.

—Babuino, hijo mío —respondió el anciano—, no pienses que tengo un corazón desagradecido. Recuerdo muy bien cómo me rescataste cuando esos perros permanecían quietos viendo cómo me ahogaba. Medida por medida te daré y si

puedes ser salvado, con toda seguridad yo te salvaré. Escucha: estad preparados mañana por la mañana, porque habrá dos literas aquí para transportaros a través de las montañas y las ciénagas que están más allá. Esto haré, diciendo que es la palabra de *Ella* la que ha dado la orden y el que desobedece la palabra de *Ella* será alimento de las hienas. Luego, cuando hayáis cruzado las ciénagas, deberéis remar con vuestras propias manos, de modo que tal vez, si la buena suerte os acompaña, viviréis para llegar a esa agua negra de la que me habéis hablado. Y ahora, mira, el León despierta y debe comer el alimento que hice preparar para vosotros.

Pudo comprobarse que el estado de Leo, una vez estuvo bien despierto, no era tan malo como se había deducido de su aspecto, y ambos conseguimos ingerir una sabrosa comida, que por cierto necesitábamos desesperadamente. Después bajamos cojeando hasta la fuente y nos bañamos. Volvimos luego y dormimos otra vez hasta el atardecer, y otra vez comimos por cinco. Billali estuvo ausente todo aquel día, sin duda disponiéndolo todo para preparar las literas y los porteadores, porque fuimos despertados en mitad de la noche por la llegada de un considerable número de hombres al pequeño campamento.

Al amanecer apareció el viejo en persona y nos dijo que, utilizando el temible nombre de *Ella*, aunque con alguna dificultad, había logrado conseguir los hombres necesarios y dos guías para conducirnos a través de la ciénagas; nos urgió para que partiéramos al instante y al mismo tiempo nos anunció su intención de acompañarnos, para protegernos de cualquier traición. Me emocionó sobremanera este acto de gentileza de parte de aquel viejo bárbaro inculto para con dos extranjeros absolutamente indefensos. Tres días de viaje —en su caso seis, porque debía retornar— por aquellas mortíferas ciénagas no era una empresa liviana para un hombre de su edad, pero él la aceptó alegremente, con el fin de resguardar nuestra seguridad. Esto demostraba que incluso entre estos espantosos amahagger —que con su melancolía sumada a sus diabólicos y feroces ritos eran ciertamente los salvajes más terribles que había conocido— había gente de corazón tierno. Naturalmente, el propio interés debía tener que ver algo en todo esto. Debió de pensar que *Ella* podía reaparecer de pronto y pedirle cuentas acerca de nuestra seguridad a manos suyas. Pero de todos modos, aparte de todas estas deducciones, había un trato muy superior al que cabía esperar en aquellas circunstancias, y sólo puedo añadir que, mientras viva, mantendré el más afectuoso recuerdo de mi padre adoptivo, el viejo Billali.

De acuerdo con esto, ingerimos algún alimento y luego partimos en las literas, sintiéndonos —tal como nuestros cuerpos iban— maravillosamente bien, después de nuestro largo descanso y nuestro sueño. Nuestros cuerpos estaban como antes de

nuestras fatigas; en cuanto a nuestras mentes, dejo a vuestra imaginación el suponer su estado.

Luego vino el terrible escalamiento del farallón. A veces el ascenso era natural, pero otras se trataba de una carretera en zigzag abierta al principio, sin duda, por los antiguos habitantes de Kôr. Los amahagger dicen que ellos llevan el ganado que les sobra a través de ese camino una vez al año hacia los pastos que están fuera de su valle. Todo lo que sé es que esos rebaños deben tener patas de una agilidad fuera de lo común. Por supuesto las literas eran inútiles aquí, de modo que tuvimos que caminar.

Hacia el mediodía, de todos modos, llegamos a la gran cúspide llana de aquella gigantesca pared rocosa; grandioso también era el panorama que desde allí se alcanzaba; por un lado la llanura de Kôr, en cuyo centro se podían distinguir claramente las ruinas sostenidas por columnas del Templo de la Verdad, y por el otro, las melancólicas ciénagas sin límite. Esta pared de roca, que sin duda formó parte alguna vez del borde del cráter, tenía alrededor de una milla y media de ancho y aún estaba cubierta de lava. Nada crecía allí y lo único que resaltaba ante nuestra vista eran ocasionales charcos llenos de agua de lluvia, porque la lluvia caída recientemente se acumulaba donde hallaba un pequeño agujero. Atravesamos la cresta plana de la gigantesca muralla y luego iniciamos el descenso, el cual —aunque no tan difícil como el ascenso— era aún suficientemente arduo como para romperse el cuello. Nos llevó hasta la caída del sol. Aquella noche, sin embargo, acampamos a salvo en las poderosas laderas que bajaban hasta las ciénagas de abajo.

La mañana siguiente, hacia las once, comenzó nuestro pesado viaje por aquel horrible mar de ciénagas que ya he descrito.

Durante tres días completos, entre el fango y la hediondez, sin hablar del omnipresente aliento de las fiebres, nuestros portadores bregaron por allí, hasta que al fin llegamos a un terreno abierto y ondulado, casi sin cultivar y con escasa arboleda, pero lleno de caza de todas las variedades, que se hallaba más allá de este distrito totalmente desolado y absolutamente impracticable sin guías. Y aquí, a la mañana siguiente, nos despedimos del viejo Billali, no sin cierto pesar. El anciano mesaba su barba y nos bendijo solemnemente.

—Adiós, Babuino, hijo mío —dijo—, y adiós a ti también, oh León. No puedo hacer más para ayudaros. Pero si alguna vez llegáis a vuestro país, sed prudentes y no os aventuréis más por tierras desconocidas, porque no volveréis más y dejaréis vuestros blancos huesos para señalar el límite de vuestra jornada. Adiós una vez más; a menudo pensaré en ti y tú tampoco me olvides, Babuino mío, porque aunque tu rostro es feo tu corazón es sincero.

Luego se dio la vuelta y partió y con él se fueron los altos y hoscos amahagger. Los miramos alejarse, con sus literas vacías, como una procesión que transportase a los muertos de una batalla, hasta que las nieblas del marjal los confundieron en la distancia hasta ocultarlos completamente. Entonces, sintiéndonos totalmente desolados en aquel vasto desierto, nos volvimos, echando una mirada a nuestro alrededor y luego mirándonos el uno al otro.

Tres semanas antes aproximadamente cuatro hombres habían penetrado en las ciénagas de Kôr y ahora dos de ellos estaban muertos. En cuanto a los otros dos, habían vivido aventuras y experiencias tan extrañas y terribles, que la muerte misma no presentaba un aspecto más espantoso. Tres semanas... ¡Sólo tres semanas! El tiempo verdadero debe medirse por los acontecimientos y no por los períodos horarios. Parecían haber pasado treinta años desde que habíamos visto nuestra ballenera por última vez.

—Tenemos que dirigirnos hacia el Zambeze, Leo —dije—, pero sabe Dios si llegaremos alguna vez allí.

Leo asintió. Se había vuelto muy silencioso últimamente. Partimos sin nada más que las ropas que llevábamos puestas, un compás, nuestros revólveres, rifles de tiro rápido y cerca de doscientos cartuchos de municiones. De este modo concluyó la historia de nuestra visita a las antiguas ruinas de la poderosa e imperial Kôr.

En cuanto a las aventuras que nos sobrevinieron posteriormente, por más variadas y extrañas que fueran, he determinado, después de una reflexión, no registrarlas aquí. En estas páginas sólo he tratado de ofrecer un breve y claro relato de un acontecimiento que no tiene precedentes, según creo. Esto he hecho, no con vistas a una publicación inmediata, sino para llevar al papel simplemente los detalles de nuestro viaje y sus resultados, mientras aún están frescos en nuestra memoria, que serán de interés para el mundo, me parece, si alguna vez nos decidimos a hacerlos públicos. Esto, como lo advierto ahora, no pensamos hacerlo mientras duren nuestra vidas.

En cuanto a lo demás, no tiene interés general y se parece a las experiencias de más de un viajero por el África Central. Baste decir que, tras increíbles penalidades y privaciones, llegamos al Zambeze, que aún comprobamos estaba a ciento setenta millas al sur de donde nos dejó Billali. Durante seis meses estuvimos prisioneros de una tribu salvaje, que creía que éramos seres sobrenaturales, principalmente debido a la cara juvenil de Leo unida a sus cabellos blancos como la nieve. Por fin escapamos de ese pueblo y cruzamos el Zambeze, marchando hacia el sur, donde, a punto de morir de hambre, fuimos lo suficientemente afortunados para encontrar un mestizo

portugués, cazador de elefantes, que había perseguido una manada de estos animales hasta que se adentró más que nunca en el interior de la comarca. Este hombre nos trató con la mayor hospitalidad y al fin, gracias a su ayuda y después de innumerables sufrimientos y aventuras, llegamos a la bahía de Delagoa, más de dieciocho meses después de haber salido de las ciénagas de Kôr. Al día siguiente de nuestra llegada logramos alcanzar uno de los vapores que hacen la carrera entre El Cabo e Inglaterra. Nuestro viaje a la patria fue próspero y pusimos el pie en el muelle de Southampton exactamente a los dos años de la fecha de nuestra partida hacia nuestra descabellada y aparentemente ridícula búsqueda. Y ahora escribo estas últimas palabras con Leo apoyado en mi hombro, en la vieja habitación de mi universo, la misma en que hacía veintidós años irrumpió mi pobre amigo Vincey la memorable noche de su muerte con el cofre de hierro.

Y éste es el final de esta historia, en tanto concierne a la ciencia y el mundo exterior. Cuál será su fin en lo que respecta a Leo y a mí es más de lo que puedo imaginar. Pero sentimos que aún no ha llegado a su fin. Una historia que comenzó hace más de dos mil años puede dilatarse por un largo tiempo en el oscuro y distante futuro.

¿Es realmente Leo la reencarnación del antiguo Calícrates, a quién se refiere la inscripción? ¿O había sido engañada Ayesha por algún extraño parecido hereditario? Otra pregunta aún: ¿En este drama de reencarnaciones tiene algo que ver Ustane con la Amenartas de hace tanto tiempo? El lector deberá formar su propia opinión sobre ésta y muchas otras cuestiones. Yo tengo la mía, que es ésta: en lo que concierne a Leo, *Ella* no se equivocó.

Con frecuencia me siento de noche, a solas, contemplando con los ojos de la mente las tinieblas del futuro y me pregunto de qué forma y de qué modo se desarrollará el gran drama y dónde tendrá lugar la escena del próximo acto. Y cuando ese desenlace *final* se produzca, como sin duda deberá suceder, obedeciendo a un destino que nunca se desvía y a un propósito que no puede ser modificado, ¿cuál será el papel interpretado en él por aquella bella egipcia Amenartas, la princesa de la real casta de los faraones, por cuyo amor el Sacerdote Calícrates rompió sus votos ante Isis y, perseguido por la inexorable venganza de la ultrajada diosa, huyó hacia las costas de Libia para encontrar su destino en Kôr?

# **Apéndice**

## La época

En 1859, apenas tres años después del nacimiento de Henry Rider Haggard, se publicaba en Londres *El origen de las especies*, de Charles Darwin, cuyas teorías sobre la evolución de todas las formas de la vida animal iban a marcar profundamente la ciencia y la sociedad del siglo XIX, afectando también a la religión, que el filósofo Spencer —inspirándose en la sociología de Auguste Comte— había cuestionado en un sistema que reivindicaba la preeminencia de las ciencias sobre la teología, y de lo individual sobre la sociedad. De este modo, el desarrollo de las ideas abría el camino a la revolución económica basada en la mayor libertad de oportunidades, y apoyaba, al poner el acento en la selección natural, el impulso que dinamizaba el capitalismo industrial, cuyo crecimiento incontenible encabezó Inglaterra desde comienzos del siglo.

En ese momento Inglaterra producía el noventa por ciento de la producción mundial de carbón. Sus minas hicieron posible el desarrollo de los ferrocarriles, que en la década del 40 y 50 se pusieron a la cabeza del continente por su expansión de líneas y circulación. La producción de máquinas de vapor y la introducción del hierro en la construcción de navíos hizo crecer asimismo la industria siderúrgica, que en pocos años triplicó la francesa. La flota mercante, que había doblado su tonelaje entre 1790 y 1820, apoyándose en el tradicional poderío británico sobre los mares, se convirtió rápidamente al vapor e impulsó la exportación de algodón elaborado en el Lancashire y transformó esta materia textil, que reemplazaba a la lana, en el factor dominante de la economía inglesa, representando hacia 1870 el 45 por ciento de las exportaciones totales del país.

Esta revolución industrial encabezada por Inglaterra produjo una enorme expansión de riqueza pero también exigió un precio tremendo a las crecientes masas de trabajadores que constituían su mano de obra. La expansión del capitalismo

primitivo exigió un coste social ingente, representado por un trabajo agotador en una jornada que se extendía desde el alba al anochecer, hambre, epidemias, alcoholismo, viviendas insalubres y escasas (agravadas por la urbanización salvaje que rodeaba a las nuevas fábricas), y total desamparo social y sanitario de la nueva «clase trabajadora» (término, por cierto, que comenzó a usarse en 1815) que formaba el naciente proletariado industrial.

El proceso provocó hambres y disturbios sociales, cuya expresión más dramática tuvo lugar en Irlanda, donde la empobrecida población rural se enfrentó con una epidemia de la patata que provocó la muerte por inanición de un millón de personas y la emigración de otro millón entre 1845 y 1851.

Sin embargo —como escribe Michael Grant en *Las Civilizaciones de Europa*— «fue ésta una época en Inglaterra, especialmente durante la jefatura del gobierno de Sir Robert Peel (1841-1847), de espectaculares reformas: libertad de importaciones, las leyes de fábricas (1833) y de las minas, alimentos baratos y leyes de salud pública, garantías de autogobierno al Canadá y Australia. Además, a partir de los años cincuenta pareció alcanzarse un equilibrio satisfactorio, que reportaba beneficios a todas las clases, entre lo antiguo y lo nuevo, entre la agricultura y la industria, entre el *laissez faire* (liberalismo económico) y la regulación».

Mientras la antigua Inglaterra rural se transformaba rápidamente en una gran potencia industrial, se extendía asimismo su expansión mundial por las vías del comercio y la ocupación colonial. Aunque había perdido a fines del siglo anterior su colonia americana al producirse en 1775 la guerra de independencia de Estados Unidos, su imperio se extendía desde el Canadá a la India, en tanto encabezaba a las naciones europeas que se repartían los inmensos territorios africanos. Bajo el dilatado reinado de Victoria (1837-1901), el imperio británico creció hasta ser el más grande de la historia, mientras que a través del comercio y las inversiones en los más diversos países se convierte en el rector ubicuo de la economía mundial.

La Reina Victoria había demostrado un talento especial para elegir estadistas apropiados para cada periodo, durante las siete décadas de historia cambiante en que llevó la corona. Lord Palmerston, Gladstone, Disraeli, fueron los líderes —alternativamente conservadores o liberales— que gobernaron Inglaterra durante los cambios que impulsaron la revolución industrial, y que condujeron a la potencia del capitalismo, la expansión colonial y las guerras de Crimea o la rebelión de la India. Mientras se acentuaba la lucha por el dominio de nuevos territorios —ya que el capitalismo europeo se edificó en gran parte sobre la explotación de la India, Indochina y, más tarde, de América y África— las potencias del viejo continente



empezaron a acrecentar sus gastos militares, al dejar de existir el equilibrio europeo forjado por Metternich tras la derrota de Napoleón. En 1870 Prusia derrota en Sedán al emperador de los franceses, Napoleón III. Inglaterra misma interviene en la agotadora guerra de Crimea, contra el imperio de los zares. Austria consolida su imperio centroeuropeo ante la preocupación de sus vecinos, extendiéndose a los Balcanes e Italia, aún dividida. España, entretanto, continúa su decadencia como potencia, desgastada por las luchas internas y su aislamiento de las corrientes progresistas del resto del mundo desarrollado.

El capitalismo europeo, apoyado en las teorías económicas y el progreso tecnológico, confiaba en su expansión África por vía de la conquista (comercial o por las armas) de nuevos mercados consumidores y productores de materias primas baratas. Por eso, cuando los países coloniales decidieron ampliar su política expansiva, su objetivo principal fue África —sobre todo el África negra—, con sus inexploradas riquezas y la debilidad de sus poblaciones autóctonas para resistir la rapacidad blanca. Allí predominó también Inglaterra, seguida de cerca por las ocupaciones de otros países europeos, especialmente Francia, Bélgica y Alemania. A sus planes de colonización en el sur se oponían los colonos de origen holandés, los bóers, que habían colonizado Sudáfrica. Contra ellos emprendióse una guerra cruenta e impopular (la guerra anglobóer, 1899-1902), pero exitosa, que consolidó la presencia británica en un enorme territorio del sur africano, que se sumaba a otras extensas posesiones. En esta región, justamente, y pocos años antes de la guerra, se desarrollan varias novelas de Rider Haggard, que había vivido allí en su juventud. Por esta época la población de la metrópoli inglesa alcanzaba los treinta y seis millones de habitantes y el Imperio británico comprendía 390 millones de seres, un cuarto de la población del mundo.

En cuanto a las artes, las ciencias y las letras, Inglaterra Las artes, conoció en el periodo Victoriano —un término que define las ciencias, a la vez un estilo, una época, una moral pacata y llena de las letras hipocresía— un auge interesante. Dickens dominó la novela, con sus obras conmovedoras y llenas de generoso anhelo de bondad ante los sufrimientos de los humildes, pero debe reconocerse que cabalga entre el naciente puritanismo Victoriano y la mayor libertad de costumbres del reinado anterior. Los grandes poetas ingleses del siglo, Keats, Shelley, Byron. Wordsworth, pertenecían a la época romántica, pero Alfred Tennyson (1809-1892) encarnó un papel de profeta de la vida contemporánea. Así, la literatura victoriana, como las ciencias, exhibía con gran variedad una sensibilidad abierta a las ideas de libertad política y un conservadurismo moral que se enfrentaba al mundo de los cambios económicos y

sociales.

## El autor

Nacido en Wood Farm, Norfolk, el 22 de junio de 1856, Henry Rider Haggard fue el octavo hijo de una numerosa familia: eran diez hermanos, tres de ellos mujeres. Su padre, William Haggard, era el clásico terrateniente inglés del siglo XIX: esa especie ya extinguida del «squire» que suele encontrarse en las novelas de Dickens y Jane Austen.

El entorno del pequeño Henry no parecía favorable a la literatura. Aunque de salud delicada al nacer, pronto creció vigorosamente entre sus hermanos, en la enorme casa de Brandeham Hall o en la finca de verano en Norfolk, aprendiendo a cazar y cabalgar como todos los muchachos de su clase social, habituados a la vida al aire libre. Su padre, el estentóreo William Haggard, amaba los deportes y las cacerías como gentilhombre rural que era, si bien poseía dotes de hombre inteligente, más culto que la mayoría de sus iguales. Muy dotado para los negocios, regía su casa como un autoritario y bondadoso patriarca, aunque su vida extrovertida se balanceaba —ante sus hijos— con la sensibilidad de su esposa Ella Doverton, amante de la poesía y la música, que escribía versos e intentaba introducir cierto clima intelectual en una vida cotidiana dominada por las conversaciones sobre los precios del ganado y los incidentes de las cacerías.

Como ha sucedido frecuentemente con personalidades que luego brillarían en las artes o en la ciencia, los estudios de Henry Rider no fueron especialmente brillantes. Aprendió a leer en su hogar, enseñado por su hermana mayor, y luego asistió a un colegio en Londres. Ante los escasos resultados, su padre lo envió, a partir de los diez años, a la rectoría del reverendo H. Graham, donde aprendió los clásicos, con nociones de latín y griego. Sin embargo, no llegó a cumplir el obligado pasaje de la mayoría de los miembros de su clase por Oxford o Cambridge, tras la instrucción preuniversitaria en Eton. Ingresó en una *Grammar School* (Instituto de segunda enseñanza) en Ipswich (donde llamó la atención por su habilidad en pergeñar versos latinos a la manera de Horacio y Virgilio) y más tarde su padre proyectó iniciarlo en la carrera diplomática. Su preparación no dio resultados, y luego de dos años el dominante progenitor decidió cambiar de nuevo sus objetivos respecto a la educación y la carrera de su hijo, abandonando estudios superiores y el posible ingreso en el *Foreign Office* (Ministerio de Asuntos Exteriores británico). Este giro iba a ser decisivo para el futuro de Henry Rider: su aparente mediocridad iba a borrarse ante

otros horizontes.

Un amigo y vecino de William Haggard en Norfolk, sir Henry Bulwer, acababa de ser nombrado gobernador de Natal, en África, y a aquél se le ocurrió sugerirle que llevase a su hijo en calidad de ayudante o secretario. Así se hizo y Henry Rider, a los diecinueve años, partía por primera vez de Inglaterra y nada menos que al continente negro.

En 1875, fecha del viaje, África estaba aún parcialmente inexplorada y era para los europeos la tierra del misterio, la aventura y —por supuesto— de las oportunidades para conquistar riquezas rápidas sin dar cuenta a nadie. El primer territorio que se presentó ante la vista del joven viajero fue la colonia de El Cabo, que actualmente forma parte de la Unión Sudafricana y que entonces era en parte dominio inglés, en parte colonia alemana, y en otro sector territorio bóer, enclave de los colonos blancos de origen holandés. Por entonces, sin embargo, las tribus autóctonas conservaban cierta independencia en muchas comarcas y pactaban o luchaban, según los casos, con el invasor blanco.

En este mundo nuevo y extraño, el joven Haggard —juzgado un muchacho tonto y torpe por maestros y parientes y al cual su madre describió una vez como «pesado como el plomo, tanto en cuerpo como en espíritu»— se transformó completamente. Como secretario del gobernador Sir Henry Bulwer comenzó sus estudios acerca de la vida de los nativos, una tarea que apartó de él su sempiterno aburrimiento. Debía asimismo cumplir tareas administrativas, como atender a los visitantes de la Casa del Gobernador y redactar despachos, pero esto le dejaba tiempo suficiente para recoger las historias de los cazadores y exploradores, o de los antiguos granjeros que habían colonizado el país. También podía dedicarse a la caza mayor en aquel paraíso cinegético.

Un año más tarde, sus conocimientos sobre los naturales africanos le valieron un puesto entre los funcionarios de Sir Theophilus Shepstone, cuando éste fue nombrado Comisionado en el Transvaal. Rider Haggard admiraba a Shepstone por su política frente a los bóers y afirmaba que había salvado a estos colonos de ser eliminados por los zulúes al anexionar el Transvaal a la República Sudafricana.

Cuatro años vivió Henry Rider en África del Sur, viajando por el interior del país y experimentando no pocas aventuras, que iban registrándose en su memoria. En uno de estos viajes asistió a la danza guerrera del mamut, que ofrecía un jefe zulú en honor del gobernador Bulwer. La impresionante ceremonia excitó su aún inconsciente vocación de escritor y la registró en un artículo publicado en el *Gentlemans Magazine* de julio de 1877, que se titulaba Una danza guerrera zulú, que se hizo notar

por su vigor descriptivo.

A los veintinueve años, Haggard fue nombrado Secretario del Tribunal Supremo de Pretoria, en el Transvaal. Era un cargo no poco brillante para un joven de su edad. Pero, cuando Shepstone y sus colaboradores abandonaron África, su posición crítica contra la nueva administración lo apartó de funciones oficiales, y se dedicó a diversas empresas comerciales más o menos fantásticas e improductivas, como la cría de avestruces, asociado a su amigo Arthur Cochrane. Este periodo de su vida coincide con el origen de su personaje de Allan Quatermain, el cazador, cuyas actividades comerciales —según cuenta él mismo en la novela— eran fantasiosas y de poco éxito. En 1879 regresa a Inglaterra y decide casarse. No será con la joven con la cual se había prometido antes de partir, que había roto con él debido a su larga ausencia, sino con Louise Margitson, de Norfolk, que había sido compañera de estudios de su hermana Mary.

Se casaron el 11 de agosto de 1880 en Ditchingham House, tras algunas demoras debidas a la juventud de su novia —era huérfana y estaba bajo la custodia del Tribunal Tutelar de Menores— y poco después se embarcaron para Durban. La situación que hallaron no era precisamente pacífica. Acababa de terminar la guerra zulú y estaba a punto de estallar la primera guerra bóer: la rivalidad entre los colonos bóers, de origen holandés, y los británicos establecidos en El Cabo comenzó ese mismo año. Los bóers del estado libre de Orange y el Transvaal atacaron a los ingleses y, tras muchas luchas sangrientas, las hostilidades se interrumpieron brevemente durante el armisticio de 1881. Pero la sangrienta rivalidad colonial sólo concluiría en 1905, con el triunfo inglés.

Esta inestable situación hace que Haggard y su socio abandonen África con sus familias, en agosto de 1881. Ya en Gran Bretaña, Henry Rider Haggard dedicará sus esfuerzos a la carrera de leyes —pese a que su mujer ha heredado una considerable fortuna— mientras escribe artículos inspirados en sus experiencias africanas. En 1882 escribe su primer libro, *Cetywayo y sus vecinos blancos*, interesante reflejo de su conocimiento de los africanos de raza negra. Esta obra, como su siguiente volumen de cuentos, *Amanecer*, 1884, obtienen escaso eco, hasta el punto de que el autor consideró seriamente la posibilidad de abandonar la carrera literaria, pensando que su padre (con el cual estaba enemistado por esto) tenía razón cuando lo recriminaba por abandonar la carrera diplomática. Su tercer libro, *La cabeza de la bruja* (1885) es mejor recibido y decide persistir en su vocación.

Instalado en el tranquilo barrio londinense de Kensington, Henry Rider Haggard escribe en algo más de un mes *Las minas del Rey Salomón*, donde aparece por

primera vez uno de sus personajes predilectos, su «alter ego», el cazador de elefantes Allan Quatermain. El autor tenía veintiocho años cuando el libro se publicó, en septiembre de 1885, obteniendo un éxito tan impresionante, que decide la suerte de Henry Rider Haggard y se convierte en uno de los modelos clásicos de la novela de aventuras. Desde entonces, además, el autor y África se funden en una imagen inseparable.

Todo el misterio, la grandiosidad y el encanto de las tierras vírgenes, de sus salvajes e incontaminados seres, surge de las obras de Rider Haggard, cuya comprensión del medio (sin que olvide su centralismo blanco, colonial) es fundamental para que sus novelas unan la imaginación y el perfume de lo realmente vivido. Se cuenta que escribió *Las minas del Rey Salomón* después de leer *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson, su genial precursor, y en respuesta al desafío de un hermano suyo, que le dijo que no podría escribir algo «ni la mitad de bueno». Antes de ser publicado, el manuscrito fue rechazado por la mayoría de las editoriales inglesas...

Es proverbial la rapidez de Haggard en la elaboración de sus libros: *Las minas del Rey Salomón* fue escrito en un breve espacio de tiempo, lo mismo que *Ella* y otras novelas. Durante este periodo fecundo, publicó a un ritmo de dos novelas por año. En 1885, también, escribe *Jess y Allan Quatermain* (continuación y coronación del personaje de *Las minas* ...) que se publican en libro en 1887, apareciendo primero en forma de folletín periódico. Entre febrero y marzo de 1886 escribe *Ella*. Esta romántica historia de la reina inmortal tuvo también un éxito extraordinario, lo mismo que su continuación, *Ayesha: El regreso de Ella*, que publicó en 1905.

En enero de 1888 emprende un viaje a Egipto, un país que deseaba visitar desde hacía mucho tiempo y que ahora —famoso y sin dificultades económicas, ya desechadas sus tareas de abogado— podía recorrer a su antojo. En realidad, su interés por el lugar se debía sobre todo al Egipto de los faraones, que ya aparece fugazmente, pero con relieve, en la historia de *Ella*. También se proponía reunir material para una novela acerca de *Cleopatra*, que efectivamente publicó en 1889, pero sin el éxito de *Ella*. De este último y luego de su segunda parte, *Ayesha*, se efectuaron tiradas de más de 25.000 ejemplares, cifra notable para la época. A su regreso de Egipto, Rider Haggard escribió, además de *Cleopatra*, *La venganza de Mama* (otra aventura del popular Allan Quatermain) y *El testamento de Mr. Meeson*, comenzando asimismo *Beatrice* y *El deseo del mundo*. En 1889 publicó también *La esposa de Allan* y otros cuentos, donde vuelve, retrospectivamente, al héroe de sus famosas novelas iniciales.

Rider Haggard era un trabajador infatigable, como puede comprobarse al repasar

la bibliografía. Además, participaba activamente en la vida pública de su tiempo, escribiendo numerosos artículos y dando conferencias. Pero sucesivas desgracias familiares (la muerte de su madre en 1888, y luego, aún más terrible, la de su hijo Jock en 1891), lo sumergen en una profunda crisis emocional. Por último, en 1892, muere su padre. Se recluyó en la mansión familiar de su esposa, Ditchingham House, aislándose de la vida exterior. No dejó de escribir, sin embargo: su profesionalidad lo empujaba a una cuota diaria de producción. Y además debía compensar con trabajo su mala cabeza para los negocios... Pero la muerte había dejado su huella: tenía sólo 33 años, y había envejecido prematuramente.

La vitalidad incontestable de Rider Haggard y las necesidades económicas terminan por superar su aislamiento. Escribe caudalosamente y vuelve a la vida pública. Durante un tiempo se interesa por la política, pero su candidatura, por el partido conservador, es derrotada. Entretanto su esposa da a luz una niña, en 1892, que se llamó Lilias. Muchos años después, Lilias publicará un entrañable libro sobre su padre: *La capa que yo dejé* (1951). Todo esto parece rejuvenecer al autor: recobra su curiosidad ubicua y mientras sigue escribiendo novelas y artículos con profusión (véase la lista completa de su bibliografía, que abarca casi ochenta títulos) se vuelca con entusiasmo sobre los problemas de la agricultura, escribiendo un libro titulado *El año del granjero* (1899) y más tarde una obra mucho más extensa y ambiciosa: *Inglaterra rural* (1902), en dos volúmenes, que resume dos años de investigaciones acerca de la agricultura inglesa. Como consecuencia de estos estudios, fue enviado oficialmente por el gobierno a Estados Unidos, para informar sobre los establecimientos agrícolas e industriales instalados allí por el Ejército de Salvación. Luego formó parte de la Real comisión para la repoblación forestal y la erosión costera.

Fue nombrado caballero en 1912 e ingresó más tarde en la Real comisión para los dominios, que debía recorrer el Imperio examinando los negocios coloniales; así viajó por Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Canadá, regresando a Inglaterra poco después del estallido de la Primera Guerra Mundial. Los cargos y grados honoríficos (entre ellos el de Caballero del Imperio Británico, en 1919) se acumularon sobre él, sin que por ello dejase de escribir infatigablemente, hasta el punto de que varios de sus libros se publicaron después de su muerte. Ésta acaeció el 14 de mayo de 1925, en Londres, después de una operación, y tras varios años de enfermedad.

## **La obra**

La nota necrológica que el *Times* dedicó a Rider Haggard el 15 de mayo de 1925 decía entre otras cosas: «... escritor romántico, experto en agricultura, político del Imperio; profundamente interesado por los negocios de la Iglesia y del Estado; con mucho de místico y no poco de asceta también..., uno de los más notables, pintores y versátiles hombres de su tiempo y su generación...»

El juicio del famoso periódico era tan exacto como acostumbra, pero su objetividad deja algunas lagunas sobre el personaje. Quizá en 1925, cuando el mundo literario hervía de innovaciones (el surrealismo, la aparición escandalosa de James Joyce, la escuela de Bloomsbury, con Virginia Woolf a la cabeza, las primeras novelas de Aldous Huxley, etc.), la figura del romántico autor de novelas de aventuras parecía minimizarse y perderse en un pasado Victoriano, que era el suyo, al fin...

Pero la prueba del lector, la definitiva, comprobaba que sus libros seguían tan frescos y atractivos como en la fecha de su aparición. Sin duda su «familia» literaria no es la de las vanguardias modernas, sino la clásica narrativa de Kipling, Conan Doyle y el mayor de todos, Robert Louis Stevenson, maestro de la aventura.

Pero como ellos, Rider Haggard ha superado la prueba del tiempo y las modas, se ha vuelto intemporal y por tanto siempre presente. El autor de estas líneas leyó *Ella* por primera vez a los doce años, cautivado por el misterio y la fantasía de la reina bella y aislada entre las montañas, que amaba y esperaba siglo tras siglo y no podía morir... Lo curioso es —y constituye una prueba de fuego para cualquier escritor leído en la infancia— que, al releerlo ahora y al traducirlo, el trabajo se convierte en un nuevo viaje al misterio y el encanto, tan excitante como al leerlo décadas antes.

El secreto, quizá, de esta frescura renovada es que en sus novelas Rider Haggard apela tanto a una realidad viva como a la imaginación más penetrante y fantástica, que sin embargo también resulta vívidamente real.

En esta mezcla fascinante de comarcas ignotas y civilizaciones perdidas (en muchos de sus grandes libros aparece una cultura extinguida, como en *Ella*, o misteriosamente viva y aislada, como en *Allan Quatermain*) el héroe lucha, al igual que en las antiguas odiseas, contra peligros innumerables, sostenido a veces por fuerzas sobrenaturales y extrañas. En este plano, *Ella* (y su continuación, *Ayesha*) es la más imaginativa y maravillosa aventura creada por Rider Haggard. En ella confluyen su atracción por las antiguas civilizaciones muertas (Egipto, sobre todo) que transfigura creando sus propias ciudades perdidas entre inaccesibles montañas, y sus inclinaciones místicas, que le hacen bucear en los arcanos de la historia y en las creencias orientales de la transmigración y las reencarnaciones. Los lectores que han

llegado hasta aquí habrán recorrido la increíble historia de Ayesha, que, amando a un sacerdote de Isis, en el Antiguo Egipto faraónico, termina matándolo por despecho, ante su rechazo, en las cavernas de Kôr, donde ha llegado a través de inaccesibles caminos. Allí ha descubierto, entre catacumbas de una civilización remota, la Fuente de la Vida, una columna de fuego que otorga a quien se baña en sus llamas una inmortalidad casi absoluta. Ayesha, llena de amor, espera siglo tras siglo el regreso del sacerdote Calícrates.

En ese punto comienza la verdadera aventura, cuando un joven inglés y su tutor, un profesor universitario, abren el cofre heredado por los Vincey de generación en generación y descifran el increíble mensaje de su remota antepasada, la princesa egipcia Amenartas, esposa del sacerdote Calícrates. Es un mensaje de venganza, que pide a sus descendientes que busquen y castiguen a la asesina de su esposo. Hay que hacer notar que toda esta historia fantástica, que lleva a los desconfiados protagonistas hasta la costa africana y luego a la ciudad perdida de Kôr, donde espera la misteriosa Ayesha, está escrita en un estilo sobrio y analítico, con erudición y perspectiva científica, como corresponde al sabio profesor Holly, su supuesto narrador y compañero del joven Leo Vincey, el británico descendiente de Calícrates y Amenartas.

Este tratamiento, que además preside el animado transcurso de la aventura física, la odisea llena de peligros que lleva a los viajeros hasta la remota Kôr, no excluye las reflexiones filosóficas del protagonista; como el mismo Holly observa en el texto, la historia de *Ella* parece ocultar una alegoría cósmica, una redención a través del sufrimiento y el amor, la abstinencia y la renuncia final a las ambiciones y la pasión carnal. Esto lleva a dos aspectos interesantes de la novela: su contenido pero potente erotismo y sus curiosos componentes místicos de variado origen.

En lo primero, Ayesha es descrita como una belleza casi sobrehumana, pero muy terrenal en sus atributos y en las pasiones que despierta: es una seductora, más terrible aún porque su hermosura es a la vez pavorosa y tierna. Pero como las peripecias de la acción siempre impiden la unión de los amantes (Ayesha promete el connubio para después de que su amado se bañe en la Fuente de la Vida), el erotismo surge —en forma muy victoriana— de las alusiones y la postergación reiterada de la satisfacción del deseo, de la pasión amorosa que devora al hombre ante la radiante figura de *Ella*, apenas velada.

En cuanto a las alegorías, debe señalarse que Ayesha, además de una especie de maga o Angel Caído que fue (ambas teorías se barajan en el relato), parece señalada por un destino complejo. Sus artes mágicas (o su conocimiento de los misterios de la naturaleza, como ella prefiere decir), su sabiduría acumulada en muchos siglos de



vida, la llevan a imaginar empresas de un orgullo inaudito. Y por eso, el final del libro la ve humillada y aniquilada por fuerzas superiores. La aventura de *Ella* concluye con su terrible y aparente muerte, pero en la continuación de esta historia, *Ayesha*, la búsqueda se traslada —veinticinco años después— al Asia Central. Esto permite a Rider Haggard incorporar al relato otras versiones del misterioso origen de Ayesha, mientras se suman al drama otros personajes, posibles reencarnaciones de quienes en el pasado fueron sus enemigos.

La creciente importancia que Haggard otorga a las cosmogonías orientales —en *Ayesha* aparece un monasterio budista, y poco a poco el relato se impregna de visiones y premoniciones, de concéntricas alegorías y reencarnaciones— se une a una contemplación de la vida como un misterio que tiene fondos mucho más complejos que la superficie de la realidad. Toda la fantasía de *Ella*, en suma, es la visión poética de creencias milenarias que aún persisten y hasta reciben nuevas explicaciones en la parapsicología.

Por cierto, se ha relatado que el mismo Rider Haggard tenía facultades parapsicológicas, y que en una ocasión «vio» al sabueso de su hija yaciendo entre unos matorrales cerca del agua. Cuatro días más tarde, el perro aparecía muerto, flotando en el río. Este sueño, que se atribuyó a un acto de telepatía o algo semejante, aparece en sus libros más de una vez; Ayesha, por ejemplo, proyecta a menudo —sobre un espejo de agua— las imágenes que recibe a distancia o que recoge de la mente de sus interlocutores. Curioso anticipo del cine...

Andrew Lang, asesor literario editorial y más tarde íntimo amigo de Rider Haggard, dijo que *Ella* «era la novela más extraordinaria que jamás había leído». Quizá no es la más extraordinaria, pero sí uno de los relatos más fascinantes de toda la literatura de aventuras, digno de figurar entre los libros que no solo entretienen sino que excitan la imaginación en pos del misterio y la belleza. No es poco, en un mundo que suele hacer del gris horizonte cotidiano una virtud.

José Agustín MAHIEU

## BIBLIOGRAFÍA

**1882** (*Cetywayo and his White Neighbours*), Cetywayo y sus vecinos blancos.

**1884** (*Dawn (3 vols.)*), Amanecer.

**1885** (*The Witch's Head (3 vols.)*), La cabeza de la bruja.

**1885** (*King Solomon's Mines*), Las minas del rey Salomón (1888).

**1887** (*She*<sup>[97]</sup>), Ella (s.a.)<sup>[98]</sup>.

**1887** (*Jess*)<sup>[99]</sup>, Jess.

**1887** (*Allan Quatermain*)<sup>[100]</sup>, Aventuras de Allan Quatermain (s.a.).

**1887** (*A Tale of Three Lions*)<sup>[101]</sup>, Un cuento de tres leones.

**1888** (*Mr. Meeson's Will*)<sup>[102]</sup> El testamento de Mr. Meeson.

**1888** (*Maiwa's Revenge: or the War of the Little Hand*) La venganza de Maiwa (1955).

**1888** (*My Fellow Laborer and the Wreck of the Copeland*) Mi compañero trabajador y la destrucción del «Copeland»<sup>[103]</sup>.

**1888** (*Colonel Quaritch VC (3 vols.)*) Coronel Quaritch VC.

**1889** (*Cleopatra*)<sup>[104]</sup> Cleopatra (s.a.).

**1889** (*Allan's Wife and Other Tales*) La esposa de Allan (1952).

**1890** (*Beatrice*) Beatriz.

**1890** (*The World's Desire*<sup>[105]</sup>) El deseo del mundo.

**1891** (*Eric Brighteyes*) Eric Brighteyes.

**1892** (*Nada the Lily*) Nada, el lirio.

**1893** (*Moctezuma's Daughter*) La hija de Moctezuma (s.a).

**1894** (*The People of the Mist*) Los hijos de la niebla (1946).

**1895** (*Church and State*) Iglesia y Estado.

**1895** (*Joan Haste*) Joan Haste.

**1895** (*Heart of the World*) El corazón del mundo.

**1896** (*The Wizard*) El hechicero (1953).

**1898** (*Dr. Therne*) Dr. Therne.

**1899** (*A Farmer's Year*) El año del granjero.

**1899** (*The Last Boer War*) La última guerra bóer.

**1899** (*Swallow*) Golondrina.

**1900** (*Black Heart and White Heart and Other Stories*) Corazón negro y corazón blanco, y otras historias.

**1901** (*Lysbeth*) Lysbeth.

**1901** (*A Winter Pilgrimage*<sup>[106]</sup>) Una peregrinación de invierno.

**1902** (*Rural England (2 vols.)*) Inglaterra rural.

**1903** (*Pearl Maiden*) La doncella Perla.

**1904** (*Stella Fregelius*) Stella Fregelius.

**1904** (*The Brethren*) Los cofrades.

**1905** (*Ayesha: the Return of She Ayesha*) El regreso de Ella (1948).

**1905** (*A Gardener's Year*<sup>[107]</sup>) El año del jardinero.

**1905** (*Report on Salvation Army Colonies*) Informe sobre el Ejército de Salvación en las Colonias.

**1906** (*The Way of the Spirit*) El camino del espíritu.

**1906** (*Benita*) Benita.

**1907** (*Fair Margaret*) Encantadora Margarita.

**1908** (*The Ghost Kings*) Los reyes fantasmas.

**1908** (*The Yellow God*) El dios amarillo.

**1909** (*The Lady of Blossholme*) La señora de Blossholme.

**1910** (*Morning Star*) Estrella matutina (s.a.).

**1910** (*Queen Sheba's Ring*) El anillo de la reina de Saba.

**1910** (*Regeneration: an account of the social work of the Salvation Army*) Regeneración: un recuento del trabajo social del Ejército de Salvación.

**1911** (*The Mahatma and the Hare*) El Mahatma y la liebre.

**1911** (*Red Eve*) Vísperas rojas.

**1911** (*Rural Denmark*) Dinamarca rural.

**1912** (*Marie*) María.

**1913** (*Child of Storm*) El niño de la tormenta.

**1914** (*A Call to Arms*) Publicación privada Una llamada a las armas.

**1914** (*The Wanderer's Necklace*) El collar de Wanderer (1942).

**1915** (*The Holy Flower*) La flor santa.

**1916** (*The After-War Settlement and Employment of Ex-Service Men*) El establecimiento y empleo después de la guerra de los ex-soldados.

**1916** (*The Ivory Child*) El niño de marfil.

**1917** (*Finished*) Acabado.

**1918** (*Love Eternal*) Amor eterno.

**1918** (*Moon of Israel*) Luna de Israel.

**1919** (*When the World Shook*) Cuando el mundo se estremeció (s.a.).

**1920** (*The Ancient Allan*) El viejo Allan.

**1920** (*Smith and the Pharaohs, and Other Tales*) Smith y los faraones, y otros cuentos.

**1921** (*She and Allan*) Ella y Allan (1946).

**1922** (*The Virgin of the Sun*) La virgen del sol.

**1923** (*Wisdom's Daughter*) La hija de Wisdom.

**1924** (*Heu-Heu*) Heu-Heu.

**1925** (*Queen of the Dawn*) La reina del alba.

**1926** (*The Days of my life (2 vols.)*<sup>[108]</sup>) Los días de mi vida.

**1926** (*Treasure of the Lake*) El tesoro del lago.

**1927** (*Allan and the Ice Gods*) Allan y los dioses del hielo (s.a.).

**1929** (*Mary of Marion Isle*) Mary de la isla Marión.

**1930** (*Belshazzar*) Baltasar.



HENRY RIDER HAGGARD (Bradenham, 1856 - Londres, 1925). Novelista inglés. Se doctoró en Jurisprudencia en Londres, fue alto funcionario del gobierno, y vivió algunos años en Indonesia y África, tras los cuales regresó a Gran Bretaña, donde desempeñó diversos cargos gubernativos. Se le concedió el título de Sir, fue nombrado vicepresidente del Royal Colonial Institute y le fue otorgado el título de KBE (Knight Commander, Order of the British Empire).

Su primera novela de éxito fue *Las minas del rey Salomón* (1885), en parte inspirada en *La isla del tesoro* de Stevenson. A dicho éxito siguieron enseguida otros como *Ella* (1887), su continuación, *Ayesha, el retorno de Ella* (1905) y *Las aventuras de Allan Quatermain* (1887). Escritor prolífico y constante, fue también autor de una serie de obras históricas, políticas y documentales. Entre sus más de sesenta novelas, algunas publicadas por entregas, destacan *Nada the Lily* (1892), *La hija de Moctezuma* (1893), *El pueblo de la bruma* (1894) y, posteriormente, *Queen Sheba's Ring* (1910), *Cuando el mundo se estremeció* (1919) y *Belshazzar* (1930).

Las novelas de Haggard, que era amigo de Kipling, son novelas de aventuras, según declaró explícitamente el propio autor en su autobiografía *The Days of my Life* (1926). Posteriormente, se publicaron en colecciones del llamado «género de fantasía», pero a

finales del período victoriano representaron un renacimiento del romanticismo, relacionado con las tensiones internas y los mitos de las colonias y el Imperio. Era narrativa popular en el sentido más amplio del término, y sirvió como instrumento de propaganda de los ideales imperialistas.

Haggard creía en la misión cultural civilizadora del Imperio Británico, y creó a sus héroes y heroínas según un modelo coherente: belleza y fuerza física junto a nobleza y valor, cualidades que les asemejan al prototipo de ideal épico de virilidad y femineidad. La ambientación exótica, con sus correspondientes descripciones de culturas misteriosas y fabulosas, la presencia de lo sobrenatural y un ágil ritmo narrativo (Haggard no se detiene en introspecciones psicológicas), le aportaron un éxito de público todavía vigente.



# Notas

[1] «Sapientísimo varón y amigo mío.» (En latín en el original). <<

[2] El más bello de los dioses griegos. <<

[3] Carón o Caronte. Personaje mitológico que cargaba en su barca las almas de los muertos, a los que previamente exigía un óbolo como condición para cruzar el Aqueronte (río de los infiernos). <<

[4] «Buena fe.» (En latín en el original). <<

[5] Este nombre ha sido modificado, aquí y en el resto del texto, de acuerdo con los deseos del autor. El editor. [Se entiende que las notas firmadas por «El editor» son parte de la ficción. Es decir, el editor es el personaje que en la novela figura como el que recibe el manuscrito de Holly y lo publica. Del mismo modo, las firmadas por L. H. H., son del propio Holly.] <<

[6] Alude a la teoría del origen de las especies de Charles Darwin (1809-1882), que afirma que el hombre desciende del mono. <<

[7] Diosa madre de la mitología egipcia. Representa la fidelidad conyugal y la abnegada solicitud maternal. <<



[8] El Fuerte y Hermoso o, con más exactitud, el Hermoso en su Fuerza. <<

[9] Perteneciente a Mendes, antiquísima metrópoli del delta del Nilo, de donde es originaria la XXIX dinastía faraónica. <<

[<sup>10</sup>] El Calícrates al que se refiere aquí mi amigo, era un espartano del que habla Heródoto (Herod, IX, 72) como hombre notable por su belleza. Cayó en la gloriosa batalla de Platea (el 22 de septiembre del 479 a. C.) cuando los lacedemonios y los atenienses, conducidos por Pausanias, derrotaron a los persas, que en número de 300.000 sucumbieron bajo sus espadas. Lo que sigue es una traducción del pasaje: «Con Calícrates, que desapareció en la batalla, había llegado al ejército el hombre más hermoso de los griegos de entonces..., no sólo de los mismos lacedemonios, sino de toda Grecia. Él, cuando Pausanias estaba sacrificando, fue herido en el costado por una flecha, y a Arimnesto, un platense, que no lamentaba morir por Grecia, sino por no haber podido asestar un golpe, aunque deseaba hacerlo, realizando alguna hazaña digna de él». Este Calícrates, que parece haber sido tan valiente como hermoso, es posteriormente citado por Heródoto como habiendo sido sepultado entre los ἱπῆνες ; (jóvenes comandantes), separado de los demás espartanos e ilotas. L. H. H.

[*Heródoto*: Historiador griego (484-420 a. C.). Sus *Historias* constituyen la fuente principal para el estudio de las guerras médicas y de los pueblos que participaron en ellas. *Platea*: Ciudad de Beocia. No aceptó la dominación de Tebas y se colocó bajo la protección de Atenas (519 a. C.). La batalla de Platea terminó con la victoria de los griegos sobre los persas (479 a. C.). *Lacedemonio*: Espartano. *Pausanias*: Príncipe espartano de la rama de los Agidas, muerto el 470 a. d. C. Estuvo al mando del ejército griego en Platea. *Ilotas*: Siervos de los espartanos.] <<

[11] Para que el lector se haga cargo en lo sucesivo de la correspondencia; entre los sistemas de medidas empleados en España e Inglaterra le ofrecemos las equivalencias de los términos que aparecen en la obra: *Libra esterlina*: 200 pesetas aproximadamente; *acre*: 4.046,8 m<sup>2</sup>; *braza*: 1,83 m; *milla*: 1.609 m; *pie*: 30,4 cm; *pulgada*: 2,54 cm. <<

[12] Tratamiento honorífico que se daba a los que no poseían títulos nobiliarios. Era el primer peldaño, por así decirlo, de la nobleza británica. Aunque no hay una equivalencia exacta en castellano, sería algo así como el antiguo hidalgo español. <<

[13] Alude a *La Belle et la Bête* (*La bella y la bestia*), de la escritora francesa Mme. Laprinice de Beaumont (1711-1780). <<

[<sup>14</sup>] Jean-Paul Marat (1743-1783), destacado revolucionario de la Revolución francesa, fue asesinado por Charlotte de Corday, simpatizante de los girondinos, a cuya caída él había contribuido. El autor alude al cuadro del pintor francés Louis David (1748-1825), *Marat asesinado en su bañera*. <<

[15] En algunos pueblos primitivos, el parentesco y la herencia se regulan de modo que el hermano de la madre es considerado como el verdadero padre, y se heredan sus bienes y no los del padre natural. <<



[16] Es una escritura compuesta de letras mayúsculas de gran tamaño, que se empleó hasta el siglo VIII. <<

[17] «Escarabajo.» (En latín en el original). Estos escarabajos hechos con diversas piedras duras y con jeroglíficos eran muy abundantes en el antiguo Egipto. <<

[18] Alude a Isabel Woodville (1437-1492), que se convirtió en Reina de Inglaterra al casarse secretamente con Enrique IV. <<

[19] Velero empleado en líneas comerciales regulares en la costa oriental de África y en el mar Árabe. Se desconoce a qué lengua pertenece dicho vocablo. <<

[20] «El amor lo vence todo.» (En latín en el original). La frase pertenece al poeta latino Publio Virgilio Marón (70-19 a. d. C.), *Bucólica 10*. v. 69. <<

[21] Nekht-nebf o Nectanebó II, último faraón oriundo de Egipto, huyó de Ochus a Etiopía en el año 339 a. C. *El editor.* <<

[22] Pequeña pieza con jeroglíficos egipcios que contiene títulos reales y honoríficos, y nombres de divinidades. <<

[23] La cartela, si es una verdadera cartela, no puede haber sido de Calícrates, como sugiere el señor Holly. Calícrates era un sacerdote y no tenía derecho a tener cartela, que era privativa de la realeza egipcia, aunque podría haber Inscrito su nombre o título sobre un *óvalo*. *El editor*. <<



[24] «En la tierra, el cielo y el mar, Extrañas cosas hay.» (En inglés antiguo en el original). *Hoc fecit*: «Hecho por.» (En latín en el original). <<

[25] *Anno urbis conditae* o *Ab urbe condita*. «Desde la fundación de la ciudad». Los romanos contaban los años a partir de la fundación de Roma en el 753 antes de Cristo.

<<

[26] «Esta reliquia es una obra realmente mística y maravillosa que mis antepasados trajeron consigo desde Armorica, o sea, la Bretaña Menor; y cierto santo clérigo quiso convencer a mi padre de que la destruyera completamente, porque afirmaba que era obra hecha y conformada por el mismísimo Satanás mediante artes mágicas y diabólicas, por lo que mi padre la rompió en dos partes, pero yo, John de Vincey, pude salvar las dos partes y las volví a unir, como puede verse, en este día lunes, que siguió a la fiesta de Santa María Virgen Bendita, del año de gracia de mil cuatrocientos cuarenta y cinco». <<

[27] Otro detalle que me hizo situar la fecha de esta anotación en la mitad del siglo dieciocho es que, bastante curiosamente, hallé una copia provisional de *Hamlet*, escrita alrededor de 1740, en la cual estas dos líneas estaban mal citadas casi de la misma forma. Y tengo pocas dudas de que el Vincey que las escribió en el ánfora las citó equivocadamente en esa fecha. Por supuesto, las frases verdaderas eran las siguientes:

Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio,  
que cuantas se sueñan en tu filosofía.—*L. H. H.* <<

[28] El autor olvida que la escritura uncial no empezó a emplearse hasta el siglo m de nuestra era: si el relato de Amenartas ocurrió en la época de Nectanebó II (siglo IV a. de C.), una de dos: o el texto del ánfora es una transcripción posterior, o Amenartas no pudo redactarlo en un tipo de escritura que no se empleó hasta seis siglos después.

<<

[29] «La reina de los que coronan con vasijas a los extranjeros.» (En latín en el original). <<

[30] Grocyn, el instructor de Erasmo, había estudiado griego con Chalcon-tlylas, el Bizantino, en Florencia, y dio sus clases por primera vez en el Colegio Mayor de Exeter, Oxford, en 1491. *El editor.* <<

[31] Plancha de madera que puede girar sobre un eje horizontal y que sirve para contener la deriva de la embarcación. <<



[32] *Escotas*: Cabos que sirven para poner tirantes las velas. *Racamento o racamenta*: Anillas que sujetan las vergas a sus palos o mástiles. <<

[33] Cada uno de los cabos gruesos que sujetan un mástil y que le permiten resistir esfuerzos transversales. <<

[34] Río de 65 kilómetros de longitud navegable hasta la ciudad de Cambridge. <<

[35] El Diablo. <<

[36] Hay una conocida especie de magnolia con flores rosadas. Es originaria del Sikkim y conocida como *Magnolia Campbellii*. *El editor*. <<

[37] Cerca de Kilwa, en la costa oriental de África, a unas 400 millas de Zanzíbar, hay una escollera que fue recientemente limpiada por las olas. En la cima de ese risco hay tumbas persas, que se sabe tienen por lo menos siete siglos de antigüedad, según las fechas todavía legibles que había en ellas. Debajo de esas tumbas había una capa de escombros que configuraba una ciudad. Más abajo, en el risco, había otra capa que representaba una ciudad más antigua, y aún más abajo, una tercera capa con los restos de otra ciudad, de vasta y desconocida antigüedad. Debajo de la ciudad más profunda se hallaron recientemente especímenes de arcilla vitrificada, como los que suelen hallarse \_ ocasionalmente en esta costa actualmente. Creo que están ahora en posesión de Sir John Kirk. *El editor.* <<

[38] En el original, Job pronuncia *eat* (comer) con *h*: *heat*. <<

[39] «Callejón sin salida.» (En francés en el original). <<



[40] Mammón: Entre los primitivos judíos, dios de las riquezas, el Becerro de Oro. Alusión a la frase bíblica: «Haced amigos con el Dinero injusto.» (Le 16.9). En la Biblia, Mammón aparece como personificación del Dinero. <<

[<sup>41</sup>] Antilope de unos sesenta centímetros de altura en la cruz y 1.10 m de longitud. Es muy semejante a los antílopes enanos y habita en el África meridional. <<

[42] Descubrimos que el tabaco crecía en esta comarca, como en todas las demás regiones de África. Y aun cuando ignoraban en absoluto sus demás cualidades benditas, los amahagger lo usaban habitualmente en forma de rapé y también con fines medicinales. *L. H. H.* <<

[43] El autor alude, obviamente, al incidente ocurrido entre José y la mujer de Putifar. Véase Gén 39, 7-20. <<

[44] Uno de los mayores antilopes africanos. Tiene la piel de color marrón rojizo con franjas blancas. <<

[45] Más tarde supimos que su objetivo era hacer creer a la víctima que era objeto de amor y admiración, y así aliviar sus sentimientos heridos, haciendo que expirase en un feliz y alegre estado de ánimo. *L. H. H.* <<

[46] Mono catirrino africano, muy ruidoso y de pelaje grisáceo. <<

[47] Rana estadounidense de gran tamaño, que puede alcanzar hasta veinte centímetros de longitud y cuya voz potentísima se parece al mugido de un toro. <<



[48] En la época en que escribía Rider Haggard, muchas personas desconocían el origen de las enfermedades infecciosas (a pesar de la contemporaneidad con Pasteur) y sus vectores. Debido a ello, el autor atribuye a los «miasmas» malolientes de las ciénagas la transmisión de enfermedades. <<

[49] Dios del vino y la vendimia en la mitología romana. Equivalente al Diónisos de la mitología griega. <<

[50] «Sin.» (En latín en el original). <<

[51] Los fuegos fatuos, o *ignes fatui* de la antigüedad, se manifiestan durante la noche, especialmente en los lugares húmedos, mediante una llama azulada. <<

[52] Mamífero de porte parecido al de un caballo. Corresponde a una especie que habitó el África austral y que actualmente se considera desaparecida. <<

[53] *Koto* o *Kotow*, reverencia o saludo tradicional de los chinos. <<

[54] Yárab, el hijo de Kâhtan, que vivió algunos siglos antes del tiempo de Abraham, era el padre de los antiguos árabes y dio su nombre, Araba, al país. Hablando de sí mismo como «al Arab al Ariba», *Ella* quería significar, sin duda, que pertenecía a la verdadera sangre árabe, para distinguirse de los árabes naturalizados, los descendientes de Ismael y Agar, que eran conocidos como «al Arab al mostáreba». El dialecto de los Kôreish era usualmente llamado el árabe más claro o «perspicuo». Pero el dialecto hamarítico se aproximaba más a la pureza del sirio materno. *L. H. H.* <<

[55] Se refiere a Salomón, quien mandó construir el soberbio templo de Jerusalén, cuya construcción está narrada en 1 Re 5-9. <<



[56] Hacen un desierto y lo llaman paz. (En latín en el original). La frase pertenece al historiador latino Tácito (55-120 d. C.), que la emplea en la *Vida de Agrícola*, 30,7. <<

[57] Debe pronunciarse «Assha». *L. H. H.* <<

[58] Alude a la mujer de Menelao, que fue raptada por Paris a causa de su gran belleza. Debido a ello se produjo la guerra de Troya. <<

[59] «Venus Vencedora.» (En latín en el original). <<

[60] Un renombrado y erudito egiptólogo al que he mostrado este escarabajo tan interesante y bellamente terminado, me ha informado que el mismo, «Suten se Rá», es desconocido para él y que nunca vio ninguno parecido. Sin embargo, aunque lleva un título que se daba frecuentemente a la realeza egipcia, es de opinión de que no es necesariamente la cartela de un faraón, donde el trono o el nombre personal del monarca se grababa usualmente. Desgraciadamente, quizá nunca podamos saber cuál es la historia de este escarabajo. Pero no me cabe duda de que ha jugado algún papel en la trágica historia de la princesa Amenartas y de su amante Calícrates, el perjuro sacerdote de Isis. *El editor.* <<

[61] «Maleficio, brujería.» (En francés en el original). <<

[62] En la mitología griega, maga cuyos encantos transformaban a los hombres en animales a los que conducía a sus establos. <<

[63] «¡Viva la guerra!» (En francés en el original). <<



[64] «Restos, residuos.» (En francés en el original). <<

[65] «La caverna de la tortura». Más tarde vi este espantoso lugar, que también era un legado del pueblo prehistórico que vivió en Kôr. Los únicos objetos que había en la caverna eran unas losas de piedra dispuestas en varias posiciones, para facilitar las operaciones de los torturadores. Muchas de estas losas, que eran de piedra porosa, estaban manchadas de un color oscuro con la sangre de las víctimas que las habían empapado. Además, en el centro de la habitación había un lugar para un horno, con una cavidad para calentar el histórico cacharro o vasija. Pero lo más espantoso de la caverna era que en cada losa había una ilustración esculpida de los tormentos apropiados que debían aplicarse. Estas esculturas eran tan horrendas, que no quiero perturbar al lector describiéndolas. *L. H. H.* <<

[66] Esta frase es notable, porque parece indicar la creencia en una futura resurrección.  
*El editor.* <<

[67] Alude al Rey Salomón, a quien ha venido atribuyéndosele el libro bíblico del *Eclesiastés*. La frase se encuentra en 1,9. <<

[68] El nombre de la raza amahagger parece indicar una curiosa mezcla de razas, como debió de ocurrir fácilmente en los alrededores del Zambeze. El prefijo «Ama» es común a los zulués y las razas emparentadas: significa «pueblo», en tanto «hagger» es una palabra árabe que quiere decir «piedra». *El editor.* <<

[69] Todo el lienzo que usaban los amahagger se había extraído de las tumbas, lo cual explica su matiz amarillo. Si se lavaba bien, sin embargo, y era apropiadamente blanqueado, volvía a adquirir su antigua blancura de nieve y era el lienzo más suave y mejor que haya visto. *L. H. H.* <<

[70] Más tarde Ayesha me mostró el árbol con cuyas hojas había sido confeccionado el conservante. Es un árbol bajo, parecido a un arbusto, que hasta hoy crece en maravillosa plenitud en las laderas de las montañas, o más bien en las pendientes que conducen a las paredes rocosas. Las hojas son largas y estrechas, de un vivo color verde, que se vuelve de un rojo brillante en el otoño. No es muy distinto al laurel por su apariencia general. Tienen poco aroma cuando están verdes, pero, si se las hierve, el olor aromático que despiden es tan fuerte, que apenas se puede soportar. La mejor mezcla, sin embargo, se hace con las raíces, y en el pueblo de Kôr había una ley, que Ayesha me mostró citada en algunas inscripciones, según la cual y bajo penas severas, nadie que no fuera de cierto rango podía ser embalsamado con las drogas preparadas con raíces. El objeto y la finalidad de esta ley era, como es natural, salvar los árboles del exterminio. La venta de las hojas y raíces era un monopolio del gobierno y de ello derivaban los Reyes de Kôr una amplia proporción de sus rentas privadas. *L. H. H.*

<<

[71] Periodo de tiempo indefinido e incomputable. <<



[72] Ciudad fenicia fundada en el III milenio a. C. y que tuvo una industria pujante basada principalmente en el monopolio de tejidos de lana teñida de púrpura. <<

[73] Diosa del amor, del deseo femenino, de la fecundidad de los hombres, y de la naturaleza en la mitología griega. <<

[74] Composición poética del género lírico en la que se celebraba una boda. <<

[75] Ayesha era una gran química; en realidad la química parecía ser su única distracción y ocupación. Tenía una de las cavernas dispuesta como un laboratorio y, aunque sus herramientas eran forzosamente toscas, los resultados que obtenía, como se verá en el curso de esta narración, eran hartos sorprendentes. *L. H. H.* <<

[76] El autor se refiere al Aqueronte, río de los infiernos que conduce a la laguna Estigia y que, según los griegos, separaba la vida de la región de la muerte. <<

[77] Para los griegos, divinidad de los infiernos, y también el nombre del mismo Infierno o lugar de los muertos. <<

[78] No deja de llamar la atención que Ayesha aplique las teorías de la supervivencia del más fuerte o mejor dotado, que a partir de Darwin (1809-1883) dominaron la biología del siglo xix. <<

[79] Durante mucho tiempo me devané los sesos pensando dónde habrían puesto las inmensas cantidades de roca que deberían de haber extraído de estas inmensas cuevas; pero más tarde descubrí que, en su mayor parte, habían sido utilizadas para construir los muros y palacios de Kôr y también para las cisternas y alcantarillas. *L. H. H.* <<



[80] El autor probablemente se refiere a unas frases que se citan en *Hamlet* (acto V, escena I) que aluden a dicha leyenda. <<

[<sup>81</sup>] *Venus*: En la mitología romana, divinidad del amor y de la belleza. Es una asimilación de la Afrodita de los griegos. *Galatea*: En la mitología griega, divinidad marina. Amada por el cíclope Polifemo, prefirió al pastor Acis. Polifemo mató a su rival, y Galatea transformó a Acis en río y se arrojó al mar para reunirse con sus hermanas las Nereidas. <<

[82] Entre los árabes de la antigüedad, el poder de la declamación poética, ya sea en verso o en prosa, era tenido en la más alta estima y el que sobresalía en ello era conocido como «Khâteb» u Orador. Todos los años se organizaba una asamblea general donde los poetas rivales declamaban sus composiciones; cuando estos poemas, juzgados entre los mejores —tan pronto como el conocimiento del arte de escribir se hizo general— eran bordados sobre seda con letras de oro, se exhibían públicamente y se denominaban «Al Modhahabât» o versos de oro. En el poema que transcribe el señor Holly, Ayesha seguía evidentemente el estilo poético tradicional de su pueblo, que consistía en encerrar sus pensamientos en una serie de frases más o menos inconexas, cada una de ellas notable por su belleza y por la gracia de su expresión. *El editor.* <<

[83] Adivinadora. <<

[84] Después de estar considerando esta opinión durante algunos meses, me inclino a confesar que no estoy muy satisfecho de su exactitud. Es absolutamente cierto que Ayesha cometió un crimen, pero sospecho sutilmente que si estuviésemos dotados del mismo poder absoluto y tuviésemos el mismo tremendo interés en el premio, seríamos muy capaces de hacer lo mismo en circunstancias parecidas. También debe recordarse que ella lo consideraba como una ejecución por desobediencia, bajo un sistema que juzgaba la más ligera desobediencia como digna de la pena de muerte. Puesta a un lado esta cuestión del asesinato, sus perversidades se resuelven en la expresión de puntos de vista y el conocimiento de motivaciones que son contrarios tanto a nuestra prédica, como a nuestras prácticas. Ahora, a primera vista, esto debería tomarse fácilmente como prueba de una naturaleza malvada, pero, cuando tomamos en consideración la gran antigüedad de la persona, se vuelve dudoso que hubiese algo más que la posesión de un extraordinario poder de observación. Es un hecho bien conocido que muy a menudo —poniendo aparte el periodo de la niñez— a medida que envejecemos nos volvemos más cínicos y duros; en realidad, muchos de nosotros nos salvamos gracias a una muerte a tiempo, tanto de la petrificación moral más completa, como de la corrupción moral. Nadie puede negar que un hombre joven es, por término medio, mejor que uno viejo, porque no posee esa experiencia del orden de las cosas que en ciertas disposiciones del pensamiento pueden dejar difícilmente de producir cinismo y ese desprecio por los métodos del conocimiento y las costumbres establecidas que llamamos maldad. Ahora bien: el hombre más viejo de la tierra no era más que un infante comparado con Ayesha y el más sabio del mundo no lo era más que un niño de tres años a su lado. Y el fruto de su sabiduría era éste: sólo había una cosa por la cual merecía la pena vivir, y era el amor en su más alto sentido, y para ganar este bien no estaba dispuesta a detenerse ante bagatelas. Ésta era realmente la suma de sus perversidades y debe recordarse, por otra parte, que independientemente de lo que pudiera pensarse de ellas, tenía algunas virtudes desarrolladas hasta un grado desconocido en ambos sexos: la constancia, por ejemplo. *L. H. H.* <<

[85] La pitonisa de Endor fue consultada por Saúl la víspera de la batalla contra los filisteos en Gelboé. Véase 1 Sam 28. 5-25. <<

[86] Lamento decir que nunca fui capaz de averiguar si *Ella* era invulnerable a los accidentes de la vida. Presumiblemente lo era, de otro modo algún accidente podría haber puesto fin a su vida con certeza en el curso de tantos siglos. *Ella* se ofreció a que Leo la matase, es cierto, pero con toda probabilidad esto era solamente un experimento para poner a prueba su temperamento y su actitud mental hacia ella. Ayesha nunca se entregó a un impulso sin algún objetivo válido. *L. H. H.* <<

[87] El autor se refiere a la etimología de *sarcófago*, que literalmente significa carnívoro. Los embalsamados cadáveres de Kôr no podían ser pasto de los gusanos.

<<



[88] Respecto al extraordinario estado de conservación de estas ruinas después de un espacio de tiempo tan vasto —al menos seis mil años— debe recordarse que Kôr no había sido incendiada o destruida por un enemigo o un terremoto, sino abandonada, debido a la acción de una terrible plaga. En consecuencia las casas fueron abandonadas incólumes; asimismo, el clima de la llanura era notablemente benigno y seco, con muy pocas lluvias o vientos. Como resultado de esto, aquellas reliquias sólo se habían enfrentado con la única acción del tiempo, que actuaba lentamente sobre bloques tan macizos de albañilería. *L. H. H.* <<

[89] Billali me dijo que los amahagger creían que la ciudad estaba embrujada y que no era posible persuadirlos a entrar en ella por nada del mundo. Por cierto, pude observar que no le gustaba en absoluto hacerlo y que lo único que lo consolaba era reflexionar que estaba bajo la directa protección de *Ella*. A Leo y a mí no dejó de impresionarnos como algo muy curioso que un pueblo que no ponía objeciones a vivir entre los muertos, cuya familiaridad había quizá engendrado en ellos un cierto menosprecio, hasta el punto de utilizar sus cuerpos como combustible, sintiese tanto terror al aproximarse a las moradas que aquellos mismos muertos habían ocupado cuando vivían. Después de todo, no era más que una contradicción de salvajes. *L. H. H.* <<

[90] «Fachada.» (En francés en el original). <<

[<sup>91</sup>] La Gran Sala del Templo de Amón, en Karnac, tiene 134 columnas enormes de 25 metros de altura y dispuestas en 16 hileras. Karnac está cerca de Luxor, en el Egipto Medio. <<

[92] Después de todo, no estamos muy avanzados respecto a los amahagger en estas materias. «Momia» o cera de injerto, es decir, el antiguo egipcio triturado, es, según creo, un pigmento muy usado por los artistas, especialmente por aquéllos que vuelcan su talento en la reproducción de obras de los viejos maestros. *El editor.* <<

[93] Antigua moneda inglesa que ya ha dejado de emplearse. Equivalía a dos chelines y seis peniques (unas 20 pesetas). <<

[94] Puede advertirse que el relato de la muerte de Calícrates que hace Ayesha difiere materialmente del escrito en la vasija de Amenartas. La inscripción en el tiesto decía: «Entonces, en su ira, ella lo hirió con su *magia* y él murió». Nunca averiguamos cuál era la versión correcta, pero debe recordarse que el cuerpo de Calícrates tenía una herida de arma blanca, de lanza, en el pecho, lo cual parece concluyente, a menos que fuese infligida después de la muerte. Otra cosa que nunca pudimos determinar fue cómo las dos mujeres —*Ella* y la egipcia Amenartas— fueron capaces de transportar el cadáver del hombre que ambas amaban a través del espantoso abismo y por el tembloroso espolón. ¡Debe de haber sido todo un espectáculo el que protagonizaron las dos perturbadas mujeres en medio de su dolor y belleza mientras se afanaban por aquel horrible lugar con el hombre muerto entre ambas! Posiblemente, sin embargo, el paso debía de ser más fácil entonces. *L. H. H.* <<

[95] Qué terrible reflexión es ésta, entre paréntesis: casi todo el amor profundo que sentimos por las mujeres que no son familiares nuestras depende —al menos al principio— de su apariencia personal. Si las perdemos y las volvemos a encontrar con un aspecto horrible, ¿las amaríamos, todavía aunque fueran las mismas personas? *L. H. H.* <<



[96] También es bastante curioso que el cabello de Leo recobrase más tarde, hasta cierto punto, su color... Es decir, que ahora es de un gris amarillento. No dejo de tener esperanzas de que con el tiempo se ponga del todo bien. *L. H. H.* <<

[97] Prepublicadas en «Graphic». <<

[98] Con «s.a.» indicamos «sin año», aunque la publicación castellana es próxima a la edición original. <<

[99] Prepublicadas en «Cornhill Mag.» <<

[100] Prepublicadas en «Longman's Mag.» <<

[101] Prepublicadas en «Atalanta». <<

[102] Prepublicadas en «Illustr. London News». <<

[103] Prepublicadas en «Colliers Once a Week». <<



[104] Prepublicadas en «New Rv». <<

[105] Prepublicadas en «Queen». <<

[106] Prepublicadas en «Queen». <<

[107] Prepublicadas en «Queen». <<

[108] Prepublicadas en «Strand Mag». <<